

El País de las Pieles
Segunda Parte

Por

Julio Verne

***Free*editorial** 

UN FUERTE FLOTANTE

¡El fuerte Esperanza, fundado por el teniente Jasper Hobson en los límites del océano Glacial Ártico, había derivado! ¿Se había hecho acreedor el valeroso agente de la Compañía a algún reproche? No, por cierto. Cualquiera otro hubiérase engañado como él. Ninguna previsión humana podía haberle puesto en guardia contra una eventualidad semejante. ¡Creyendo edificar sobre roca había edificado sobre arena! La porción de territorio que forma la península Victoria, y que los mapas más exactos de la América inglesa representaban unido al continente americano habíase separado de él bruscamente. La península no era en realidad más que un inmenso témpano de 150 millas cuadradas de superficie, sobre el cual los aluviones sucesivos habían formado en apariencia un terreno sólido, en el que no faltaba ni vegetación ni tierra vegetal. Ligado al litoral hacía millares de siglos, el terremoto del 3 de enero había roto sin duda sus lazos, y la península se había convertido en isla; pero en isla vagabunda y errante, arrastrada desde tres meses atrás por las corrientes a través del océano Ártico.

¡Sí!, ¡aquello no era más que un témpano inmenso sobre el que navegaban el fuerte Esperanza y sus habitantes! Jasper Hobson había comprendido en seguida que no se podía explicar de otra suerte el desplazamiento en latitud observado. El istmo, es decir, la lengua de tierra que unía la península Victoria al continente, habíase evidentemente roto bajo el esfuerzo de una convulsión subterránea, provocada por la erupción volcánica de algunos meses atrás. Mientras duró el invierno boreal y el mar permaneció solidificado bajo el intenso frío, esta rotura no produjo cambio alguno en la posición geográfica de la península. Pero cuando, sobrevino el deshielo, cuando se fundieron los témpanos bajo la influencia de los rayos del sol, cuando la inmensa banca de hielo, repelida mar adentro, retrocedió más allá de los últimos límites del horizonte, cuando el mar, en fin, quedó libre, este territorio, que reposaba sobre su base de hielo, marchóse a la deriva con sus bosques, sus acantilados, su promontorio, su laguna y su litoral bajo la influencia de alguna corriente desconocida.

Hacía varios meses que era de este modo arrastrado, sin que los invernantes, que durante sus cacerías no se habían alejado mucho del fuerte Esperanza, lo hubiesen advertido. La falta de puntos de referencia, pues las espesas brumas no permitían ver a algunas millas de distancia, y la inmovilidad aparente del suelo, fueron causa de que ni el teniente Hobson ni sus compañeros se dieran cuenta de que, de continentales que eran, se habían convertido en insulares. Era extraño que la orientación de la península no se hubiese alterado, a pesar de su desplazamiento; pero esto era debido sin duda a

su gran extensión y a la dirección rectilínea de la corriente. En efecto, si la situación de los puntos cardinales respecto del cabo Bathurst se hubiese modificado, si la isla hubiera girado sobre sí misma, si la Luna y el Sol hubiesen saído o se hubiesen puesto por un horizonte nuevo, Jasper Hobson, Tomás Black, Paulina Barnett o cualquiera otro se hubiesen dado cuenta de lo que había ocurrido. Pero, por alguna razón ignorada, el desplazamiento se había verificado hasta entonces según uno de los paralelos del Globo, y, por rápido que fuese, nadie lo había notado.

Aunque no dudase Jasper Hobson del valor, la serenidad y la energía moral de sus compañeros, no quiso, sin embargo, manifestarles la verdad. Tiempo habría de exponerles la nueva situación en que se hallaban, cuando hubiese sido debidamente estudiada. Afortunadamente, aquellas animosas gentes no entendían gran cosa de observaciones astronómicas ni de cuestiones de longitud y latitud; de suerte que del cambio que en algunos meses habían experimentado las coordenadas de la península no podían deducir las consecuencias que con tanta razón preocupaban a Jasper Hobson. Resuelto el teniente a guardar silencio en tanto que le fuese posible, y a ocultar una situación para la que no encontraba remedio de momento, puso a contribución todas sus energías. Mediante un supremo esfuerzo de su voluntad, que no pasó inadvertido para Paulina Barnett, volvió a ser dueño de sí mismo, y se dedicó a consolar lo mejor que pudo a Tomás Black, quien se lamentaba amargamente mesándose el cabello.

Porque el astrónomo no sospechaba lo más mínimo el fenómeno de que era víctima. No habiéndose fijado, como el teniente Hobson, en las anomalías que se observaban en el territorio, no podía comprender ni imaginar cosa alguna fuera del hecho funesto de no haber cubierto aquel día y a la hora indicada la Luna el disco del Sol. Pero ¿qué era lo natural que pensase? ¿Qué, con mengua de los observatorios, las indicaciones de los almanaques eran falsas; y que aquel eclipse tan anhelado, el eclipse que él, Tomás Black, había venido a observar tan lejos y a costa de tantas fatigas, nunca debió ser total para la zona del esferoide terrestre situado en el paralelo 70°? ¡No!, ¡jamás hubiera admitido esto! ¡Jamás! Por eso su desorientación era inmensa. Pronto sabría la verdad el astrónomo.

Entretanto, Jasper Hobson, dejando creer a sus compañeros que el incidente del malogrado eclipse no podía interesar más que al astrónomo, y que a ellos les tenía sin cuidado, habíales inducido a reanudar sus tareas, lo cual se disponían a hacer ellos. Pero, en el momento mismo en que se preparaban para descender de la cima del cabo Bathurst, para regresar a la factoría, detúvose de pronto el cabo Joliffe, y, aproximándose al teniente, con la mano en la gorra, le dijo con respeto:

—¿Me permite usted, mi teniente, que le haga una pregunta?

—Sí, cabo —respondió Jasper Hobson, sin sospechar adonde iba a ir a parar su subordinado—. Vamos a ver; hable usted.

Pero el cabo no despegó los labios. Parecía dudar. Por fin, como le tocase su mujer con el codo, dijo:

—Pues bien, mi teniente, mi pregunta ha de referirse a ese paralelo 70°. Si no he comprendido mal, resulta que no nos hallamos donde usted creía que estábamos... El teniente frunció el entrecejo.

—En efecto —respondió evasivamente—, nos hemos equivocado en los cálculos... nuestra primera observación ha sido errónea... Pero ¿por qué le preocupa a usted eso?

—A causa de la paga, mi teniente —respondió el cabo con aire picaresco—. Sabe usted perfectamente que la doble paga prometida por la Compañía...

Jasper Hobson respiró. En efecto, recordará el lector que sus gentes tenían derecho a un sueldo más elevado si lograban establecerse del paralelo 70° de latitud para arriba; y el cabo Joliffe, que seguía siendo tan interesado como siempre, no había visto en todo aquello más que una cuestión de dinero, y recelaba que el derecho a la ventaja ofrecida no hubiese sido adquirido todavía.

—Tranquilícese usted, cabo —respondió Jasper Hobson, sonriendo—, y tranquilice usted también acerca de este particular a sus compañeros. Nuestro error, que resulta verdaderamente inexplicable, no les reportará a ustedes, afortunadamente, ningún perjuicio. No estamos más abajo, sino más arriba del paralelo 70°, y, por tanto, tienen ustedes todos derecho al doble sueldo.

—Muchas gracias, mi teniente —dijo entonces el cabo, en cuyo rostro pintóse el mayor júbilo—, muchas gracias. No es que se tenga apego al dinero, pero, sin el oro maldito, la vida es imposible.

Tras esta reflexión, el cabo y sus compañeros retiráronse sin abrigar la más leve sospecha acerca de la terrible y extraña modificación que la naturaleza y la situación de aquel territorio habían experimentado.

También Long disponíase a bajar hacia la factoría, cuando le detuvo Jasper Hobson diciéndole:

—No se vaya usted, sargento.

El suboficial giró sobre sus talones, y esperó respetuosamente que el teniente le dirigiese la palabra.

Las únicas personas que a la sazón ocupaban la cumbre del promontorio eran Paulina Barnett, Madge, Tomás Black, el teniente y el sargento.

Desde el incidente del eclipse, la viajera no había despegado sus labios,

interrogando a cada momento con los ojos a Jasper Hobson, quien parecía evitar el encuentro de aquella mirada. El rostro de Paulina Barnett reflejaba más sorpresa que inquietud. ¿Lo había adivinado todo? ¿Habíase hecho la luz bruscamente ante sus ojos lo mismo que ante los del teniente? ¿Conocía la situación y su espíritu práctico había deducido las consecuencias de ella? Como quiera que fuese, permanecía en silencio, apoyada sobre Madge, cuyo brazo rodeaba su talle.

El astrónomo iba y venía sin poder estarse quieto. Tenía los cabellos erizados. Gesticulaba de una manera espantosa. Retorcíase las manos y en seguida la dejaba caer con furor, lanzando al mismo tiempo exclamaciones de desesperación. Miraba al sol de hito en hito, con riesgo de abrasarse los ojos, y le mostraba los puños con gesto amenazador.

Por fin, al cabo de algunos minutos, calmóse su agitación interior. Sintió que ya podía hablar, y, con los brazos cruzados, el rostro encendido de cólera, la frente amenazadora, fue a cuadrarse ante el teniente Hobson, exclamando:

—¡Ahora ajustaremos cuentas los dos, señor agente de la Compañía de la Bahía de Hudson!

El tono y la actitud del astrónomo parecían una provocación. Jasper Hobson, no obstante, no quiso parar mientes en ello, y se contentó con mirar al pobre hombre, de cuya contrariedad se hacía exacto cargo.

—Señor Hobson —dijo Tomás Black con acento de mal contenida irritación—, ¿me hará usted el favor de explicarme lo que esto significa? ¿Es usted quien me ha preparado esta burla? En este caso, señor mío, sus tiros de usted llegarían mucho más arriba de mí, y tal vez tenga usted que arrepentirse de ello.

—¿Qué quiere usted decir, señor Black? —preguntó Jasper Hobson con calma.

—Quiero decir, señor mío —respondió Tomás Black—, que usted se había comprometido a conducir su destacamento al límite del grado 70 de latitud...

—O más allá —le interrumpió Jasper Hobson.

—¡Más allá! —exclamó el astrónomo—. ¿Y que se me había perdido a mí más allá? Para observar este eclipse de Sol no debía apartarme de la línea circular de sombra que tenía por límite, en esta parte de la América inglesa, el paralelo 70°, ¡y he aquí que nos hallamos tres grados más al Norte!

—Pues bien, señor Black —respondió Jasper Hobson, con acento tranquilo—, esto quiere decir que nos hemos equivocado, y nada más.

—¿Nada más? —exclamó el astrónomo, exasperado por la calma del teniente.

—Le advierto a usted, además —replicó Jasper Hobson—, que si yo me he equivocado, usted, señor Black, ha cometido el mismo error que yo; porque a nuestra llegada al cabo Bathurst calculamos los dos al mismo tiempo sus coordenadas geográficas, usted con sus instrumentos y yo con los míos; de suerte que no tiene usted derecho a hacerme responsable de un error que ha cometido usted lo mismo que yo.

Esta respuesta anonadó a Tomás Black, quien no supo qué replicar a pesar de su profunda irritación. ¡No había excusa posible! Si había habido falta, él también era culpable, y entonces, ¿qué pensaría la Europa científica?, ¿qué el observatorio de Greenwich de un astrónomo tan torpe que se equivocaba de un modo tan grosero en la determinación de una simple latitud? ¡Un Tomás Black cometer un error nada menos que de tres grados al tomar la altura del Sol! ¡Y en qué circunstancias! ¡Cuándo la determinación exacta de un paralelo debía darle ocasión para observar un eclipse total de Sol, en condiciones que no debía reproducirse en muchos años! ¡Tomás Black era un astrónomo deshonorado!

—Pero ¿cómo he podido equivocarme de este modo? —exclamó nuevamente, mesándose otra vez los cabellos—. ¿Es, por ventura, que he olvidado ya cómo se maneja un sextante?, ¿qué no sé calcular una altura? ¡Si es así, no me queda más solución que arrojarme de cabeza desde este promontorio!...

—Señor Black —dijo entonces Jasper Hobson, con voz grave—, no se acuse usted a sí mismo. No ha cometido usted ningún error de observación, ni tiene que reprocharse nada absolutamente...

—Entonces ha sido usted...

—Tampoco yo soy culpable, señor Black. Hágame el favor de escucharme, y usted también, señora —añadió dirigiéndose a Paulina Barnett—, y usted también, Madge, y usted, sargento Long. Les ruego únicamente que guarden el más absoluto secreto acerca de lo que les voy a comunicar. Es inútil asustar, desesperar tal vez a nuestros compañeros de invernada.

Paulina Barnett, su compañera, el astrónomo y el sargento se aproximaron más aún al teniente. No respondieron nada, pero hubo un modo de consentimiento tácito respecto a guardar el secreto relativo a la revelación que les iba a hacer el teniente.

—Amigos míos —díjoles Jasper Hobson—, cuando, hace un año, llegamos a este lugar de la América inglesa, y determinamos la situación del cabo Bathurst, vimos que se encontraba exactamente sobre el paralelo mismo de 70°; por consiguiente, si ahora su latitud es superior a 73°, es decir, que se hallaba tres grados más al Norte, es porque ha derivado.

—¡Derivado! —exclamó Tomás Black—. ¡A otro con ese cuento, caballero! ¿Desde cuándo derivan los cabos?

—No le quepa a usted duda, señor Black —respondió gravemente Jasper Hobson—. Toda esta península no es más que una isla de hielo. El terremoto la ha separado del litoral americano, y ahora navega arrastrada por una de las grandes corrientes árticas...

—¿Hacia dónde? —preguntó el sargento Long.

—¡Hacia donde Dios quiera! —respondió Jasper Hobson. Los compañeros del teniente permanecieron silenciosos. Sus miradas se dirigieron involuntariamente hacia el Sur, más allá de las vastas llanuras, hacia el lado del istmo roto; pero desde el lugar que ocupaban, no podían divisar el horizonte del mar, que ahora les rodeaba por todas partes. Si el promontorio se hubiese elevado algunos centenares de pies más sobre el nivel del océano, claramente habrían observado que se hallaban sobre una isla.

Una viva emoción apoderóse de todos al ver el fuerte Esperanza, juntamente con sus moradores, arrastrado por las corrientes, lejos de toda costa hospitalaria, y juguetes del viento y de las olas.

—De este modo se explican fácilmente —dijo Paulina Barnett— todas las anomalías que había usted observado en este territorio, ¿no es cierto, señor Hobson?

—Sí, señora —respondió el teniente—, ahora todo se explica. Esta ex península Victoria, isla en la actualidad, que debíamos creer inalterablemente fija sobre su base, no era más que un inmenso témpano soldado desde hace muchos siglos al continente americano. Poco a poco, los vientos han ido depositando sobre él tierra y arena, y sembrando los gérmenes que han producido estos musgos y estos bosques. Las nubes fueron arrojando sobre su superficie el agua dulce que formó el arroyuelo y la laguna. La vegetación, después, lo ha transformado. Pero debajo de este lago y de esta tierra, y de esta arena, y de nuestros pies, en fin, existe un suelo de hielo que flota sobre el mar, por razón de su ligereza específica. ¡Sí, sí! No les quepa duda, es un témpano de hielo que nos sostiene y arrastra, y por eso, desde que lo habitamos, no hemos encontrado ni una piedra, ni un guijarro sobre su superficie. Y he aquí por qué sus orillas están cortadas a pico; por qué cuando cavamos la fosa para construir la trampa destinada a cazar renos, tropezamos con el hielo a diez pies de profundidad; y por qué, en fin, las mareas no son sensibles en este litoral, supuesto que toda la península elévase y desciende con el flujo y el reflujo.

—Todo se explica, en efecto, señor Hobson —respondió Paulina Barnett—, y no le han engañado a usted sus presentimientos. Sólo desearía

preguntarle ¿por qué estas mareas?, bulas en la actualidad, eran aún ligeramente sensibles a nuestra llegada al cabo Bathurst.

—Precisamente señora —respondió el teniente Hobson—, porque, a nuestra llegada, la península se encontraba ligada todavía, por un istmo flexible, al continente americano, oponiendo de esta suerte cierta resistencia al flujo, de suerte que, en su litoral Norte, desplazábase de la superficie del agua dos pies poco más o menos, en vez de veinte pies que hubiera debido elevarse. Y de este modo, desde el momento en que el terremoto ha producido la ruptura, desde el instante en que la península, libre ya por completo, ha podido subir y bajar con las aguas, la marea se ha hecho nula en absoluto, como ambos hemos podido comprobar hace unos días, en el momento del novilunio.

Tomás Black, a pesar de su natural desesperación, había escuchado con extraordinario interés las explicaciones de Jasper Hobson. Las consecuencias deducidas por el teniente debieron parecerle acertadas; pero furioso por el hecho de que semejante fenómeno, tan raro, tan inesperado, tan absurdo, según decía él, se hubiese producido precisamente para impedirle la observación del eclipse, no despegó los labios, permaneciendo sombrío y, por decirlo así, avergonzado.

—¡Pobre señor Black! —dijo Paulina Barnett—. ¡Preciso en convenir en que nunca astrónomo alguno, desde que el mundo existe, ha sido víctima de semejante infortunio!

—En todo caso, señora —observó Jasper Hobson—, nosotros no hemos tenido la culpa. La Naturaleza lo ha hecho todo, y ella es la única culpable. El terremoto ha roto el lazo que retenía la península unida al continente, y no cabe duda de que vamos navegando sobre una isla flotante. Y esto explica, además, por qué los animales dotados de pieles de abrigo y otros, presos como nosotros en un territorio pequeño, abundan tanto en los alrededores del fuerte.

—Y por qué —dijo Madge— no hemos recibido este verano esos competidores cuya presencia tanto temía usted, señor Hobson.

—Y por qué —añadió el sargento— no ha podido llegar al cabo Bathurst el destacamento enviado por el capitán Craventy.

—¡Y por eso, en fin —dijo Paulina Barnett, mirando al teniente Hobson—, tengo que renunciar, al menos por este año, a toda esperanza de regresar a Europa!

La viajera había hecho esta última reflexión con acento que hacía comprender que se resignaba a su suerte con más filosofía de lo que hubiera sido de esperar. Parecía haber tomado de repente su partido ante aquella situación tan extraña, que le reservaba, sin duda, una serie de interesantes observaciones. Por otra parte, aunque se desesperase, y se quejara sus

compañeros y recriminasen a alguien, ¿podrían impedir un hecho ya consumado? ¿Podían dirigir el rumbo de la isla errante? ¿Podían, en virtud de alguna maniobra, unirla de nuevo al continente? No por cierto. Sólo Dios era dueño del porvenir del fuerte Esperanza, y no quedaba otro recurso que someterse a su voluntad.

LA SITUACIÓN DE LA ISLA

La nueva e imprevista situación creada a los agentes de la Compañía necesitaba ser estudiada con el mayor cuidado, y Jasper Hobson dedicóse a esta tarea con los planos a la vista. Pero era indispensable esperar al siguiente día para hallar la longitud de la isla Victoria, nombre con que en lo sucesivo designáronla, toda vez que para ello era preciso tomar dos alturas de sol, antes y después de su paso por el meridiano, y medir dos ángulos horarios.

A las dos de la tarde, el teniente Hobson y Tomás Black midieron con sus sextantes la altura del sol sobre el horizonte; al día siguiente, a eso de las diez de la mañana, contaban con reanudar la operación, a fin de deducir de las dos alturas la longitud del punto que en aquellos momentos ocupaba la isla en el océano Polar.

Pero no regresaron inmediatamente al fuerte, sino que la conversación prosiguió por espacio de bastante tiempo entre Jasper Hobson, el astrónomo, el sargento, Paulina Barnett y Madge. Esta última no se acordaba siquiera de sí misma, hallándose resignada con la voluntad de la Providencia. En cuanto a su señora, a su hija Paulina, como solía llamarla, no podía mirarla sin emoción, pensando en las rudas pruebas y quizá en las catástrofes que le estaban reservadas para lo porvenir. Madge estaba dispuesta a dar por Paulina su vida; pero ¿salvaría este sacrificio a la que amaba sobre todas las cosas del mundo? Como quiera que fuese, constábale que Paulina Barnett no era mujer que con facilidad desmayase; su Valeroso espíritu contemplaba ya el porvenir sin terror, y, preciso es decirlo, aún no tenía ningún motivo para desesperar.

No existía, en efecto, ningún peligro inminente para los habitantes del fuerte Esperanza, y todo inducía a creer que podría conjurarse la catástrofe suprema, como les explicó Jasper Hobson con toda claridad.

Dos peligros amenazaban a la isla flotante: que las corrientes del mar libre la impeliesen a esas latitudes polares de las que no se vuelve, o que la arrastrasen hacia el Sur, a lo largo tal vez del estrecho de Behring, hasta el océano Pacífico.

En el primer caso, aprisionados los invernantes por los hielos, detenidos

por la barrera infranqueable que éstos forman y sin ninguna comunicación posible con sus semejantes, perecerían de hambre o frío en las soledades hiperbóreas.

En el segundo caso, arrastrada la isla Victoria por las corrientes hasta las aguas más cálidas del Pacífico, se iría lentamente fundiendo por su base, y acabaría por hundirse bajo los pies de sus habitantes.

En ambos casos, significaría la pérdida inevitable del teniente Hobson, de todos sus compañeros y de la factoría construida a costa de tantas fatigas.

Pero ¿se presentaría alguno de ellos? No; no era lo probable.

En efecto, la estación estaba muy avanzada. Antes de que transcurrieran tres meses, los primeros fríos del polo congelarían la superficie del mar. Formaríase el campo de hielo sobre todo el océano, y, por medio de los trineos, podrían llegar a las tierras más próximas, bien fuese a la América rusa, si la isla se había sostenido en la región oriental, bien a las costas asiáticas, si había sido arrastrada hacia el Oeste.

—Porque —decía Jasper Hobson— no somos dueños de nuestra isla flotante. Como no nos es posible izar en ella una vela, cual si se tratase de un buque, no podemos imprimirle una determinada dirección. Iremos adonde nos lleve.

La argumentación del teniente Hobson era bien clara y precisa, y fue admitida sin el más leve reparo. Era indudable que los grandes fríos del invierno la soldarían al inmenso campo de hielo, siendo de presumir que no derivase entretanto ni demasiado hacia el Norte ni demasiado hacia el Sur; y la perspectiva de tener que caminar algunos centenares de millas sobre el campo de hielo no podía arredrar a aquellos hombres animosos y resueltos, acostumbrados a los climas polares y a las largas excursiones de las regiones árticas. Claro es que habría que abandonar aquel fuerte Esperanza, objeto de sus desvelos, y perder los beneficios de tantos trabajos; pero ¿qué hacer si no? La factoría establecida sobre aquel suelo movable no podía prestar el menor beneficio a la Compañía de la Bahía de Hudson. Por otra parte, un día u otro, más tarde o más temprano, el movimiento de la isla arrastraría al fondo del océano. Era, pues, necesario abandonarla tan pronto como lo permitieran las circunstancias.

La única probabilidad desfavorable, y el teniente insistió sobre este punto de una manera especial, era que durante las ocho o nueve semanas que faltaban aún para la solidificación del mar Ártico, fuese la isla Victoria arrastrada demasiado hacia el Norte o hacia el Sur; pues se leen, en efecto, en los relatos de los invernantes, ejemplos de arrastres muy rápidos a considerables distancias, sin que haya habido medio de atajarlos.

Todo dependía, pues, de las corrientes desconocidas que existiesen en la entrada del estrecho de Behring, e importaba estudiar su dirección en los planos del océano Ártico. Jasper Hobson poseía uno de estos mapas, y rogó a sus interlocutores que le siguiesen a su camarote; pero antes de abandonar la cumbre del cabo Bathurst, recomendóles de nuevo que guardasen el más absoluto secreto acerca de lo que ocurría.

—La situación no es tan desesperada —les dijo—, y, por tanto, paréceme inútil el sembrar la zozobra y la inquietud en el ánimo de nuestros compañeros, que tal vez no supieran verla más que por su lado adverso.

—Sin embargo —observó Paulina Barnett—, ¿no sería prudente construir desde luego una embarcación lo suficientemente grande para contenernos a todos, y que pudiese permanecer en el mar durante una travesía de algunos centenares de millas?

—Sería prudente, en efecto —respondió el teniente Hobson—, y pondremos la idea en práctica. Inventaré un pretexto para comenzar en seguida los trabajos, y daré al carpintero las órdenes oportunas para que proceda a la construcción de una embarcación sólida. Pero tengo para mí que este recurso es el menos seguro y el último a que debemos recurrir, por lo tanto. Lo importante es evitar que nos coja en la isla la dislocación de los hielos, y debemos hacer lo imposible para llegar al continente tan pronto como solidifiquen los fríos la superficie del océano.

Era, en efecto, éste el mejor procedimiento. Hacían falta por lo menos tres meses para construir una embarcación de treinta o treinta y cinco toneladas, y cuando estuviese terminada resultaría inútil, porque entónese el mar se hallaría ya congelado. Pero si para esa misma época lograrse el teniente Hobson repatriar su pequeña colonia, guiándola hasta el continente a través del campo de hielo, sería éste un feliz desenlace de tan embarazosa situación; porque el embarcar a toda aquella gente en la época del deshielo sería un medio demasiado peligroso. Razón tenía, pues, Jasper Hobson en considerar la embarcación proyectada como último y menos seguro recurso, y de su ilustrada opinión hubieron de participar todos.

De nuevo le ofrecieron todos guardarle su secreto, y, algunos minutos después de haber abandonado la cumbre del cabo Bathurst, las dos mujeres y los tres hombres se sentaban a la mesa en la sala del fuerte Esperanza, en la que no había nadie en aquellos momentos, por hallarse cada cual ocupado en los trabajos exteriores.

Sacó el teniente una excelente carta de las corrientes atmosféricas y oceánicas, y procedióse a un examen minucioso de la parte del océano Glacial que se extiende desde el cabo Bathurst hasta el estrecho de Behring.

Dos corrientes principales dividen los peligrosos parajes comprendidos entre el círculo polar y la zona poco conocida, llamada paso del Noroeste desde el audaz descubrimiento de Mac Clure; al menos, las observaciones hidrográficas no señalan otras.

La una, que recibe el nombre de corriente de Kamchatka, nace frente a la península de este mismo nombre, sigue la costa asiática y atraviesa el estrecho de Behring lamiendo el cabo Oriental, punta avanzada del país de los Chukchis. Su dirección general de Sur a Norte se inflexiona bruscamente a unas seiscientas millas más allá del estrecho, y se dirige francamente hacia el Este, siguiendo aproximadamente el paralelo del paso de Mac Clure, contribuyendo a hacerlo navegable durante los pocos meses que dura la estación cálida.

La otra, llamada corriente de Behring, se dirige en sentido contrario. Después de seguir la costa americana de Este a Oeste, a cien millas a lo sumo del litoral, va, por decirlo así, a chocar con la corriente de Kamchatka a la entrada del estrecho; y descendiendo después hacia el Sur y aproximándose a las playas de la América rusa, acaba por precipitarse a través del mar de Behring, yendo a estrellarse contra esa especie de dique circular que forman las islas Aleutinas.

La carta era un resumen de las observaciones náuticas más recientes; de suerte que merecía confianza.

Jasper Hobson la examinó atentamente antes de emitir su parecer; y después de pasarse la mano por la frente, como si hubiese querido desterrar un triste presentimiento, dijo:

—Debemos esperar, amigos míos, que la fatalidad no nos lleve hasta esos lejanos parajes, de donde nuestra isla errante correría el peligro de no salir jamás.

—Y, ¿por qué, señor Hobson? —preguntó vivamente la viajera.

—¿Por qué, señora? —replicó el teniente—. Mire usted esta parte del océano Ártico y lo comprenderá fácilmente. Dos corrientes peligrosas para nosotros corren en sentido inverso. En el punto donde se encuentran quedaría nuestra isla forzosamente inmovilizada y a gran distancia de toda tierra; invernaría allí, y, cuando sobreviniese el deshielo, seguiría la corriente de Kamchatka hacia las regiones ignotas del Noroeste, o bien sufriría la influencia de la corriente de Behring, e iría a abismarse en las profundidades del Pacífico.

—Eso no ocurrirá, señor teniente —dijo Madge, con profunda convicción—; Dios no lo permitirá.

—Mas no puedo comprender —dijo Paulina Barnett— en qué parte del mar Polar nos hallamos en este momento; porque, frente al cabo Bathurst, sólo veo esa peligrosa corriente de Kamchatka que va directamente hacia el Nordeste. ¿No es de temer que nos haya arrastrado en su curso y naveguemos con rumbo a las tierras de la Georgia septentrional?

—No lo creo —respondió Jasper Hobson, después de reflexionar un momento.

—¿Por qué no?

—Porque esa corriente es muy rápida, señora; y si fuésemos navegando en su seno hace tres meses, tendríamos ya alguna costa a la vista, lo que, como usted ve, no sucede.

—¿Dónde supone usted que nos encontramos, entonces? —preguntó la viajera.

—Sin duda alguna —replicó Jasper Hobson—, entre la corriente de Kamchatka y la costa; probablemente en una especie de extenso remolino que debe haber en las proximidades del litoral.

—Eso no puede ser, señor Hobson —replicó vivamente Paulina Barnett.

—¿Qué no puede ser? Y, ¿por qué razón, señora?

—Porque si la isla Victoria se hallase en un remolino y errase, por consiguiente, sin una dirección fija, hubiera experimentado algún movimiento de rotación; y como su orientación sabemos que no ha cambiado en estos últimos tres meses, la hipótesis no es admisible.

—Tiene usted razón, señora —respondió Jasper Hobson—. Veo que se hace usted perfecto cargo de las cosas y nada tengo que objetar a su observación... a menos que no exista alguna corriente desconocida que no esté marcada aún en esta carta. Verdaderamente, esta incertidumbre es espantosa. Quisiera que fuere ya mañana para salir de dudas de una vez acerca de la situación de la isla.

—Ya llegará el día de mañana —dijo Madge.

Era preciso esperar. Separáronse y cada cual reanudó sus habituales quehaceres. El sargento Long previno a sus compañeros que la salida para el fuerte Confianza no sería al día siguiente, como se había fijado. Les dijo, a modo de excusa, que, tras largas reflexiones, habíase pensado que la estación estaba demasiado avanzada para poder llegar a la factoría antes de los grandes fríos; que el astrónomo sé había decidido a sufrir una nueva invernada, con objeto de completar sus observaciones meteorológicas; que la reposición de los víveres del fuerte Esperanza no era indispensable, etc., cosas todas que a aquellas buenas gentes les tenían muy sin cuidado.

Jasper Hobson ordenó a los cazadores que respetasen en lo sucesivo a los animales de piel fina, y que persiguiesen en cambio a la caza comestible, a fin de refrescar las provisiones de la factoría. Prohibióles además que se alejasen más de dos millas del fuerte, para evitar que Marbre, o Sabine, u otro cazador cualquiera descubriesen a lo mejor el horizonte del mar en el sitio donde hacía algunos meses estaba el istmo que unía la península Victoria al continente americano; toda vez que el descubrimiento de la desaparición de esta estrecha lengua de tierra les hubiera revelado la situación.

Aquel día parecióle interminable al teniente. Volvió repetidas veces a la cumbre del cabo Bathurst, unas acompañado de Paulina Barnett, otras solo. Poseía la viajera un alma vigorosamente templada, difícil de intimidar. El porvenir no le parecía pavoroso, y hasta solía bromear diciéndole a Jasper Hobson que aquella isla errante, sobre la cual caminaban, tal vez fuese el único vehículo para llegar al Polo. Con una corriente favorable, ¿por qué no habrían de llegar a este punto inaccesible del Globo?

El teniente sacudía la cabeza al escuchar las extrañas reflexiones de su amiga; pero sus ojos no se apartaban del horizonte, por ver si descubría en lontananza alguna tierra conocida o ignota. Mas el cielo y la tierra confundíanse en una línea circular y continua, lo cual confirmaba a Jasper Hobson en su idea de que la isla Victoria marchaba a la deriva hacia el Oeste.

—Señor Hobson —dijo Paulina Barnett—, ¿no piensa usted dar una vuelta a nuestra isla lo más pronto posible?

—Sí por cierto, señora —le contestó el teniente—. Tan pronto como hayamos fijado su situación exacta, pienso reconocer su forma y extensión. Considero que es esto una medida indispensable para poder apreciar en lo porvenir las modificaciones que sufra. Pero todo induce a creer que la rotura debe haberse efectuado por el istmo, y que, por consiguiente, la península toda entera ha transformado en isla.

—¡Singular es, en verdad, nuestro destino, señor Hobson! —exclamó Paulina Barnett—. Otros vuelven de sus viajes después de haber añadido nuevas tierras al continente geográfico; nosotros, por el contrario, lo habremos disminuido, borrando de los planos la que se llamó hasta ahora península Victoria.

Al día siguiente, 18 de julio, a las diez de la mañana, con un cielo sereno y despejado, tomó el teniente Hobson una buena altura de Sol; y, efectuando luego los cálculos debidos con ésta y la de la víspera, determinó con exactitud matemática la longitud del lugar.

Durante la observación permaneció el astrónomo encerrado en su camarote, llorando como un chiquillo.

La longitud calculada era de 157° 37' al Oeste del meridiano de Greenwich, y se recordará que la latitud encontrada la víspera había sido de 73° T 20".

El punto fue situado en la carta, en presencia de Paulina Barnett y del sargento Long.

Fue aquél un momento de verdadera ansiedad.

La isla errante había sido arrastrada hacia el Oeste, como lo había previsto Jasper Hobson; pero una corriente no marcada en la carta, una corriente desconocida de los hidrógrafos que levantaron el plano, la arrastraba evidentemente hacia el estrecho de Behring. Eran, pues, de temer todos los peligros presentidos por el teniente, si, antes de la llegada del invierno, no se soldaba otra vez al litoral la isla Victoria.

—Pero ¿a qué distancia exacta nos hallamos del continente americano? —preguntó la viajera—. Esto es por el momento lo que más nos interesa saber.

Tomó el compás Jasper Hobson; midió sobre la carta la menor distancia existente entre el litoral y el paralelo 73°, y respondió después:

—Nos hallamos actualmente a más de doscientas cincuenta millas de la extremidad septentrional de la América rusa formada por la punta Barrow.

—¿Cuántas millas ha derivado, pues, la isla desde su antigua posición en el cabo Bathurst? —preguntó el sargento Long.

—Setecientas lo menos —respondió Jasper Hobson, después de consultar nuevamente la carta.

—Y, ¿en qué época puede calcularse, sobre poco más o menos, que comenzó su viaje?

Sin duda, a fines de abril —respondió el teniente Hobson—; porque en estos días disgregóse el campo de hielo, y fueron arrastrados hacia el Norte los témpanos de hielo que el sol no logró fundir. Puede, pues, admitirse que la isla Victoria, solicitada por la corriente paralela al litoral, navega hacia el Oeste desde hace aproximadamente tres meses, lo que prueba que se halla animada de una velocidad media de nueve a diez millas diarias.

—Pero ésa es una velocidad bastante considerable, ¿no es cierto? —preguntó Paulina Barnett.

—Considerable, en efecto —respondió Jasper Hobson—, y puede usted calcular hasta dónde podrá arrastrarnos en los dos meses que restan aún de estío, durante los cuales permanecerá libre esta porción del océano Ártico.

El teniente, el sargento y la viajera permanecieron silenciosos durante algunos instantes, sin levantar la vista del mapa de aquellas regiones polares

que tan obstinadamente se defienden contra las investigaciones del hombre, y hacia las cuales se sentían tan irresistiblemente arrastrados.

—¿De suerte —preguntó la viajera— que en esta situación no es posible intentar ni hacer nada?

—Nada, señora —respondió el teniente Hobson—, nada absolutamente. Es preciso esperar, llamar a voz de grito a ese invierno ártico tan justa y generalmente temido por todos los navegantes, y que es el único que a nosotros puede salvarnos. El invierno es el hielo, señora, y el hielo es nuestra ancla de salvación, nuestra ancla de la esperanza, la única que puede detener la marcha de la isla errante.

UNA VUELTA ALREDEDOR DE LA ISLA

A partir de aquel día, decidióse hallar diariamente la situación de la isla, como es costumbre hacer en los barcos, a no ser que el estado de la atmósfera impidiese toda observación astronómica. ¿No era acaso la isla Victoria un bajel desamparado, que erraba a la aventura, sin velas y sin timón?

Al día siguiente, después de las observaciones de rúbrica, comprobó el teniente Hobson que la isla, sin haber variado de latitud, había sido arrastrada algunas millas más hacia el Oeste.

Mac Nap recibió orden de construir una amplia embarcación, dándole Jasper Hobson por pretexto que deseaba reconocer, el verano próximo, el litoral de la América rusa. El carpintero, sin meterse en más averiguaciones, dedicóse a elegir las maderas y dispuso su astillero en la playa situada al pie del cabo Bathurst, a fin de poder botar al agua fácilmente su nave.

Aquel mismo día hubiera Jasper Hobson deseado poner en ejecución el proyecto que había concebido de reconocer el territorio sobre el cual sus compañeros y él se hallaban aprisionados. Podían verificarse cambios considerables en la configuración de aquella isla de hielo, expuesta a la influencia de la temperatura variable de las aguas, e importaba determinar su forma actual, su superficie y hasta su espesor en algunos lugares. Era preciso examinar con detenimiento y cuidado la línea de ruptura, que debía hallarse en el istmo, y sobre la fractura aún reciente tal vez fuese posible distinguir las capas estratificadas de hielo y de tierra que constituían el suelo de la isla.

Pero aquel día el cielo se nubló súbitamente, y, una fuerte borrasca, acompañada de nieblas espesísimas, se desencadenó por la tarde, no tardando en llover torrencialmente. El granizo chocaba con estrépito contra el techo de la casa, y hasta oyéronse algunos truenos lejanos, fenómeno que se observa

raras veces en latitudes tan altas.

El teniente Hobson tuvo que aplazar su viaje en espera de que los elementos se calmasen; pero durante los días 20, 21 y 22 de julio no se modificó el estado de la atmósfera. La tempestad fue violenta, cargóse extraordinariamente el cielo y las olas azotaron el litoral con ensordecedor estruendo. Las avalanchas líquidas estrellábanse contra el cabo Bathurst con tan extraordinaria violencia, que hacían temer por su solidez, que era bien problemática, toda vez que se trataba únicamente de una masa de tierra y arena sin una base estable. ¡Desdichados los buques a quienes cogiese en el mar aquel temporal deshecho! Pero la isla errante se mantenía en reposo, porque su enorme masa hacía insensible a la agitación de las aguas.

Durante la noche del 22 al 23 amainó la tempestad súbitamente. Una fuerte brisa de Nordeste barrió las últimas brumas acumuladas en el horizonte; el barómetro subió algunas líneas y el teniente juzgó favorables las condiciones atmosféricas para emprender el viaje.

Paulina Barnett y el sargento Long deberían acompañarle en el reconocimiento. Tratábase de una ausencia de uno o dos días, que no podía despertar sospecha alguna en los habitantes del fuerte, y se provayeron para ella de cierta cantidad de cecina, de galleta y de algunos frascos de aguardiente, sin recargar excesivamente las mochilas de los exploradores. Los días eran a la sazón muy largos y el sol no abandonaba el horizonte más que contadas horas.

No era de temer, probablemente, ningún encuentro con fieras; pues los osos, guiados por su instinto, parecían haber abandonado la península Victoria antes de que se convirtiese en isla. Sin embargo, Jasper Hobson, el sargento y Paulina Barnett armáronse de fusiles, por pura precaución. Además, el teniente y el suboficial llevaban consigo el hacha y el cuchillo de nieve, instrumentos que no abandona jamás un buen explorador de las regiones polares.

Durante la ausencia del teniente Hobson y del sargento Long, recaía el mando del fuerte, según jerarquía militar, en el cabo Joliffe, es decir, en su mujer, y Jasper Hobson sabía perfectamente que podía tener en ésta una confianza absoluta. En cuanto a Tomás Black, no podía contarse ya con él para nada, ni aun siquiera para acompañar a los exploradores. Sin embargo, el astrónomo prometió vigilar cuidadosamente los parajes del Norte, durante la ausencia del teniente, y anotar cuantos cambios pudieran producirse, ya en el mar, ya en la orientación de la isla.

Paulina Barnett había tratado de hacer entrar en razón al pobre sabio, pero sin conseguirlo. Considerábase engañado por la Naturaleza, y no perdonaba a ésta que se hubiese burlado de él.

Después de vigorosos apretones de manos cambiados entre los expedicionarios y los que se quedaban, a guisa de despedida, Paulina Barnett y sus dos compañeros abandonaron la casa del fuerte, traspusieron la poterna y se dirigieron hacia el Oeste, siguiendo la curva prolongada que formaba el litoral desde el cabo Bathurst hasta el cabo Esquimal.

Eran las ocho de la mañana. Los oblicuos rayos del sol animaban la costa matizándola con sus dorados efluvios. El mar se serenaba lentamente. Los petreles, urías, chochas, alcas y demás aves dispersadas por la tempestad, habían vuelto por millares. Grandes bandadas de patos acudían presurosos a las orillas del lago Barnett, yendo a caer, incautos, en la cacerola de la señora Joliffe. Algunas liebres polares, martas, ratas almizcleras y armiños salían de entre los pies de los viajeros, huyendo, aunque no con demasiada precipitación. Los animales se sentían evidentemente impulsados a buscar la compañía del hombre por el presentimiento instintivo de un inmediato peligro.

—Saben perfectamente que se hallan rodeados por el mar —dijo Jasper Hobson; y que no pueden ya abandonar la isla.

—Estos roedores —preguntó Paulina Barnett—, ¿no tienen la costumbre de trasladarse hacia el Sur, antes de la llegada del invierno, en busca de otros climas más benignos?

—Sí, señora —respondió Jasper Hobson—, pero esta vez, a menos que no puedan huir a través de los campos de hielo, tendrán que permanecer presos como nosotros, siendo muy de temer que, durante la estación invernal, la mayor parte de ellos mueran de inanición o de frío.

—Me parece que estos animales nos harán el favor de alimentarnos —observó el sargento Long—; y a fe que ha sido suerte que su instinto no les haya inducido a escapar antes de la ruptura del istmo.

—Pero los pájaros sí nos abandonarían, ¿no es cierto, señor Hobson? —preguntó Paulina Barnett.

—Sí, señora —respondió Jasper Hobson—. Todos estos ejemplares de la especie de los volátiles huirán con los primeros fríos. Pueden cruzar, sin cansarse, considerables distancias, y más felices que nosotros, lograrán alcanzar la tierra firme.

—Y, ¿por qué no los utilizamos como mensajeros? —propuso Paulina Barnett.

—Es una idea excelente, señora —dijo el teniente Hobson—. Nada nos impedirá atrapar algunos centenares de estos pájaros y amarrarles al cuello un papel donde se indique el secreto de nuestra situación. Ya Juan Ross, en 1848, trató, por un medio análogo, de dar a conocer la presencia de sus buques, la

Entreprise y el Investigator, en los mares polares, a los supervivientes de la expedición de Franklin. Cogió, por medio de lazos, algunos centenares de zorras blancas, colocóles al cuello collares de latón que llevaban grabadas las oportunas indicaciones, y soltólas después en todas direcciones.

—¿Y caerían, por ventura, algunos de esos animales en manos de los náufragos? —preguntó Paulina Barnett.

—Tal vez —respondió Jasper Hobson—. En todo caso, recuerdo que una de estas zorras, ya vieja, fue capturada por el capitán Hatteras durante su viaje de exploración, y llevaba aún en el cuello un collar ya en mal estado, oculto entre su blanco pelo. Nosotros, como no nos es posible repetir el expediente con cuadrúpedos, lo haremos con estas aves.

Conversando de esta suerte y forjando proyectos para lo porvenir, los dos exploradores y su compañera seguían el litoral de la isla, sin observar en él cambio alguno. Eran siempre las mismas playas, bastante acantiladas, recubiertas de tierra y arena, las cuales no presentaban ninguna nueva fractura que hiciera sospechar que el perímetro de la isla se había modificado en época reciente. Sin embargo, era de temer que el inmenso témpano, al atravesar corrientes más cálidas, se desgastase por su base, disminuyendo, por tanto, su espesor, hipótesis que con razón inquietaba al teniente.

A las once de la mañana habían los exploradores salvado las ocho millas que los separaban del cabo Esquimal, sobre cuyo litoral encontraron vestigios del campamento que ocupara la familia de Kalumah. Las casas de nieve habían desaparecido, como es fácil suponer; mas las cenizas y los huesos de foca delataban aún el paso de los esquimales.

Paulina Barnett, Jasper Hobson y el sargento Long hicieron alto en aquel lugar, con el propósito de pasar las cortas horas de noche en la bahía de las Morsas, adonde esperaban llegar algunas horas más tarde. Almorzaron sentados sobre un pequeño cerro, cubierto de raquílica hierba. Ante sus ojos extendíase un bello horizonte de mar cuya línea destacábase con notable nitidez. Ni un iceberg, ni una vela animaban aquel inmenso desierto de agua.

—¿Le sorprendería a usted, señor Hobson, que algún buque se presentase a la vista? —preguntó Paulina Barnett.

—No me sorprendería demasiado, señora —respondió el teniente Hobson—; y, sobre todo, confieso que la sorpresa sería muy agradable. Durante la buena estación, no es raro que los balleneros de Behring se remonten hasta estas latitudes, en especial desde que el océano Ártico se ha convertido en vivero de cachalotes y ballenas. Pero estamos a 23 de julio y el verano está ya muy avanzado. Toda la flotilla pescadora se encuentra, sin duda alguna, en los presentes momentos, en el golfo de Kotzebue, a la entrada del estrecho. Los

balleneros desconfían, con razón, de las sorpresas del mar Ártico. Temen sus hielos y procuran no dejarse aprisionar por ellos. Y, ¡oh contraste!, esos icebergs, esos témpanos, ese banco de hielo que ellos tanto temen, son precisamente los que anhelamos nosotros con todo nuestro corazón.

—Ya vendrán, mi teniente —exclamó el sargento Long—; armémonos de paciencia, que, antes de un par de meses, dejarán de azotar las olas las tierras del cabo Esquimal.

—¡El cabo Esquimal! —dijo Paulina Barnett, sonriendo—; ese nombre, como todos los que hemos dado a las bahías y puntas de la península, me parece un poco aventurado. Hemos perdido ya el puerto Barnett y el río Paulina, ¿quién sabe si el cabo Esquimal y la bahía de las Morsas no desaparecerán a su vez?

—También desaparecerán, señora —dijo el teniente Hobson—, y tras ellos, la isla Victoria entera, supuesto que nada la liga ya al continente y se halla fatalmente condenada a perecer. Este resultado es inevitable, de suerte que hemos creado en balde toda una nomenclatura geográfica. Menos mal que nuestras denominaciones no habían sido aún adoptadas por la Real Sociedad, y su digno presidente, Roderico Murchison, no tendrá que hacer borrar ningún nombre de sus mapas.

—¡Sí, uno solo! —dijo el sargento.

—¿Cuál? —preguntó Jasper Hobson.

—El cabo Bathurst —respondió el sargento.

—En efecto, tiene usted razón, sargento; hay que hacer desaparecer el cabo Bathurst de la cartografía polar.

Dos horas de reposo habían bastado a los exploradores, quienes se dispusieron a proseguir su viaje a la una de la tarde.

En el momento de partir, Jasper Hobson dirigió una última mirada, desde lo alto del cabo Esquimal, al mar que les rodeaba; y, después, como no viene nada que le llamase la atención, volvió a bajar y se unió a Paulina Barnett y al sargento que le esperaban.

—Señora —preguntó a la primera—, ¿ha olvidado usted la familia de esquimales que encontramos en este lugar algo antes de terminar el invierno?

—No, señor Hobson —respondió la viajera—; por el contrario, he conservado de aquella simpática Kalumah un excelente recuerdo. Por cierto que ya no podrá cumplir la promesa que nos hizo de hacernos una visita este año en el fuerte Esperanza. Pero ¿a propósito de qué me dirige usted esa pregunta?

—Porque recuerdo un hecho, señora, al cual entonces no concedí mucha importancia, y que ahora acude a mi mente.

—¿Cuál?

—¿Se acuerda usted de aquel asombro, no exento de inquietud, de que los esquimales dieron muestras al ver que habíamos fundado una factoría en el cabo Bathurst?

—Perfectamente, señor Hobson.

—¿Se acuerda usted que hice cuanto me fue posible por comprender, por adivinar el pensamiento de aquellos indígenas, sin lograrlo?

—En efecto.

—Pues bien, ahora —dijo el teniente Hobson— me explico perfectamente todos sus aspavientos. Por tradición, experiencia u otro motivo cualquiera, conocían, sin duda, la naturaleza de la península Victoria. Sabían que no habíamos edificado sobre un terreno sólido; pero como aquel estado anómalo de cosas debía datar de muchos siglos, no han debido considerar el peligro inminente y por eso no se han explicado de un modo más categórico.

—Así debe ser, señor Hobson —respondió Paulina Barnett—; pero seguramente Kalumah ignoraba las sospechas de sus compañeros, porque, si la pobre niña hubiese estado en el secreto, no habría titubeado en decírmelo.

Acerca de este particular fue Jasper Hobson de la misma opinión que Paulina Barnett.

—¡Preciso es reconocer —dijo el sargento— que ha sido una gran fatalidad que hayamos venido a instalarnos en esta península precisamente en la época en que había de separarse del continente para navegar por los mares! Porque la verdad es, mi teniente, que hacía mucho tiempo que las cosas permanecían en este estado. ¡Tal vez siglos!

—Ya puede usted decir millares y millares de años, sargento —respondió Jasper Hobson—. Considere usted que esta tierra vegetal que pisamos ha sido traída aquí por los vientos, que esta arena ha volado hasta aquí grano a grano. ¡Considere usted el tiempo que han necesitado las simientes de pinos, abedules y madroños para germinar, multiplicarse y convertirse en arbustos y árboles! ¡Es posible que el témpano que nos sostiene y arrastra se soldase al continente aun antes de la aparición del hombre sobre la tierra!

—¡Bien podía haber esperado algunos siglos más este caprichoso témpano antes de marcharse a la deriva! —dijo el sargento Long—. Así nos hubiera evitado numerosas inquietudes y tal vez muchos peligros.

Con esta razonable reflexión del sargento terminó la pequeña plática, y los

tres exploradores reanudaron su viaje. Desde el cabo Esquimal a la bahía de las Morsas corría la costa sensiblemente de Norte a Sur, siguiendo la proyección del meridiano 127°. Por detrás divisábase, a una distancia de cuatro a cinco millas, la extremidad puntiaguda de la laguna, que reflejaba los rayos del sol, y, un poco más allá, las laderas cubiertas de bosque cuya verdura formaban marco a sus aguas.

Algunas águilas silbadoras cruzaban el firmamento atronando el espacio con el ruido de sus alas. Numerosos animales de piel fina, como martas, visones y armiños, agazapados tras las dunas u ocultos entre los raquíuticos matorrales de sauces y madroños, contemplaban confiados a los viajeros, cual si comprendiesen que no tenían que temer de ellos ningún tiro. Jasper Hobson descubría también algunos castores que erraban a la aventura, desorientados, sin duda, desde la desaparición del riachuelo. Sin cabañas donde abrigarse, ni corrientes de agua donde construir sus viviendas, estaban destinados a perecer de frío en cuanto se presentasen las grandes heladas. El sargento Long vio igualmente una banda de lobos que corría a través de la planicie.

Había, pues, motivos suficientes para creer que en la isla flotante había aprisionados animales de todas las especies polares, y que los carnívoros, cuando llegase el invierno, hananse temibles para los habitantes del fuerte, toda vez que les sería imposible ir a buscar su alimento a otros climas más templados.

Sólo los osos blancos parecían haber desaparecido de la isla, lo cual no era poca suerte; sin embargo, el sargento creyó distinguir, a través de un grupo de abedules, una enorme masa blanca que se movía lentamente; pero, después de un más detenido examen, creyó haberse equivocado. Esta parte del litoral, que confinaba con la bahía de las Morsas, era, por lo general, poco elevada sobre el nivel del mar. En determinados puntos apenas sobresalía sobre la masa líquida, de suerte que las últimas ondulaciones de las olas corrían, espumosas, sobre su superficie, como si se tratase de una extensísima playa. Era, pues, de temer que en esta parte de la isla hubiese descendido el suelo en época reciente; pero, como no existían puntos de referencia, era imposible comprobar esta modificación y determinar su importancia. Jasper Hobson arrepintiéndose de no haber establecido en los alrededores del cabo Bathurst, antes de su partida, señales que le hubiesen permitido apreciar los hundimientos, y deformaciones del litoral, y resolvió adoptar esta precaución a su regreso.

El carácter explorador de la excursión no permitía a los viajeros caminar con rapidez, pues se detenían con frecuencia a examinar el suelo, a indagar si había motivo para temer alguna fractura del litoral, teniendo que internarse a veces media milla en el interior de la isla. En ciertos puntos tuvo la precaución el sargento de clavar estacas de madera, que debían, en lo porvenir,

desempeñar el papel de jalones especialmente en los parajes más abruptos cuya solidez parecía problemática. De este modo, sería fácil reconocer los cambios que se produjesen.

No obstante, se avanzaba siempre, aunque poco, y a eso de las tres de la tarde, la bahía de las Morsas distaba sólo tres millas hacia el Sur; pudiendo desde luego Jasper Hobson hacer observar a Paulina Barnett la importante modificación que la ruptura del istmo había ya producido.

Antes, el horizonte hallábase limitado por una larga línea de alturas ligeramente arqueada, que forman el litoral de la extensa bahía de Liverpool. Ahora se hallaba formado por una línea de agua. El continente había desaparecido. La isla Victoria terminaba en un ángulo brusco, en el paraje mismo donde la fractura debió tener lugar, comprendiéndose claramente que, al doblar aquel ángulo, el mar inmenso se presentaría ante la vista, bañando la parte meridional de la isla en toda aquella línea, sólida en otro tiempo, que se extendía desde la bahía de las Morsas a la de Washburn.

Paulina Barnett contempló este nuevo aspecto no sin cierta emoción. Aunque ya se lo esperaba, su corazón latió con violencia. Buscó con la mirada aquel continente que faltaba en el horizonte, aquel continente que se encontraba ahora a más de doscientas millas de distancia, y sintió perfectamente que sus pies no se apoyaban ya en la tierra americana. Para todos los que poseen un alma sensible, es inútil insistir sobre este punto, y es justo hacer constar que Jasper Hobson y el sargento participaron de esta emoción.

Todos aligeraron el paso, con objeto de llegar cuanto antes al ángulo brusco que aún cerraba la parte Sur. El terreno se elevaba algo en aquella porción del litoral. La capa de tierra y arena era más espesa, lo que se explicaba por la proximidad de aquella parte al verdadero continente del cual formó parte la isla durante tanto tiempo. El espesor de la corteza helada y de la capa de tierra en aquellos lugares, aumentado probablemente cada siglo, demostraba por qué el istmo había resistido mientras un fenómeno geológico no provocó la ruptura. El terremoto del 8 de enero sólo había agitado el continente americano; pero la sacudida había bastado para segregar la península, entregándola a los caprichos del Océano.

Por fin, llegaron al ángulo a las cuatro de la tarde. La bahía de las Morsas, formada por una escotadura de la tierra firme, había desaparecido, por haber quedado unida al continente.

—A fe mía, señora —dijo el sargento Loflg a Paulina Barnett—, que es suerte para usted que no le hubiésemos dado su nombre a esta bahía.

—En efecto —respondió Paulina Barnett—; porque empiezo a

convencerme de que soy una madrina desgraciada en materia de nomenclatura geográfica.

UN CAMPAMENTO DE NOCHE

Así, pues, Jasper Hobson no se había equivocado en lo tocante al punto de ruptura. Era el istmo el que había cedido a las sacudidas del terremoto. No quedaba traza alguna del continente americano; volcanes y acantilados habían desaparecido al Oeste de la isla. Sólo el mar se veía por todas partes.

El ángulo producido al Sudoeste de la isla por el desgajamiento del témpano formaba en la actualidad un cabo bastante agudo que, socavado por las aguas más cálidas y expuesto a todos los choques, no podía evidentemente escapar a una destrucción bien próxima.

Los exploradores reanudaron, pues, su marcha siguiendo la línea de ruptura que corría casi recta de Oeste a Este. La sección aparecía limpia, cual si hubiese sido producida por un instrumento cortante. Podíase en ciertos puntos observar la disposición del suelo que, formado en parte de hielo y en parte de tierra y arena, emergía unos diez pies fuera del agua. Era el corte acantilado, careciendo de latitud y presentando en algunos puntos señales evidentes y frescas de desmoronamientos recientes.

El sargento Long señaló dos o tres pequeños témpanos, desprendidos de la orilla, que se iban acabando de disolver en el mar. Era evidente que en sus movimientos de resaca, el agua más templada socavaría con mayor facilidad aquel corte reciente que el tiempo todavía no había tenido lugar de revestir, como el resto del litoral, de una especie de mortero de nieve y arena. No resultaba, pues, muy tranquilizador aquel estado de cosas.

Paulina Barnett, el teniente Hobson y el sargento Long, antes de entregarse al reposo, quisieron terminar el examen de esta arista meridional de la isla. El sol no debía ocultarse hasta las once de la noche, de suerte que no les faltaría claridad. Su disco brillante arrastrábase con lentitud sobre el horizonte del Oeste, y sus oblicuos rayos proyectaban de un modo desmesurado las sombras de los exploradores ante sus propios pasos. En ciertos instantes, animábase la conversación de aquéllos, permaneciendo silenciosos después por espacio de largos intervalos, escudriñando el mar con la vista y pensando en lo porvenir.

La intención del teniente Hobson era acampar aquella noche en la bahía de Washburn. Al llegar a este punto habrían caminado aproximadamente unas dieciocho millas, es decir, la mitad de su viaje circular, si sus suposiciones eran justas. Después, tras algunas horas de reposo, cuando su compañera se

hubiese repuesto de la natural fatiga, pensaba regresar, por la orilla occidental, al fuerte Esperanza.

Ningún incidente notable hubo que señalar durante la exploración del nuevo litoral comprendido entre la bahía de las Morsas y la de Washburn. A las ocho de la noche llegó Jasper Hobson al sitio donde había resuelto acampar, encontrando allí también modificaciones análogas. De la bahía de Washburn sólo quedaba la amplia curva formada por la costa de la isla, la cual antiguamente la limitaba por el Norte, y que se extendía sin alteración y en una longitud de siete millas, hasta el cabo que había sido bautizado con el nombre de cabo Miguel. Esta porción de la isla no parecía haber sufrido lo más mínimo a consecuencia de la ruptura del istmo. Los bosques de pinos y sauces, que se extendían algo adentro, hallábanse cubiertos de verdes hojas en esta época del año. Veíanse aún gran número de animales de piel fina retozar a través de la planicie.

Los tres exploradores detuviéronse en aquel lugar, donde, si bien sus miradas se hallaban limitadas por el Norte, al menos por el Sur podían abrazar la mitad del horizonte. El sol describía un arco tan extraordinariamente abierto, que sus rayos, interceptados por los relieves del suelo, que se hacían más pronunciados hacia el Oeste, no llegaban hasta las playas de la bahía de Washburn. Pero aún no era de noche, ni aun siquiera había llegado la hora del crepúsculo, toda vez que el astro radiante no había desaparecido.

—Mi teniente —dijo entonces el sargento Long, con el tono más serio del mundo—, si en virtud de un milagro, sonase una campana ahora mismo, ¿a qué cree usted que tocaría?

—A comer —respondió Jasper Hobson—. Creo, señora, que usted será también de mi opinión, ¿no es verdad?

—Por completo —respondió la viajera—; y supuesto que, para disponernos a comer sólo tenemos que sentarnos, sentémonos. He aquí una alfombra de musgo, algo estropeada, es verdad, pero que la Providencia parece haber extendido para nosotros de intento.

Abierto el saco de las provisiones, pusiéronse a devorar un pastel de liebre, preparado por la señora Joliffe, cecina y algunas galletas.

Terminada la comida en un cuarto de hora, volvió el teniente Hobson al ángulo Sudeste de la isla, mientras Paulina Barnett permanecía sentada al pie de un raquíptico abeto, que casi no tenía ramas, y el sargento Long preparaba el campamento para pasar la noche.

Deseaba Jasper Hobson examinar la estructura del témpano que constituía la isla, y estudiar, si era posible, de qué modo se había formado. Un pequeño declive producido por un derrumbamiento permitióle descender hasta el nivel

del mar, desde donde pudo observar el acantilado que formaba el litoral.

En aquel punto, el suelo se elevaba tres pies apenas sobre el nivel del Océano. Componíase, en su parte superior, de una capa bastante delgada de tierra y arena, mezcladas con conchas reducidas a polvo. Su parte inferior consistía en un bloque de hielo duro, compacto y como metalizado, que servía de base a la tierra vegetal de la isla.

La capa de hielo sobresalía sólo un pie sobre el nivel del mar, pudiéndose distinguir de la manera más clara en aquel corte reciente las estratificaciones que dividían uniformemente el campo de hielo, las cuales parecían indicar que las heladas sucesivas que las habían formado habíanse producido en aguas relativamente tranquilas.

Sabido es que la congelación se inicia en la parte superior de los líquidos, y después, si el frío persevera, el espesor de la corteza sólida va aumentando de arriba abajo. Esto es lo que ocurre, al menos, con las aguas tranquilas. Por el contrario, en las aguas corrientes se ha observado que se forman en el fondo hielos que suben a la superficie en seguida.

Pero, por lo que respecta al témpano base de la isla Victoria, estaba fuera de duda que su congelación habíase efectuado en aguas tranquilas, habiéndose evidentemente producido de arriba abajo, siendo necesario admitir, en buena lógica, que se operaría su deshielo comenzando por su parte inferior. El témpano disminuiría de espesor cuando fuese disuelto por aguas más calientes, y entonces descendería proporcionalmente la superficie de la isla con respecto al nivel del mar.

Este era el peligro más grave.

Repetimos que Jasper Hobson había observado que la capa solidificada de la isla, el témpano propiamente dicho, elevábase tan sólo un pie aproximadamente sobre la superficie del mar. Ahora bien, es sabido que las cuatro quintas partes del volumen de cualquier hielo flotante permanecen sumergidas; es decir, que por cada pie de elevación que presente un iceberg o campo de hielo sobre la superficie del mar, tiene cuatro debajo del agua. Conviene advertir, sin embargo, que la densidad, o, si se quiere, el peso específico de los témpanos flotantes varía con su origen o manera como se han formado. Los constituidos por el agua del mar, porosos, opacos, matizados de verde o azul, según los rayos luminosos que los atraviesan, son más ligeros que los formados por el agua dulce; de suerte que sobresalen más sobre la superficie del Océano. Teniendo, pues, en cuenta que el témpano que servía de base a la isla Victoria habíase formado de agua salada, dedujo Jasper Hobson, habida consideración del peso de la capa mineral y vegetal que lo cubría, que su espesor bajo el nivel del mar debía ser de cuatro a cinco pies sobre poco más o menos. En cuanto a los diversos relieves de la isla, a sus protuberancias

y eminencias, no afectaban evidentemente más que a su superficie terrosa, debiéndose admitir, por tanto, de un modo general, que la isla errante no tenía de profundidad arriba de cinco pies.

Esta observación dio bastante que pensar a Jasper Hobson. ¡Solamente cinco pies! Y, además, aparte de las causas de disolución a que el témpano podía hallarse sometido, ¿no podría ocasionar el menor choque la ruptura de su superficie? Una violenta agitación de las aguas, producida por una tempestad, por un viento huracanado, ¿no podría provocar la dislocación del campo de hielo, su ruptura en varios témpanos y su completa descomposición? ¡Ah!, ¡el invierno, el frío, la columna mercurial helada dentro de su cubeta de vidrio! ¡He aquí lo que Jasper Hobson anhelaba con toda su alma! Sólo el terrible frío de las regiones polares, el frío de un invierno ártico podría consolidar, aumentar el espesor de la base de la isla, estableciendo al mismo tiempo una vía de comunicación entre ella y el continente.

El teniente Hobson regresó después al lugar donde se habían detenido. El sargento trabajaba en la organización de un campamento, porque no tenía intención de pasar la noche al raso, a lo que la viajera, sin embargo, no hubiera puesto reparo, y consultó al teniente su intención de cavar en el suelo una gruta de hielo que les preservaría del frío de la noche de un modo maravilloso.

—En el país de los esquimales —le dijo—, nada más natural que conducirse como ellos.

Jasper Hobson le dio su aprobación, pero recomendó que no profundizara demasiado el hielo, pues éste no debía medir arriba de cinco pies de espesor.

Long comenzó su tarea. Valiéndose del hacha y el cuchillo de nieve, practicó en la tierra una especie de corredor de pendiente suave, que iba a parar a la base de hielo, y empezó a perforar en seguida aquella masa deleznable que la tierra y arena cubrían desde muchos siglos atrás.

Una hora bastaría para construir aquella madriguera de paredes de hielo, tan propia para conservar el calor, y, por lo tanto, de una habitabilidad suficiente para pasar en ella algunas horas.

Mientras trabajaba el sargento sin descanso, comunicaba el teniente Hobson a su compañera el resultado de sus observaciones relativas a la constitución física de la isla Victoria, sin ocultarle los temores que el examen había dejado en su espíritu. El poco espesor del témpano debía provocar, según él, antes que transcurriese mucho tiempo, grietas en su superficie, y rupturas después que no era posible prever ni, por consiguiente, evitar. La isla errante podía a cada momento, o sumergirse poco a poco, por efecto de la alteración de su peso específico, o dividirse en islotes, más o menos numerosos, cuya duración debía ser necesariamente efímera. Resolvió, pues,

ordenar que los habitantes del fuerte Esperanza no se alejasen de la factoría y permaneciesen siempre reunidos en el mismo punto a fin de participar todos juntos de los mismos azares.

Estando en esta conversación, oyéronse de repente unos gritos.

Paulina Barnett y él levantáronse presurosos y escudriñaron con la vista el bosque, el mar, la llanura.

Nadie.

Los gritos, sin embargo, se hacían más angustiosos cada vez.

—¡El sargento!, ¡el sargento! —exclamó Jasper Hobson.

Y, seguido de Paulina Barnett, corrió hacia el campamento.

Apenas llegaron a la abertura anchurosa de la gruta de nieve, vieron el sargento Long, fuertemente agarrado con ambas manos al mango de su cuchillo, cuya hoja había hundido en la pared de hielo, y que pedía socorro con estentórea voz, aunque sin perder su serenidad.

No se veían más que la cabeza y los brazos del sargento. Mientras ahondaba, había cedido el piso de hielo de repente debajo de sus pies, quedando sumergido en el agua hasta la cintura.

Jasper Hobson contentóse con decirle:

—¡Agárrese usted bien!

Y, arrastrándose por la rampa, llegó al borde del agujero y tendió la mano al sargento que, apoyándose en ella, logró salir de la excavación.

—¡Dios mío, sargento Long! —exclamó Paulina Barnett—, ¿qué le ha sucedido a usted?

—Me ha sucedido, señora —respondió el sargento Long, sacudiéndose como un perro de aguas—, que el piso de hielo ha cedido bajo el peso de mi cuerpo y he tomado un baño a la fuerza.

—Pero —observó Jasper Hobson—, ¿no ha tenido usted en cuenta mi recomendación de no ahondar demasiado debajo de la capa de tierra?

—Sí, señor, mi teniente; ya puede usted mismo ver que apenas he profundizado unas quince pulgadas en el hielo; pero sin duda habría debajo alguna voluminosa ampolla, formando una especie de bóveda interior, de manera que el hielo no reposaba sobre el agua, y me he hundido como por escotillón. Si no tengo la suerte de poderme asir al mango de mi cuchillo, me hallaría a estas horas debajo de la isla, lo cual hubiera sido bastante lamentable, ¿no es cierto, señora?

—¡Muy lamentable, sargento! —respondió la viajera, tendiéndole la mano al valeroso militar.

La explicación dada por el sargento Long era exacta. En aquel punto, a consecuencia, sin duda, de algún almacenamiento de aire, o por otra causa cualquiera, el hielo había formado por su parte inferior una verdadera bóveda, y, por eso, su pared ya poco espesa, debilitada además por la labor del sargento, no había tardado en romperse bajo el peso de este último.

Esta disposición especial, que debía reproducirse, sin duda, en otros muchos puntos del campo de hielo, no era muy tranquilizadora. ¿Dónde sentar el pie en lo sucesivo con entera confianza? ¿No podía el suelo hundirse a cada paso? Y al pensar que debajo de aquella delgada capa de fierra y hielo abríanse, voraces, los abismos del Océano, ¿qué corazón no había de sentirse oprimido, por enérgico que fuese?

Entretanto, el sargento Long sin dar la menor importancia al baño que acababa de tomar, quería reanudar en otro punto sus trabajos de minero; pero, en esta ocasión, Paulina Barnett no quiso tolerarlo. Importábale muy poco el pasar una noche al raso. El abrigo del bosque vecino bastaría, lo mismo que a sus compañeros, y se opuso en absoluto a que el sargento Long reanudase su tarea. El bravo militar tuvo que obedecer y resignarse.

Establecieron, pues, el campamento a un centenar de pies de la orilla, sobre un pequeño cerro donde crecían algunos grupos aislados de pinos y abedules, cuyo conjunto no merecía ciertamente el nombre de bosque, y encendieron una buena hoguera, alimentada con ramas secas, a eso de las diez de la noche, en el momento preciso en que el sol lamía los bordes de aquel horizonte bajo el cual iba a ocultarse sólo por muy pocas horas.

El sargento aprovechó la ocasión para secarse las piernas, y conversó con el teniente hasta el momento en que el crepúsculo reemplazó a la luz del día. Paulina Barnett metía baza en la conversación de vez en cuando, tratando de hacer olvidar a Jasper Hobson sus ideas un tanto sombrías.

Aquella hermosa noche, sumamente estrellada en el cénit, como todas las noches polares, era muy a propósito para infundir tranquilidad al espíritu. El viento murmuraba a través de los abetos. El mar parecía dormir en el litoral. Apenas si alteraba la paz de su superficie alguna anchurosa ola, que venía a expirar, silenciosa, en las playas de la isla. No se oía ni un grito de ave en el aire, ni un gemido en la llanura. Sólo los chisporroteos que producían al arder las resinosas ramas de abeto, y también, de vez en cuando, el murmullo de las voces que se perdía en el espacio, turbaban el silencio de la noche, acrecentando su sublimidad.

—¡Quién diría —exclamó Paulina Barnett— que vamos navegando sobre

la superficie del océano! La verdad es, señor Hobson, que necesito hacer un gran esfuerzo para rendirme a la evidencia; porque ese mar nos parece que está inmóvil, y, no obstante, nos arrastra con irresistible poder.

—Sí, señora —respondió Jasper Hobson—, y confieso que si el fondo de nuestro vehículo fuese sólido, si la obra viva no debiese faltar, tarde o temprano, a nuestro buque, si no debiese algún día abrirse su cascarón, y si supiera, por último, a donde nos ha de llevar, me agradecería no poco navegar de esta manera a través de estos océanos.

—En efecto, señor Hobson —replicó la viajera—; ¿existe, por ventura, un medio de locomoción más cómodo y agradable que el nuestro? Navegamos sin darnos cuenta de ello. Nuestra isla se halla animada de la misma velocidad exactamente que la corriente que la arrastra. ¿No es éste un fenómeno análogo al de un globo en el aire? ¿Qué encanto no sería el poder navegar de este modo, en compañía de su casa, su jardín, su parque y hasta su propio país! Una isla errante, pero entiéndase bien, una isla verdadera, con una base sólida, insumergible, sería verdaderamente el más cómodo y maravilloso vehículo que pudiera imaginarse. La historia nos habla de jardines suspendidos en el aire; pues bien, ¿por qué, con el tiempo, no se llegará a hacer parques flotantes que puedan transportarnos a todos los países del mundo? Su colosal magnitud los haría insensibles a los movimientos del mar y nada tendrían que temer de las tempestades. ¿Quién sabe si, con vientos favorables, podría dirigírseles con colosales velas orientadas convenientemente? ¿Qué milagros de vegetación contemplarían los viajeros cuando de las zonas templadas pasasen a las tropicales! Hasta creo que, con hábiles pilotos, conocedores de las corrientes oceánicas, sería posible mantenerse en latitudes convenientemente elegidas donde se disfrutase de una eterna primavera. Jasper Hobson no podía reprimir una sonrisa al oír los ensueños de la entusiasta Paulina. La viva imaginación de aquella audaz mujer transportaba su mente a las regiones de la fantasía, cual la isla flotante arrastraba su cuerpo a través del océano de una manera insensible. Dada su situación, no había ciertamente motivo para quejarse de aquella extraña manera de cruzar los mares; pero con la condición de que la isla no amenazase a cada instante con fundirse y sepultarse para siempre en el abismo.

Llegada la noche, durmieron algunas horas. Al despertar, almorzaron con excelente apetito. El calor de una hoguera encendida con malezas reanimó sus piernas, entumecidas por el frío de la noche.

A las seis de la mañana, los tres reanudaron la marcha.

La costa, desde el cabo Miguel hasta el antiguo puerto Barnett, corría casi en línea recta de Sur a Norte, en una longitud de once millas aproximadamente, no ofreciendo ninguna particularidad ni presentando

señales de haber sufrido ninguna variación desde la ruptura del istmo. Formaba una ladera generalmente baja y poco ondulada, en la que el sargento Long, por orden del teniente, clavó algunas señales, algo apartadas de la playa, que permitirían más tarde hacerse cargo de sus modificaciones.

Jasper Hobson, con su cuenta y razón, deseaba llegar aquella misma tarde al fuerte Esperanza. Por su parte, Paulina Barnett sentía prisa por volver a ver sus compañeros y amigos, y, en las condiciones en que se hallaban, no debía prolongarse la ausencia del jefe de la factoría.

Caminaron, pues, aprisa, cortando por una línea oblicua, y, a mediodía, daban vuelta al pequeño promontorio que defendía en otro tiempo el Puerto Barnett contra los vientos del Este...

Desde allí al fuerte Esperanza había sólo ocho millas, las cuales quedaron salvadas antes de las cuatro de la tarde, siendo saludada la vuelta de los expedicionarios por los entusiastas mirras del cabo Joliffe.

DEL 25 DE JULIO AL 20 DE AGOSTO

El primer cuidado de Jasper Hobson al volver al fuerte fue preguntar a Tomás Black por el estado de la pequeña colonia. Ningún cambio había ocurrido en las veinticuatro horas últimas; mas la isla, según puso de manifiesto una nueva observación, había descendido un grado en latitud, es decir, que había bajado hacia el Sur, avanzando al mismo tiempo hacia el Oeste. Encontrábase a la altura del cabo de los Hielos, pequeña punta de la Georgia occidental, y a doscientas millas de la costa americana.

La velocidad de la corriente en aquellos parajes parecía ser algo menor que en la parte oriental del mar Ártico; pero la isla seguía desplazándose, y con gran contrariedad de Jasper Hobson, avanzaba hacia el estrecho de Behring. Corría el 24 de julio y bastaría una corriente algo rápida para arrastrarla en menos de un mes a través del estrecho de Behring hasta las cálidas aguas del Pacífico, donde se fundiría como un terrón de azúcar dentro de un vaso de agua.

Paulina Barnett dio cuenta a Madge del resultado de la exploración alrededor de la isla, indicándole la disposición de las capas estratificadas en la parte quebrada del istmo, el espesor el campo de hielo, apreciado en cinco pies bajo el nivel del mar, el incidente del sargento Long y su baño involuntario, y, en fin, todas las razones que podían provocar a cada instante la rotura o la depresión de la isla.

En la factoría reinaba, entretanto, la idea de una seguridad completa. Jamás

se le hubiese ocurrido a aquellas buenas gentes la idea de que el fuerte Esperanza flotaba sobre un abismo, y que la vida de todos sus habitantes se hallaba a cada minuto en inminente peligro. Disfrutaban de excelente salud, el tiempo era magnífico, el clima vivificante y sano, y hombres y mujeres rivalizaban en alegría y buen humor.

El pequeño Miguel medraba maravillosamente; comenzaba ya a hacer pinos por el recinto del fuerte, y el cabo Joliffe, que estaba loco con él, quería enseñarle ya el manejo del fusil y los primeros principios de la instrucción del soldado. ¡Ah!, ¡si la señora Joliffe hubiérale obsequiado con un hijo como aquél!, ¡qué gran guerrero hubiera hecho de él! Pero la interesante familia Joliffe no procreaba, y el Cielo, hasta entonces, al menos, habíales rehusado la bendición que imploraban cada día.

En cuanto a los soldados, nunca les faltaba qué hacer. El carpintero Mac-Nap y sus peones Petersen, Balcher, Garry, Pond y Hope, trabajaban con ardor en la construcción de la barca, tarea larga y difícil que debía durar varios meses. Pero como esta embarcación no podía ser utilizada hasta el verano próximo, después del deshielo, no se desatendieron por ella los trabajos más especialmente relacionados con la factoría. Jasper Hobson dejábales obrar como si la duración del fuerte estuviese asegurada por tiempo ilimitado, resuelto a mantener en sus gentes la ignorancia de su situación.

Varias veces había sido tratada esta grave cuestión por lo que podríamos llamar el estado mayor del fuerte Esperanza. Paulina Barnett y Madge no participaban, en este punto concreto, de las ideas de Hobson, pareciéndoles que sus compañeros, decididos y enérgicos, no desesperarían fácilmente; y que, en todo caso, el golpe sería más rudo cuando los peligros de la situación se hicieran tan patentes, que fuese necesario revelárselos. Pero, a pesar del valor de este argumento, no se dio por vencido Jasper Hobson, siendo el sargento Long de su mismo parecer. Y tal vez tuvieran razón ambos, porque, bien considerado, poseían la experiencia de las cosas y de los hombres.

Prosiguiéronse también los trabajos de consolidación y defensa. Reforzóse la empalizada con nuevas estacas supletorias, y se elevó en muchos puntos su altura, quedando así formado un recinto formidable. Mac-Nap llegó a ejecutar uno de los proyectos que más acariciaba y que mereció, por fin, la aprobación de su jefe. En los dos ángulos que avanzaban hacia el lago, construyó dos garitas, de techo puntiagudo, que completaron su obra, y el cabo Joliffe anhelaba que llegase el momento de efectuar en ellas el relevo de los centinelas. Esto daba al conjunto de los edificios un aspecto militar que le prestaba mayor animación.

Una vez concluida la empalizada, recordando Mac-Nap los rigores del invierno anterior, construyó, un nuevo cobertizo de madera apoyado en el

costado derecho de la casa principal, de tal suerte que podía comunicarse con él por medio de una puerta sin necesidad de aventurarse al exterior. De este modo los habitantes del fuerte tendrían siempre a mano el combustible.

Adosada al costado izquierdo, construyó el carpintero después una amplia sala destinada a alojar a los soldados, con objeto de poder quitar el camastro de campaña que había en el salón de la casa, el cual, en lo sucesivo, dedicóse exclusivamente a las comidas, los juegos y el trabajo. El nuevo alojamiento sirvió exclusivamente de habitación a los tres matrimonios, para los que se construyeron alcobas separadas, y a los otros soldados que constituían la colonia. Construyóse además un almacén especial para las pieles, detrás de la casa, cerca del polvorín, con lo que quedó desembarazado todo el desván, cuyas tablas y vigas sujetáronse por medio de grapas de hierro a fin de prevenir toda agresión.

Mac-Nap tenía intención de construir una capillita de madera. Este edificio formaba parte también de los planos primitivos de Jasper Hobson, y debía completar el conjunto de la factoría; pero se aplazó su erección para el verano inmediato.

¡Con qué cuidado, qué celo y qué actividad hubiera el teniente Hobson seguido, en otro tiempo, todos estos detalles de su establecimiento! Si hubiese sido edificado sobre un terreno sólido, ¡con qué placer habría visto aquellas casas, aquellos cobertizos, elevarse en torno suyo! ¡Y el proyecto, inútil ya, de coronar el cabo Bathurst con una obra de fortificación que hubiese asegurado la defensa del fuerte Esperanza! ¡El fuerte Esperanza! ¡Éste nombre le oprimía el corazón! El cabo Bathurst había abandonado para siempre el continente americano, y el tal fuerte hubiera debido ser rebautizado con el nombre de fuerte Desesperación.

Estos trabajos ocuparon la estación toda entera, y los brazos no permanecieron ociosos. La construcción del buque marchaba regularmente. Según los cálculos de Mac-Nap debería desplazar unas treinta toneladas, capacidad suficiente para que, a la llegada del buen tiempo, pudiese transportar unos veinte pasajeros durante algunos centenares de millas. El carpintero había tenido la suerte de encontrar algunas maderas curvadas que le permitieron colocar las primeras cuadernas de la embarcación, y bien pronto la roda y el codaste se irguieron en las extremidades de la quilla, dando aspecto de astillero a la explanada que existía al pie del cabo Bathurst, donde se ejecutaban las obras.

Mientras los carpinteros no daban paz a las hachas, las sierras y las azuelas, los cazadores dedicábanse a la captura de la caza doméstica, consistente en renos y liebres polares que abundaban en los alrededores de la factoría.

Jasper Hobson ordenó previamente a Marbre y a Sabine que no se alejaran del fuerte, dándoles por excusa que, mientras el establecimiento no se hallase terminado, no quería dejar huellas en los alrededores que pudiesen atraer a alguna partida enemiga; pero, en realidad, porque no quería que nadie sospechase los cambios que había experimentado la península.

Llegó, por fin, un día en que, preguntándole Marbre si no había llegado el momento de ir a la bahía de las Morsas con objeto de reanudar la caza de estos anfibios, cuya grasa suministraba un combustible excelente, respondióle Jasper Hobson con viveza:

—No, no; es inútil, Marbre.

El teniente sabía perfectamente que la bahía de las Morsas demoraba a más de doscientas millas al Sur, que aquellos anfibios no frecuentaban actualmente las playas de la isla.

No se crea, sin embargo, que Jasper Hobson consideraba la situación como desesperada. Lejos de ello, en más de una ocasión se había desahogado con entera franqueza, bien con Paulina Barnett, bien con el sargento Long, afirmándoles del modo más categórico que abrigaba la convicción de que la isla resistiría hasta que los fríos del invierno viniesen a un mismo tiempo a espesar la capa de hielo que la sostenía y a detener su marcha.

En efecto, después de su viaje de exploración, Jasper Hobson había trazado con toda exactitud el plano de la isla, que medía más de cuarenta millas (unos 52 kilómetros o 13 leguas) de perímetro, con una superficie de 140 millas cuadradas, por lo menos. Es decir, que la isla Victoria era un poco mayor que la de Santa Elena. Su perímetro igualaba casi al de la línea de fortificaciones de París. Aun en el caso de que se dividiesen en fragmentos, podrían éstos conservar una gran extensión que los haría habitables durante algún tiempo.

Admirábase Paulina Barnett de que un campo de hielo tuviese una superficie tan grande; pero Hobson le respondía con las observaciones mismas de los navegantes árticos. En más de una ocasión, Parry, Penny y Franklin, en sus travesías por las regiones polares, habían encontrado campos de hielo de 100 millas de longitud por 50 de ancho. El capitán Kellet abandonó su buque en un campo de hielo que no medía menos de 300 millas cuadradas. ¿Qué era, en comparación de esto, la isla Victoria?

Su extensión, sin embargo, era ya suficiente para que resistiese hasta la llegada de los fríos del invierno, antes de que las corrientes de agua templada hubiesen disuelto su base. Jasper Hobson no dudaba de ello, y es preciso confesar que el único pesar que sentía era el ver tantos trabajos inútiles, tantos esfuerzos perdidos, tantos planes deshechos, y sus ensueños frustrados cuando estaban ya a punto de realizarse. Se comprenderá fácilmente que no le

interesaran lo más mínimo los trabajos actuales, limitándose simplemente a dejar que los otros obrasen.

Paulina Barnett hacía de tripas corazón, como suele decirse. Animaba a sus compañeros en sus trabajos y aun tomaba parte en ellos como si el porvenir le hubiese pertenecido. Así, al ver el interés con que la señora Joliffe se ocupaba en sus siembras, ayudábala diariamente con sus consejos. Las acederas y las coclearias habían producido una buena cosecha, gracias al cabo, quien, con la tenacidad y el fiero continente de un verdadero maniquí, defendía las sementeras contra los obstinados ataques de millares de aves.

La domesticación de los renos se había llevado a cabo de una manera perfecta. Varias hembras habían tenido crías, y Miguelito fue criado, en parte, con leche de estos animales. El rebaño componíase a la sazón de unas treinta cabezas, y se le llevaba a pastar al cabo Bathurst, almacenándose además una buena provisión de la hierba corta y seca que crecía en sus vertientes, para las necesidades del invierno. Estos renos, familiarizados ya con los habitantes del fuerte, y muy fáciles de domesticar, no se alejaban mucho del recinto, habiéndose utilizado algunos de ellos en el tiro de los trineos para el arrastre de la leña.

Además, cierto número de sus congéneres que erraban por las cercanías del fuerte cayeron en la trampa cavada a la mitad del camino que conducía al Puerto Barnett. Recordará el lector que el año precedente había caído en esta trampa un oso gigantesco; pero durante la temporada actual sólo renos fueron cazados en ella. La carne de estos animales fue salada y secada para la alimentación futura. Cogiéronse a lo menos veinte de estos rumiantes, a quienes el invierno debería pronto acosar hacia las regiones de más baja latitud.

Pero un día, a consecuencia de la conformación del suelo, quedó inutilizada la trampa, y, el 5 de agosto, al volver el cazador Marbre de pasarle revista, encaróse con Jasper Hobson, diciéndole con acento especial:

—Vengo de pasar la revista cotidiana a la trampa, mi teniente.

—Bien, Marbre —respondió Jasper Hobson—; supongo que habrá usted sido hoy tan afortunado como ayer, y que habrá usted hallado en ella una pareja de renos.

—No, mi teniente, no —respondió el cazador algo turbado.

—¡Cómo!, ¿no ha rendido la trampa su producto acostumbrado?

—No; y si algún animal hubiese caído en ella, habría perecido ahogado.

—¡Ahogado! —exclamó el teniente, mirando al cazador con inquietud.

—Sí, mi teniente —respondió Marbre, que observaba atentamente a su jefe

—; el hoyo está lleno de agua.

—No es extraño —respondió Jasper Hobson, con el acento del hombre que no da importancia al hecho—; ya sabe usted que ese hoyo estaba abierto, en parte, en el hielo. Las paredes se habrán derretido con el calor del sol...

—Perdone usted que le interrumpa, mi teniente —respondió Marbre—; pero el agua que hay dentro del hoyo no puede provenir de la fusión del hielo.

—¿Por qué, Marbre?

—Porque si el hielo la hubiese producido, esta agua sería dulce, como en cierta ocasión me explicó usted, en tanto que la que llena el hoyo es salada.

Por muy dueño que fuese de sí mismo, Jasper Hobson palideció ligeramente y nada respondió. .

—Además —añadió el cazador—, he querido sondar el hoyo para averiguar la altura del agua, y, con gran sorpresa mía, no he podido hallarle el fondo.

—Pues bien, Marbre, ¿qué quiere usted que le diga? —respondió vivamente Jasper Hobson—; no encuentro en este fenómeno motivo para asombrarse. Alguna fractura del suelo habrá establecido una comunicación entre la trampa y el mar. Eso ocurre algunas veces... hasta en los terrenos más sólidos. No se inquiete usted, pues, amigo mío; renuncie por el momento al empleo de esa trampa, y contétese con tender lazos alrededor del fuerte.

Marbre saludó militarmente, y, girando sobre sus talones, alejóse del teniente, no sin haber dirigido a su jefe una extraña mirada.

Jasper Hobson permaneció pensativo durante algunos instantes. Era una noticia muy grave la que acababa de darle el cazador. Evidentemente, el fondo del hoyo, adelgazado de continuo por las aguas más calientes, se había hundido, formando en la actualidad la superficie del mar la parte inferior de la trampa.

Jasper Hobson buscó al sargento Long y le comunicó la noticia, y ambos, sin que los demás lo advirtiesen, trasladáronse al lugar de la playa, al pie del cabo Bathurst, donde habían colocado las señales.

Al consultarlas, vieron con la natural alarma que el nivel de la isla flotante había bajado seis pulgadas desde la última observación.

—¡Nos hundimos poco a poco! —murmuró el sargento Long—. El campo de hielo se gasta por la parte inferior.

—¡Oh, el invierno!, ¡el invierno! —exclamó Jasper Hobson, golpeando con el pie aquel suelo maldito.

Pero ningún síntoma anunciaba todavía la aproximación de los fríos. El termómetro marcaba por término medio 59° Fahrenheit (15° centígrados sobre cero), y durante las pocas horas que duraba la noche, la columna mercurial apenas si bajaba de tres a cuatro grados.

Los preparativos para la próxima internada se siguieron haciendo con gran celo. No se carecía de nada, y, a decir verdad, aunque el fuerte Esperanza no había sido aprovisionado por el destacamento del capitán Craventy, podían esperarse con toda tranquilidad las interminables horas de la noche ártica. Sólo hubo que economizar las municiones. En cuanto a las bebidas alcohólicas, cuyo consumo, por otra parte, no era grande, y a la galleta, que no podían ser reemplazadas, aun quedaban existencias bastante considerables. Pero la caza fresca y la carne conservada renovábanse sin cesar, y esta alimentación abundante y sana, a la que se agregaban algunas plantas antiescorbúticas, mantenía en excelente estado de salud a todos los miembros de la pequeña colonia.

Hiciéronse importantes talas en los bosques que bordeaban la costa oriental del lago Barnett. Numerosos abedules, abetos y pinos cayeron bajo la hacha de Mac-Nap, encargándose los renos de conducir al almacén todo aquel combustible. El carpintero talaba sin piedad, convencido de que la madera no faltaría en lo que él consideraba aún como península; y, en efecto, toda la comarca vecina al cabo Miguel era rica en diversas especies.

Por eso el maestro Mac-Nap se extasiaba con frecuencia, y solía felicitar a su teniente por haber descubierto aquel territorio bendecido por el cielo, donde el nuevo establecimiento tendría que prosperar forzosamente. Madera, caza, animales de pieles preciosas que acudían voluntariamente a llenar los almacenes de la Compañía, una laguna para pescar, cuyos productos variaban de manera agradable la comida ordinaria, pasto para los animales y doble paga para los hombres, como hubiera añadido en seguida el cabo Joliffe, ¿no era aquel cabo Bathurst un rincón privilegiado de la tierra, como no se encontraría jamás otro igual en los dominios del continente ártico? ¡Ah! verdaderamente el teniente Hobson había tenido buena mano, y era preciso dar por ello las gracias a la Providencia; porque, como aquel territorio, no debía existir ningún otro en el mundo.

¡Desdichado Mac-Nap!, ¡qué ajeno estaba de las espantosas angustias que despertaban sus palabras en el corazón de su teniente, al expresarse así!

Tampoco se descuidó en la pequeña colonia la confección de la ropa de invierno. Paulina Barnett y Madge, las señoras Mac-Nap y Rae, y la esposa de Joliffe, cuando el fogón les dejaba ratos desocupados, trabajaban asiduamente. La viajera sabía que el fuerte tendría que ser abandonado, y en previsión de una larga marcha sobre los hielos, cuando, en el corazón del invierno, tratasen

de llegar al continente americano, quería que todos fuesen perfectamente vestidos y abrigados. Tendrían que afrontar fríos terribles durante la larga noche polar, por espacio de muchos días, si la isla Victoria se detenía a gran distancia del litoral. Para atravesar centenares de millas en estas condiciones, era preciso no olvidar ni el vestido ni el calzado. Por eso Paulina Barnett y Madge pusieron sus cinco sentidos en estas confecciones.

Como probablemente sería imposible salvar las pieles, empleáronlas en todas las formas imaginables. Las cosieron en doble, de manera que los vestidos presentasen el pelo lo mismo al interior que al exterior; de suerte que, cuando llegase el momento de ponérselas, aquellas dignas esposas de unos simples soldados, y los soldados mismos, al igual que los oficiales, irían vestidos con pieles valiosísimas que les hubieran envidiado las más acaudaladas inglesas y las más opulentas princesas rusas. Sin duda causó extrañeza a las señoras Mac-Nap, Rae y Joliffe aquel inusitado derroche de las riquezas de la Compañía; pero la orden del teniente Hobson no podía ser más terminante. Por otra parte, bien veían que las martas, los visones, las ratas almizcleras, los castores y las zorras pululaban por el territorio, de suerte que sería bien fácil reemplazar las pieles que se utilizaban. Sobre todo, cuando vio la mujer de Mac-Nap el soberbio traje de armiño que Madge le hizo a su hijo, parecióle todo aquello lo más natural del mundo.

Así transcurrieron los días hasta mediados de agosto. El tiempo había sido bueno siempre; y aunque en ciertas ocasiones las brumas empañaron el cielo, el sol las había disipado con presteza.

Jasper Hobson calculaba cada día la situación de la isla, teniendo buen cuidado de alejarse del fuerte para efectuar las observaciones, a fin de no despertar las sospechas de sus compañeros. Visitaba también las diversas partes de la isla, sin que, afortunadamente, observase ninguna modificación importante.

El día 16 de agosto se encontraba la isla Victoria a 167° 27' de longitud y 70° 47' de latitud, es decir, que había derivado algo hacia el Sur, aunque sin aproximarse a la costa, pues ésta recurvaba también en la misma dirección y seguía distando aún más de doscientas millas de ella, en dirección Sudoeste.

En cuanto al camino recorrido por la isla desde la ruptura del istmo, o por mejor decir, desde el último deshielo, podía ya calcularse en unas mil doscientas millas hacia el Oeste.

Pero ¿qué era esta distancia comparada con la inmensidad de los mares? ¿No se habían visto ya a ciertos buques derivar, bajo la acción de las corrientes, varios miles de millas, como, por ejemplo, el navío inglés Resolute, el bergante americano Advance y, por último, el Fox, que fueron arrastrados con los campos de hielo que los aprisionaban por espacio de varios grados,

hasta el instante en que el invierno detúvolos en su marcha?

DIEZ DÍAS DE TEMPESTAD

Durante los cuatro días comprendidos entre el 17 y el 20 de agosto, el tiempo se mantuvo hermoso y la temperatura elevada. Las brumas del horizonte no se trocaron en nubes. Era raro que la atmósfera se mantuviese en semejante estado de pureza en una zona tan elevada en latitud. Se comprenderá fácilmente que tales condiciones climáticas no podían satisfacer a Jasper Hobson.

Pero el 21 de agosto el barómetro anunció un cambio próximo del estado atmosférico. La columna de mercurio bajó súbitamente algunos milímetros. Volvió a subir, no obstante, al día siguiente, y a descender después, y hasta el día 23 no acentuó el descenso de una manera continua.

En efecto, el 24 de agosto, los vapores acumulados lentamente, en vez de disiparse, se elevaron hacia la atmósfera. El sol quedó velado por completo en el instante de su culminación, de suerte que Jasper Hobson perdió la observación y no pudo calcular la situación de la isla. Al día siguiente entablóse el viento del Nordeste, soplando con bastante fuerza, y, en ciertos recalmones, llovió con abundancia. La temperatura, no obstante, no hubo de modificarse de una manera sensible, sosteniéndose el termómetro en 54° Fahrenheit (12° centígrados sobre cero).

Afortunadamente, los trabajos proyectados estaban ya concluidos, y Mac-Nap acababa de terminar el esqueleto de la embarcación, faltando sólo forrarla. Podía también, sin ningún inconveniente, suspenderse la caza de los animales comestibles, por ser ya suficientes las reservas acumuladas. El tiempo, por otra parte, se hizo pronto tan malo, y el viento tan violento y la lluvia tan penetrante, y las nieblas tan intensas, que hubo que renunciar a salir del recinto del fuerte.

—¿Qué piensa usted de este cambio de tiempo, señor Hobson? —preguntó Paulina Barnett, en la mañana del 27 de agosto, viendo que el furor de la tempestad crecía de hora en hora—. ¿No nos será favorable?

—No me atrevería a afirmarlo —respondió el teniente Hobson—; pero no le negaré que cualquier cosa es mejor para nosotros que ese tiempo magnífico durante el cual el sol calienta las aguas de los mares. Además, observo que el viento se ha fijado al Noroeste, y, como sopla con fuerza, nuestra isla, por su masa misma, no puede substraerse a su influencia; de manera que no me extrañaría que se acercase al continente americano.

—Por desgracia —dijo el sargento Long—, no podremos calcular nuestra situación diariamente. En medio de esta atmósfera de brumas no hay sol, ni luna, ni estrellas. ¡Cualquiera es capaz de tomar una altura en estas condiciones!

—Tiene usted razón, sargento —respondió Paulina Barnett—; pero yo le garantizo que si nos aparece la tierra sabremos reconocerla. Cualquiera que ella fuese será bien recibida, pues tendrá necesariamente que ser una porción cualquiera de la América rusa, y probablemente la Georgia occidental.

—Es de presumir, en efecto —añadió Jasper Hobson—; porque, por desgracia nuestra, no hay en toda esta porción del océano Glacial Ártico ni una isla, ni un islote, ni aun siquiera una roca a la cual pudiéramos asirnos.

—¡Bah! —dijo Paulina Barnett—, ¿y por qué nuestro vehículo no nos habría de llevar derechamente a la costa de Asia? ¿No podría, por ventura, arrastrado por las corrientes, pasar por delante de la embocadura del estrecho de Behring para ir a soldarse al país de los Chukchis?

—No, señora, no —respondió el teniente Hobson—; nuestro témpano tropezaría bien pronto con la corriente de Kamchatka, y sería arrastrado en seguida hacia el Nordeste, lo cual sería muy sensible. No; es mucho más probable que, impelidos por el viento del Noroeste, nos aproximemos a las costas de la América rusa.

—Será preciso estar alerta, señor Hobson —dijo la viajera—; hacer todo lo posible por conocer en todo instante cuál es nuestra situación.

—Estaremos alerta, señora —respondió Jasper Hobson—; aunque esas densas brumas limitan de manera extraordinaria el campo de nuestra visión. Por más que, si somos arrojados contra la costa, el choque será violento y habremos de sentirlo irremisiblemente. ¡Quiera el Cielo que entonces nuestra isla no se rompa en pedazos! Pero, en fin, si tal ocurre, trataremos de buscarle solución. Entretanto, nada podemos hacer. Inútil es advertir que esta conversación no tenía lugar en la sala común, donde la mayor parte de los soldados y las mujeres se hallaban instalados durante las horas de trabajo. Paulina Barnett hablaba de estas cosas en su propia habitación, cuya ventana daba a la parte anterior del recinto, y por cuyos opacos vidrios apenas si penetraba la insuficiente luz del día. Por la parte de fuera se oía pasar la borrasca a manera de avalancha. Afortunadamente, el cabo Bathurst defendía la casa contra las rachas del Nordeste. Sin embargo, la tierra y la arena, arrebatadas de la cúspide del promontorio, caían sobre el techo produciendo un ruido semejante al del granizo. Mac-Nap sintió otra vez inquietud por sus chimeneas, y muy en especial por la de la cocina, que debía funcionar incesantemente. A los rugidos del viento mezclábanse los espantosos estruendos producidos por las embravecidas olas al estrellarse contra el litoral.

La tempestad se convertía en huracán.

A pesar de la violencia del viento, Jasper Hobson, el 28 de agosto, quiso a toda costa subir al cabo Bathurst, a fin de observar el horizonte y el estado del cielo y del mar. Arropóse perfectamente y se aventuró al exterior.

Llegó sin grades trabajos, después de atravesar el patio interior, al pie del promontorio. La tierra y la arena cegábanle; pero, al menos, protegido por el acantilado, no tuvo que luchar directamente con el viento.

Lo más difícil para Jasper Hobson fue trepar por los flancos del macizo cortados casi a pico; sin embargo, asiéndose a las malezas, logró llegar hasta la cresta del cabo. Era tal en aquel punto la fuerza del huracán, que no hubiera podido sostenerse ni de pie ni sentado; tuvo, pues, que echarse de bruces, al borde del mismo veril, y que agarrarse a los arbustos, no dejando expuesta a las huracanadas rachas más que la parte superior de la cabeza.

Jasper Hobson se puso a mirar a través de las rociadas que pasaban por encima de él cual sábanas líquidas. El aspecto del océano y del cielo era verdaderamente terrible, contundiéndose ambos entre las nieblas a media milla del cabo. Veía el teniente negros nubarrones, bajos y desgarrados, correr sobre su cabeza con velocidad espantosa, en tanto que anchas fajas de vapores permanecían inmóviles en el cénit. Sobrevenían por momentos intensos recalmones en la atmósfera, durante los cuales sólo se oía el estruendo del mar embravecido y el estrépito de las olas al reventar en las playas. En seguida volvía a soplar el viento con un furor sin igual, y sentía el teniente Hobson temblar sobre su base el promontorio. En algunos instantes la lluvia era tan violentamente empujada por las rachas, que sus gotas corrían con vertiginosa rapidez casi horizontalmente, formando una especie de metralla.

Era un verdadero huracán cuyo vórtice se hallaba situado en el punto más desfavorable del cielo. Aquel viento Nordeste podía durar mucho tiempo, manteniendo perturbada la atmósfera. Pero Jasper Hobson no exhalaba una queja; él, que en otras circunstancias hubiera deplorado los desastrosos efectos de semejante tempestad, la bendecía ahora. Si la isla resistía, lo cual era de esperar, sería inevitablemente empujada hacia el Sudoeste bajo el impulso de aquel viento superior al de las corrientes del mar, y en esta dirección se hallaba el continente, que era la salvación. Sí; para él, para sus compañeros, para todos era preciso que la tempestad durase hasta el momento en que los arrojara a la costa, cualquiera que ésta fuese. Lo que hubiera causado la pérdida de un buque era la salvación de la isla errante.

Durante un cuarto de hora permaneció Jasper Hobson inclinado bajo la violencia del huracán, empapado por los rociones de agua dulce y del mar, agarrándose al suelo con las ansias del que se siente ahogar y tratando de descubrir las probabilidades de salvación que la tempestad podía

proporcionarles. Después, bajó de nuevo, deslizándose por las laderas del promontorio, atravesó el patio en medio de los torbellinos de arena, y entró otra vez en la casa.

El primer cuidado de Jasper Hobson fue anunciar a sus compañeros que la tempestad no había alcanzado aún su máxima intensidad, y que era de esperar que se prolongase por espacio de varios días. Pero el teniente dijo esto con acento de júbilo, como si se tratase de alguna buena noticia, y los habitantes de la factoría no pudieron menos de mirarle con cierta sorpresa. Su jefe parecía contemplar con regocijo aquella lucha de los elementos.

El día 30, Jasper Hobson, desafiando de nuevo el huracán, volvió, si no a la cresta del cabo Bathurst, a los altozanos de la playa; y allí, en el límite adonde llegaban las olas, que la barrían de través, descubrió unas hierbas largas que no pertenecían a la flora de la isla.

Dichas hierbas estaban todavía frescas, y se hallaban constituidas por largos filamentos de algas que, sin duda de ningún género, habían sido recientemente arrancadas del continente americano. Este continente, pues, no se encontraba muy lejos. El viento del Nordeste había empujado la isla fuera de la corriente que hasta entonces la arrastrara en su seno. ¡Ah!, ¡no fue mayor el gozo que Cristóbal Colón sintió en su pecho cuando descubrió las hierbas flotantes que le anunciaron la proximidad de la tierra!

Jasper Hobson volvió al fuerte y dio parte en seguida de su descubrimiento a Paulina Barnett y al sargento Long. En aquellos instantes, sintió ganas de confesárselo todo a sus compañeros. ¡Tan segura veía su salvación! Pero le hizo al fin callar un postrer pensamiento.

Durante aquellos interminables días de encierro, los habitantes del fuerte no permanecían inactivos, ocupados todo el tiempo en trabajos interiores. A veces practicaban también canalizos en el patio a fin de dar salida a las aguas que se acumulaban entre los almacenes y la casa. Mac-Nap, con un clavo en una mano y un martillo en la otra, tenía siempre algo que hacer en algún sitio. Se trabajaba, pues, todo el día sin preocuparse demasiado de la violencia de la tempestad. Pero, llegada la noche, parecía que la violencia del huracán se redoblase, siendo imposible dormir. Las rachas azotaban la casa como golpes de maza. Á veces se establecía una especie de remolino entre el promontorio y el fuerte; algo así como una tromba o un tornado parcial que abarcaba toda la casa. Las tablas crujían entonces, las vigas amenazaban desligarse y parecía que todo el edificio iba a hacerse pedazos. Por eso el carpintero sufría continuas angustias, y sus hombres tenían que permanecer siempre alerta.

En cuanto a Jasper Hobson, no era precisamente la solidez de la casa lo que le preocupaba, sino la del suelo sobre el cual se hallaba construida. La tempestad se hacía tan extraordinariamente violenta, y la mar tan imponente,

que era muy de temer una dislocación del campo de hielo. Parecía imposible que aquel enorme témpano, cuyo espesor había disminuido, socavado por su base, sometido a las incesantes desnivelaciones del océano, pudiera resistir mucho tiempo. Sin duda sus habitantes no sentían las agitaciones del mar, a consecuencia de la gran magnitud de su masa; mas no por eso la isla dejaba de sufrir sus efectos. La cuestión se reducía, pues, a esto: ¿duraría la isla hasta el momento en que fuese arrojada a la costa? ¿No se haría pedazos antes de tocar la tierra firme?

Sin duda alguna había resistido hasta entonces, como el teniente Hobson explicó a Paulina Barnett de un modo categórico. En efecto; si se hubiese producido alguna dislocación, si el témpano se hubiera dividido en otros más pequeños, si de la isla se hubiesen formado islotes más reducidos, los habitantes del fuerte Esperanza se habrían dado cuenta de ello en seguida; porque el trozo de isla que los sostenía aún, no hubiera permanecido insensible a la agitación del mar; habría sufrido los embates de las olas, y los que navegaban en él se habrían visto sometidos a los mismos movimientos de balance y cabezada que los pasajeros que navegan a bordo de un buque; cosa que no había ocurrido. Tampoco el teniente Hobson había advertido jamás en sus observaciones cotidianas ni el más leve movimiento o vibración de la isla, la cual parecía tan firme, tan inmóvil como si se encontrase todavía sólidamente unida al continente por medio del istmo.

Pero la fractura que no se había verificado hasta entonces podía tener lugar de un momento a otro.

La gran preocupación de Jasper Hobson era el saber si la isla Victoria, sacada del cauce de la corriente e impelida por el viento del Nordeste, se había aproximado a la costa, pues todas las esperanzas estribaban en esta probabilidad; pero fácil es comprender que sin sol, sin luna, sin estrellas, los instrumentos resultaban inútiles, no existiendo manera de calcular la situación actual de la isla. Si, pues, se aproximaban a la tierra, no habría medio de averiguarlo más que cuando se avistasen sus costas, y ni aun así podría saberlo a tiempo el teniente, si no se trasladaba a la parte meridional de aquel peligroso territorio, a menos que no se produjese un gran choque.

En efecto, la orientación de la isla Victoria no había cambiado de una manera apreciable. El cabo Bathurst formaba todavía su extremo septentrional, como en los tiempos en que constituía una punta avanzada del continente americano. Era, pues, evidente que la isla, en caso de tropezar con la costa, lo haría por su parte Sur, comprendida entre el cabo Miguel y el ángulo que en otro tiempo se apoyaba en la bahía de las Morsas. En una palabra, que la reunión se verificaría nuevamente por el antiguo istmo. Era, pues, esencial y conveniente averiguar lo que ocurría en esta costa.

Jasper Hobson resolvió trasladarse al cabo Miguel, por espantosa que fuese la tempestad; pero decidió al mismo tiempo emprender esta expedición ocultando a sus compañeros el verdadero motivo de ella. Sólo el sargento Long debería acompañarle mientras rugía el huracán con inusitada furia.

Aquel día, 31 de agosto, hacia las cuatro de la tarde, a fin de estar dispuesto a toda eventualidad, Jasper Hobson mandó llamar al sargento, que vino a verlo a su cuarto.

—Sargento —le dijo—, es preciso que sepamos en seguida a qué atenernos sobre la situación de la isla Victoria, o, por lo menos, que averigüemos si este viento huracanado la ha impulsado hacia el continente, como me parece probable.

—También yo lo considero necesario —respondió el sargento—, y cuanto más pronto, mejor.

—Tenemos la obligación, por lo tanto —prosiguió Jasper Hobson—, de trasladarnos al Sur de la isla.

—Dispuesto estoy, mi teniente.

—Ya sé, sargento Long, que está usted siempre dispuesto a cumplir con su deber; pero no iré usted solo. Conviene que seamos dos para caso de que estuviese la tierra a la vista y fuese preciso avisar a los compañeros con urgencia. Además, conviene que yo mismo vea... Iremos los dos juntos.

—Cuando usted lo disponga, mi teniente: ahora mismo, si lo estima usted oportuno.

—Partiremos esta noche, a las nueve, cuando todos estén dormidos...

—En efecto, la mayor parte de nuestros hombres querrían acompañarnos, y no conviene que sepan el motivo que nos lleva lejos de la factoría.

—No; no conviene —replicó el teniente Hobson—; y, como me sea posible, les evitaré hasta el fin las inquietudes de esta terrible situación.

—Convenido, mi teniente.

—Llevará usted un eslabón y yesca para poder hacer señales, si fuese necesario, en el caso en que descubriésemos alguna costa hacia el Sur.

—Muy bien.

—Nuestra expedición será ruda, sargento.

—No importa, mi teniente. Y, a propósito, ¿y nuestra viajera?

—No pienso decirle nada, porque querría acompañarnos.

—¡Eso sería imposible!, ¡una mujer no podría luchar contra esta

tempestad! ¡Mire usted cómo crece su furia en este momento!

En efecto, la casa temblaba sacudida por el huracán, que amenazaba arrancarla de patilla.

—¡No! —dijo Jasper Hobson—, esa valerosa mujer no puede ni debe acompañarnos. Pero, bien pensado, vale más comunicarle nuestros proyectos. Conviene que los conozca, a fin de que si nos ocurriera en el camino una desgracia...

—¡Sí, mi teniente, sí! —respondió el sargento Long—. No debemos ocultarle nada... y si no volviésemos...

—Así, pues, hasta las nueve, sargento.

—Hasta las nueve, mi teniente.

El sargento Long, después de saludar militarmente, retiróse.

Algunos instantes después conversaba Jasper Hobson con Paulina Barnett, explicándole su proyectada exploración. Como él ya se temía, la valerosa mujer insistió en acompañarle, deseosa de desafiar con él las furias de la tempestad. El teniente no trató de disuadirla ponderándose los peligros de una expedición emprendida en semejantes condiciones, sino que se contentó con decirle que, durante su ausencia, consideraba indispensable la presencia de Paulina Barnett en el fuerte, dependiendo de ello el que él pudiera marcharse con alguna tranquilidad de espíritu. Si ocurriera una desgracia, tendría al menos la seguridad de que su valerosa compañera encontraría allí para reemplazarle en medio de su gente.

Comprendiéndole Paulina Barnett, no insistió; pero suplicó a Jasper Hobson que no se aventurase más de lo razonable, recordándole que era el jefe de la factoría, y que, por consiguiente, no le pertenecía su vida, por ser necesaria para la salvación de los otros. Jasper Hobson prometiéndole ser tan prudente como la situación lo exigía; pero era indispensable que el reconocimiento de la parte Sur de la isla se hiciera í sin demora, y no lo aplazaría. Al día siguiente, Paulina Barnett se limitaría a decir a sus amigos que el teniente y el sargento habían partido con objeto de llevar a cabo un postrer reconocimiento antes de la llegada del invierno.

UN GRITO Y UNA LUZ

El teniente y el sargento Long pasaron la velada en el salón del fuerte Esperanza hasta la hora de acostarse. Todos se hallaban reunidos en dicha pieza, a excepción del astrónomo, que permanecía, por decirlo así, continua y

herméticamente encerrado en su camarote. Los hombres se dedicaban a diversas ocupaciones: los unos limpiaban sus armas, los otros reparaban o afilaban sus herramientas. Las señoras Mac-Nap, Rae y Joliffe cosían en compañía de Madge, mientras Paulina Barnett leía en alta voz. Su lectura se veía interrumpida con frecuencia, no sólo por los embates del viento, que azotaba, cual ariete, las paredes de la casa, sino también por los llantos del niño. El cabo Joliffe, encargado de entretenerlo, no tenía pequeña tarea. Sus rodillas, convertidas en fogosos caballos, no eran ya suficiente y se sentía cansado. Fue preciso que el cabo se decidiese a depositar sobre la mesa su infatigable jinete, donde el niño revolcóse a su gusto hasta el momento en que el sueño vino a calmar su agitación.

A las ocho, según era costumbre, rezaron en común las oraciones de la noche, apagaron las luces y cada cual metióse en su cama.

Cuando se durmieron todos, el teniente Hobson y el sargento Long atravesaron sin ruido la gran sala desierta, y llegaron al corredor, donde encontraron ya a Paulina Barnett, deseosa de estrecharles por última vez la mano.

—Hasta mañana —dijo al teniente.

—Hasta mañana, señora —respondióle Jasper Hobson—, sí... hasta mañana... sin falta...

—Pero ¿y si tardan ustedes?

—En ese caso, tendrán ustedes que esperarnos con paciencia —respondió el teniente Hobson—; porque después de examinar el horizonte del Sur durante la obscuridad de la noche, en medio de la cual pudiera tal vez descubrirse alguna luz, en el caso de que nos hubiésemos aproximado a las costas de Georgia, por ejemplo, tendré que reconocer nuestra situación de día claro. Es posible que esta exploración se prolongue por espacio de veinticuatro horas; pero si podemos llegar al cabo Miguel antes de medianoche, estaremos de regreso en el fuerte mañana al anochecer. Tenga usted, pues, paciencia, señora, y crea que no nos expondremos sin un fin justificado.

—Pero —observó la viajera—, ¿y si no regresasen ustedes mañana... ni pasado... ni el otro...?

—¡Será señal de que no volveremos jamás! —respondió simplemente Jasper Hobson.

La puerta abrióse entonces, y Paulina volvió a cerrarla después de haber salido los dos intrépidos hombres, regresando después, inquieta y pensativa, a su cuarto, donde le esperaba Madge.

Jasper Hobson y el sargento Long atravesaron el patio interior en medio de

un torbellino que amenazaba derribarles; pero, sosteniéndose el uno al otro y apoyados en sus bastones herrados, franquearon la poterna y avanzaron entre las colinas y la orilla oriental de la laguna.

Un vago resplandor crepuscular se extendía sobre el territorio. La luna, que había sido nueva la víspera, no debía salir en toda la noche, dejando a ésta todo su sombrío horror; pero la obscuridad absoluta no debía durar sino contadas horas. En aquel preciso momento, se veía lo bastante para poder avanzar.

Pero ¡qué viento y qué lluvia! El teniente Hobson y su compañero llevaban los pies calzados con botas impermeables y sus cuerpos cubiertos con capotes encerados, fuertemente sujetos a la cintura, y cuyos capuchones les envolvían por completo la cabeza. Protegidos de este modo, marchaban rápidamente, pues el viento, que recibían de espaldas, empujábales con extremada violencia; y en algunos momentos, era tanta la fuerza de las rachas, que les hacía correr contra su voluntad. No podían, sin embargo, cambiar sus impresiones; pues, ensordecidos con el estruendo de la tempestad, no hubieran logrado entenderse.

No tenía Jasper Hobson intención de seguir el litoral, cuyas irregularidades hubieran alargado inútilmente su camino, exponiéndoles además al embate directo de las rachas del huracán. Su propósito era marchar en línea recta, caso de serles posible, desde el cabo Bathurst hasta el cabo Miguel, habiéndose provisto al efecto de una brújula para poder orientarse. De esta suerte, sólo tendría que franquear unas diez u once millas para alcanzar su objetivo, y contaba con llegar al término de su viaje próximamente a la hora en que el crepúsculo se extinguiría por completo por espacio de dos horas apenas, durante las cuales quedaría toda la Naturaleza sumida en la obscuridad.

Jasper Hobson y su sargento, encorvados por la fuerza del viento, con el espinazo arqueado, la cabeza encogida entre los hombros, y apoyándose en sus bastones, avanzaban con bastante rapidez. Mientras caminaron por la orilla oriental del lago, no recibieron el viento de pleno, y no tuvieron que padecer demasiado. Las colinas y los árboles que coronaban a éstas les abrigaban en parte. Silbaba el viento con sin igual violencia a través de la enramada, amenazando romper o descuajar algún tronco mal asegurado; pero, al pasar, perdía gran parte de su fuerza. La lluvia misma llegábales ya reducida a polvo impalpable; de suerte que, durante cuatro millas, viéronse los exploradores menos maltratados por los elementos de lo que hubieran podido temer.

Cuando llegaron a la extremidad meridional de la línea de colinas, donde el suelo, completamente liso, sin el más pequeño cerro ni arboleda de ninguna clase, era barrido por el viento del mar, detuviéronse un instante. Tenían que recorrer aún seis millas antes de llegar al cabo Miguel.

—¡Esto va a ser algo duro! —gritó el teniente Hobson al oído del sargento Long.

—Sí —respondió este último—; el viento y la lluvia se van a coligar contra nosotros.

—Temo que de vez en cuando les ayude también el granizo —añadió el teniente Hobson.

—Siempre será menos mortífero que la metralla —replicó filosóficamente el sargento Long—. Pero lo mismo usted que yo, mi teniente, la hemos desafiado muchas veces; desafiemos también los elementos. ¡Adelante sin vacilación!

—¡Adelante, bizarro soldado!

Eran entonces las diez. Empezaban a extinguirse los últimos fulgores del crepúsculo, cual si los ahogase la niebla o los apagase la lluvia o el viento; sin embargo, todavía se notaba una cierta luz difusa. El teniente golpeó con su eslabón el trozo de pedernal, consultó la brújula, paseando por su superficie la yesca encendida, y después, encerrado herméticamente en su capote, cuyo capuchón sólo dejaba paso a los rayos visuales, se lanzó, seguido del sargento, a través del espacio descubierta, no protegido por el más insignificante obstáculo.

En el primer instante, fueron ambos derribados; pero se levantaron en seguida, y, apoyándose el uno contra el otro y encorvados como dos ancianos, comenzaron a andar con acelerado paso.

Soberbio era el espectáculo que en su magnífico horror ofrecía la tempestad. Grandes jirones de brumas desgarradas barrían la superficie del suelo. La arena y la tierra volaban, como metralla, y por la sal que se adhería a sus labios, comprendieron el teniente y el sargento que el agua del mar, que distaba dos o tres millas lo menos, llegaba pulverizada hasta ellos.

Durante ciertos recalmones, bien raros y cortos por cierto, deteníanse a respirar. El teniente rectificaba entonces el rumbo, lo mejor que le era posible, calculando de un modo aproximado el camino recorrido, y reanudaban la marcha.

Pero la tempestad arreciaba con la noche. Los dos elementos, aire y agua, parecían estar absolutamente confundidos. Formaban en las regiones bajas del cielo una de esas formidables trombas que derriban edificios y descuajan bosques enteros, y de las que a cañonazos tienen que defenderse los buques. Parecía que el océano, arrancado de su lecho, iba a pasar todo entero por encima de la isla errante. Jasper Hobson no podía explicarse cómo el témpano que les soportaba, sometido a semejante cataclismo, podía resistir; cómo no se

había roto ya en cien pedazos bajo la acción de las olas. La marejada debía ser formidable, y el teniente la oía rugir desde lejos. En aquel instante, el sargento, que le precedía algunos pasos, detúvose de repente, y, acercándose al teniente Hobson, y hablándole al oído con voz entrecortada le dijo:

—¡Por ahí no!

—¿Por qué?

—¡El mar!...

—¡Cómo!, ¿el mar? Pero si no hemos llegado a la playa del Sudoeste.

—Mire usted, mi teniente.

Y en efecto, una gran extensión de agua advertíase a la sombra y las olas se estrellaban con violencia a los pies de Jasper Hobson.

Entonces este último encendió otro trozo de yesca y consultó de nuevo la brújula.

—No —dijo—; el mar está más a la izquierda. Aun no hemos atravesado el gran bosque que nos separa del cabo Miguel.

—Pero, entonces...

—Es que la isla se ha roto —respondió el teniente Hobson, quien como su compañero, había tenido que echarse sobre el suelo, para resistir la borrasca—. O una enorme porción de la isla se ha separado de ella, o se trata tan sólo de una simple escotadura que podremos rodear. ¡En marcha, pues!

Jasper Hobson y el sargento Long dirigiéronse hacia la derecha, siguiendo el perfil que dibujaban las aguas espumosas. Caminaron así durante unos diez minutos, temiendo hallar cortada toda comunicación con la parte meridional de la isla. Después cesó el ruido de la resaca que se unía al estruendo de la tempestad.

—Se trata solamente de una escotadura —dijo el teniente Hobson al oído del sargento—. ¡Vamos a dar la vuelta!

Y de nuevo se dirigieron hacia el Sur, exponiéndose a un peligro terrible, como ninguno de los dos ignoraba; pues aquella parte de la isla Victoria en la que se aventuraban ahora, dislocada ya en una gran extensión, podía separarse de ella de un momento a otro. Si la grieta se prolongaba más bajo la acción del mar enfurecido, se los llevaría irremisiblemente a la deriva. Pero no titubearon y se lanzaron en la obscuridad, sin siquiera pensar si al regreso hallarían el camino cortado.

¡Qué de inquietantes pensamientos asaltaban entonces al teniente Hobson! ¿Podría, en lo sucesivo, abrigar la esperanza de que la isla tirase hasta el

invierno? ¿No sería aquello el comienzo de la temida fractura? Si el viento no la empujaba hacia la costa, ¿no estaba condenada a perecer dentro de poco tiempo?, ¿a hundirse?, ¿a disolverse? ¡Qué espantosa perspectiva y qué suerte esperaba a los desdichados habitantes de aquel campo de hielo!

Entretanto, abatidos y quebrantados por el viento, aquellos dos hombres enérgicos, a quienes sostenía la conciencia de un deber que tenían que cumplir, caminaban sin detenerse, y llegaron por fin al veril del anchuroso bosque que terminaba en el cabo Miguel. Entonces se trataba de cruzarlo a fin de llegar lo más pronto posible al litoral. Jasper Hobson y el sargento Long internáronse, pues, en la espesura, en medio de la más profunda obscuridad y del estruendo que el viento producía al pasar a través del arbolado. Todo crujía en torno de ellos. Las ramas desgajadas azotábanles el rostro. A cada instante corrían el riesgo de perecer aplastados por la caída de un árbol, o de estrellarse al tropezar con los troncos derribados que no podían distinguir en la sombra.

Mas ya no caminaban al azar, pues los rugidos del mar guiaban sus pasos a través de la selva. Oían el pesado caer de las olas, que reventaban con espantoso estrépito, y en más de una ocasión sintieron que el suelo, evidentemente adelgazado ya, temblaba al recibir sus impetuosos choques. Por fin, agarrados de la mano, para no extraviarse, cayendo y levantándose, llegaron al margen opuesto del bosque.

Pero allí un torbellino horrible separólos violentamente, y fueron ambos a estrellarse contra el suelo.

—¡Sargento!, ¡sargento! —gritó Jasper Hobson.

—¡Presente, mi teniente! —gritó el sargento Long.

Y arrastrándose los dos por la tierra, trataron de reunirse.

Parecía, sin embargo, que una mano poderosa mantenía los adosados a la tierra. Por fin, después de inauditos esfuerzos, lograron de nuevo reunirse, y, con objeto de evitar cualquier separación ulterior, atáronse por la cintura uno al otro; hecho lo cual, arrastráronse sobre el suelo con el fin de llegar a un montículo que dominaba un pequeño grupo de abetos. Una vez llegados a él, cavaron un orificio en el cual se agazaparon rendidos y agotados por completo. Eran las once y media de la noche. Jasper Hobson y su compañero permanecieron así por espacio de varios minutos, sin pronunciar una sola palabra. Con los ojos medio cerrados, no podían moverse; una especie de torpeza, de irresistible somnolencia apoderóse de ellos, en tanto que la borrasca sacudía sobre sus cabezas los abetos que crujían cual los huesos de un esqueleto. Lograron, sin embargo, sobreponerse al sueño, y algunos tragos de aguardiente, tomados de la cantimplora del sargento, infundiéronles nuevos bríos.

—¡Con tal de que estos árboles aguanten! —exclamó el teniente Hobson.

—¡Y con tal de que nuestro agujero no se vaya con ellos! —añadió el sargento Long, procurando empotrarse en la movediza arena.

—En fin —dijo Jasper Hobson—, puesto que ya estamos aquí, a algunos pasos solamente del cabo Miguel, y puesto que hemos venido para observar, observemos. Tengo una especie de presentimiento de que no nos encontramos ya muy lejos de la tierra firme; pero esto no deja de ser más que un presentimiento.

En la posición que ocupaban, las miradas del teniente y de sus compañeros habrían abrazado las dos terceras partes del horizonte del Sur, si hubiera estado visible. Pero, en aquel momento, la obscuridad era absoluta, y, a menos que no apareciese una luz, tendrían precisión de esperar la llegada del día para descubrir la costa, en caso de que el huracán los hubiese empujado hacia el Sur lo suficiente.

Ahora bien, como el teniente Hobson había dicho ya a Paulina Barnett, las pesquerías no son raras en la parte de la América septentrional denominada Nueva Georgia. En esta costa hay también numerosos establecimientos en los cuales recogen los indígenas dientes de mamuts, porque estos parajes ocultan numerosos esqueletos de estos monstruosos animales antediluvianos, reducidos al estado fósil. Algunos grados más abajo elevase Nuevo Arcángel, centro de administración que abarca todo el archipiélago de las Aleutinas, y capital de la América rusa. Pero los cazadores frecuentan más asiduamente las playas del océano Glacial, sobre todo desde que la Compañía de la Bahía de Hudson ha tomado en arriendo los territorios de caza explotados antiguamente por Rusia.

Jasper Hobson, aunque desconocía el país, no ignoraba las costumbres de los agentes que lo visitaban en esta época del año, teniendo fundados motivos para creer que encontraría allí compatriotas, quién sabe si hasta colegas, o al menos alguna partida de los indios nómadas que suelen recorrer el litoral.

Pero ¿tenía Jasper Hobson motivos para esperar que la isla Victoria hubiese sido impelida hacia la costa?

—Sí, y cien veces sí —le respondió al sargento—. Hace ya siete días que sopla el viento Nordeste con fuerza huracanada. Bien sé yo que la isla es muy baja; pero tiene también sus colinas y sus bosques que hacen las veces de velas. Además, el mar que nos sostiene experimenta también esta influencia, y es bien cierto que las grandes olas corren hacia la costa. Me parece, pues, imposible que no hayamos abandonado la corriente que nos arrastraba hacia el Oeste, para dirigirnos al Sur. La última vez que nos situamos nos hallábamos sólo a doscientas millas de tierra, y al cabo de siete días...

—Todos sus raciocinios de usted son exactos, mi teniente —respondió el sargento Long—. Además de la ayuda del viento, contamos con la de Dios, que no permitirá que tantos infelices perezcan, y en Él cifro mi esperanza.

El estruendo de la tempestad hacía que se perdieran muchas de las palabras de Hobson y el sargento. Sus miradas trataban de penetrar las espesas sombras de la noche, cuya negra obscuridad aumentaba la cerrazón. Pero ni un solo punto luminoso brillaba en las tinieblas.

A eso de la una y media de la madrugada calmóse el huracán durante algunos minutos. Sólo el mar, furiosamente desencadenado, no pudo refrenar sus espantosos rugidos. Las olas reventaban las unas sobre las otras con una violencia extrema.

De repente asió Jasper Hobson del brazo a su compañero, exclamando:

—¡Oiga usted, sargento...!

—¿Qué?

—¿El ruido del mar?

—Sí, mi teniente —respondió el sargento Long, escuchando con más atención—; hace algunos instantes me parece que ese estruendo de las olas...

—No es el mismo... ¿no es cierto, sargento?... Escuche usted... escuche usted... es como el ruido de unas rompientes... como si las olas se estrellasen contra unas piedras... Jasper Hobson y el sargento escucharon con extremada atención. No era ya evidente el ruido sordo monótono de las olas que chocan entre sí, sino el atronador estruendo de las grandes masas líquidas, lanzadas contra un cuerpo duro, que los ecos de las rocas repercuten; y sabido es que no había una sola piedra en todo el litoral de la isla, formado de tierra y arena, sustancias bien poco sonoras.

¿Se habían equivocado Jasper Hobson y el sargento? Este último trató de levantarse para poder oír mejor; pero fue derribado por el viento, que soplaba de nuevo con inusitada violencia. El recalmón había cesado y los silbidos del huracán no dejaban oír los rugidos del mar.

Juzgúese la ansiedad de los dos observadores, que se agazaparon de nuevo en su agujero, dudando si abandonarían prudentemente aquel abrigo; porque sentían desmoronarse la arena y crujir hasta las raíces del grupito de abetos. Pero no cesaban de mirar hacia el Sur. Toda su vida se hallaba reconcentrada en sus ojos que trataban de penetrar aquellas espesas tinieblas que los primeros resplandores del alba no tardarían ya mucho en disipar.

De repente, un poco antes de las dos y media de la madrugada, exclamó el sargento Long:

—Me parece haber visto...

—¿Qué?

—¡Una luz!

—¿Una luz?

—¡Sí!... ¡allí!, ¡en esta dirección!

Y el dedo del sargento señalaba el Sudoeste. .

¿Se había equivocado? No; porque el teniente Hobson, al mirar en la misma dirección, vio también un resplandor indeciso.

—¡Sí! —exclamó—; ¡sí, sargento!, ¡una luz!, ¡ya tenemos ahí la tierra!

—¡A menos que no sea la luz de algún buque!

—¡Un buque en el mar con este tiempo! —exclamó Jasper Hobson—. ¡Imposible! ¡No!, ¡no! ¡Le repito que tenemos ahí la tierra, a pocas millas de distancia de nosotros!

—Pues bien, hagamos una señal.

—Sí, sargento; ¡respondamos a esta luz del continente con otra de nuestra isla!

Pero ni Jasper Hobson ni el sargento disponían de antorcha alguna para poderla encender. Sin embargo, encima de ellos se alzaban los abetos resinosos que el huracán retorcía.

—¡El eslabón, sargento! —dijo el teniente Hobson.

El sargento encendió un trozo de yesca, y, trepando por la arena, llegó hasta el pie del grupito de árboles. El teniente no tardó en reunirse a él. No faltaba leña seca. Amontonáronla sobre las raíces mismas de los abetos, prendieronle fuego, y, con la ayuda del viento, no tardó en comunicarse la llama al bosque entero.

—¡Ah! —exclamó Jasper Hobson—, ¡puesto que los hemos visto, deben vernos a nosotros también!

Los abetos ardían con lívido resplandor y proyectaban una gran llama fuliginosa, cual una enorme antorcha. La resina chisporroteaba en aquellos viejos troncos que fueron rápidamente consumidos. Oyéronse bien pronto las últimas crepitaciones, y todo se apagó.

Jasper Hobson y el sargento Long miraron si algún nuevo fuego respondía a la señal que habían hecho...

Pero nada. Durante diez minutos aproximadamente observaron, con la

esperanza de volver a descubrir aquel punto luminoso que había brillado un instante, y desesperaban ya de volver a ver ninguna otra señal, cuando, repentinamente, se oyó un grito bien distinto, un grito desesperado, que procedía del mar.

Jasper Hobson y el sargento, presas de terrible ansiedad, deslizáronse hasta la playa...

El grito no volvió a oírse.

Entretanto, empezaba a amanecer. Parecía que la violencia de la tempestad amainaba con la reaparición del sol. Pronto fue la claridad suficientemente intensa para que la mirada pudiese escudriñar el horizonte...

No había tierra alguna a la vista. El mar y el cielo seguían confundiéndose en una sola línea que formaba el horizonte.

UNA EXCURSIÓN DE PAULINA BARNETT

Durante toda la mañana, Jasper Hobson y el sargento Long anduvieron recorriendo toda aquella parte del litoral. El tiempo se había modificado de una manera notable, cesando casi por completo la lluvia; pero el viento, con una brusquedad extraordinaria, acababa de rolarse al Sudoeste, sin que disminuyera su violencia; circunstancia fatal que hizo que Jasper Hobson renunciase desde entonces a toda esperanza de alcanzar la tierra firme, toda vez que alejando a la isla de la costa americana, empujaría hacia las peligrosas corrientes que se dirigen hacia el norte del océano Glacial.

Pero ¿había motivos para afirmar que la isla se había aproximado al continente americano durante aquella noche terrible? ¿Tratábase solamente de un presentimiento del teniente Hobson, que no se había realizado? La atmósfera estaba entonces bien clara, descubría la mirada un radio de muchas millas, y, no obstante, no se veía la menor apariencia de tierra. ¿No sería preciso recurrir a la hipótesis del sargento, y suponer que un buque había pasado la noche precedente a la vista de la isla, que se había distinguido desde ésta alguna de sus luces, y que el grito que oyeron había sido lanzado por algún marinero en un momento de angustia? Y este buque, ¿no habría naufragado durante la tempestad?

En todo caso, y cualquiera que fuese la causa, no se veía casco alguno en el mar ni restos del naufragio en las playas. El océano, barrido ahora por el viento de tierra, hervía en olas enormes que difícilmente hubiera podido sortear ningún buque.

—Mi teniente —dijo el sargento Long—, aquí no hay más remedio que tomar una resolución decisiva.

—Sí —respondió Jasper Hobson—, tiene usted razón, sargento; y esta resolución no puede ser otra que permanecer en la isla, esperando la llegada del invierno, que es el único que puede salvarnos.

Era entonces mediodía, y Jasper Hobson, que deseaba llegar antes de oscurecer al fuerte Esperanza, emprendió con su compañero el viaje de regreso al cabo Bathurst, ayudados por el viento que recibían por la espalda. Sentían gran inquietud, temerosos de que la isla se hubiese acabado de dividir en dos partes durante, aquella desenfrenada lucha de todos los elementos. La grieta observada la víspera, ¿no se habría prolongado en toda su amplitud? ¿No se hallarían ahora separados de sus amigos? ¡Todo era de temer!

No tardaron en llegar a la selva que habían atravesado la víspera. Gran número de árboles yacían sobre la tierra, tronchados unos por el tronco, arrancados otros de raíz de aquella tierra vegetal cuyo ligero espesor no les ofrecía un punto de apoyo suficiente. Los que quedaban en pie, privados de sus hojas por el huracán, crujían ruidosamente azotados por el viento del Sudoeste.

Dos millas después de atravesar este devastado bosque llegaron los exploradores al borde de la grieta cuyas dimensiones no les había permitido reconocer la obscuridad de la víspera, y la examinaron con cuidado. Tratábase de una fractura de unos cincuenta pies de ancho que cortaba el litoral a la mitad aproximadamente del camino que iba del cabo Miguel al antiguo Puerto Barnett, la cual formaba una especie de estuario que se internaba en la isla por espacio de más de milla y media. Cada vez que una nueva tempestad viniese a agitar el mar, la grieta tendría que abrirse más y más.

Habiéndose acercado a la orilla Jasper Hobson, vio que un enorme témpano se desgajaba en aquel preciso instante de la isla y se alejaba de ella.

—¡Ese!, ¡ése es el peligro! —murmuró el sargento Long.

Ambos retrocedieron entonces con rápido paso hacia el Oeste a fin de contornear la enorme grieta, y, a partir de aquel momento, dirigiéronse directamente hacia el fuerte Esperanza.

Durante todo el camino, no observaron ningún otro cambio. A las cuatro franqueaban la poterna del recinto, encontrando a todos sus compañeros dedicados a sus habituales tareas.

Díjoles Jasper Hobson que, por última vez antes de la llegada del invierno, había querido ver si encontraba algunas huellas del convoy prometido por el capitán Craventy; pero que sus pesquisas habían resultado estériles.

—Me parece, mi teniente —dijo Marbre—, que es preciso renunciar, al menos por este año, a ver a nuestros compañeros del fuerte Confianza.

—También yo lo creo así, Marbre —respondió simplemente Jasper Hobson, y entró en la sala común.

En seguida enteró a Paulina Barnett de los hechos más notables de la exploración: la luz que percibieron sus ojos, y el grito que escucharon sus oídos, aseguraronle que ni su sargento ni él habían sido víctimas de una alucinación. La luz había sido vista realmente y el grito oído sin género alguno de duda. Por fin, tras muchas reflexiones, todos fueron de opinión de que un buque en situación apurada había pasado durante la noche a muy corta distancia de la isla; pero que ésta no se había aproximado al continente americano.

Entretanto, el viento del Sudoeste despejó rápidamente el firmamento y limpió de vapores la atmósfera, lo cual hizo concebir al teniente la esperanza de poder hallar al día siguiente la situación de la isla.

En efecto; la noche fue más fría y cayó una nieve menuda que cubrió por completo la superficie de la isla. Al siguiente día al levantarse, pudo Jasper Hobson dar la más cordial bienvenida a este primer síntoma del invierno.

Era el 2 de septiembre. El cielo despejóse poco a poco de las brumas que lo empañaban, e hizo el sol su aparición. El teniente, que lo esperaba con ansia, efectuó a mediodía una buena observación de latitud, y, a eso de las dos de la tarde, calculó un ángulo horario que le dio la longitud. El resultado de sus observaciones fue el siguiente: Latitud: 70° 57'. Longitud: 170° 30'.

Así, pues, a pesar de la violencia del huracán, la isla errante habíase mantenido, aproximadamente, en el mismo paralelo; sólo que la corriente habíala arrastrado algo más hacia el Oeste. Hallábase en aquellos momentos tanto avante con el estrecho de Behring, pero a 400 millas, lo menos, al norte del cabo Oriental y del cabo del Príncipe de Gales, que formaban la parte más angosta del estrecho.

La nueva situación era aún más grave. La isla se aproximaba cada día más a aquella gran corriente de Kamchatka que, si la envolvía en sus rápidas aguas, podía llevarla muy lejos hacia el Norte. Era evidente que antes de muy poco tiempo se decidiría su destino: o quedaría inmóvil entre las dos corrientes contrarias, hasta que se solidificase el mar en torno suyo, o iría a perderse en las soledades de las regiones hiperbóreas.

Jasper Hobson, extraordinariamente afectado, pero queriendo ocultar sus inquietudes, entró solo en su cuarto y no se dejó ver en todo el resto del día. Con los planos ante la vista, hizo un llamamiento supremo a todo su talento, a toda su ingeniosidad e inventiva con objeto de hallar alguna solución.

La temperatura bajó algunos grados más durante aquel día, y las brumas, que a la caída de la tarde habíanse elevado por encima del horizonte, por la parte Sudoeste, cayeron convertidas en nieve durante la noche inmediata. A la mañana siguiente, la capa de nieve alcanzaba una altura de dos pulgadas. El invierno se aproximaba al fin.

Aquel día, 3 de septiembre, resolvió Paulina Barnett recorrer, alejándose algunas millas, la porción del litoral que se extendía entre el cabo Bathurst y el cabo Esquimal, deseosa de examinar los cambios que la tempestad hubiera podido producir durante los días precedentes. Si le hubiese propuesto al teniente que la acompañase en aquella exploración, éste lo hubiera hecho sin duda, sin titubear un momento; pero, no queriendo arrancarle de sus preocupaciones, decidióse a partir sin él, llevando consigo a Madge.

No había, por otra parte, que temer ningún peligro. Los únicos animales realmente temibles, que eran los osos, parecían haber abandonado toda la isla en la época del terremoto; de suerte que bien podían dos mujeres, sin que ello constituyese imprudencia, arriesgarse por los alrededores del cabo para hacer una excursión que sólo debía durar algunas horas.

Madge aceptó sin reparo de ninguna especie la proposición de Paulina Barnett, y ambas, sin decírselo a nadie, a las ocho de la mañana, armadas con un simple cuchillo para cortar nieve, y provistas de cantimplora y morral, dirigiéronse hacia el Oeste, después de haber bajado las cuevas del cabo Bathurst.

Ya el sol se arrastraba lánguido por encima del horizonte, pues sólo se elevaba algunos grados en su culminación; pero sus oblicuos rayos eran claros, penetrantes, y fundían aún la ligera capa de nieve en ciertos sitios directamente expuestos a su disolvente acción.

Numerosísimas aves volaban en grandes bandadas, animando el litoral, atronando con sus gritos el espacio, y pasando sucesivamente del mar a la laguna, y al contrario, según se lo dictaba el capricho.

Paulina Barnett pudo entonces observar cuánto abundaban en los alrededores del fuerte Esperanza los animales de pieles preciosas, tales como los armiños, las martas, las zorras y las ratas almizcleras. La factoría hubiera podido abarrotar sin gran trabajo todos sus almacenes. Pero ahora, ¿con qué objeto?

Aquellos inofensivos animales, comprendiendo que no los cazarían, acercábanse sin temor hasta el pie de la empalizada, familiarizándose cada vez más con la presencia del hombre. Su instinto les había enseñado, sin duda, que se hallaban prisioneros en la isla, lo mismo que sus habitantes, y que la misma suerte les esperaba a todos.

Lo más extraño era, y Paulina Barnett se hubo de fijar en ello, que Marbre y Sabine, aquellos dos empedernidos cazadores, obedecían, sin tener que violentarse, las órdenes del teniente, que les había prohibido atacasen en absoluto a los animales de pieles valiosas, no pareciendo experimentar el menor deseo de descargar sus escopetas sobre ellos. Es cierto que las zorras y otros varios animales no habían echado aún el pelo del invierno, lo cual disminuía su valor de una manera notable; pero este motivo no bastaba para explicar la extraordinaria indiferencia de los dos cazadores.

Mientras que caminaban a buen paso Paulina Barnett y Madge, hablando de su extraña situación, observaban atentamente el pequeño cantil de arena que formaba la playa. Los desgastes que el mar había causado recientemente en ella eran bien visibles por cierto. Los últimos desmoronamientos dejaban ver, de trecho en trecho, fracturas nuevas perfectamente reconocibles. La playa, descarnada en ciertos parajes, había descendido de una manera alarmante, y ahora, las amplias olas extendíanse por donde la ribera, acantilada antes, les había ofrecido hasta entonces una insuperable barrera. Era evidente que se habían hundido algunas porciones de la isla, sobresaliendo ahora apenas sobre la superficie del mar.

—Mira, querida Madge —dijo Paulina Barnett, mostrando a su compañera vastas extensiones de terreno sobre el cual corrían las olas, desplegándose—, nuestra situación ha empeorado durante esta funesta tempestad. No hay duda de que el nivel de la isla desciende en general. Nuestra salvación es, de aquí en adelante, sólo cuestión de tiempo. ¿Llegara el invierno suficientemente de prisa? En eso consista todo.

—El invierno llegará, hija mía —respondió Madge con su inquebrantable confianza—. Hace ya dos noches que nieva; el frío empieza a fraguarse allá arriba, en el cielo, y, creo firmemente que es Dios quien nos lo envía.

—Tienes mucha razón, Madge, hay que tener confianza. Nosotras, las mujeres, que no buscamos la razón física de las cosas, no debemos desesperar en circunstancias en que desesperarían tal vez los hombres instruidos. Esto es una ventana. Por desgracia, Jasper Hobson no puede razonar como nosotras. Conoce la razón de los hechos, reflexiona, calcula, mide el tiempo que nos falta y le veo muy en peligro de perder toda esperanza.

—Sin embargo, es un hombre enérgico, un corazón animoso —respondió Madge.

—Sí —añadió Paulina—, y nos salvará sin duda, si es que nuestra salvación depende todavía de los hombres.

A las nueve, Paulina Barnett y Madge habían recorrido una distancia de cuatro millas lo menos. Varias veces se vieron obligadas a abandonar la línea

del litoral e internarse algo en la isla, a fin de contornear ciertas porciones bajas del terreno invadidas ya por las olas. En algunos lugares se hallaban señales del mar a más de media milla, debiendo ser en ellos en extremo reducido el espesor del campo de hielo. Era, pues, de temer que cediese en varios puntos, y que, a consecuencia de esta fractura, se formasen nuevas calas y bahías en el litoral.

Observó Paulina Barnett que, a medida que se alejaba del fuerte Esperanza, disminuía de una manera notable el número de animales de pieles valiosas, los cuales se consideraban, sin duda, más seguros en las proximidades del hombre, a quien tanto temían antes, y por eso se agrupaban voluntariamente en los alrededores de la factoría.

Por lo que respecta a las fieras a quienes el instinto no hubiese inducido a abandonar la isla cuando todavía era tiempo, debían ser muy escasas. Sin embargo, Paulina Barnett y Madge divisaron algunos lobos que erraban a lo lejos, en la llanura, salvajes carnívoros a quienes el peligro común no parecía haber amansado aún. Pero, lejos de acercarse, huyeron despavoridos, desapareciendo bien pronto detrás de las colinas meridionales del lago.

—¿Qué será de estos animales, presos como nosotros en la isla, y qué harán cuando, al llegar el invierno, se les acabe la comida y se encuentren hambrientos? —dijo Madge.

—¡Hambrientos! —repitió Paulina Barnett—; no pienses eso, Madge. Por esta parte, bien puedes estar tranquila, que nada tendremos que temer de ellos. Por lo tanto, no tenemos que temer sus agresiones. ¡No! ¡El peligro no es éste! El peligro está en este frágil suelo que nos sustenta, que se hundirá, que puede hundirse bajo nuestros pies a cada instante. Mira, Madge; ¡fíjate cómo avanza el mar en este punto hacia el interior de la isla! Ya cubre una parte considerable de esta llanura, que sus aguas, relativamente cálidas todavía, socavarán a la vez por encima y por debajo. Si los fríos no lo evitan, dentro de poco tiempo el mar se habrá unido al lago, y nos quedaremos sin él, como ya nos quedamos sin puerto y sin riachuelo.

—¡Pero, si tal ocurriese —dijo Madge—, sería verdaderamente una irreparable desgracia!

—¿Por qué, Madge? —preguntó Paulina Barnett, mirando a su compañera.

—¡Por qué ha de ser! Porque nos veríamos privados en absoluto de agua dulce —respondió Madge.

—¡Ah! no nos faltará el agua dulce; tranquilízate, Madge. La lluvia, la nieve, el hielo, los icebergs del océano, el suelo mismo de la isla que nos sostiene... ¡todo eso es agua dulce! No, no; te lo repito; el peligro no es éste.

A eso de las diez, Paulina Barnett y Madge encontrábanse a la altura del cabo Esquimal; pero a dos millas, lo menos, hacia el interior de la isla, porque les había sido imposible seguir el litoral, profundamente carcomido por las olas. Las dos mujeres, un tanto fatigadas por el efecto de un viaje alargado por tantos rodeos, resolvieron descansar unos instantes antes de emprender el camino de regreso al fuerte Esperanza. En aquel lugar existía un bosquecillo de abedules y madroños que coronaba un cerro de escasa elevación. Un montículo guarnecido de amarillento musgo, cuya exposición directa a los rayos del sol había desembarazado de nieves, ofrecía un paraje a propósito para descansar.

Paulina Barnett y Madge sentáronse una al lado de la otra, al pie del grupo de árboles; abrieron el zurrón y repartieron como hermanas su frugal contenido.

Media hora más tarde, Paulina Barnett, antes de emprender el camino de la factoría, propuso a su compañera llegar hasta el litoral, con objeto de reconocer el estado actual del cabo Esquimal. Deseaba saber si aquella punta avanzada había resistido o no los embates de la tempestad. Madge se mostró dispuesta a acompañar a su hija a donde quisiese, pero le hizo observar que las separaba del cabo Bathurst una distancia de ocho a nueve millas, y que no convenía que su ausencia despertase inquietudes en el teniente Hobson.

Paulina Barnett, no obstante, impulsada, sin duda, por un secreto presentimiento, insistió en su deseo, e hizo perfectamente, como se verá bien pronto. Después de todo, la satisfacción de aquel sencillo capricho no podría prolongar arriba de media hora la duración de su ausencia.

Paulina Barnett y Madge levantáronse, pues, y dirigieron hacia el cabo Esquimal.

Pero aún no habían avanzado siquiera un cuarto de milla, cuando la viajera, deteniéndose de improviso, mostró a Madge unas huellas perfectamente regulares y claramente impresas en la nieve. Eran tan recientes, que no podían datar de más de nueve o diez horas, pues, de lo contrario, la nevada de la noche anterior las habría evidentemente recubierto.

—¿Qué animal ha pasado por aquí? —preguntó Madge.

—No ha sido un animal —le respondió Paulina Barnett, agachándose para examinar mejor las huellas—. Todo animal que camina sobre cuatro patas deja huellas muy diferentes de éstas. Fíjate, Madge; estas pisadas son idénticas, se comprende en seguida que pertenecen a un ser humano.

—Pero ¿quién puede haber pasado por aquí? —respondió Madge—. Ninguno de los habitantes del fuerte se ha alejado de él, y, supuesto que nos hallamos en una isla... Debes engañarte, hija mía... Pero, en fin, sigamos

estas huellas y veamos adonde nos conducen.

Paulina Barnett y Madge reanudaron la marcha, observando atentamente las pisadas.

Cincuenta pasos más lejos detuviéronse de nuevo.

—¡Espera... —dijo la viajera, deteniendo a su compañera—, fíjate bien y dime si estoy equivocada! Junto a las huellas y en un lugar en que la nieve había sido recientemente aplastada por un cuerpo pesado, se veía con entera claridad la impresión de una mano.

—¡Una mano de mujer o de niño! —exclamó Madge.

—Sí —respondió Paulina Barnett—, una mujer o una niña han debido caer en este sitio, rendidos de dolor y de cansancio, completamente agotados... Después, se ha levantado quien fuese, y ha reanudado su marcha... Mira cómo siguen las huellas... más allá existen nuevas señales de caídas...

—Pero ¿quién puede ser? —insistió Madge.

—¿Lo sé yo, por ventura? —respondió Paulina Barnett—. Tal vez algún ser desdichado, preso como nosotros desde hace cuatro meses en la isla. Quizá también algún náufrago arrojado por la tempestad a la playa... Acuérdate de la luz y del grito de que nos han hablado el sargento y el teniente... Ven, ven, Madge, tal vez podamos salvar a algún infortunado...

Y Paulina Barnett arrastró a su compañera a lo largo de aquella dolorosa vía, impresa sobre la nieve, sobre la que no tardó en descubrir gotas de sangre.

«¡Tal vez podamos salvar a algún infortunado!», había dicho la compasiva y valerosa mujer. ¿Había olvidado, acaso, que en aquella isla, medio socavada por las aguas, y destinada a hundirse, más tarde o más temprano, en las profundidades del océano, no había salvación para otros ni para ella?

Las huellas existentes en el suelo dirigíanse hacia el cabo Esquimal. Paulina Barnett y Madge seguíanlas atentamente; más bien pronto multiplicáronse las manchas de sangre y desaparecieron las huellas, quedando sólo un sendero irregular trazado sobre la nieve. A partir de aquel momento, la víctima, sin fuerzas para tenerse de pie, había proseguido su camino arrastrándose, con ayuda de los brazos y las piernas, dejando detrás de sí trozos de sus vestiduras, consistentes en fragmentos de varias pieles.

—¡Vamos!, ¡vamos! —repetía Paulina Barnett, cuyo corazón latía con extraordinaria violencia.

Madge la seguía. El cabo Esquimal sólo distaba ya quinientos pasos. Veíasele emerger de la mar y dibujarse sobre el fondo del cielo; pero estaba desierto.

Evidentemente, las huellas seguidas por las dos mujeres iban a parar al cabo. Paulina Barnett y Madge, corriendo sin cesar, siguiéronlas hasta el fin, sin hallar absolutamente nada. Pero, al pie mismo del cabo, en la base del montículo que lo formaba, torcían a la derecha y trazaban un sendero hacia el mar.

Paulina Barnett dirigióse a la carrera en esta dirección; pero, en el momento de desembocar en la playa, Madge, que la seguía y lo examinaba todo con inquieta mirada, retúvola con la mano.

—¡Detente! —le dijo en voz baja.

—¡No, Madge, no! —exclamó Paulina Barnett, a quien una especie de instinto impulsaba a su pesar.

—¡Detente, hija mía, y mira! —respondió Madge, reteniendo con mayor vigor aún a su compañera.

A cincuenta pasos del cabo Esquimal, en el mismo veril de la playa, agitábase una masa blanca, lanzando formidables gruñidos.

Era un oso polar de gigantesca talla. Las dos mujeres, inmóviles, contempláronlo con espanto. El gigantesco animal giraba alrededor de una especie de fardo de pieles que yacía sobre la nieve; levantólo después, dejólo caer en seguida, y lo olió repetidas veces. Cualquiera hubiera dicho que aquel bulto era el cuerpo inanimado de una morsa.

Paulina Barnett y Magde no sabían qué pensar, ni si deberían seguir avanzando, cuando, en uno de los movimientos impresos por el animal a aquel cuerpo, cayósele el capuchón que le cubría la cabeza, dejando al descubierto una hermosa cabellera negra.

—¡Una mujer! —exclamó Paulina Barnett, queriendo lanzarse hacia la desdichada, ansiosa de saber si estaba viva o muerta.

—¡Detente! —repitió Madge, reteniéndola—. ¡Detente! ¡No le causará ningún mal!

El oso, efectivamente, miraba con atención el cuerpo, contentándose con girar en torno de él, sin pensar en despedazarlo con sus formidables garras. Después se alejaba de él y volvía a aproximarse de nuevo. Parecía dudar acerca de la conducta que debería seguir. No había visto a las dos mujeres que le observaban con terrible ansiedad.

De repente sintióse un crujido. El suelo experimentó una especie de trepidación, y se hubiera podido creer que el cabo Esquimal se hundía todo entero en el agua.

Era un enorme trozo de isla que se desgajaba de la costa, un vasto témpano

cuyo centro de gravedad habíase desplazado a consecuencia de una alteración de su peso específico, y que se marchaba a la deriva, llevándose consigo al oso y el cuerpo de la mujer. Paulina Barnett lanzó un grito terrible y quiso lanzarse hacia el témpano antes que se alejase demasiado.

—¡Detente!, ¡detente, hija mía! —repitió con frialdad Madge, estrechando a su compañera con mano convulsa.

Al ruido producido por la ruptura del témpano, el oso había retrocedido de repente, y, lanzando un gruñido formidable, abandonó su presa y se precipitó hacia el lado de la playa, de la que le separaba ya una distancia de unos cuarenta pies; después, como despavorido, dio la vuelta al islote marchando a carrera abierta, arañó con sus garras el suelo, hizo volar en torno suyo la nieve y la arena, y volvió en seguida a la vera del inanimado cuerpo.

Entonces, con gran estupefacción de ambas mujeres, cogió por los vestidos el cuerpo, suspendiólo de sus fauces, se aproximó al borde del témpano inmediato a la orilla de la isla, y precipitóse en el mar.

Vigoroso nadador, cual son todos sus congéneres de las regiones polares, llegó en pocos momentos a la playa de la isla, y depositó en ella el cuerpo que traía en la boca.

Paulina Barnett no pudo contenerse, y, sin pensar en el peligro de encontrarse frente a frente con el feroz carnívoro, escapóse de las manos de Madge y se lanzó hacia la playa.

Al verla venir el oso, alzóse sobre sus patas traseras y vino derecho hacia ella. Sin embargo, a diez pasos de distancia, se detuvo; sacudió su enorme cabeza, y después, como si hubiese perdido su ferocidad natural bajo la influencia de aquel terror que parecía haber metamorfoseado toda la fauna de la isla, volvió grupas, lanzó un sordo gruñido, y marchóse tranquilamente hacia el interior, sin volver la vista siquiera.

Paulina Barnett corrió inmediatamente hacia el cuerpo que yacía tendido sobre la nieve.

Un grito de terror escapóse de su pecho.

—¡Madge! ¡Madge! —exclamó.

Madge aproximóse entonces y contempló aquel cuerpo inanimado.

¡Era el cuerpo de la joven esquimal Kalumah!

AVENTURAS DE KALUMAH

¡Kalumah, en la isla flotante, a doscientas millas del continente americano!
¡Parecía increíble!

Pero, ante todo, ¿respiraba aún la infeliz? ¿Había medio de volverle a la vida? Paulina Barnett entreabrió los vestidos de la joven esquimal, pareciéndole que su cuerpo no estaba frío del todo. Escuchóle el corazón, y advirtió que latía, aunque fuese muy débilmente. La sangre derramada por la infeliz mujer procedía de una herida, relativamente leve, que se había causado en la mano. Madge comprimió la herida con su propio pañuelo, deteniendo así la hemorragia.

Al mismo tiempo, Madge, arrodillada cerca de Kalumah, y apoyada sobre ella, había levantado la cabeza de la joven indígena, y, a través de sus labios entreabiertos, consiguió introducirle algunas gotas de aguardiente, bañándole después la frente y las sienes con un poco de agua fría.

Transcurrieron algunos minutos. Ni Paulina Barnett ni Madge osaban pronunciar una palabra. Ambas esperaban, presas de terrible ansiedad, porque la poca vida que quedaba a la esquimal podía a cada momento extinguirse.

Pero un ligero suspiro escapóse del pecho de Kalumah. Sus manos se agitaron débilmente, y, aun antes de que se abriesen sus ojos y pudiese reconocer a la que le prodigaba tan exquisitos cuidados, murmuró estas palabras:

—¡Señora Paulina! ¡Señora Paulina!

La viajera se quedó estupefacta al oír pronunciar su nombre en aquellas circunstancias. ¿Acaso había venido Kalumah voluntariamente a la isla errante, sabiendo que encontraría en ella a la europea cuyas bondades no había podido olvidar? Pero ¿cómo lo había sabido, y cómo había podido llegar a la isla Victoria, situada a tan enorme distancia de toda tierra? ¿Cómo, en fin, había podido adivinar que aquel inmenso témpano se llevaba lejos del continente a Paulina Barnett y a todos sus compañeros del fuerte Esperanza? Todo esto resultaba verdaderamente inexplicable.

—¡Vive y vivirá! —exclamó Madge, que sentía, bajo su mano, volver el calor y el movimiento a aquel pobre cuerpo desfallecido.

—¡Pobre criatura! —murmuraba Paulina Barnett con el corazón enternecido—. ¡Y pronunciar mi nombre en el momento de morir!

Pero entonces los ojos de Kalumah se entreabrieron. Su mirada, vaga e indecisa aún, brilló bajo sus párpados. De repente animáronse sus ojos, porque se habían posado sobre los de la viajera. Un instante había visto Kalumah a Paulina Barnett; pero le había bastado. La joven indígena había reconocido a «su bondadosa señora», cuyo nombre se escapó nuevamente de sus labios, en

tanto que su mano, que logró levantar lentamente, descansaba sobre la de su protectora.

Los cuidados de las dos mujeres no tardaron en reanimar por completo a la joven esquimal, cuya extrema debilidad provenía no sólo de la fatiga, sino del hambre también. Según dijo a Paulina Barnett, no había comido nada en las últimas cuarenta y ocho horas. Algunos trozos de caza fresca y un poco de aguardiente le devolvieron las fuerzas, y, una hora más tarde, Kalumah se sentía capaz de emprender, en unión de sus amigas, el camino de regreso hacia el fuerte. Pero durante aquella hora, sentada en la arena entre Madge y Paulina Barnett, Kalumah había podido prodigarles su gratitud y los testimonios de su afecto. ¡No! La joven esquimal no había olvidado a los habitantes europeos del fuerte Esperanza, y la imagen de Paulina Barnett se había conservado siempre fresca en su memoria. ¡No! No había sido el azar, como en seguida veremos, quien la había arrojado a las playas de la isla Victoria.

He aquí, en pocas palabras, lo que contó Kalumah a la viajera.

Se recordará la promesa que había hecho la joven esquimal, en su primera visita, de volver al año siguiente, durante la buena estación, a ver a sus amigos del fuerte Esperanza. Pasó la larga noche polar, y, llegado el mes de mayo, dispúsose Kalumah a cumplir su promesa. Dejó, pues, los establecimientos de la Nueva Georgia, en los que había invernado, y, en compañía de uno de sus cuñados, dirigióse hacia la península Victoria.

Seis semanas después, hacia mediados de junio, llegó a los territorios de la Nueva Bretaña, cercanos al cabo Bathurst. Reconoció perfectamente las montañas volcánicas cuyas alturas coronan la bahía de Liverpool, y, veinte millas más lejos, llegó a la bahía de las Morsas, en la que ella y su familia se habían con tanta frecuencia dedicado a la caza de estos anfibios.

Pero al Norte de esta bahía no había nada. La costa se dirigía hacia el Sur, formando una línea recta. ¡Lo mismo el cabo Bathurst que el cabo Esquimal habían desaparecido!

Kalumah comprendió entonces lo que había sucedido. O todo el territorio, que se llamó después isla Victoria, se había sumergido en el mar, o habíase marchado, flotando sobre su superficie.

Kalumah lloró al no encontrar a aquellos a quienes había venido a buscar desde tan lejos.

Pero a su cuñado no le causó la catástrofe una sorpresa excesiva. Una especie de leyenda, una tradición esquimal, esparcida entre las tribus nómadas de la América septentrional, rezaba que el territorio del cabo Bathurst habíase soldado al continente hacía millares de siglos; pero que el día menos pensado se separaría de él merced a un gran esfuerzo de la Naturaleza; siendo ésta la

causa de la sorpresa que los esquimales habían manifestado al ver fundada una factoría europea al pie del cabo Bathurst. Pero, con esa deplorable reserva peculiar a toda su raza, o inducidos, tal vez, por ese sentimiento hostil que inspira a todo indígena el extranjero que toma posesión de su país, los esquimales nada dijeron al teniente Hobson. Kalumah ignoraba en absoluto esta tradición, que, por otra parte, no tenía por fundamento ningún documento serio, y que no era, sin duda, más que una de esas numerosas leyendas de la cosmogonía hiperbórea; y por eso los habitantes del fuerte Esperanza no fueron prevenidos del peligro que corrían al establecerse en aquel territorio.

Indudablemente, Jasper Hobson, que había observado ya en el terreno irregularidades extrañas, habría buscado más lejos un sitio más seguro donde fundar su factoría, si los esquimales lo hubiesen iniciado en sus tradiciones.

Cuando hubo comprobado Kalumah la desaparición del cabo Bathurst, prosiguió su exploración hasta más allá de la bahía Washburn; mas no hallando vestigio alguno de los que había venido a visitar no le quedó más remedio que volverse a las pesquerías de la América rusa.

Su cuñado y ella abandonaron, pues, la bahía de las Morsas en los últimos días del mes de junio; tomaron el camino del litoral, y a fines de julio, después de tan infructuoso viaje, llegaron a los establecimientos de la Nueva Georgia.

Kalumah no tenía esperanzas de volver a ver más a Paulina Barnett ni a sus compañeros del fuerte, convencida de que se los habrían tragado los abismos del océano Ártico.

Al llegar a este punto de su relato, la joven esquimal volvió sus ojos húmedos hacia Paulina Barnett, y, estrechándole afectuosamente la mano, murmuró una plegaria, dando gracias a Dios por haberla salvado por mediación de su amiga.

Kalumah, de regreso en su casa, reanudó, entre los suyos, su habitual existencia. Trabajaba con su familia en las pesquerías del cabo de los Hielos, que se halla situado aproximadamente en el paralelo 70°, a más de 600 millas del cabo Bathurst.

Durante toda la primera mitad del mes de agosto no ocurrió ningún incidente; pero a fines de dicho mes estalló la violenta tempestad que tanto inquietó a Jasper Hobson, y que, por lo visto, sus ramalazos se habían dejado sentir en todo el océano Glacial y hasta más allá del estrecho de Behring. En el cabo de los Hielos fue espantosa también, y desencadenóse con la misma violencia que en la isla Victoria. En aquella época, la isla errante no se hallaba a una distancia superior a 200 millas de la costa, según había comprobado en sus observaciones Jasper Hobson.

Al oír hablar a Kalumah, Paulina Barnett que, como es bien sabido, se

hallaba perfectamente al corriente de la situación, iba haciendo en su mente deducciones que le darían, por fin, la clave de aquellos singulares acontecimientos, y a explicarle, sobre todo, la llegada a la isla de la joven indígena.

Durante los primeros días de la tempestad, los esquimales del cabo de los Hielos habían permanecido encerrados en sus chozas, sin poder salir de ellas y mucho menos dedicarse a la pesca. Sin embargo, en la noche del 31 de agosto al 1.º de septiembre, movida por una especie de presentimiento, quiso Kalumah aventurarse por la playa, y desafiando la lluvia y el viento huracanado observó con inquieta mirada el irritado mar cuyas olas se elevaban en la sombra como una cadena de montañas.

De repente, algo después de media noche parecióle ver una masa enorme que corría, impelida por el huracán, a lo largo de la costa. Sus ojos, dotados de un extraordinario poder visual, cosa común entre todos los indígenas nómadas, habituados a las tinieblas de las largas noches del invierno ártico, no podían engañarla. Una masa enorme pasaba a dos millas del litoral, y esta masa no podía ser ni un cetáceo, ni un buque, ni un iceberg en esta época del año.

Kalumah no se detuvo siquiera a reflexionar. En su espíritu se hizo como una revelación. Ante su cerebro excitado presentáronse de improviso las imágenes de sus amigos. Los volvió a ver a todos: Paulina Barnett, Madge, el teniente Hobson, el niño, a quien cubriera de caricias en el fuerte Esperanza. Sí, eran ellos los que pasaban, arrastrados por la tempestad, sobre aquel témpano flotante.

Kalumah no tuvo ni un instante de duda, ni un momento de vacilación. Pensó que era preciso avisar a los naufragos que la tierra estaba próxima. Corrió a su choza, tomó una de esas antorchas hechas de estopa y resina que los esquimales emplean para sus pescas nocturnas, la encendió y fue a agitarla en la cumbre del cabo de los Hielos.

Esta fue la luz que el teniente Hobson y el sargento Long vieron desde el cabo Miguel, durante la noche del 31 de agosto, en medio de las negras brumas.

¡Qué emoción la de la joven esquimal cuando vio que respondían con otra señal a la suya!, ¡cuándo la luz del grupo de abetos incendiados por el teniente Hobson llegó hasta el continente de América, de cuyas costas no se creía tan cercano!

Mas todo extinguióse bien pronto. La calma duró apenas unos cuantos minutos, y la espantosa borrasca, rolándose al Sudeste, reprodujose con inusitada violencia.

Kalumah comprendió que su presa, como ella llamaba, íbasele a escapar;

¡qué la isla no chocaría con la tierra! La veía, la sentía, por decirlo así, alejarse en la obscuridad de la noche, perderse en alta mar.

Fue aquel un momento terrible para la joven indígena. Pensó que era preciso a toda costa avisar a sus amigos, hacerles conocer su situación, decirles que aún estaban a tiempo de obrar, que cada hora perdida los alejaba más y más del continente.

Y no vaciló un instante. Allí estaba su kayak, la frágil embarcación en la que tantas veces había desafiado las tempestades del océano Ártico. Botólo, rápida, al mar, atóse a la cintura la chaqueta de piel de foca que la unía a la embarcación, y se aventuró, animosa, en el proceloso piélago.

Al llegar a este punto de su relato, Paulina Barnett estrechó fuertemente contra el pecho a la valerosa joven. Madge lloraba, escuchándola.

Kalumah, una vez sobre las olas irritadas, dirigióse, ayudada por el viento, hacia la masa negruzca que distinguía aún confusamente en medio de la obscuridad.

Los golpes de mar cubrían su kayak, pero eran impotentes contra la insumergible embarcación que flotaba como una paja en la cresta de las olas. Varias veces dio la vuelta; pero un golpe de pala bastaba para enderezarla.

Por fin, después de una hora de titánicos esfuerzos, Kalumah descubrió más claramente la isla errante: Ya no dudaba de conseguir su objetivo, pues no distaba más que un cuarto de milla.

Entonces fue cuando lanzó aquel grito que oyeron Jasper Hobson y el sargento en la obscuridad de la noche.

Pero entonces también Kalumah sintióse arrastrada hacia el Oeste por una irresistible corriente que, por su mayor ligereza, le imprimía mayor velocidad que a la isla. En vano trató de luchar contra ella. Lanzó nuevos gritos, que no fueron oídos, porque se encontraba ya lejos, y, cuando el alba vino a derramar alguna claridad por el espacio, las tierras de la Nueva Georgia, que acababa de abandonar, y las de la isla flotante no formaban más que dos masas confusas en el horizonte.

¿Desesperó por eso la joven indígena? No. Volver al continente americano era de todo punto imposible, porque tenía el viento de proa: un viento huracanado, el mismo que, impulsando a la isla, iba, en treinta y seis horas, a arrastrarla doscientas millas más adentro, con la ayuda, además, de la corriente del litoral.

Kalumah no tenía más que una sola solución: llegar a la isla, manteniéndose en la misma corriente que ella, y en aquellas mismas aguas que la arrastraban irresistiblemente.

Pero ¡ay! las fuerzas hicieron traición al valor de la pobre criatura. El hambre no tardó en atormentarla. El cansancio y el desfallecimiento paralizaron la pala entre sus manos.

Luchó durante varias horas, y parecióle que se aproximaba a la isla, desde donde no era posible verla, porque no era más que un punto en la inmensidad del océano. Luchó, aun cuando sus brazos destrozados y sus manos ensangrentadas negábanse a obedecerla. Luchó hasta que, agotada, perdió el conocimiento, quedando a merced de las olas su frágil kayak.

¿Qué ocurrió entonces? No lo podía decir. ¿Cuánto tiempo erró a la aventura cual inerte despojo de un naufragio? No lo sabía en absoluto, pues no recuperó sus facultades mentales hasta que su embarcación, bruscamente sacudida, abrióse debajo de ella.

Kalumah quedó sumergida en el agua, cuya frialdad reanimóla, y, algunos instantes más tarde, una ola la arrojó, moribunda, sobre una playa de arena.

Esto había sucedido la noche precedente, próximamente a la hora en que asomaba el alba; es decir, de dos a tres de la mañana.

Desde el momento, pues, en que Kalumah se embarcó en su kayak, hasta que éste se hundió, habían transcurrido más de setenta horas.

Entretanto, la joven indígena, salvada de los peligros del mar, no sabía a qué costa la había el huracán arrojado. ¿La habría devuelto al continente? ¿La habría, por el contrario, conducido a la isla hacia la cual se encaminaba con tan singular audacia? Así lo deseaba ella, y así lo creía además; porque el viento y la corriente habían debido arrastrarla hacia alta mar y no hacia el continente.

Esta idea infundióle nuevos bríos. Levantóse, y, toda quebrantada, echó a andar por la playa.

Sin duda alguna, la joven esquimal había sido providencialmente arrojada en la parte de la isla Victoria que antiguamente formaba el ángulo superior de la bahía de las Morsas; pero, en las actuales condiciones, no podía reconocer el litoral, socavado por las aguas, después de las alteraciones ocurridas a consecuencia de la ruptura del istmo.

Kalumah caminó cierto trecho, y, no pudiendo ya más, detúvose y reanudó después la marcha con nuevos bríos. El camino se hacía interminable a cada milla que recorría, érale necesario contornear las partes de la playa invadidas ya por el mar; y así, de esta manera, arrastrándose, levantándose aquí, cayendo allá, llegó no lejos del bosquecillo donde aquella misma mañana habían descansado Paulina Barnett y Madge; y ya se sabe que estas dos mujeres, dirigiéndose al cabo Esquimal, habían descubierto, no lejos de este bosque, las

huellas de sus pasos impresas sobre la nieve. Después, a algunos pasos de allí, la desdichada Kalumah había caído por vez postrera.

A partir de este punto, agotada por el cansancio y el hambre, sólo pudo avanzar arrastrándose.

Pero una inmensa esperanza había nacido en el corazón de la joven indígena. A algunos pasos del litoral había reconocido, por fin, el cabo Esquimal, a cuyo pie acampara con los suyos el año precedente. Sabía, pues, que sólo se encontraba a ocho millas de la factoría, para llegar a la cual bastaría seguir el camino que tantas veces había recorrido cuando iba a visitar a sus amigos del fuerte Esperanza.

Esta idea sostúvola algún tiempo; pero al llegar a la playa, agotada ya por completo, cayó sobre la nieve y perdió por última vez el conocimiento; y, a no ser por Paulina Barnett, hubiera perecido.

—Pero, querida señora —dijo al fin de su relato—, sabía perfectamente que vendría usted en mi auxilio, y que mi Dios me salvaría por mediación de usted.

El resto, ya lo sabe el lector. Un providencial presentimiento impulsó aquel mismo día a Paulina Barnett y a Madge a explorar aquella porción del litoral, y a visitar el cabo Esquimal después de su descanso y antes de regresar a la factoría.

Después, Paulina Barnett refirió a la joven indígena cómo tuvo lugar la ruptura del témpano, y lo que el oso hizo entonces: y añadió después, sonriendo:

—No he sido yo quien te ha salvado, hija mía, sino ese honrado animal. Sin él, estabas perdida, y si en alguna ocasión vuelve a nosotras, se le respetará como a tu salvador.

Durante este relato, Kalumah, fortalecida ya, había recuperado sus perdidas energías. Paulina Barnett propuso volver al fuerte en seguida, con objeto de no prolongar tanto su ausencia. La joven esquimal se levantó de un salto, dispuesta a emprender el camino.

Paulina Barnett sentía verdadera impaciencia por referir a Jasper Hobson los diversos incidentes de aquella mañana y hacerle saber lo ocurrido la noche de la tempestad, cuando se aproximó la isla al continente americano.

Pero ante todo recomendó a Kalumah la viajera que guardase un secreto absoluto acerca de todos aquellos acontecimientos y de la situación de la isla. Diría sencillamente que había venido por el litoral, con objeto de cumplir la promesa que hiciera a sus amigos de hacerles una visita durante la buena estación. Su llegada confirmaría a los habitantes del fuerte en su idea de que

no había ocurrido ningún acontecimiento extraordinario en el territorio del cabo Bathurst, en el caso de que alguno de ellos hubiese concebido sospechas con respecto a este particular.

Eran poco más o menos las tres cuando Paulina Barnett, con Kalurnah apoyada en su brazo, y Madge emprendieron el camino del Este, y antes de las cinco de la tarde llegaron al fuerte Esperanza.

LA CORRIENTE DE KAMCHATKA

Fácil es imaginar la acogida que los habitantes del fuerte dispensaron a Kalumah. Parecióles que, con su llegada, se habían reanudado los lazos que les unía con el resto del mundo, rotos hacía mucho tiempo. Las señoras Mac-Nap, Joliffe y Rae prodigáronle sus caricias. Kalumah corrió hacia el niño, en cuanto lo divisaron sus ojos, cubriéndolo de besos.

Los obsequios y atenciones de sus amigos europeos conmovieron verdaderamente a la joven esquimal. Todos la agasajaron a porfía, y recibieron extraordinario placer al enterarse de que pasaría todo el invierno en el fuerte toda vez que la estación, ya demasiado avanzada, no le permitiría regresar a los establecimientos de la Nueva Georgia.

Pero si los habitantes de la factoría se mostraron agradablemente sorprendidos por la llegada de la joven indígena, ¿qué debió pensar Jasper Hobson al ver aparecer a Kalumah del brazo de Paulina Barnett? No podía dar crédito a sus ojos. Un pensamiento súbito, que tuvo sólo la duración de un relámpago, atravesó su mente: la idea de que la isla Victoria, sin que nadie lo hubiese advertido, y a pesar de las situaciones diariamente calculadas, había tocado tierra en algún punto del continente.

Paulina Barnett leyó en los ojos del teniente Hobson esta inverosímil hipótesis y sacudió la cabeza con ademán negativo.

Entonces comprendió Jasper Hobson que la situación no se había alterado, y esperó a que Paulina Barnett le explicase la presencia allí de Kalumah.

Algunos instantes después, Jasper Hobson y la viajera paseábanse al pie del cabo Bafhurst, escuchando el primero con verdadera avidez el relato de las aventuras de Kalumah.

Así, pues, ¡todas las suposiciones de Jasper Hobson se habían realizado! Durante la tempestad, el huracán del Nordeste había sacado a la isla errante fuera de la corriente. En aquella terrible noche del 31 de agosto el témpano se había aproximado a menos de una milla de distancia del continente americano.

No habían sido la luz de un buque ni el grito de un naufrago los que a la vez impresionaron los ojos y los oídos del teniente. La tierra había estado junto a ellos, y si el viento hubiera seguido soplando siquiera una hora más en la misma dirección, la isla Victoria habría tropezado contra el litoral de la América rusa.

Pero en aquel instante, un funesto cambio de dirección del viento había empujado a la isla hacia alta mar. La irresistible corriente habíala recibido nuevamente en su seno, y, desde entonces, animada de una velocidad excesiva, imposible de contrarrestar, impulsada por las violentas brisas del Sudeste, había derivado hasta el punto peligroso en que se hallaba, situada, entre dos corrientes contrarias, que podían ocasionar ambas su pérdida y la de todos los desdichados seres que sobre su superficie llevaba. Por centésima vez, el teniente y Paulina Barnett conversaron largamente acerca de todo esto. Después preguntó Jasper Hobson si entre el cabo Bathurst y la bahía de las Morsas se habían producido importantes modificaciones.

Respondióle Paulina Barnett que en ciertas partes el nivel litoral habíase, al parecer, deprimido, y que bañaban las olas parajes adonde no llegaban antes. Refirióle también el incidente del cabo Esquimal, dándole a conocer la importante rotura que se había producido en esta parte del litoral de la isla.

Ninguna de estas noticias era tranquilizadora. Era evidente que el campo de hielo que constituía la base de la isla se disolvía poco a poco; que las aguas, relativamente más cálidas, carcomían su superficie inferior. Lo que había sucedido en el cabo Esquimal podía reproducirse en el instante menos pensado en el cabo Bathurst. Las casas de la factoría podían a cada momento del día o de la noche hundirse para siempre en el abismo, y el único remedio para tan apurada situación era el invierno, con todos sus rigores; el invierno, que no tardaría ya en llegar.

Al siguiente día, 4 de septiembre, una observación hecha por el teniente Hobson puso de manifiesto que la situación de la isla Victoria no se había modificado sensiblemente desde la víspera. Permanecía inmóvil entre las dos corrientes contrarias, lo cual, en las circunstancias presentes, era lo mejor que podía suceder.

—Que nos sorprenda aquí el frío, qué el gran banco polar se oponga a nuestro paso —dijo Jasper Hobson—, que el mar se solidifique alrededor de nosotros, ¡y nos habremos salvado! La costa en este momento sólo dista de nosotros escasamente 200 millas, de suerte que, aventurándonos sobre el campo de hielo endurecido, será posible llegar, bien a la América rusa, bien a las costas asiáticas. Pero ¡qué venga el invierno, y que venga a toda prisa!

Entretanto, y siguiendo las órdenes del teniente, terminábanse los últimos preparativos para la invernada. Se almacenaba todo lo necesario para la

alimentación de los animales domésticos durante la interminable noche polar. Los perros disfrutaban de excelente salud y engordaban en fuerza de estar ociosos; pero había que tratarlos muy bien, pues tendrían que trabajar mucho cuando se abandonase el fuerte Esperanza para llegar al continente a través del campo de hielo. Era, pues, necesario velar porque conservasen sus fuerzas, y por eso no se les escatimaba la carne ensangrentada, y, en especial, la de los renos que se dejaban matar en los alrededores de la factoría.

En cuanto a los renos domésticos, marchaban perfectamente. Había sido su establo convenientemente instalado, encerrándose en los almacenes del fuerte gran cantidad de musgo para su sostenimiento. Las hembras suministraban abundante leche a la señora Joliffe, quien la empleaba diariamente en sus preparaciones culinarias.

El cabo y su mujer habían repetido la siembra que durante la estación cálida tan opimos frutos había dado, habiéndose preparado el terreno antes de la llegada de las nieves para las plantaciones de acederas, codearías y té del Labrador. Estos preciosos antiescorbúticos no debían faltar a la colonia.

Por lo que respecta a la leña, los cobertizos se hallaban llenos hasta los topes. Ya podía llegar el invierno, por duro y glacial que fuese, y helarse en la cubeta del termómetro el mercurio, sin temor a verse en el caso de tener que quemar el mobiliario de la casa, como el invierno anterior. El carpintero Mac-Nap y sus peones, aleccionados por la experiencia, habían adoptado las medidas oportunas con objeto de evitarlo, siendo de advertir, además, que los despojos de la madera empleada en la construcción del buque proporcionaron también abundante combustible.

Por esta época empezaron a cazarse algunos animales que habían echado ya el espléndido pelo de invierno, como martas, visones, zorras azules y armiños. Marbre y Sabine habían sido autorizados por el teniente para establecer algunas trampas en los alrededores del recinto. Jasper Hobson no había creído conveniente negarles este permiso, temeroso de excitar la desconfianza de sus hombres, porque no había ningún pretexto serio que alegar para interrumpir la recolección de pieles; sin embargo, no ignoraba que trabajaban en balde, y que aquella destrucción de animales preciosos e inofensivos a nadie aprovecharía. Por otra parte, como se alimentaba a los perros con carne de estos roedores, se iba economizando una gran cantidad de la de reno.

Todo se preparaba, pues, para el invierno como si el fuerte Esperanza hubiera estado construido sobre el terreno firme, y los soldados trabajaban con un celo que no hubiesen tenido, por cierto, si hubiesen estado en el secreto de la situación.

Durante los días sucesivos, las operaciones verificadas con el mayor

esmero no acusaron cambio alguno apreciable en la situación de la isla Victoria. Jasper Hobson, al verla inmóvil, recobraba la esperanza. Si bien es cierto que los síntomas invernales no habían hecho todavía su aparición en la naturaleza inorgánica, y que la temperatura media seguía manteniéndose a 49° Fahrenheit (9° centígrados sobre cero), habíanse visto ya algunos cisnes que se dirigían hacia el Sur en busca de regiones más templadas. Otras aves, excelentes voladoras, a quienes las grandes travesías por encima de los mares no arredran, abandonaban poco a poco las costas de la isla. Sabían perfectamente que los continentes americano y asiático, con su temperatura menos áspera, sus territorios más hospitalarios, sus recursos de todas clases, no se hallaban muy lejos, y que sus alas eran lo suficientemente vigorosas para conducirles a ellos. Cogiéronse varios de estos pájaros, y, siguiendo los consejos de Paulina Barnett, atóles Jasper Hobson al cuello un trozo de tela engomada, en el cual se escribía previamente la situación de la isla errante y los nombres de los que la habitaban, dejándoles después que emprendiesen su vuelo hacia el Sur, y viéndoles marchar no sin envidia.

Excusado es decir que estas operaciones realizábanse en secreto y sin otros testigos que Paulina Barnett, Madge, Kaluirían, Jasper Hobson y el sargento Long.

En cuanto a los cuadrúpedos aprisionados en la isla, no les era posible buscar en las regiones del Sur sus acostumbrados refugios invernales. Ya en esta época del año, pasados los primeros días de septiembre, los renos, las liebres polares y hasta los mismos lobos, habrían abandonado, en circunstancias normales, los alrededores del cabo Bathurst, para ir a refugiarse en las proximidades del lago del Gran Oso; o del lago del Esclavo, situados muy debajo del Círculo Polar. Pero ahora oponíales el mar una infranqueable barrera, y tendrían que esperar a que el frío lo solidificase para trasladarse a las expresadas regiones. Sin duda estos animales, impulsados por su instinto, habrían tratado de dirigirse hacia el Sur; pero, detenidos en el litoral de la isla, habían, instintivamente, también regresado a las proximidades del fuerte Esperanza, al lado de aquellos hombres, sus más temidos enemigos de ayer, y presos hoy como ellos.

Las observaciones de los días 5, 6, 7, 8 y 9 no acusaron ninguna modificación en la situación de la isla Victoria. Aquel amplio remolino situado entre las dos corrientes, cuyas aguas no habían abandonado, la mantenía estacionaria. Con quince días más, tres semanas a lo sumo, en aquel statu quo, Jasper Hobson podría considerarse salvado.

¡Pero la mala suerte no se había cansado aún, y todavía reservaba a los habitantes del fuerte Esperanza otras pruebas sobrehumanas!

En efecto, el 10 de septiembre acusaron las observaciones astronómicas un

desplazamiento hacia el Norte, aunque poco rápido aún, de la isla Victoria.

¡Jasper Hobson quedóse aterrado! ¡La corriente de Kamchatka habíase apoderado, al fin, de la isla, y la arrastraba hacia los desconocidos parajes donde se formaban los grandes bancos de hielo! ¡Caminaban hacia esas espantosas soledades del océano Glacial cerradas a las navegaciones del hombre! ¡Hacia esas regiones de las que jamás se regresa! El teniente Hobson no ocultó este nuevo peligro a los que se hallaban iniciados en el secreto de la situación; empero todos ellos recibieron con resignación la fatídica noticia.

—¡Puede ser —dijo la viajera— que la isla se detenga todavía! ¡Quizá su movimiento sea lento! ¡No perdamos la esperanza...! ¡Aguardemos! El invierno ya está cerca, y, además, marchando hacia el Norte, le salimos al encuentro. Sobre todo, ¡qué se cumpla la voluntad de Dios!

—Amigos míos —dijo el teniente Hobson—, ¿creen ustedes que debo prevenir a nuestros compañeros? ¡Ya ven ustedes en qué situación nos hallamos, y lo que puede ocurrirnos! ¿No es incurrir en una responsabilidad espantosa el ocultarles los peligros que les amenazan?

—Yo esperaré algo más —respondió sin vacilar Paulina Barnett—. Mientras no hayamos perdido todas las esperanzas, no debemos hacer que ellos las pierdan.

—Esa es también mi opinión —añadió simplemente el sargento.

Jasper Hobson quedó muy satisfecho al oír el parecer de sus compañeros, porque él era también de este modo de pensar.

En los días 11 y 12 acentuóse más el desplazamiento hacia el Norte. La isla Victoria caminaba con una velocidad de doce a trece millas por día; es decir, que se alejaba diariamente esta distancia de toda tierra, elevándose hacia el Norte, siguiendo la curva que forma la corriente de Kamchatka en aquella latitud. No tardaría en rebasar el paralelo 70° que cortaba en otro tiempo la extremidad del cabo Bathurst, más allá del cual no existe tierra alguna en aquella porción de las regiones árticas.

Jasper Hobson marcaba diariamente en la carta la situación de la isla, pudiendo apreciar de este modo los abismos infinitos que recorría. La única circunstancia menos adversa consistía en que marchaban al encuentro del invierno, como acertadamente había dicho Paulina Barnett. Al derivar hacia el Norte, tropezarían más pronto con el frío y con las aguas heladas que debían consolidar y robustecer poco a poco el témpano inmenso que les servía de base.

Pero si los habitantes del fuerte podían abrigar la esperanza de no hundirse en el mar, ¡qué camino interminable, impracticable tal vez, tendrían que

recorrer para regresar de aquellas profundidades hiperbóreas! ¡Ah! si la embarcación, por deficiente que fuese, hubiera estado lista, no hubiese vacilado Jasper Hobson ante la idea de embarcarse con todo el personal de la colonia; pero, a pesar de la diligencia desplegada por los carpinteros, no estaba concluida ni lo estaría en mucho tiempo; porque Mac-Nap tenía que desplegar gran esmero en la construcción de un casco al que debía confiarse la vida de Veinte personas en mares en extremo tormentosos.

El 16 de septiembre la isla Victoria se encontraba de 75 a 80 millas más al norte del punto donde había quedado estacionada durante algunos días, entre las corrientes de Behring y la de Kamchatka; pero se acentuaron entonces los síntomas de la aproximación del invierno. La nieve caía a menudo, siendo a veces sus copos apretados y abundantes. La columna mercurial descendía lentamente; y, si bien el promedio de la temperatura era aún de 44° Fahrenheit (de 6° a 7° centígrados sobre cero), durante la noche solía descender a 32°, que es el cero del termómetro centígrado. El sol describía una curva sumamente deprimida por encima del horizonte. A mediodía sólo se elevaba algunos grados, permaneciendo ya oculto por espacio de once horas de las veinticuatro del día.

Por fin, del 16 al 17 de septiembre, los primeros indicios de hielos viéronse sobre el mar. Eran pequeños cristales aislados, que semejaban una especie de nieve, los cuales formaban manchas sobre la superficie límpida del agua. Era fácil comprobar que, según una observación hecha ya por el célebre navegante Scoresby, el efecto inmediato de esta nieve era calmar las olas, como hace el aceite que los marineros derraman para calmar momentáneamente la agitación del mar. Estos pequeños carámbanos tenían una tendencia especial a soldarse, y así lo hubieran hecho en aguas tranquilas; pero las ondulaciones en las olas quebrábanlos, desuniéndolos tan pronto como formaban superficies algo considerables.

Jasper Hobson observó con extraordinaria atención la primera aparición de estos nuevos hielos. Sabía perfectamente que bastaban veinticuatro horas para que la capa de hielo, creciendo por su parte inferior, alcanzase un espesor de dos o tres pulgadas, el cual era suficiente para resistir el peso de un hombre, y abrigaba, por tanto, la esperanza de que la isla Victoria no tardaría en verse detenida en su movimiento hacia el Norte.

Pero hasta entonces, el día desbarataba el trabajo de la noche, y si bien es cierto que la marcha de la isla se retardaba durante las horas de tinieblas por el obstáculo que le ponían la acumulación de los hielos, rotos éstos o fundidos por el calor del sol, dejaban de embarazar su desplazamiento, cuya rapidez aceleraba una corriente de notable intensidad.

Así, pues, el avance hacia las regiones septentrionales proseguía sin que

nada pudiera detenerlo.

El 21 de septiembre, en el momento del equinoccio, el día se igualó con la noche, y, a partir de aquel momento las horas de esta última se fueron alargando a expensas de las del primero. El invierno avanzaba sensiblemente pero no era riguroso ni temprano. Por entonces, la isla Victoria se había aproximado ya al paralelo 71° , y experimentó por primera vez un movimiento de rotación sobre sí misma que evaluó Jasper Hobson aproximadamente en un cuarto de circunferencia.

Fácil es concebir las inquietudes del teniente Hobson. La naturaleza amenazaba revelar, hasta a los menos clarividentes, el secreto de una situación que por todos los medios a su alcance había tratado de ocultarles; pues, a consecuencia de este movimiento de rotación, habíanse trastocado los puntos cardinales de la isla. El cabo Bathurst no demoraba ya al Norte, sino al Este. El sol, la luna y las estrellas no salían y se ocultaban por los mismos puntos que antes, y era imposible que personas que todo lo observaban, tales como Mac-Nap, Marbre, Rae y otros, no advirtiesen este cambio que los pondría al corriente de todo.

Pero, con gran satisfacción de Jasper Hobson, aquellos valerosos soldados no se dieron, al parecer, cuenta de nada. El desplazamiento, con respecto a los puntos cardinales, no había sido considerable, y la atmósfera, cubierta casi siempre de brumas, no permitía observar exactamente los lugares por donde se verificaban el orto y el ocaso de los astros.

Este movimiento de rotación pareció coincidir con otro de traslación más rápido todavía. A partir de aquel día caminó la isla Victoria con una velocidad de cerca de una milla por hora elevándose siempre hacia las latitudes superiores y alejándose de la tierra. Jasper Hobson no se desanimaba por eso, pues no era hombre que perdiese fácilmente la esperanza; pero se consideraba perdido y clamaba a toda costa por el frío, es decir, por el invierno.

Entretanto, la temperatura había bajado más aún. Nevó abundantemente los días 23 y 24 de septiembre, y, soldándose: los copos a la superficie de los témpanos, que ya el frío había consolidado, aumentó su volumen. La inmensa llanura de hielos formábase poco a poco. La isla, aún se abría camino entre ellos; pero su resistencia aumentaba de hora en hora.: El mar se iba congelando hasta donde alcanzaba la vista.

Por fin, la observación del 27 de septiembre demostró que la isla Victoria, aprisionada en medio de un inmenso campo de hielo, había permanecido inmóvil desde la víspera, siendo su situación de $177^{\circ} 22'$ de longitud y $72^{\circ} 57'$ de latitud; es decir, que se hallaban a más de 600 millas de todo continente.

UNA COMUNICACIÓN DE JASPER HOBSON

Tal era la situación. La isla había fondeado sus anclas, según la expresión del sargento Long, y, habiéndose detenido, permanecía estacionaria, como en la época en que se hallaba unida al continente americano; pero la separaban más de 600 millas de las tierras habitadas, y esta enorme distancia sería necesario recorrerla en trineos, sobre la superficie solidificada del mar, en medio de las montañas de hielo que iba el frío a acumular, siendo preciso realizar este viaje en los meses más crudos del invierno ártico.

Era una empresa terrible, y, sin embargo, no se podía vacilar. El invierno, por quien tanto había suspirado Jasper Hobson, había llegado al fin, deteniendo la funesta carrera emprendida hacia el Norte por la isla, e iba a tender un puente de 600 millas entre ella y los continentes vecinos. Era, pues, necesario aprovechar estas nuevas circunstancias para repatriar a toda aquella colonia perdida en las regiones hiperbóreas.

En efecto, como el teniente Hobson había explicado a sus amigos, no era posible aguardar a que la primavera inmediata provocase el deshielo, porque ello equivaldría a abandonarse de nuevo a los caprichos de las corrientes del mar de Behring. Tratábase, pues, solamente de esperar que la superficie del mar se encontrase suficientemente sólida, lo cual ocurriría al cabo de tres o cuatro semanas. Entretanto, pensaba el teniente Hobson realizar reconocimientos frecuentes a través del campo de hielo que aprisionaba la isla, a fin de determinar su estado de solidificación, las facilidades que ofrecería al resbalamiento de los trineos, y qué camino ofrecería mayores facilidades, si el de las costas asiáticas o el de las americanas.

—No hay para qué decir —añadió el teniente Hobson, conversando acerca de todo esto con Paulina Barnett y el sargento Long— que preferiremos siempre las costas de la Nueva Georgia a las asiáticas, y que, por consiguiente, en igualdad de circunstancias, encaminaremos nuestros pasos hacia la América rusa.

—Kalumah, en este caso, podrá sernos de suma utilidad —respondió Paulina Barnett—; porque, en su calidad de indígena, conoce perfectamente estos territorios de la Nueva Georgia.

—Muy útil, en efecto —dijo el teniente Hobson—; su llegada hasta nosotros ha sido realmente providencial. Gracias a ella, nos será fácil llegar a los establecimientos del fuerte Miguel, en el golfo de Norton, o bien a la ciudad de Nuevo Arcángel, situada más al Sur, en donde pasaremos el resto del invierno.

—¡Pobre fuerte Esperanza! —exclamó Paulina Barnett—. ¡Construido con

tantas fatigas, y con tantas ilusiones dirigido por usted, señor Hobson! ¡Me partirá el corazón el tener que abandonarlo en esta isla, en medio de estos campos de hielo, más allá quizá del infranqueable banco polar! ¡Sí! ¡Cuándo llegue la hora de partir, derramaré mi corazón lágrimas de sangre al darle el postrer adiós!

—No será menor mi pesar, señora —respondió Jasper Hobson—; tal vez supere al de usted. ¡Era la obra más importante de mi vida! Había puesto a contribución toda mi inteligencia y todas mis energías para construir este fuerte, en mal hora bautizado con el nombre de Esperanza, y jamás podré consolarme de tenerlo que abandonar Además, ¿qué dirá la Compañía que me había confiado esta empresa?

—Dirá, señor Hobson —exclamó Paulina Barnett—, que ha cumplido usted con su deber; que no puede usted ser responsable de los caprichos de la Naturaleza, más poderosa siempre y en todas partes que la mano y la inteligencia del hombre. Comprenderá que usted no podía prever lo que ha ocurrido, porque estaba fuera de las previsiones humanas. Sabrá, en fin, que, gracias a la prudencia y energía moral por usted desplegadas, no tendrá que lamentar la pérdida de uno siquiera de los seres que le había confiado.

—Gracias, señora —respondió el teniente Hobson estrechando la mano de Paulina Barnett—; le agradezco en el alma esas lisonjeras palabras que le inspira la nobleza de su corazón; pero conozco un poco a los hombres, y, créame usted a mí, vale mil veces más un éxito que un fracaso. En fin, ¡Dios sobre todo!

Deseoso el sargento Long de alejar de la mente del teniente aquellas tristes ideas, trajo la conversación otra vez a las circunstancias presentes. Habló de los preparativos que era preciso hacer para la próxima marcha, y preguntó a Jasper Hobson si pensaba, por fin, revelar a sus compañeros la situación real de la isla Victoria.

—Esperemos aún —respondióle el teniente—. Nuestro silencio ha evitado hasta ahora numerosas inquietudes a esas pobres gentes; aguardemos a que el día de la marcha esté definitivamente fijado, y entonces será ocasión de decirles la verdad toda entera.

Una vez acordado esto, prosiguieron los trabajos ordinarios de la factoría durante las siguientes semanas.

¿Cuál era, un año antes, la situación de los entonces felices y satisfechos habitantes del fuerte Esperanza?

Un año antes, los primeros síntomas de la estación invernal presentáronse como entonces. Los nuevos hielos formáronse poco a poco en el litoral. La laguna, cuyas aguas estaban más tranquilas que las del mar, congeláronse

antes que éstas. La temperatura se conservaba durante el día a uno o dos grados por encima del punto de fusión del hielo, y descendía durante la noche dos o tres por debajo de él. Jasper Hobson comenzaba a hacer que sus hombres se vistiesen de invierno, colocándose las pieles y los trajes de lana. Se instalaban los condensadores en el interior de la casa. Se limpiaba el depósito de aire y las bombas de ventilación. Se construían trampas alrededor de la empalizada, en las proximidades del cabo Bathurst, y Marbre y Sabine envanecíanse con los triunfos que obtenían como cazadores. En resumen, tocaban a su fin los trabajos que se estaban realizando en el interior de la casa principal con objeto de prepararla para el invierno.

Este año, aquellas animosas gentes procedieron de idéntica manera. Aunque el fuerte Esperanza ocupase una latitud superior en dos grados a la que tenía al principio del invierno anterior, esta diferencia no debía producir una modificación sensible en el estado medio de la temperatura. En efecto, entre los paralelos 70 y 72 la distancia no es lo bastante considerable para que la temperatura media varíe de un modo apreciable. Más bien parecía que el frío era menos intenso que al principio del invierno anterior; pero esto era debido, sin duda, a que los invernantes se habían familiarizado ya con aquel clima tan rudo.

Es preciso observar, sin embargo, que la mala estación no se presentó con su acostumbrado rigor. El tiempo estaba húmedo, y la atmósfera se cargaba diariamente de vapores que se resolvían una vez en lluvia, otras en nieve; pero no hacía tanto frío como hubiese deseado Jasper Hobson.

Por lo que al mar respecta, congelábase alrededor de la isla; mas no de una manera continua y regular. Amplias manchas negruzcas, diseminadas por la superficie del nuevo campo de hielo, indicaban que los témpanos no se hallaban aún entre sí muy bien acoplados. Oíanse casi incesantemente retumbantes ruidos debidos a la fractura del gran banco polar, que se hallaba formado de un número infinito de trozos imperfectamente soldados, y cuyas aristas superiores disolvía la lluvia. No se sentía esa enorme presión que de ordinario se produce cuando los hielos nacen rápidamente bajo la influencia de un frío sumamente intenso, y se acumulan los unos sobre los otros. Los icebergs eran raros y la gran barrera de hielos no se elevaba todavía en el horizonte.

—He aquí un invierno ideal para los exploradores del paso del Noroeste y para los descubridores del Polo —repetía el sargento Long con frecuencia—; pero en extremo desfavorable para nuestros proyectos, y perjudicial en extremo para nuestra repatriación.

Este estado de cosas prolongóse durante todo el mes de octubre, pudiendo comprobar Jasper Hobson que la temperatura media no pasó de 32°

Fahrenheit, que corresponden al cero del termómetro centígrado, y sabido es que hace falta que la temperatura descienda a siete u ocho grados bajo cero y se mantenga así durante varios días para que el mar se congele.

Además, una circunstancia que no pasó inadvertida para el teniente Obson, ni tampoco para Paulina Barnett, demostraba de una manera evidente que el campo de hielo no estaba todavía practicable.

Los animales presos en la isla, lo mismo los dotados de pieles valiosas que los renos, lobos, etc., se habrían indudablemente marchado a otras latitudes más bajas si les hubiese sido posible, es decir, si el mar solidificado hubiérase ofrecido un camino seguro. Pero lejos de ello, pululaban alrededor de la factoría, y buscaban cada vez con más insistencia la vecindad del hombre. Hasta los mismos lobos se acercaban a tiro de fusil de la empalizada para devorar a las martas y las liebres polares que constituían su única alimentación. Los renos, impulsados por el hambre, careciendo de hierba y de musgo que pacer, erraban formando rebaños por los alrededores del cabo Bathurst. Un oso, sin duda alguna aquel con quien Paulina Barnett y Kalumah habían contraído una deuda de gratitud, pasaba frecuentemente entre los árboles del bosque que había a la orilla del lago. Por consiguiente, el hecho de que aquellos animales, y en especial los rumiantes que precisan una alimentación exclusivamente vegetal, permaneciesen aún en la isla Victoria durante el mes de octubre, era señal evidente de que no podían huir.

Se ha dicho ya que la temperatura media era de cero grados centígrados; pues bien, cuando Jasper Hobson consultó su diario, vio que el invierno anterior, por aquellos mismos días, el termómetro marcaba 20° Fahrenheit bajo cero, que equivalen a 10° centígrados bajo cero también. ¡Qué diferencia tan grande, y de qué caprichosa manera se distribuye el calor en estas regiones polares!

Los invernantes no sentían verdadero frío, de suerte que no se vieron obligados a encerrarse en la casa. Sin embargo, la humedad era grande, porque cellisqueaba con frecuencia, y el descenso del barómetro ponía de manifiesto que la atmósfera se hallaba saturada de vapores.

Durante todo aquel mes de octubre Jasper Hobson y el sargento Long realizaron frecuentes excursiones con objeto de reconocer el estado en que se hallaba el campo de hielo alrededor de la isla. Fueron un día al cabo Miguel; otro al ángulo de la antigua bahía de las Morsas, deseosos de saber si el paso estaba ya practicable, bien hacia el continente americano, o bien hacia el asiático, y si podía fijarse el día de la marcha.

Pero la superficie del campo de hielo hallábase sembrada de charcas, y, en determinados lugares, llena de grietas que hubieran indudablemente detenido la marcha de los trineos. Ni aun siquiera un viajero solo hubiera sido posible

que se aventurase a pie a través de aquel desierto casi tan líquido como sólido. La multitud de puntas, de cristales, de prismas, de poliedros de todas clases que erizaban la superficie del campo de hielo, dándole la apariencia de una amplia concreción de estalactitas, demostraba de una manera evidente que un frío insuficiente y mal regulado, que una temperatura intermitente había producido aquella solidificación incompleta. Parecía más bien un ventisquero que un campo de hielo, lo cual hubiera hecho la marcha excesivamente penosa, caso de ser practicable.

El teniente Hobson y el sargento Long, aventurándose en el campo de hielo, avanzaron hacia el Sur una o dos millas; pero a costa de infinitas fatigas y de emplear en ello un tiempo considerable. Convenciéronse, pues, de que era necesario aguardar más todavía, y regresaron al fuerte Esperanza abatidos por un gran desaliento.

Llegaron los primeros días de noviembre. La temperatura descendió solamente algunos grados, lo cual no era bastante. Espesas y húmedas nieblas envolvían la isla Victoria, haciéndose preciso mantener todo el día las luces encendidas en el interior de la casa cuando precisamente debía economizarse el aceite, toda vez que las existencias no habían sido repuestas por el convoy del capitán Creventy, y la caza, por otra parte, de las morsas habíase hecho imposible, supuesto que estos anfibios no frecuentaban ya la isla errante. De suerte que, si se prolongaba la internada en aquellas condiciones, no tardarían los Habitantes del fuerte en verse precisados a emplear la grasa de los animales o la resina de los pinos para procurarse la luz.

Ya en esta época se habían hecho los días excesivamente cortos, y el sol, que no era más que un disco pálido, sin calor y sin brillo, sólo se paseaba algunas horas por encima del horizonte. Sí, sí; aquello era verdaderamente el invierno con su acompañamiento de brumas, lluvias, nieves... ¡pero un invierno sin frío!

El 11 de noviembre fue un día señalado para los habitantes del fuerte Esperanza, y la señora Joliffe no dejó de festejarlo sirviendo a sus comensales algunos extraordinarios en la comida del mediodía. En efecto, era el natalicio de Miguelito Mac-Nap, que cumplió en dicho día su primer año de edad. Gozaba de excelente salud y era el encanto de todos, con sus cabellos rubios y ensortijados y sus ojos azules. Tenía con su padre una extraña semejanza, de la que el honrado carpintero mostrábase en extremo orgulloso. A los postres pesaron al pequeño. ¡Era cosa de ver cómo se agitaba en la balanza y qué gritos lanzaba de alegría! ¡Pesaba 34 libras! ¡Qué éxito para la señora Mac-Nap! ¡Con qué hurras fue acogido aquel peso soberbio y qué de enhorabuenas recibió la excelente mujer, como nodriza y como madre! Pero, aunque parezca extraño, el cabo Joliffe consideró como dirigidas a su persona una parte no escasa de aquellas congratulaciones, no se sabe si en su calidad de padre

nutricio o de niño. El digno militar había tantas veces mecido, paseado y dormido en sus brazos al niño, que creía, tal vez con razón, haber contribuido al aumento de su peso.

Al día siguiente, 12 de noviembre, dejó el sol de mostrarse por encima del horizonte. Comenzaba la noche polar, y por cierto 9 horas antes que el invierno anterior lo cual era debido a la diferencia en latitud existente entre el lugar que ocupaba actualmente la isla y el de su emplazamiento en el continente americano.

La desaparición del sol no produjo cambio alguno en el estado de la atmósfera. La temperatura permaneció lo mismo que hasta entonces, caprichosa e indecisa. El termómetro bajaba un día para subir de nuevo al siguiente. Llovía y nevaba alternativamente. La brisa era suave y no se fijaba nunca en ningún punto determinado del horizonte, pasando en un solo día muchas veces por todos los rumbos de la aguja. Era temible la constante humedad de aquel clima, pues podía determinar afecciones escorbúticas entre los invernantes. Afortunadamente, aunque si bien es cierto que, a causa de no haber llegado el convenido convoy empezaban a escasear el zumo de limón y de lima y las pastillas de cal, al menos las cosechas de acederas y coclearias habrían sido abundantes, y, siguiendo las recomendaciones del teniente Hobson, hacíase de ellas un uso cotidiano.

Era, sin embargo, preciso intentarlo todo para salir del fuerte Esperanza. En las condiciones en que se hallaban, tal vez no bastasen tres meses para llegar al continente más próximo, y no era posible exponer la expedición a que la sorprendiese el deshielo en medio de los témpanos antes de llegar a la tierra firme. Era, pues, necesario, partir antes que finalizase noviembre, si se decidían a partir.

Acerca de esta cuestión no había la menor duda; pero si durante un invierno riguroso, que hubiese endurecido bien todas las partes del campo de hielo, el viaje habría sido difícil, juzgúese su gravedad con aquel tiempo indeciso.

El 13 de noviembre, Jasper Hobson, Paulina Barnett y el sargento Long reuniéronse para fijar el día de la partida. El sargento era de opinión de que se abandonase la isla lo más pronto posible.

—Porque —decía— debemos contar con todos los retardos que pueden presentarse en una travesía de seiscientas millas. Es necesario que antes del mes de marzo hayamos sentado el pie en el continente americano, porque, de lo contrario, nos exponemos a que comience el deshielo y a encontrarnos en este caso en una situación peor aún que en nuestra isla.

—Pero ¿está el mar por ventura —preguntó Paulina Barnett— lo bastante

solidificado para que sea posible viajar sobre su superficie?

—Sí, señora —replicó el sargento Long—, y cada día se irá espesando más el hielo. Además, el barómetro sube lentamente, y esto es un indicio de descenso de temperatura, de suerte que de aquí al momento en que estén terminados todos los preparativos que tenemos que ejecutar para ponernos en marcha, calculo han de embargarnos al menos una semana, espero que el tiempo se habrá puesto completamente frío.

—¡No importa! —exclamó Jasper Hobson—; el invierno se presenta mal; y todo, verdaderamente, parece conspirar contra nosotros. Hay precedentes de inviernos muy extraños en estos mares, y de balleneros que han podido navegar por parajes donde, ni aun durante el verano, hubieran encontrado otros años ni una sola pulgada de agua debajo de su quilla. De cualquier modo que sea, no hay que perder ni un día. Siento sólo que la temperatura habitual de estos climas no nos haya ayudado.

—Ya nos ayudará —dijo Paulina Barnett—. En todo caso, es preciso estar preparados para aprovechar las circunstancias favorables que puedan presentarse. ¿Cuál es la fecha extrema en que se cree usted que puede emprenderse la marcha, señor Hobson?

—A fines de noviembre, lo más tarde —respondió el teniente Hobson—; pero si de aquí a ocho días, hacia el 20 de este mes, nuestros preparativos estuviesen terminados y se pudiese caminar sobre el hielo, consideraría en extremo favorable esta última circunstancia y partiríamos al punto.

—Bien dicho —exclamó el sargento—. Debemos, pues, prepararnos sin desperdiciar un instante.

—Entonces, señor Hobson —preguntó Paulina Barnett—, ¿va usted a revelar a nuestros compañeros la situación en que nos encontramos?

—Sí, señora. Ha llegado el momento de hablar, toda vez que el de obrar se ha presentado.

—Y, ¿cuándo piensa usted revelarles lo que ignoran?

—Ahora mismo, sargento Long —añadió el teniente Hobson, dirigiéndose a su subordinado, que se cuadró militarmente en el acto—, mande usted que se reúnan todos nuestros hombres en el salón principal para recibir mis órdenes.

El sargento Long giró automáticamente sobre sus talones, y salió con paso rítmico, después de saludar militarmente.

Durante algunos minutos, Jasper Hobson y Paulina Barnett permanecieron solos, sin despegar los labios.

El sargento volvió al poco tiempo y anunció al teniente Hobson que sus

órdenes habían sido ejecutadas.

En seguida, Jasper Hobson y la viajera penetraron en el salón principal. Todos los habitantes de la factoría, hombres y mujeres, hallábanse allí reunidos, vagamente alumbrados por la incierta luz de las lámparas.

Avanzó Jasper Hobson hasta colocarse en el centro de sus compañeros, y, con acento grave, les dijo:

—Amigos míos, hasta ahora, y con el fin de evitaros inútiles inquietudes, he creído deber sólo ocultaros la situación en que se encuentra nuestro establecimiento del fuerte Esperanza... Un terremoto nos ha separado del continente... El cabo Bathurst ha sido descuajado de la costa americana... Nuestra antigua península no es ahora más que una isla de hielo, una isla errante...

En este preciso momento, avanzó Marbre hacia Jasper Hobson, y, con acento firme, le dijo:

—¡Lo sabíamos, mi teniente!

UNA TENTATIVA AUDAZ

¡Lo sabían aquellas gentes animosas, y, para no aumentar la amargura de su jefe, habían fingido ignorarlo, entregándose con idéntico ardor a los preparativos de la gran invernada!

Los ojos del teniente Hobson se llenaron de lágrimas de ternura. Sin tratar de ocultar su emoción, tomó la mano que el cazador le tendía, y la estrechó con cariño.

Sí; aquellos soldados intrépidos no ignoraban nada, porque Marbre lo había adivinado todo hacía ya mucho tiempo. La trampa de los renos llena de agua salada; el no haberse presentado el destacamento que esperaban, procedente del fuerte Confianza; las observaciones astronómicas practicadas diariamente con objeto de hallar la latitud y longitud del lugar, que hubieran sido inútiles en tierra firme; las precauciones que adoptaba el teniente Hobson, con objeto de no ser visto, cuando se preparaba a tomar las alturas del sol; y, por último, el cambio de orientación sobrevenido durante los últimos días, y del cual se habían dado exacta cuenta; todos estos indicios reunidos habían hecho comprender su situación a los habitantes del fuerte Esperanza. Tan sólo la llegada de Kalumah habíales parecido inexplicable, suponiendo, como era en efecto verdad, que los azares, de la tempestad habían arrojado a la playa a la joven indígena.

Marbre, que fue el primero en cuya inteligencia se había hecho la luz, manifestó sus sospechas al carpintero Mac-Nap y al herrero Rae. Los tres consideraron fríamente la cuestión y acordaron que debían revelar la verdad, no sólo a sus compañeros, sino a las mujeres también; hecho lo cual, comprometiéronse todos a aparentar ante su jefe que no sabían nada, y a obedecerle ciegamente como siempre.

—¡Sois unos valientes, amigos míos! —exclamó Paulina Barnett, profundamente conmovida al escuchar las explicaciones de Marbre—; ¡sois unos soldados honrados y valerosos!

—Nuestro teniente puede contar con nosotros —añadió Mac-Nap—. Él ha cumplido con su deber, y nosotros sabremos cumplir con el nuestro.

—Sí, sí, mis queridos compañeros —exclamó Jasper Hobson—; el Cielo no nos abandonará, y nosotros le ayudaremos a salvarnos.

Después les refirió Jasper Hobson todo lo que había ocurrido desde el día en que el terremoto provocó la fractura del istmo, convirtiendo en isla errante los territorios continentales del cabo Bathurst. Explicóles cómo sobre aquel mar libre de hielos, en medio de la primavera, la nueva isla había sido arrastrada por una corriente desconocida a más de doscientas millas de la costa; cómo el huracán la había vuelto a traer a la vista de la tierra, alejándola nuevamente durante la noche del 31 de agosto; cómo, en fin, la valerosa Kalumah había expuesto su vida por venir en auxilio de sus amigos europeos. Después les dio a conocer los cambios que había experimentado la isla, que se disolvía lentamente en las aguas más cálidas, y el temor que había tenido de ser arrastrados, ora por la corriente de Kamchatka, ora hasta el mar Pacífico. Por último, manifestó a sus compañeros que la isla errante había quedado inmovilizada definitivamente a partir del día 27 de septiembre último.

Fue traída, por fin, la carta de los mares árticos, y Jasper Hobson marcóles la posición que ocupaba la isla, a más de 600 millas de toda tierra.

Terminó diciéndoles que la situación era en extremo peligrosa, que la isla quedaría necesariamente pulverizada cuando sobreviniese el deshielo, y que, antes de recurrir a la embarcación, que no podría ser utilizada hasta el próximo estío, convenía aprovechar el invierno para llegar al continente americano, dirigiéndose a él a través del campo de hielo.

—Tendremos que recorrer seiscientas millas en medio de grandes fríos y de impenetrables tinieblas. La prueba será dura, amigos míos; pero comprenderéis como yo que no hay medio de retroceder.

—Estamos todos dispuestos a seguirle, mi teniente —respondióle Mac-Nap—, tan pronto como dé usted la señal de partida.

Quedó así convenido, y a partir de aquel día empezaron a hacerse, con toda rapidez, los preparativos de la peligrosa expedición. Los hombres habían adoptado valerosamente la resolución de recorrer 600 millas en aquellas condiciones. El sargento Long dirigía los trabajos, en tanto que Jasper Hobson, los dos cazadores y Paulina Barnett iban a reconocer con frecuencia el estado del campo de hielo. Kalumah les acompañaba la mayoría de las veces, y sus consejos, basados en la experiencia, podían ser muy útiles al teniente. Habiéndose fijado la fecha de partida, salvo algún acontecimiento imprevisto, para el 20 de noviembre, no había tiempo que perder.

Según lo había previsto Jasper Hobson, tan pronto se roló el viento, descendió la temperatura, aunque no mucho, y la columna de mercurio marcó 24° Fahrenheit (4° 44' centígrados bajo cero). La nieve reemplazó a la lluvia de los días precedentes, y el suelo endurecióse. Con que se sostuviera aquel frío durante algunos días, el arrastre de los trineos haríase posible. La grieta abierta por delante del cabo Miguel encontrábase rellena de nieve y hielo; pero no debe olvidarse que sus aguas más tranquilas habían debido helarse más de prisa. Buena prueba de ello era que las aguas del mar no presentaban un estado tan satisfactorio.

El viento soplaba casi incesantemente con extremada violencia, oponiéndose las olas a la formación regular de los hielos, de suerte que no adquirirían la debida consistencia. Grandes charcas de agua separaban en muchos lugares los témpanos y no era posible intentar aún el paso a través del campo de hielo.

—El tiempo se pone decididamente frío —dijo Paulina Barnett al teniente, el día 15 de noviembre, durante un reconocimiento practicado hasta la costa Sur de la isla—; la temperatura desciende de una manera sensible, y estos espacios líquidos no tardarán en solidificarse.

—Así lo creo yo también —respondió el teniente Hobson—; pero, desgraciadamente, la marea, como se verifica la congelación, es poco favorable para nuestros proyectos. Los témpanos son pequeños, sus bordes forman numerosas asperezas que erizan la superficie del mar; de tal suerte que, aun suponiendo que nuestros trineos se puedan deslizar sobre ella, habrán de tropezar con grandes dificultades.

—Pero, si no me engaño —respondió la viajera—, bastarían algunos días, tal vez algunas horas de copiosas nevadas, para nivelar toda su superficie.

—Sin duda —respondió el teniente—; pero, para que nieve, será necesario que suba la temperatura; y si aumenta el calor, volverá a dislocarse el banco de hielo. ¡He aquí, pues, un dilema cuyas dos consecuencias nos son desfavorables!

—Veamos, señor Hobson —dijo Paulina Barnett—, hay que reconocer que sería el colmo de la mala suerte que tropezásemos en el lugar donde nos encontramos, en pleno océano Glacial, con un invierno templado en vez de un invierno ártico.

—No sería la primera vez que así ocurriese, señora —replicó Jasper Hobson—. Debe usted, además, tener en cuenta que el invierno anterior, que pasamos en el continente americano, fue extremadamente rudo, y que se ha observado que es muy raro que se sucedan uno a otro dos inviernos de idéntico rigor y duración, como los balleneros de los mares boreales saben perfectamente. ¡No cabe duda alguna de que esto constituiría el colmo de la mala suerte! ¡Un invierno crudísimo cuando hubiéramos deseado un invierno moderado, y un invierno benigno, cuando nos hace falta un invierno excesivamente frío! ¡Es preciso reconocer que, hasta ahora, no hemos tenido gran fortuna! ¡Cuándo pienso que habrá que franquear una distancia de más de 600 millas, y con mujeres y un niño!

Y, extendiendo la mano hacia el Sur, mostraba Jasper Hobson el espacio infinito que se extendía ante sus ojos: una vasta planicie caprichosamente recortada en forma de encaje. ¡Triste aspecto el de aquel mar, imperfectamente solidificado, cuya superficie crujía con siniestro ruido! Una luna turbia, medio oculta entre las húmedas brumas, elevábase apenas algunos grados sobre el horizonte sombrío, derramando una luz macilenta sobre todo aquel conjunto.

La semiobscuridad, ayudada por ciertos fenómenos de refracción, duplicaba el tamaño de los objetos. Algunos icebergs de mediana altitud adquirían en apariencia dimensiones colosales, tomando a veces formas de monstruos apocalípticos. Algunas aves pasaban agitando con estrépito sus alas, y la menor de ellas, por efecto de esta ilusión óptica, parecía mayor que un cóndor.

En ciertas direcciones, en medio de las montañas de hielo, parecían abrirse inmensos túneles negros, en los cuales el hombre más audaz hubiera temido arriesgarse. Sentíanse, además, súbitos movimientos, debidos al desplome de los icebergs, los cuales, socavados por sus bases, buscaban una nueva posición de equilibrio, produciendo en su caída gran estruendo, que los ecos sonoros repetían. De este modo cambiaba con frecuencia el aspecto de la escena, cual la decoración de una función de magia. ¡Con qué sentimiento de espanto debían contemplar aquellos terribles fenómenos los desdichados invernantes que tenían que aventurarse a través de aquel campo de hielo!

A pesar de su valor y de su energía moral, la viajera sentíase invadida de involuntario terror. Helábase su alma lo mismo que su cuerpo. Sentía tentaciones de cerrar los ojos, de taparse los oídos para no ver ni oír nada. Cuando, en ciertos instantes, se velaba la luna tras una bruma más densa, el

aspecto siniestro de aquel paisaje polar acentuábase aún más, y Paulina se imaginaba entonces la caravana de hombres y mujeres caminando a través de aquellas soledades, en medio de las nieves, en medio de las tempestades, en medio de las avalanchas, sumida en las tinieblas horribles de la imponente noche ártica.

Entonces Paulina Barnett hacía esfuerzos para ver. Deseaba habituar su mirada a aquellos imponentes aspectos, acostumbrar su alma a aquel terror. De repente un grito agudo escapóse de su pecho, y su mano oprimió convulsivamente la del teniente Hobson, mostrándole a la par con la otra un enorme objeto blanco, de contornos mal definidos, que se movía en la penumbra a cien pasos apenas de ellos.

Era un monstruo de deslumbradora blancura, de talla gigantesca, cuya altura pasaba de 50 pies. Caminaba lentamente sobre los esparcidos témpanos, saltando de unos a otros, y agitando sus patas formidables que habrían podido abrazar diez enormes encinas a un tiempo. Parecía que, a su vez, trataba también de buscar un paso practicable a través del campo de hielo para huir de aquella isla funesta. Hundíanse los témpanos bajo su enorme peso, y no recuperaban su equilibrio sino después de desordenados movimientos.

El monstruo avanzó así durante un cuarto de milla sobre el campo de hielo; mas después, no encontrando sin duda paso alguno, volvió grupas y se dirigió hacia el punto de la playa ocupado por el teniente y Paulina.

Jasper Hobson requirió el fusil, que llevaba en bandolera, y se dispuso a hacer fuego. Pero después de tener bien enfilado al animal, dejó caer el arma, y dijo a Paulina Barnett muy de quedo:

—Es un oso, señora; un oso cuyas dimensiones ha aumentado la refracción de un modo exagerado.

Era un oso polar en efecto, y Paulina Barnett reconoció en seguida la ilusión óptica de que acababa de ser juguete. Respiró con holgura, y exclamó poco después:

—¡Es mi oso! ¡Un oso filantrópico! ¡El único, probablemente, que ha quedado en la isla! Pero ¿qué hace, señor Hobson?

—Trata de escapar, señora —exclamó Jasper Hobson, sacudiendo la cabeza—. ¡Trata de huir de esta maldita isla! Y no puede lograrlo, demostrándonos así que el camino está cerrado para él y para nosotros.

Jasper Hobson no se engañaba. El temible animal, al verse preso, había tratado de abandonar la isla para llegar al continente; y no habiéndolo logrado, regresaba otra vez al litoral. El oso pasó a veinte pies del teniente y su compañera, moviendo la cabeza y gruñendo sordamente; y, o no los vio

realmente, o no los creyó dignos de fijar su vista en ellos, pues prosiguió su marcha con pesado paso, y se dirigió hacia el cabo Miguel, no tardando en desaparecer tras un cerro.

Aquel día, el teniente y Paulina Barnett regresaron al fuerte tristes y silenciosos.

Entretanto, proseguían activamente en el fuerte los preparativos para la marcha cuando la travesía de los campos de hielo hubiera sido posible. La seguridad de la expedición exigía que no se descuidase nada, que se viese todo y que se tuviese en cuenta, no sólo las fatigas y sus dificultades naturales, sino también los caprichos de aquella naturaleza polar, que con tanta energía se defiende contra las investigaciones humanas.

Los perros habían sido objeto de particulares cuidados. Déjeseles correr por los alrededores del fuerte, a fin de que el ejercicio les devolviese las fuerzas algo entorpecidas por un prolongado reposo. Los expresados animales encontrábanse todos en un estado satisfactorio y aptos para realizar una larga marcha, si no se les hacía trabajar demasiado.

Examináronse los trineos con cuidado. La superficie abrupta del campo de hielo debía necesariamente exponerlos a choques violentos, de suerte que fue preciso reforzar sus patas principales, encargándose de este trabajo el carpintero Mac-Nap y sus peones.

Construyéronse además dos trineos-carretas de grandes dimensiones, destinados, el uno, al transporte de las provisiones, y el otro, al de las pieles, debiendo ser tirados los dos por los renos domesticados, a quienes adiestróse al efecto. Es muy cierto que las pieles eran una impedimenta de lujo, que tal vez hubiese sido prudente abandonar; pero Jasper Hobson quería, mientras fuera posible, salvar los intereses de la Compañía, decidido, por otra parte, a abandonarlas durante el camino, si comprometían o estorbaban la marcha de la caravana. Nada, por otra parte, se arriesgaba con ello, toda vez que si se abandonaban en el fuerte aquellas valiosísimas pieles, se perderían sin remedio.

Por lo que respecta a los víveres, la cosa era muy distinta. Las provisiones debían ser abundantes y fáciles de transportar. No se podía contar en modo alguno con los productos de la caza. Los animales comestibles les tomarían la delantera, tan luego como el campo de hielo se hallase practicable, dirigiéndose a toda prisa a las regiones del Sur. Así, pues, colocáronse en un carro especial carnes conservadas, cecina, pasteles de liebre, pescados secos, galletas, cuya existencia era desgraciadamente bastante reducida, gran cantidad de acederas y de codearías, aguardiente, espíritu de vino para la confección de las bebidas calientes, etc., etc. Bien hubiera querido Jasper Hobson llevar también combustible, porque durante las 600 millas no

encontrarían un árbol, ni un arbusto, ni una mata de musgo, y no había que contar con que el mar arrojara maderas ni despojos de buques; pero no podía admitirse semejante sobrecarga y fue preciso renunciar a ella. Afortunadamente, los vestidos de abrigo no habían de faltar; serían abundantes y cálidos, y, si fuese preciso, se haría uso de las pieles que conducía el otro carro.

En cuanto a Tomás Black, que después de su infausta aventura habíase retirado en absoluto del mundo, huyendo de sus compañeros, encerrándose en su camarote y no tomando parte jamás en los consejos que el teniente, el sargento y la viajera celebraban, reapareció tan pronto como se hubo fijado el día de la partida; pero fue para ocuparse únicamente del trineo que debía transportar su persona, sus instrumentos y sus libros de apuntes. Mudo siempre, no había medio de arrancarle una sola palabra. Habíalo olvidado todo, hasta su condición de sabio inclusive; y desde que quedó en ridículo con las protuberancias lunares, no había prestado la menor atención al estudio de los fenómenos peculiares de las altas latitudes, tales como las auroras boreales, los halos, las paraselenes, etc.

En fin, durante los últimos días cada cual se había aplicado a su tarea con tal diligencia y celo, que, en la mañana del 18 de noviembre, todo estaba dispuesto para la partida. Por desgracia, el campo de hielo no se hallaba todavía practicable. Si bien es cierto que la temperatura había descendido, el frío no había sido lo suficiente intenso para solidificar de una manera uniforme la superficie del mar. La nieve, además de ser muy fina, no caía de un modo uniforme y continuo. Jasper Hobson, Marbre y Sabine habían recorrido diariamente el litoral de la isla, desde el cabo Miguel hasta la punta de la antigua bahía de las Morsas, y hasta se habían aventurado por el campo de hielo, alejándose de la costa milla y media aproximadamente, viéndose en la necesidad de reconocer que estaba lleno de hoyos, cortaduras y grietas. Era materialmente imposible que por su superficie pudiesen caminar, no digamos ya los trineos, sino ni aun siquiera los hombres dueños de sus movimientos. Las fatigas del teniente Hobson y de sus hombres durante estas excursiones habían sido terribles, y más de una vez creyeron que no podrían volver a la isla Victoria a través de aquellos témpanos movibles todavía.

Parecía verdaderamente que la Naturaleza se cebaba en aquellos desdichados invernantes. Durante los días 18 y 19 de noviembre subió el termómetro en tanto que el barómetro descendía. Esta modificación del estado atmosférico debía producir fatales resultados. A la par que disminuía el frío, llenábase de vapores el cielo. Con una temperatura de 34° Fahrenheit (1° 11' centígrados sobre cero, lo que cayó en abundancia no fue nieve, sino agua. La lluvia, relativamente cálida, fundía en muchos lugares la capa de nieve blanca.

Fácil es imaginar el efecto que estas aguas del cielo producirían sobre el

campo de hielo, disgregándolo de un modo que cualquiera hubiera creído que se aproximaba el deshielo. Jasper Hobson, que a pesar del mal tiempo reinante iba frecuentemente a la costa meridional de la isla, volvió un día desesperado.

El día 20, una nueva tempestad, casi igual en violencia a la que un mes atrás había azotado a la isla, desencadenóse en aquellas funestas regiones del océano Glacial. Los invernantes tuvieron que renunciar a salir al exterior, y durante dos días viéronse en la precisión de permanecer encerrados dentro del fuerte Esperanza.

A TRAVÉS DEL CAMPO DE HIELO

Por fin, el 22 de noviembre, el tiempo empezó a mejorar, calmándose la tempestad en pocas horas. Rolóse el viento al Norte y el termómetro descendió varios grados. El hecho de haber desaparecido algunas aves de largo vuelo hizo concebir la esperanza de que la temperatura iba a descender francamente hasta alcanzar el grado que correspondía en aquella época, del año y en tal alta latitud. Los invernantes lamentaban verdaderamente que no hiciese el mismo frío que el invierno anterior, cuando bajó el termómetro a 72° Fahrenheit, bajo cero, equivalente a 55° centígrados bajo el punto de congelación del agua destilada.

Jasper Hobson resolvió partir sin tardanza, y, en la mañana del día 22, toda la pequeña colonia se encontraba preparada para abandonar el fuerte Esperanza y la isla, que ahora formaba una pieza con el campo de hielo y se hallaba enlazada, por tanto, al continente por una llanura sólida de 600 millas de extensión.

A las once y media de la mañana, en medio de una atmósfera grisácea, pero serena, que una espléndida aurora boreal iluminaba del horizonte al cénit, Jasper Hobson dio la señal de partida. Los perros hallábanse enganchados a los trineos. Tres parejas de renos domesticados habían sido uncidos a los trineos-carretas, y se emprendió silenciosamente la marcha hacia el cabo Miguel, lugar por donde deberían pasar de la isla propiamente dicha al campo de hielo.

La caravana siguió al principio la ladera de la colina cubierta de arbolado, situada al Este del lago Barnett; pero en el momento de ir a doblar su punta, volviéronse todos para dirigir una última mirada al cabo Bathurst que abandonaban para siempre. En medio de la incierta claridad de la aurora boreal dibujábanse algunas de sus aristas cubiertas de nieve, y dos o tres líneas blancas limitaban el recinto de la factoría. Una masa blanquecina, que,

dominando el conjunto, se alzaba de trecho en trecho, y el humo que se escapaba aún de sus dos chimeneas, postrimeros alientos de un fuego que se iba a extinguir para siempre, fue lo único que pudieron ver del fuerte Esperanza, de aquel establecimiento fundado a costa de tantas penalidades y trabajos que resultaban ahora por completo infructuosos.

—¡Adiós!, ¡adiós para siempre, casa que nos has cobijado contra los fríos polares! —exclamó Paulina Barnett, agitando, no sin pena, por última vez la mano.

Y todos, después de este adiós postrimero, reanudaron, silenciosamente y tristes, el viaje de regreso.

A la una el destacamento había llegado al cabo Miguel, después de haber contorneado la grieta que el frío insuficiente del invierno no había podido cerrar otra vez por completo. Hasta entonces, las dificultades del camino no habían sido grandes, porque el suelo de la isla Victoria presentaba una superficie relativamente lisa; pero en el campo de hielo sería muy diferente. En efecto, sometido este último a la enorme presión de los bancos del Norte, hallaríase sin duda erizado de icebergs, de grandes protuberancias, de verdaderas montañas heladas entre las cuales sería necesario buscar pasos practicables a costa de los mayores esfuerzos, de las más extraordinarias fatigas.

A la caída de la tarde habíase avanzado ya algunas millas sobre el campo de hielo y se procedió a organizar un campamento donde pasar la noche, al estilo de los esquimales y los indios de la América del Norte, practicando orificios donde guarecerse en los bloques de hielo. Los cuchillos para la nieve hábilmente manejados, empezaron a funcionar, y, a las ocho, después de una cena compuesta de carnes secas, todo el personal de la factoría habíase introducido dentro de estos agujeros, que son más abrigados de lo que pudiera imaginarse.

Pero, antes de dormirse, Paulina Barnett había preguntado al teniente si podía calcular el camino recorrido desde el fuerte Esperanza hasta allí.

—Creo que hemos recorrido más de diez millas —respondió Jasper Hobson.

—¡Diez millas de seiscientas! —exclamó la viajera—. ¡A este paso, tardaremos tres meses en franquear la distancia que nos separa del continente americano!

—Tres meses y acaso más —respondió Jasper Hobson—; pero no es posible caminar más aprisa. No viajamos, como el año anterior, por las llanuras heladas que separan el fuerte Confianza del cabo Bathurst, sino sobre un campo de hielo deforme, quebrantado por la presión, que no puede

ofrecernos ningún camino fácil. Espero tropezar con grandes dificultades durante esta expedición. ¡Ojalá podamos vencerlas! En todo caso, lo importante no es llegar pronto, sino llegar con salud, y me consideraría dichoso si ninguno de mis compañeros faltase cuando entremos en el fuerte Confianza. Quiera el cielo que en el plazo de tres meses hayamos podido llegar a cualquier punto de la costa americana, señora, que entonces cuantos himnos de acción de gracias entonemos parecerán mezquinos.

La noche transcurrió sin incidentes; pero Jasper Hobson, durante su largo insomnio, creyó sentir en el suelo sobre el cual se había organizado el campamento algunas trepidaciones de mal augurio, que delataban una falta de cohesión en todas las partes del campo de hielo. Parecióle que éste no se hallaba por completo consolidado en toda su extensión, de suerte que debía hallarse cortado en muchos puntos por grietas enormes, lo cual era una circunstancia en extremo perjudicial, toda vez que aquel estado de cosas hacía muy problemática la comunicación con la tierra firme.

Por otra parte, había observado Jasper Hobson, antes de su partida, que ni los animales de piel fina ni tampoco los carnívoros de la isla Victoria habían abandonado las proximidades de la factoría; y cuando estos animales no habían ido a buscar regiones más templadas donde pasar el invierno en las regiones del Sur, era sin duda alguna porque les decía su instinto que habrían de tropezar en su camino con insuperables obstáculos.

Sin embargo, Jasper Hobson había obrado muy acertadamente al realizar aquella tentativa para repatriar a la pequeña colonia, lanzándose a través del campo de hielo. Era imprescindible realmente correr aquel albur antes de que comenzase el deshielo, y siempre le quedaba el recurso de volver sobre sus pasos.

Al día siguiente, 23 de noviembre, no pudo el destacamento avanzar ni diez millas hacia el Este, porque las dificultades del camino crecieron notablemente. Presentábase el campo de hielo horriblemente convulsionado, pudiendo deducir, por ciertas capas fáciles de reconocer, que se habían superpuesto varios bancos de hielo, empujados sin duda hacia aquel amplio embudo del océano Glacial por el irresistible empuje de la gran barrera polar. De aquí las colisiones de unos témpanos con otros, la aglomeración de icebergs, que semejaban un gran hacinamiento de montañas que una mano imponente hubiera dejado caer en aquel espacio y que se hubiesen esparcido durante el descenso.

Era evidente que aquella caravana formada por los trineos y sus tiros no podía pasar por encima de aquellos bloques colosales, ni menos abrirse un camino a hachazos o a cuchilladas a través de sus moles inmensas. Los icebergs aquellos afectaban las formas más diversas, figurando ciudades que

se hubiesen desplomado por entero. Muchos de ellos medían trescientos o cuatrocientos pies de altura sobre el nivel del campo de hielo, agitándose en sus cumbres enormes cantidades de carámbanos que no esperaban más que una sacudida, un choque, una vibración del aire para precipitarse cual avalanchas enormes.

Por eso, al contornear aquellas montañas de nieve, era preciso adoptar las mayores precauciones. Habíase dado orden de no levantar la voz ni excitar a los tiros con crujidos de látigos en aquellos peligrosos parajes. Y no eran exageradas semejantes precauciones, pues la menor imprudencia hubiera podido provocar una terrible catástrofe.

Pero dando estos rodeos y buscando los pasos practicables perdíase mucho tiempo, se agotaban las fuerzas, y no se adelantaba nada en la dirección apetecida, pues a veces, para avanzar una milla, había que dar una vuelta de diez. Menos mal que aun tenían bajo sus pies un suelo firme.

Sin embargo, el día 24 tropezaron con otros obstáculos que temió con razón Jasper Hobson no poder superar en absoluto.

En efecto, después de haber franqueado una primera barrera de hielos, que se alzaba a unas veinte millas de la isla Victoria, encontróse el destacamento sobre un campo de hielo mucho menos escabroso y cuyas diversas piezas no habían sido sometidas a una fuerte presión. Era evidente que, a consecuencia de la dirección de las corrientes marinas, el empuje del gran banco polar no se dejaba sentir por aquel lado. Pero Jasper Hobson y sus compañeros no tardaron en ver su camino cortado por anchas grietas que no se habían solidificado aún. La temperatura era relativamente templada, no indicando por término medio el termómetro menos de 34° Fahrenheit (1° 11' centígrados sobre cero); y como es bien sabido que el agua salada resiste más a la congelación que la dulce, la superficie del mar no se había solidificado por completo. Todas las porciones endurecidas que formaban el gran banco polar y el campo de hielo procedían de latitudes más altas, conservándose por sí mismas y nutriéndose, por decirlo así, con su propio frío; pero aquel espacio meridional del mar Ártico no se hallaba uniformemente helado, y caía, además, una lluvia templada que traía consigo nuevos elementos de disolución.

Aquel día quedó el destacamento detenido en absoluto delante de una grieta llena de aguas tumultuosas, sembradas de pequeños hielos; porque, si bien su anchura no parecía ser superior a cien pies, su longitud, en cambio, debía medir varias millas.

Por espacio de dos horas recorrieron el borde occidental de esta grieta con la esperanza de llegar a su extremo y reanudar la marcha hacia el Este; pero todo fue en vano, y hubo al fin que detenerse. Se hizo alto y se organizó el

campamento.

Jasper Hobson avanzó otro cuarto de milla, seguido del sargento Long, observando la interminable grieta, y maldiciendo la benignidad de aquel invierno que tanto les perjudicaba.

—Hay que pasar, sin embargo —dijo el sargento Long—; porque no podemos estacionarnos aquí.

—Sí, es preciso pasar —respondió el teniente Hobson—, y pasaremos, bien remontándonos hacia el Norte, bien descendiendo hacia el Sur, pues, al fin, acabaremos de rodear esta grieta; pero después de ella se presentarán otras, y tendremos siempre lo mismo, durante centenares de millas tal vez, mientras dure esta indecisa y deplorable temperatura.

—Pues bien, mi teniente —replicó el sargento—; eso debemos averiguarlo antes de proseguir nuestro viaje.

—Tiene usted razón, sargento —dijo resueltamente Jasper Hobson—, porque, de lo contrario, nos expondríamos a encontrarnos con que, después de haber recorrido quinientas o seiscientas millas a fuerza de rodeos, no habríamos franqueado ni siquiera la mitad de la distancia que nos separa de la costa americana. Sí, sí; es preciso, antes de alejarnos más, reconocer la superficie del campo de hielo, y eso es lo que voy a hacer.

Y en seguida, sin añadir palabra, desnudóse Jasper Hobson, arrojóse a aquel agua semihelada, y, a fuer de vigoroso nadador, llegó en pocos instantes al borde opuesto de la grieta, y desapareció entre las sombras, en medio de los icebergs.

Algunas horas más tarde, Jasper Hobson, completamente agotado, regresaba al campamento, donde ya se encontraba el sargento. Llamó a éste aparte y le manifestó, lo mismo que a Paulina Barnett, que el campo de hielo era completamente impracticable.

—Tal vez un hombre solo —les dijo—, sin trineo y sin bagajes, lograrse pasarlo a pie; pero una caravana... ¡imposible! Las grietas multiplícanse hacia el Este, y, en realidad, más útil nos sería una embarcación que un trineo para llegar al continente americano.

—Pues bien —dijo el sargento—, si un hombre solo cree usted que podría atravesarlo con algunas probabilidades de éxito, ¿no debiera uno de nosotros tratar de hacer el viaje para ir a buscar socorro?

—He pensado partir... —respondió Jasper Hobson.

—¡Usted, señor Jasper!

—¡Usted, mi teniente!

Este par de respuestas, simultáneas demostraron cuan inesperada era la idea del teniente y cuan inoportuna parecía a sus interlocutores. ¡Partir él, el jefe de la expedición! ¡Abandonar a los que le estaban confiados, aunque fuera en interés de ellos y para correr mayores peligros aún! ¡No!, ¡eso no era posible! Por eso Jasper Hobson no insistió.

—Sí, amigos míos —dijo entonces—, os comprendo perfectamente, y no os abandonaré. Pero es inútil también que cualquiera de vosotros quiera hacer la tentativa. No lo lograría, sin duda; perecería en el camino y, más tarde, cuando el camino de hielo se disuelva, su cuerpo no tendría más tumba que el abismo que existe debajo de nuestros pies. Por otra parte, aun dando por supuesto que pudiese llegar a Nuevo Arcángel, ¿qué adelantaría con ello? ¿Cómo vendría a socorrernos? ¿Fletaría un buque para venir a buscarnos? Pero ese barco no podría venir hasta después del deshielo, y, pasada esa época, ¿quién es capaz de saber si habrá sido la isla Victoria arrastrada al océano Glacial o al mar de Behring?

—Tiene usted razón, mi teniente —respondió el sargento Long—. Permanezcamos unidos, y, si está escrito que hayamos de salvarnos, en un buque, la embarcación de Mac-Nap está en el cabo Bathurst, y, al menos, no tendremos que esperar.

Paulina Barnett había escuchado sin decir una palabra. También ella comprendía perfectamente que, puesto que no ofrecía el campo de hielo ningún paso practicable, era preciso cifrar toda esperanza en la embarcación de Mac-Nap, y esperar sin desmayos la época del deshielo.

—Y entonces —dijo al fin—, señor Jasper, ¿qué piensa usted hacer?

—Volver a la isla Victoria.

—Volvamos, pues, y, ¡qué el Cielo nos proteja!

Hizo reunir Jasper Hobson a todo el personal de la colonia, y le propuso volver, en vista de las circunstancias.

La primera impresión producida por la declaración del teniente no fue buena. Aquellas pobres gentes tenían tal confianza en su repatriación inmediata a través del campo de hielo, que el desengaño fue inmenso. Pero pronto reaccionaron mostrándose dispuestas a obedecer.

Jasper Hobson les dio a conocer entonces el resultado de la exploración que acababa de efectuar; manifestóles que por el Este acumulábanse insuperables obstáculos, que era materialmente imposible pasar con todo el material de la caravana, del cual no se podía prescindir en modo alguno tratándose de un viaje que debía durar varios meses.

—Tenemos en este momento todas las comunicaciones cortadas con la

costa americana —añadió—; y si nos empeñamos en seguir avanzando hacia el Este a costa de incalculables fatigas, corremos el riesgo, además, de no poder regresar a la isla, que es nuestro postrer y único refugio. Si el deshielo nos sorprende en estos parajes, estaremos perdidos sin remedio. Os he dicho la verdad toda entera, amigos míos, sin tratar de disimularla, ni tampoco de agravarla. Sé que me dirijo a personas enérgicas que saben que no soy capaz de retroceder ante los mayores peligros; y por eso mismo os repito que nos hallamos delante de un imposible.

Aquellos soldados tenían una confianza absoluta en su jefe. Conocían su valor y su energía, y cuando les aseguraba que no se podía pasar, era sin duda alguna porque el campo de hielo estaba impracticable.

El regreso al fuerte Esperanza hubo de fijarse, pues, para la mañana siguiente, y realizóse en las más tristes condiciones. El tiempo era espantoso. Violentas rachas de viento barrían la superficie del campo de hielo; llovía torrencialmente. ¡Juzgúese la dificultad de orientarse en medio de una obscuridad profunda entre aquel laberinto de icebergs!

El destacamento empleó nada menos que cuatro días y cuatro noches en recorrer la distancia que le separaba de la isla. Varios trineos y sus tiros hundiéronse en las grietas. Sin embargo, el teniente Hobson tuvo la satisfacción de no perder ninguno de sus compañeros, gracias a su abnegación y prudencia. Pero ¡cuántas fatigas y peligros, y qué porvenir tan sombrío esperaba a aquellos infelices condenados a pasar otro invierno en la isla errante!

LOS MESES DE INVIERNO

Jasper Hobson y sus compañeros no estuvieron de regreso en el fuerte Esperanza hasta el día 28, tras de inenarrables fatigas. Ya no podían contar más que con la embarcación, que sería imposible utilizar antes de que transcurrieran seis meses, es decir, cuando el mar hubiese quedado otra vez ubre.

La invernada dio comienzo. Se descargaron los trineos, y se guardaron los víveres en la despensa, y las ropas, los utensilios, las armas y las pieles en los almacenes. Los perros reingresaron en las perreras y los renos domesticados en sus establos.

Tomás Black tuvo que ocuparse también en su reinstalación. ¡Estaba desesperado! El infeliz astrónomo volvió a instalar sus libros y sus cuadernos en su camarote, y, más irritado que nunca contra la fatalidad que en él se

ensañaba, permaneció, como antes, absolutamente extraño a cuanto en la factoría pasaba.

Bastó un día para la reinstalación general, dando comienzo en seguida aquella existencia invernal tan poco variada y que tan espantosamente monotonía hallarían los habitantes de las grandes ciudades. Los trabajos de aguja, el repaso de la ropa, y hasta la conservación de las pieles, pues tal vez fuera posible salvar alguna parte de ellas, juntamente con la observación del tiempo, la vigilancia del campo de hielo y la lectura constituían las ocupaciones y los entretenimientos cotidianos de la desdichada colonia.

Paulina Barnett lo dirigía todo y en todo se notaba su influencia. Si a veces sobrevenía una rencilla entre aquellos sufridos soldados, que tenían el carácter agriado por las penalidades presentes y las inquietudes relativas a lo porvenir, las palabras de Paulina Barnett pronto la disipaban. La viajera ejercía un gran imperio sobre aquella buena gente, aunque sólo lo explotaba en beneficio de todos.

Kalumah le había tomado cada día más afecto. Todos, por otra parte, sentían especial cariño por la joven esquimal, que se mostraba siempre dulce y servicial. Paulina Barnett se había propuesto educarla, y todos le auguraban un buen éxito, porque su discípula era verdaderamente inteligente y sentía deseos de saber. Perfeccionóla en el estudio de la lengua inglesa y le enseñó a leer y escribir. Además, en estas materias, Kalumah encontró diez maestros que se disputaban el placer de enseñarla; porque, de todos aquellos soldados educados en las posesiones inglesas o en la misma Inglaterra, no había ni uno solo que no supiese leer, escribir y al menos las cuatro reglas.

Dióse especial impulso a la construcción de la barca, la cual quedó forrada y con cubiertas antes de fin de mes. En medio de aquellas tinieblas, Mac-Nap y sus peones trabajaban asiduamente a la luz de sus antorchas, en tanto que los otros se ocupaban en el arreglo de los almacenes de la factoría. La estación, aunque ya muy avanzada, conservábase indecisa. El frío, muy intenso a veces, no se sostenía, lo cual debía evidentemente atribuirse a la persistencia de los vientos del Oeste.

Todo el mes de diciembre transcurrió entre lluvias y nieves, con una temperatura que osciló entre 27° y 34° Fahrenheit (3° 33' bajo cero, y 11' sobre cero del termómetro centígrado). El gasto de combustible fue bastante moderado, a pesar de no haber ninguna razón que aconsejase su economía, pues había abundantes reservas. Con la luz, por desgracia, no sucedía lo mismo. El aceite amenazaba acabarse, por lo cual decidió Jasper Hobson que no se encendiera la lámpara más que durante algunas horas del día. Practicóse un ensayo con la grasa del reno; pero el olor que despedía esta substancia era tan insoportable, que valía más permanecer a obscuras. Suspendíanse entonces

los trabajos y las horas se hacían interminables.

Presentáronse en el horizonte algunas auroras boreales y dos o tres paraselenes en las épocas de los plenilunios. Tomás Black tuvo ocasión de observar estos meteoros con minucioso cuidado; de obtener datos preciosos sobre su intensidad, su coloración, sus relaciones con el estado eléctrico de la atmósfera, su influencia sobre la aguja imantada, etc.; pero ni por un momento abandonó siquiera su cuarto. ¡Era un alma completamente extraviada!

El día 30 de diciembre pudo verse, a la claridad de la luna, que una larga línea circular de icebergs cerraba el horizonte por el Norte y el Este. Era el gran banco polar cuyas masas heladas elevábanse las unas sobre las otras. Su altura podía calcularse entre 300 y 400 pies. Aquella enorme barrera rodeaba ya la isla en los dos tercios de su circunferencia, y era muy de temer que se prolongase aún más.

El cielo permaneció sumamente despejado durante la primera semana de enero. El nuevo año de 1861 había debutado con un frío bastante intenso, bajando la columna de mercurio a 8° Fahrenheit (13° 33' centígrados bajo cero), que era la temperatura más baja de aquel extraño invierno que se había observado hasta entonces. De todos modos, el descenso era poco considerable para tan elevada latitud.

Jasper Hobson calculó nuevamente la situación de la isla, por medio de observaciones de estrellas, comprobando que no había experimentado el menor desplazamiento.

Por esta época iba a faltar el aceite, a pesar de las economías que se habían realizado; y como el sol no se dejaría ver aún hasta los primeros días de febrero, los invernantes se hallaban amenazados de quedarse en la obscuridad más completa, cuando, gracias a la joven esquimal, pudo hallarse el aceite necesario para la alimentación de las lámparas.

Era el día 3 de enero, Kalumah había ido al pie del cabo Bathurst con el fin de observar el estado de los hielos. En aquel lugar, lo mismo que en toda la parte septentrional de la isla, el campo de hielo presentábase más compacto. Los témpanos que lo constituían se hallaban más unidos, no dejando intervalos líquidos entre ellos. Su superficie, aunque muy escabrosa, aparecía toda sólida; lo cual era debido, sin duda, a que el campo de hielo, empujado hacia el Sur por el gran banco polar, había sido fuertemente comprimido entre aquél y la isla.

Sin embargo, la joven esquimal descubrió, a falta de grietas, varios agujeros redondos perfectamente marcados en la superficie del hielo, cuyo uso conocía perfectamente. Eran agujeros de focas, es decir, que por aquellas aberturas, que no dejaban cerrar, los anfibios, presos bajo la corteza sólida,

salían a respirar a la superficie y a buscar, bajo la nieve, los musgos del litoral.

Kalumah sabía que los osos, durante el invierno, pacientemente apostados cerca de estos orificios, acechaban el momento en que sale del agua el anfibio, le echan la garra, lo matan y se lo llevan. Sabía también que los esquimales, no menos pacientes que los osos, esperan del mismo modo la aparición de estos animales, los enlazan por medio de un nudo corredizo, y se apoderan de ellos sin demasiado trabajo.

Ahora bien, lo que hacían los esquimales y los osos, podían practicarlo también hábiles cazadores, y, supuesto que existían los agujeros, era señal evidente que había focas que los utilizaban; y estas focas podían suministrarles aceite, y el aceite la luz que faltaba en la factoría.

Kalumah volvió al fuerte en seguida; previno a Jasper Hobson; llamó éste a Sabine y Marbre; explicóles la joven el procedimiento que los esquimales empleaban para capturar a las focas durante el invierno, y los indujo a seguirlo.

Aun no había acabado de hablar, cuando ya tenía preparada Sabine una resistente cuerda, provista de su nudo corredizo.

Jasper Hobson, Paulina Barnett, los cazadores, Kalumah y otros dos o tres soldados trasladáronse al cabo Bathurst; y, mientras las mujeres permanecían en la playa, avanzaron los hombres, arrastrándose, hasta el lugar indicado, y, provisto cada cual de una cuerda, apostáronse en acecho cada uno en las proximidades de un orificio distinto.

La espera fue bien larga. Una hora transcurrió sin que nada anunciase la aproximación de los anfibios; pero, al fin, se agitó el agua en uno de los agujeros, que Marbre vigilaba por cierto, asomando por él una cabeza armada de largos colmillos: la cabeza de una morsa. Lanzóle Marbre con maña el nudo corredizo, y tiró de la cuerda con viveza. Acudieron en su ayuda todos sus compañeros, y, no sin bastante trabajo y a pesar de su gran resistencia, el gigantesco anfibio fue extraído del agua y arrastrado sobre el hielo, donde lo remataron a hachazos.

Aquello había sido un gran triunfo. Los habitantes del fuerte Esperanza aficionáronse a esta clase de pesca, y cogieron otras morsas por igual procedimiento, las cuales proporcionaron aceite en abundancia, que, aunque de origen animal, era de calidad muy suficiente para el entretenimiento de las lámparas, y, a partir de aquella fecha, no faltó nunca la luz a los trabajadores de ambos sexos en la sala común. El frío, entretanto, no se acentuaba, permaneciendo la temperatura soportable. Si los invernantes se hubiesen hallado sobre el sólido terreno del continente, no hubieran podido menos de felicitarse por poder pasar un invierno en tales condiciones. Hallábanse

además abrigados por la gran barrera de hielos contra las brisas del Norte y del Oeste, cuya influencia no experimentaban apenas, y avanzaba el mes de enero sin que marcase el termómetro nada más que algunos grados bajo cero.

Pero precisamente el resultado de una temperatura tan benigna había sido impedir que se solidificase el mar por completo alrededor de la isla. Hasta estaba comprobado que el campo de hielo no se había consolidado en toda su extensión, y que aun existían grietas, de mayor o menor importancia, que lo hacían impracticable, toda vez que ni los rumiantes ni los animales de piel fina habían abandonado la isla. Estos cuadrúpedos se habían familiarizado y amansado de una manera increíble, hasta el extremo de que parecían formar parte del contingente de animales del fuerte.

Con arreglo a las órdenes del teniente Hobson, se respetaba a estos animales, a quienes hubiera sido absolutamente inútil matar. Sólo se derribaban los renos para procurarse carne fresca y variar el alimento ordinario; pero se dejaba tranquilos a los armiños, los linceos, las martas, las ratas almizcleras, los castores y las zorras que frecuentaban sin el menor temor los alrededores del fuerte. Algunos llevaban su audacia hasta penetrar en el recinto, de donde nadie trataba de echarlos.

Las martas y las zorras presentaban un magnífico aspecto con el pelo del invierno, y algunas tenían gran valor. Estos roedores, gracias a la benignidad de la temperatura, encontraban con facilidad el apetecido alimento vegetal debajo de la capa de nieve blanda y de poco espesor, y no tenían que vivir a expensas de las provisiones de la factoría.

Esperábase, no sin temor, que finalizase el invierno, en medio de una existencia extremadamente monótona, que Paulina Barnett procuraba variar por todos los medios posibles.

Un único incidente señaló tristemente el mes de enero. El día 7, el hijo del carpintero Mac-Nap fue acometido de una fiebre bien alta. Dolores de cabeza, sed ardiente, alternativas de calor y de frío pusieron en poco tiempo a la infeliz criatura en lamentable estado. ¡Juzgúese la aflicción de sus padres y de todos sus amigos! Nadie sabía lo que hacer, pues se ignoraba qué clase de enfermedad padecía; pero, por consejo de Madge, que no se desconcertaba, y que en estos achaques era un poco entendida, fue combatido el mal con tisanas refrescantes y cataplasmas. Kalumah se multiplicaba, pasando los días y las noches al lado del niño, sin que fuese posible proporcionarle un momento de reposo.

Pero, hacia el tercer día, no hubo ya duda alguna acerca de la naturaleza de la enfermedad. Una erupción característica cubrió el cuerpo del niño. Tratábase de una escarlatina de especie maligna, que necesariamente debía producir una inflamación interna.

Es raro que los niños de un año de edad se vean atacados de este mal y con tan extraordinaria violencia; pero esto no quiere decir que no suceda a veces. El botiquín del fuerte no era, desgraciadamente, muy completo; pero Madge, que había asistido a varios enfermos de escarlatina, conocía la eficacia de la tintura de belladona, y administraba cada día una o dos gotas al enfermito, adoptándose al mismo tiempo las mayores precauciones con objeto de evitar en absoluto el contacto del aire.

El niño había sido transportado a la habitación que ocupaban sus padres. La erupción no tardó en adquirir toda la fuerza, presentándosele en la lengua, en los labios y hasta en los globos de los ojos pequeñas manchas rojas, que dos días más tarde adquirieron un matiz violado, después blanco, y cayeron, por fin, convertidas en escamas.

Entonces es cuando existe mayor necesidad de redoblar la prudencia y combatir la inflamación interior delatora del carácter maligno de la enfermedad. No se descuidó un detalle, y bien puede decirse que la pobre criatura fue admirablemente cuidada. Por eso, hacia el 20 de enero, doce días después de la invasión del mal, se pudo concebir la legítima esperanza de salvarla.

Fue un júbilo general para toda la factoría, porque aquel niño era el hijo del fuerte, el hijo del regimiento. Había nacido en aquel rudo clima y en medio de aquellos valientes, que le habían bautizado con el nombre de Miguel Esperanza, y lo consideraban, en medio de tan rudas pruebas, como una especie de talismán que el Cielo no querría arrebatarles. Por lo que respecta a Kalumah, bien se puede afirmar que la muerte del niño le hubiera costado a ella la vida; pero Miguelito fue recobrando poco a poco la salud, con lo cual pareció que recobraban todos la esperanza.

En medio de tantas inquietudes, habíase llegado al 23 de enero. La situación de la isla Victoria no se había modificado lo más mínimo. La interminable noche cubría aún con su velo el océano Glacial. Durante algunos días nevó copiosamente, adquiriendo la nieve sobre el suelo de la isla y sobre el campo de hielo un espesor de dos pies.

El día 27 recibió el fuerte una visita inesperada. Hallándose de guardia en el frente del recinto los soldados Belcher y Pen, descubrieron, por la mañana, un oso gigantesco que se dirigía tranquilamente hacia el fuerte. Entraron en la sala común y advirtieron a Paulina Barnett la presencia del temible carnívoro.

—¡Ese oso no puede ser sino el nuestro! —dijo Paulina Barnett al teniente Hobson; y los dos, seguidos del sargento, de Sabine y de algunos soldados armados de fusiles, dirigieron a la poterna.

El oso se encontraba a 200 pasos y caminaba tranquilamente, sin

vacilación, como si hubiese tenido un plan bien meditado.

—Lo reconozco, Kalumah —exclamó Paulina Barnett—. ¡Es tu oso!, ¡tu salvador!

—¡Oh!, ¡no matéis a mi oso! —exclamó la joven indígena.

—No lo matarán —respondió el teniente Hobson—. Amigos míos, no le causéis ningún mal, que es probable que se marche lo mismo que ha venido.

—Pero si quiere penetrar en el recinto... —dijo el sargento Long, que tenía muy poca confianza en los sentimientos de los osos polares.

—Déjelo usted entrar, sargento —respondió Paulina Barnett—. Ese animal ha perdido toda su ferocidad. Está preso, lo mismo que nosotros, y ya sabe usted que los prisioneros...

—No se devoran entre sí —terminó Jasper Hobson—. Es muy cierto, señora; pero con la condición de que sean de la misma especie. Pero, en fin, atendiendo la recomendación de usted, le perdonaremos la vida, limitándonos a defendernos si nos ataca. Creo, sin embargo, prudente que entremos en la casa. No conviene tentar a las fieras.

Como el consejo era bueno, todos entraron en la casa, cerrando después las puertas, pero dejando abiertos los postigos de las ventanas.

De este modo fue posible observar, a través de los vidrios, los movimientos del oso. Al llegar a la poterna, que habían dejado abierta, empujó suavemente la puerta, introdujo la cabeza, examinó el interior del patio y entró. Al encontrarse en medio del recinto, pasó una minuciosa revista a todas las construcciones; dirigióse al establo y la perrera; escuchó breves instantes los gruñidos de los perros, que lo habían olfateado, y los gemidos de los renos que no se consideraban seguros; prosiguió su inspección a lo largo de la empalizada; llegó cerca de la casa principal, y vino, por último, a apoyar su enorme cabeza sobre una de las ventanas de la sala principal.

Todo el mundo retrocedió, si Hemos de hablar con franqueza; algunos soldados requirieron sus fusiles, y empezó a temer Jasper Hobson que la broma le fuera a costar cara.

Pero entonces Kalumah apoyó su dulce rostro sobre el frágil vidrio; el oso pareció reconocerla, según dijo luego ella, y, satisfecho, sin duda, con haber lanzado un estentóreo gruñido, retrocedió, dirigióse hacia la poterna, y, como pronosticó Jasper Hobson, marchóse como había venido.

En esta forma sencilla se desarrolló este incidente, que no se repitió más, volviendo a marchar todo por su curso ordinario.

Entretanto, la curación del niño avanzaba, y en los últimos días del mes

había recobrado ya los colores de sus abultadas mejillas y la viveza de su inteligente mirada.

El día 3 de febrero, a eso de mediodía, un tinte pálido matizó por espacio de una hora el horizonte del Sur. Un disco amarillento dejóse ver un instante. Era el astro radiante que reaparecía por primera vez después, de la larga noche polar.

UNA ÚLTIMA EXPLORACIÓN

A partir de esta fecha, el sol se fue elevando cada día más por encima del horizonte. Pero, si bien la noche interrumpióse durante algunas horas, el frío se acrecentó, como ocurre con frecuencia en febrero, y el termómetro marcó la Fahrenheit (17° centígrados bajo cero). Era la temperatura más baja que había habido durante todo aquel singular invierno.

—¿En qué época sobreviene el deshielo en estos mares? —preguntó un día la viajera a Jasper Hobson.

—En general, señora —le respondió el teniente—, no se opera la rotura de los hielos hasta los primeros días de mayo; pero el invierno ha sido tan benigno, que si no sobrevienen nuevos fríos muy intensos, podría presentarse el deshielo en los comienzos de abril; yo, al menos, así lo supongo.

—¿De suerte que tendremos que esperar dos meses todavía? —preguntó Paulina Barnett.

—Sí señora, dos meses —respondió Jasper Hobson—; porque será prudente no aventurarnos con nuestra pequeña embarcación en medio de los hielos demasiado prematuramente; y abrigo la esperanza de que, para dicha época, estén a nuestro favor todas las probabilidades de éxito, sobre todo si podemos esperar el momento en que la isla se encuentre en la parte más angosta del estrecho de Behring, cuya anchura no pasa de cien millas.

—Pero ¿qué dice usted, señor Jasper? —replicó la viajera, sorprendida al oír la respuesta del teniente—. ¿Olvida usted, por ventura, que ha sido la corriente de Kamchatka, la corriente que tira hacia el Norte, la que nos ha traído hasta aquí, y que, cuando llegue el deshielo, podrá cogernos de nuevo y arrastrarnos más lejos todavía?

—No lo espero, señora —respondió el teniente Hobson—, y hasta me atrevo a asegurar que no ocurrirá tal cosa. El arrastre de los témpanos tiene siempre lugar de Norte a Sur, ora porque la corriente de Kamchatka se invierta, ora porque los hielos tomen la corriente de Behring, ora, en fin, por

cualquier otra razón que a mí no se me alcance; pero lo cierto es que los icebergs descienden invariablemente hacia el Pacífico, en donde se disuelven en sus más cálidas aguas. Pregúnteselo a Kalumah, que conoce estos parajes, y ella le dirá a usted, como yo, que el arrastre de los hielos se efectúa de Norte a Sur.

Interrogada Kalumah, confirmó las palabras del teniente. Parecía, pues, probable que la isla, arrastrada en los primeros días de abril, fuese impelida hacia el Sur como un inmenso témpano, es decir, hacia la parte más angosta del estrecho de Behring, frecuentada durante el estío por los pescadores de Nuevo Arcángel y los prácticos de la costa.

Pero, teniendo en cuenta todos los retardos posibles, y, por consiguiente, el tiempo que la isla tardaría en volver a bajar hacia el Sur, no había que soñar con llegar al continente antes del mes de mayo. Por otra parte, aunque el frío no hubiese sido intenso, la isla Victoria se habría consolidado sin duda, acrecentándose el espesor de su base de hielo, pudiéndose esperar que resistiese durante varios meses todavía. Los invernantes no tenían, pues, más remedio que armarse de paciencia, y esperar, ¡esperar siempre!

La convalecencia del niño proseguía sin retroceso. El 20 de febrero salió por primera vez después de cuarenta días de enfermedad; es decir, que lo sacaron de su cuarto al salón, donde todos le prodigaron sus caricias. Su madre, cuya intención había sido despecharlo al cumplir un año, siguió amamantándolo por consejo de Madge, y la leche materna, mezclada algunas veces con la de reno, devolvióle bien pronto las fuerzas. Se encontró con numerosos juguetes que para él habían hecho los soldados durante la enfermedad, y no hay para qué decir que fue el niño más feliz de la tierra. Durante la última semana de febrero llovió y nevó de una manera terrible, soplando fuerte viento del Noroeste. Algunos días, la temperatura descendió lo bastante para que la nieve cayese en abundancia, sin que por ello amainase la violencia de la tempestad. Por el lado del cabo Bathurst y del gran banco de hielo, los ruidos de la borrasca eran ensordecedores. Al chocar unos con otros los icebergs, desplomábanse destrozados con estrépito semejante al del trueno. Los hielos del Norte, que se iban acumulando sobre el litoral de la isla, ejercían una presión que amenazaba derribar el mismo cabo Bathurst, que no era, en realidad, más que una especie de iceberg recubierto de tierra y arena. Algunos voluminosos témpanos, a pesar de su gran peso, fueron impelidos hasta el mismo pie de la empalizada. Por fortuna para la factoría, se mantuvo el cabo firme, preservando los edificios de un completo aplastamiento.

Fácil es comprender cuan peligrosa era la situación de la isla Victoria, a la entrada de un angosto estrecho hacia el cual se agolpaban los hielos. Podía ser barrida por una especie de avalancha horizontal, y aplastada por los témpanos que venían de alta mar, antes de sumergirse en el abismo. Era un peligro nuevo

que venía a sumarse a tantos otros. Viendo Paulina Barnett la fuerza prodigiosa de la presión, y la irresistible violencia con que se amontonaban los témpanos, se dio cuenta del nuevo peligro que amenazaba a la isla con una ruina inmediata. Habló de ello varias veces al teniente Hobson, y éste sacudía la cabeza, como hombre que no tiene nada que contestar.

La borrasca amainó completamente hacia los primeros días de marzo, y pudo apreciarse entonces qué modificación tan grande había sufrido el aspecto del campo de hielo. Parecía, en efecto, como si a consecuencia de una especie de deslizamiento sobre la superficie de éste, el gran banco polar se hubiese aproximado a la isla Victoria. En ciertos puntos, no distaba arriba de dos millas, y se desplazaba como los ventisqueros, con la diferencia de que éstos descienden, en tanto que él avanzaba horizontalmente. Entre aquella elevada barrera y el litoral, el suelo, o por mejor decir, el campo de hielo, espantosamente removido, erizado de protuberancias, de agujas quebradas, de trozos derribados, de pirámides caídas, lleno de concavidades cual un mar que se hubiese congelado de súbito en medio de una tempestad espantosa, estaba desconocido. Semejaba las ruinas de una inmensa ciudad de la que no hubiese quedado piedra sobre piedra. Sólo el alteroso banco, con su extraño perfil, destacando sobre el cielo sus conos, sus crestas fantásticas y sus picos agudos, mantenía firme y servía de espléndido marco a aquella pintoresca confusión.

Por esta época ya estaba la embarcación terminada por completo. Su forma era algo grotesca, pero hacía honor a Mac-Nap; y, con su proa en forma de galeota, debía resistir perfectamente el choque de los hielos. Parecía una de esas barcas holandesas que se aventuran por los mares del Norte. Su aparejo, que también estaba listo, componíase, como el de las balandras, de una cangreja y un foque, sostenidos por un solo palo. Para hacer el velamen habíanse utilizado las telas de las tiendas de campaña que había en la factoría.

La embarcación podía contener cómodamente al personal de la isla Victoria, siendo evidente que si, como era de esperar, la isla embocaba en el estrecho de Behring, podía franquear fácilmente la mayor distancia que podía separarla en este caso de la costa americana. Restaba, pues, solamente esperar la llegada del deshielo.

Jasper Hobson concibió entonces la idea de emprender una excursión bastante más larga al Sur de la isla, con objeto de reconocer el estado del campo de hielo, de observar si presentaba señales de una próxima disolución, de examinar el gran banco polar, de ver, en fin, si en el estado actual del mar, seguían obstruidos aún todos los pasos hacia el continente americano. Numerosos incidentes y azares podían producirse aún antes que la ruptura de los hielos hubiera dejado el mar libre, siendo, por consiguiente, un acto de reconocida prudencia efectuar el reconocimiento propuesto. Acordada la expedición, fijóse como fecha de partida el día 7 de marzo. Componíanla el

teniente Hobson, Paulina Barnett, Kalumah, Marbre y Sabine. Convínose en que si el camino estaba practicable, se buscaría un paso a través del gran banco polar, pero que, en todo caso, los expedicionarios no prolongarían su ausencia arriba de cuarenta y ocho horas.

Preparáronse los víveres, y el pequeño destacamento, bien armado a prevención, salió del fuerte Esperanza en la mañana del día 7 de marzo e hizo rumbo hacia el cabo Miguel.

El termómetro marcaba entonces 32° Fahrenheit, o sea cero centígrados. La atmósfera se hallaba ligeramente cubierta de brumas, pero en calma. El sol permanecía sobre el horizonte, describiendo su arco diurno, durante siete u ocho horas, y sus oblicuos rayos proyectaban una claridad suficiente sobre toda la inmensa masa que constituían los hielos.

A las nueve, después de un pequeño descanso, Jasper Hobson y sus compañeros descendían por las laderas del cabo Miguel, y avanzaban por el campo de hielo en dirección Sudoeste. Por este lado no distaba la gran barrera polar ni tres millas del cabo.

La marcha fue bastante lenta, como podrá comprenderse. A cada instante era preciso rodear bien una profunda grieta, bien un infranqueable montículo. Era evidente que ningún trineo hubiera podido aventurarse por aquel escabroso camino, formado por un amontonamiento de témpanos de todos tamaños y formas, algunos de los cuales se mantenían en pie sólo por un milagro de equilibrio. Otros se habían recientemente derrumbado, como lo demostraba la limpieza de sus secciones y lo afilado de sus aristas, que semejaban cuchillos. Por en medio de aquel laberinto no se veía una huella que delatase el paso de un hombre o de un animal. No existía ningún ser viviente en aquellas soledades que hasta los mismos pájaros habían abandonado.

Paulina Barnett preguntábase, llena de estupor, cómo, si hubiesen partido en diciembre, hubieran podido franquear aquel campo de hielos tan revueltos; pero el teniente Hobson hubo de hacerle observar que en la época expresada aquél no presentaba este aspecto. La enorme presión provocada por la gran barrera polar no se había aún producido, y habrían encontrado la superficie del campo de hielo relativamente lisa. El único obstáculo había sido la falta de solidificación. Cierto que el paso no estaba practicable, a consecuencia de las escabrosidades de la superficie; pero al principio del invierno no existían semejantes asperezas.

Entretanto, se iban acercando a la gran barrera de hielos, Kalumah precedía casi siempre a sus compañeros de excursión, caminando con paso seguro en medio de los témpanos como un gamo entre las rocas alpestres. Maravillaba al verla correr de aquel modo, sin vacilar jamás, sin equivocarse nunca, y seguir

de un modo instintivo el camino mejor entré aquel laberinto de icebergs. Iba, venía, gritaba y podía seguírsele con toda confianza.

A eso del mediodía habían llegado a la base de la gran barrera polar; pero habían empleado nada menos que tres horas en recorrer igual número de millas.

¡Qué masa tan enorme era aquella imponente barrera, algunas de cuyas crestas se elevaban a más de cuatrocientos pies sobre el campo de hielo! Las capas que la constituían dibujábanse con gran claridad. Tintes diversos, matices de delicadeza exquisita coloreaban sus heladas paredes. Veíasela a largos trechos, ya irisada, ya jaspeada, surcada por todas partes de arabescos o salpicada de luminosas lentejuelas. Ningún acantilado, por extraordinariamente bien recortado que estuviese, podría dar una idea de aquella gran barrera, opaca en unos lugares, diáfana en otros, sobre la que la sombra y la luz producían maravillosos efectos.

Pero era preciso cuidar de no aproximarse a aquellas inestables masas, cuya solidez era muy problemática y en cuyo interior ocurrían con frecuencia desgarros acompañados de espantosos estruendos. Efectuábase un trabajo de disgregación formidable. Las burbujas de aire aprisionadas en su masa precipitaban su destrucción, y bien se echaba de ver la fragilidad de aquel edificio elevado por el frío, que no sobreviviría al invierno ártico, y que estaba destinado a convertirse en agua bajo los rayos del sol, en cantidad suficiente para alimentar varios ríos caudalosos.

El teniente Hobson previno a sus compañeros contra los peligros de las avalanchas, que a cada instante descendían de las cumbres de la gran barrera, de suerte que ya tenían buen cuidado de no aproximarse a su base. Y hacían bien en proceder con prudencia, porque, a eso de las dos, en el ángulo de un valle que se disponían a cruzar, desgajóse de una de las crestas un enorme témpano, cuyo peso no sería inferior a cien toneladas, y cayó sobre el campo de hielo con formidable estruendo. Saltó en pedazos la costra bajo aquel choque tremendo y el agua fue proyectada a gran altura. Por fortuna, a nadie alcanzaron los fragmentos del témpano, que estalló como una bomba.

Desde las dos hasta las cinco siguieron caminando por un valle sinuoso y estrecho que se internaba en la gran barrera de hielos. ¿La atravesaba en toda su longitud? Era imposible saberlo. De esta suerte pudo ser examinada la estructura interior del gran banco polar. Los bloques que lo componían hallábanse superpuestos con mayor simetría que en su revestimiento exterior. En diferentes lugares veíanse troncos de árboles tropicales incrustados en su masa, los cuales indudablemente habían sido arrastrados por la corriente del Golfo, o Gulf-Stream, hasta las regiones árticas; y aprisionados ahora entre los hielos, volverían al océano con ellos. También se vieron varios restos y

despojos de buques.

A las cinco de la tarde, la obscuridad, que era ya bastante intensa, detuvo la exploración. Habían avanzado dos millas próximamente a lo largo del valle; pero sus sinuosidades impedían evaluar la distancia recorrida en línea recta.

Jasper Hobson dio entonces la señal de alfo, y, en menos de media hora, Marbre y Sabine, armados de cuchillos para la nieve, abrieron una gruta en el macizo del hielo, donde se cobijó el destacamento; y, después de cenar, rendidos de fatiga, durmiéronse profundamente.

Al día siguiente, a las ocho, todos estaban de pie, y Jasper Hobson prosiguió el camino del valle durante media hora aún, a fin de reconocer si atravesaba el gran banco en toda su extensión. A juzgar por la situación del sol, su dirección, después de haber sido Nordeste, parecía inclinarse al Sudeste.

A las once, el teniente y sus compañeros desembocaban en la parte opuesta de la gran barrera; de suerte que no podía dudarse de que el paso existía.

Toda esta parte oriental del campo de hielo presentaba el mismo aspecto que su porción occidental. El mismo hacinamiento de bloques, el mismo erizamiento de témpanos, Los icebergs y montículos extendíanse hasta perderse de vista, separados por algunos espacios llanos, pero estrechos, y cortados por numerosas grietas cuyos bordes se hallaban ya en descomposición. Reinaba allí también la misma soledad, idéntico abandono. Ni un cuadrúpedo, ni un ave.

Paulina Barnett permaneció una hora entera en la cima de un montículo contemplando aquel paisaje polar, de tan desolado aspecto. Pensaba, a su pesar, en la marcha que intentaron cinco meses atrás. Veía en su imaginación a todo el personal de la factoría, a toda aquella miserable caravana, perdida en medio de aquellos desiertos helados, en su tentativa de llegar al continente americano a través de tantos peligros y obstáculos.

Jasper Hobson vino, al fin, a arrancarla de sus sueños.

—Señora —le dijo—, hace más de veinticuatro horas que salimos del fuerte. Ahora ya conocemos cuál es el espesor de la gran barrera, y como hemos prometido no prolongar nuestra ausencia más de cuarenta y ocho horas, me parece que es tiempo de que retrocedamos.

Paulina Barnett fue de su misma opinión. Habíase logrado el objetivo de la expedición. La gran barrera tenía sólo un mediano espesor, de suerte que indudablemente se disolvería bien pronto, dejando en seguida paso a la embarcación construida por Mac-Nap. Urgía, pues, el regreso, porque el tiempo podía variar y los torbellinos de nieve obstruir el valle transversal.

Almorzaron tranquilamente, y reanudaron la marcha hacia el fuerte. A las cinco, acamparon, como la víspera, en una gruta de hielo, en la que pasaron la noche, y al día siguiente, 9 de marzo, Jasper Hobson, a las ocho de la mañana, daba la señal de marcha. El tiempo era magnífico. El sol, que se elevaba en el cielo, dominaba ya las Crestas de la gran barrera, y lanzaba algunos rayos a través del valle. Jasper Hobson y sus compañeros los recibían por la espalda, pues marchaban hacia el Oeste; mas sus ojos percibían el resplandor de los rayos reflejados por las paredes de hielo que ante ellos se entrecruzaban.

Paulina Barnett y Kalumah caminaban un poco a retaguardia, conversando, observándolo todo y siguiendo los estrechos pasos indicados por Sabine y por Marbre. Abrigaban la esperanza de haber concluido de atravesar el gran banco a mediodía y recorrido las tres millas que los separaban de la isla Victoria antes de la una o las dos. De este modo estarían los excursionistas de regreso en el fuerte a eso de la puesta del sol, y estas escasas horas de retraso no llegarían a causar excesiva inquietud a sus compañeros.

Pero no contaban con un incidente que el hombre más perspicaz no habría podido prever.

Serían próximamente las diez, cuando Marbre y Sabine, que marchaban a vanguardia, detuviéronse, discutiendo, al parecer. Al llegar a su altura el teniente, Paulina Barnett y la joven indígena vieron que Sabine mostraba la brújula que tenía en la mano a su compañero, y el cual la contemplaba asombrado.

—¡He aquí una cosa extraña! —exclamó, dirigiéndose al teniente Hobson—. ¿Me dirá usted, mi teniente, hacia qué lado demora nuestra isla con relación al gran banco? ¿Al Este o al Oeste?

—Al Oeste —respondió Jasper Hobson, bastante sorprendido por semejante pregunta—; bien lo sabe usted, Marbre.

—¡Bien lo sé!... ¡bien lo sé!... —respondió Marbre moviendo la cabeza—. ¡Pero, entonces, si demora al Oeste, vamos por camino falso y nos alejamos de ella!

—¡Cómo!, ¡qué nos alejamos de la isla! —exclamó el teniente, algo desconcertado por el tono de firmeza con que el cazador se expresaba.

—Sin duda, mi teniente —respondió Marbre—; consulte usted la brújula, y que pierda hasta el nombre que tengo si no indica que caminamos hacia el Este y no hacia el Oeste.

—¡No es posible! —dijo la viajera.

—¡Mírelo usted misma, señora! —repuso Sabihe.

En efecto, la aguja imantada señalaba el Norte en una dirección

absolutamente opuesta a la en que se suponía que se hallaba. Jasper Hobson reflexionó y se abstuvo de contestar.

—Es preciso que nos hayamos equivocado esta mañana al abandonar nuestra gruta —dijo Sabine—. Habremos tomado la izquierda en lugar de tomar hacia la derecha.

—¡No! —exclamó Paulina Barnett—; ¡eso sí que no es posible! ¡No nos hemos engañado!

—Pero... —dijo entonces Marbre.

—Pero mire usted el sol —le interrumpió la viajera—. ¿Acaso no sale ahora por Oriente? Pues si sigue saliendo por Oriente, y lo hemos recibido de espalda durante toda la mañana y lo seguimos recibiendo aún del mismo modo, es evidente que caminamos hacia el Oeste. Por tanto, como la isla se encuentra al Oeste, la hallaremos al salir de este valle, en la parte occidental del gran banco.

Estupefacto Marbre al oír este argumento, contra el que no tenía ninguna objeción que oponer, cruzóse de brazos.

—Muy bien —dijo Sabine—; pero entonces la brújula y el sol están en completa contradicción.

—Sí, en este momento al menos —respondió Jasper Hobson—. La explicación es sencilla; en las altas latitudes boreales, y en los parajes cercanos al polo magnético, sucede algunas veces que las brújulas se perturban, ofreciendo su aguja indicaciones absolutamente falsas.

—En ese caso —dijo Marbre—, ¿debemos proseguir nuestra ruta volviendo la espalda al sol?

—Sin duda de ningún género —respondió el teniente Hobson—. Me parece que entre el sol y la brújula no es dudosa la elección. ¡El sol jamás se altera!

El argumento era de los que no tienen réplica, y se reanudó la marcha caminando de espaldas al sol.

Él pequeño destacamento avanzó a través del valle; pero tardaron en atravesarlo más tiempo del calculado. Jasper Hobson contaba con haberlo franqueado antes de mediodía, y eran más de las dos cuando llegaron, por fin, a su desembocadura.

Inquietóle no poco este inexplicable retraso; pero ¡juzguése de su asombro y el de sus compañeros, cuando, al sentar el pie sobre el campo de hielo que se extendía al pie de la gran barrera, no vieron la isla Victoria, que debía encontrarse frente a ellos!

¡No! ¡La isla, perfectamente reconocible por aquel lado, gracias a los árboles que coronaban el cabo Miguel, no estaba allí! En su lugar se extendía una inmensa llanura de hielo, bañada hasta perderse de vista, por los rayos solares, que pasaban por encima de la gran barrera.

El teniente Hobson, Paulina Barnett, Kalumah y los dos cazadores se miraban los unos a los otros asombrados.

—¡La isla debía estar ahí! —exclamó Sabine.

—¡Y no está! —respondió Marbre—. Mi teniente, ¿qué habrá sido de ello?

Paulina Barnett, por completo atolondrada, no sabía qué responder. Jasper Hobson no desplegó los labios.

En aquel momento, Kalumah aproximóse al teniente, y, tocándole en el brazo, le dijo:

—Nos hemos extraviado en el valle, caminando en sentido inverso, y por eso nos hallamos ahora en el mismo lugar donde estábamos ayer, cuando atravesamos por primera vez la gran barrera de hielos. ¡Venga usted! ¡Venga usted!

Y, maquinalmente, por decirlo así, el teniente Hobson, Paulina Barnett, Marbre y Sabine, fiándose del instinto de la joven indígena, dejáronse guiar por ella, penetrando de nuevo en el estrecho desfiladero, y volviendo sobre sus pasos. Las apariencias, no obstante, estaban contra Kalumah, a juzgar por la posición del sol.

Pero la joven no se había explicado, contentándose con decir, sin dejar de caminar:

—¡Vamos! ¡Vamos de prisa!

El teniente, la viajera y sus compañeros estaban extenuados y apenas podían arrastrarse, cuando, llegada la noche, después de tres horas de marcha se encontraron al otro lado del gran banco. La obscuridad impedía ver si la isla estaba allí; pero no duró su incertidumbre mucho tiempo.

En efecto, a algunos centenares de pasos veíanse sobre el campo de hielo antorchas encendidas que caminaban en todos sentidos, y en el aire resonaban algunos tiros. Los llamaban, sin duda.

Contestaron a estas señales los expedicionarios, y pronto se unieron a ellos el sargento Long, Tomás Black, a quien la inquietud por la suerte de sus amigos había hecho que, al fin, sacudiese su apatía, y algunos otros más. La pequeña colonia había experimentado gran zozobra, suponiendo, como en realidad había ocurrido, que Jasper Hobson y sus compañeros se habrían extraviado al tratar de regresar a la isla.

Y, ¿por qué temieron esto los que habían permanecido en el fuerte Esperanza?

Porque desde veinticuatro horas antes el inmenso campo de hielo y la isla que de él formaban parte habíanse desplazado, girando sobre su eje 180°, y como consecuencia de este desplazamiento, no era en lo sucesivo al Oeste, sino al Este de la gran barrera donde había que buscar la isla errante.

EL DESHIELO

Dos horas más tarde entraban todos de nuevo en el fuerte Esperanza. Al siguiente día, 10 de marzo, el sol alumbró primero aquella parte del litoral que antes formaba la porción occidental de la isla. El cabo Bathurst apuntaba ahora al Sur, en vez de señalar, como hasta entonces, al Norte. La joven Kalumah, que conocía este fenómeno, había tenido razón; y si el sol no se había equivocado, la brújula tampoco había sufrido error.

Así, pues, la orientación de la isla Victoria habíase alterado de nuevo y de un modo más completo. Desde el momento en que se desprendió de la costa americana, había dado media vuelta sobre sí misma, juntamente con el campo de hielo que la rodeaba. Este movimiento sobre su propio eje demostraba que el campo de hielo no se hallaba ya ligado al continente, que se había desprendido del litoral, y que, por consiguiente, el deshielo no tardaría en presentarse.

—En todo caso —dijo el teniente Hobson a Paulina Barnett—, este cambio de frente tiene forzosamente que sernos favorable. El cabo Bathurst y el fuerte Esperanza se han vuelto ahora hacia el Sur, es decir, hacia el punto más próximo al continente, y ahora, la gran barrera de hielos, que sólo habría dejado un paso difícil y estrecho a nuestra embarcación, no se interpone ya entre el continente americano y nosotros.

—¿De suerte que todo va bien? —preguntó Paulina Barnett, sonriendo.

—Todo va bien, señora —respondió Jasper Hobson que había acertadamente advertido las consecuencias del cambio de orientación de la isla.

Del 10 al 21 de marzo no ocurrió ningún incidente; pero ya empezó a presentirse la llegada de la nueva estación. Manteníase la temperatura entre 43° y 53° Fahrenheit (6° y 10° centígrados sobre cero). La rotura de los hielos tendía a hacerse de una manera súbita bajo la influencia del deshielo. Abríanse nuevas grietas, por las que se precipitaba el agua, que se esparcía sobre la superficie del campo. Según la expresión de los balleneros, estas grietas eran

otras tantas heridas por las que se desangraba el campo de hielo. El estruendo de los tímpanos al quebrarse recordaba las detonaciones de la artillería de grueso calibre. Una lluvia bastante templada que cayó durante varios días contribuyó a activar el deshielo de la superficie del mar.

Las aves que habían abandonado la isla errante al comienzo del invierno, empezaron a regresar a ella en gran número. Marbre y Sabine mataron no pocas de ellas, algunas de las cuales traían aún en el cuello el mensaje que el teniente y la viajera confiáranles algunos meses atrás. Volvieron a verse también bandadas de cisnes blancos que atronaban el aire con sus ruidosas trompetas. En cuanto a los cuadrúpedos, carnívoros y roedores, seguían frecuentando, como de costumbre, las proximidades de la factoría como verdaderos animales domésticos.

Todos los días, a no ser que lo, privase el estado del firmamento, tomaba el teniente Hobson varias alturas de sol. A veces Paulina Barnett, que se había hecho muy hábil en el manejo del sextante, le ayudaba o reemplazaba en estas observaciones. Era de suma importancia, en efecto, conocer las más insignificantes alteraciones que experimentasen la latitud o longitud de la isla. La grave cuestión de las dos corrientes estaba siempre pendiente, e importaba mucho saber si, después del deshielo, sería arrastrada la isla hacia el Norte o hacia el Sur, siendo ésta la constante preocupación de Jasper Hobson y Paulina Barnett.

Conviene advertir que esta valerosa mujer daba siempre muestras de una energía muy superior a su sexo. Sus compañeros veíanla desafiar las fatigas, los temporales, las lluvias y las nieves, realizando reconocimientos en diversos lugares de la isla, aventurándose a través del campo de hielo, ya casi descompuesto, y empuñando después, a su regreso, las riendas de la casa, y prodigando sus cuidados y consejos, secundada siempre activamente por Madge.

Paulina Barnett había contemplado cara a cara y con sereno valor el porvenir, no dejando jamás traslucir los temores que de vez en cuando la asaltaban y ciertos presentimientos que no podía alejar de su alma. Seguía siendo la mujer animosa y confiada que el lector conoce ya, y nadie hubiera sido capaz de adivinar bajo su constante buen humor las vivas preocupaciones que sin cesar la asaltaban. Jasper Hobson sentía por ella una admiración sin límites.

Tenía también en Kalumah una entera confianza, y solía guiarse a menudo por el instinto natural de la joven, de la misma manera que el cazador se guía por el instinto de su perro. Kalumah, que era inteligente además, se hallaba familiarizada con todos los incidentes y fenómenos de las regiones polares. A bordo de un ballenero habría reemplazado con ventaja al ice-master, ese piloto

a quien se confía especialmente la dirección de la nave a través de los hielos. Kalumah iba diariamente a reconocer el estado del campo de hielo, y el ruido solo de los icebergs que a lo lejos se rompían, dábale a conocer los progresos de la descomposición. Jamás, por otra parte, pisó más seguro que el suyo habíase posado sobre el hielo. El instinto decíale cuándo éste, carcomido por su parte inferior, presentaba un punto de apoyo demasiado frágil, y por eso caminaba sin vacilación alguna a través del campo de hielo completamente agrietado.

Del 20 al 30 de marzo hizo el deshielo extraordinarios progresos. Llovió con abundancia, circunstancia que facilitó y activó la disolución de los témpanos. Era de esperar que en breve se dividiera el campo de hielo, y tal vez no transcurriesen quince días sin que el teniente Hobson, aprovechando las aguas libres, pudiese lanzar su buque a través de los hielos. No era hombre que vacilase, y mucho menos cuando existía el temor de que la isla pudiese ser arrastrada hacia el Norte, a poco que la corriente de Kamchatka dominase la de Behring.

—Pero eso no es de temer —decía con frecuencia Kalumah—. Los témpanos de hielo no suben jamás hacia el Norte, sino que descienden hacia el Sur, que es donde está el peligro. ¡Allí precisamente! —añadía, señalando con la mano hacia el lugar por donde se extendía el inmenso océano Pacífico.

Kalumah lo aseguraba de un modo terminante. Jasper Hobson conocía su opinión bien firme y decidida sobre este particular, pero estaba tranquilo; porque no consideraba como un peligro que la isla fuese a perderse en las aguas del Pacífico. Antes que esto ocurriese, todo el personal de la factoría habríase embarcado a bordo de su embarcación, y el trayecto que tendrían que recorrer para llegar a uno de los dos continentes sería necesariamente corto, toda vez que el estrecho forma un verdadero embudo entre el cabo Oriental, en la costa asiática, y el del Príncipe de Gales, en la americana.

Así, pues, se comprenderá fácilmente con qué atención sería preciso vigilar los menores movimientos de la isla, y la necesidad de determinar su situación diariamente, a menos que lo privase el estado del firmamento. A partir de aquella época, el teniente y sus compañeros adoptaron todas las precauciones necesarias en previsión de un embarque próximo y tal vez precipitado.

Como es de suponer, los trabajos especiales relativos a la explotación de la factoría, tales como la caza, el cuidado de las trampas, etc., fueron abandonados por completo. Los almacenes estaban abarrotados de pieles, la mayoría de las cuales no se podrían salvar. Holgaban, pues, cazadores y laceros. En cuanto al maestro carpintero y sus peones, habían acabado la embarcación, y, en tanto no llegaba el momento de botarla al agua, cuando el mar estuviese libre, ocupáronse en consolidar la casa principal del fuerte que,

durante el deshielo, se vería expuesta tal vez a sufrir una presión considerable por parte de los témpanos del litoral, si el cabo Bathurst no les oponía un obstáculo suficiente. Aplicáronse a las paredes fuertes puntales de madera, y en el interior de las habitaciones instaláronse verticalmente varios pies derechos con objeto de multiplicar los puntos de apoyo de las vigas del techo. La casa, cuyas partes firmes fueron reforzadas por medio de jabalcones y arbotantes, quedó entonces en estado de resistir grandes pesos, porque había quedado, por decirlo así, blindada. Estos diversos trabajos dieron fin en los primeros días de abril, y pronto hubo ocasión de comprobar no sólo su utilidad, sino su oportunidad.

Entretanto, los síntomas de la nueva estación hacíanse cada día más patentes. Aquella primavera era singularmente precoz, porque sucedía a un invierno extraordinariamente benigno para las regiones polares. Ya aparecían en los árboles algunos tímidos brotes, y la corteza de los salces, abedules y madroños hinchábanse en muchos sitios al impulso de la savia deshelada. Los musgos matizaban de color verde pálido las laderas de las colinas bañadas por el sol; pero no producirían muy abundante cosecha, porque los roedores, apiñados en las proximidades del fuerte y ávidos de alimento, apenas los dejaban brotar.

Si alguien en aquellos momentos sintióse desgraciado, fue sin disputa alguna el cabo Joliffe, encargado, como es sabido, de cuidar los plantíos de su esposa. En otras circunstancias, sólo habría tenido que defender contra los picos de los pájaros sus sembrados de acederas y coclearias. Un simple maniquí hubiera bastado para espantar a las voraces aves, y con mayor razón el mismo cabo; pero, ahora, conjurábanse con aquéllas todos los roedores y rumiantes de la fauna ártica. El invierno no les había alejado; el instinto del peligro reteníales en las proximidades de la factoría y los renos, las liebres polares, las ratas almizcleras, musarañas, martas, etc., se burlaban de las amenazas del cabo Joliffe. El pobre hombre no podía atender a todo, y, mientras defendía un extremo de su sementera, le devoraban el otro.

Es cierto que hubiera sido mucho más acertado el abandonar a aquellos numerosos enemigos una cosecha que no sería posible utilizar, toda vez que la factoría tendría que ser abandonada antes de poco, siendo éste también el consejo que daba la viajera al terco cabo cuando a cada momento venía a lamentarse con ella; pero él no pasaba por eso.

—¡Tanto trabajo perdido! —repetía—. ¡Abandonar un establecimiento como éste, cuando empieza a dar su fruto! ¡Sacrificar estos plantíos que mi mujer y yo hemos sembrado!... ¡Ah, señora! ¡A veces me salta la idea de dejarla a usted partir, en compañía de los otros, y de quedarme aquí con mi esposa! Tengo la seguridad de que la Compañía no tendría inconveniente en cedernos esta isla que se halla en tan próspero estado...

Al escuchar semejante sarta de despropósitos, Paulina Barnett no podía contener la risa, y enviaba al cabo con su esposa, quien había hecho desde mucho tiempo atrás dejación de sus acederas, coclearias y demás antiescorbúticos en lo sucesivo inútiles.

Conviene añadir aquí que la salud de todos los invernantes, hombres y mujeres, era excelente. Las enfermedades, al menos, habíanles respetado. Hasta el niño se había repuesto del todo y se desarrollaba de un modo maravilloso bajo el benéfico influjo de la primavera.

Durante los días 2, 3, 4 y 5 de abril continuó el deshielo francamente. El calor era sensible, pero el tiempo estaba cubierto. Llovía con frecuencia a gruesas gotas. El viento soplaba del Sudoeste y venía cargado de las cálidas moléculas del continente. Pero con la atmósfera cargada de brumas fue imposible realizar ninguna observación. A través de tan opaca cortina no era posible ver el sol, ni la luna, ni las estrellas; circunstancia lamentable, pues importaba mucho observar los menores movimientos de la isla Victoria.

En la noche del 7 al 8 de abril fue cuando puede decirse que comenzó verdaderamente el deshielo. Por la mañana, el teniente Hobson, Paulina Barnett, Kalumah y el sargento Long trasladáronse a la cumbre del cabo Bathurst, y observaron cierta modificación en la gran barrera polar, la cual se había partido casi por su centro, y formaba dos partes distintas, pareciendo como si la porción superior tratase de elevarse hacia el Norte.

¿Sería, por ventura, la influencia de la corriente de Kamchatka que se dejaba sentir? ¿Iba a tomar la isla errante aquella dirección? Fácil es adivinar cuan terribles serían las inquietudes del teniente y sus compañeros. Su suerte podía decidirse en pocas horas, porque, si la fatalidad les arrastraba hacia el Norte, algunos centenares de millas más, costaría gran trabajo llegar al continente en una embarcación tan pequeña como era la de ellos.

Por desgracia, no tenían los invernantes medio alguno de apreciar el valor y la naturaleza del desplazamiento que se estaba produciendo. Sin embargo, se pudo comprobar que la isla no se movía aún, por lo menos en la misma dirección que el gran banco, toda vez que el movimiento de éste era sensible. Parecía, pues, probable que una parte del campo de hielo se había separado y subía hacia el Norte, en tanto que el que envolvía la isla permanecía estacionado.

Por lo demás, este desplazamiento de la alta barrera de hielos no había modificado en modo alguno las ideas de la joven esquimal. Kalumah sostenía que el arrastre de los témpanos se efectuaría hacia el Sur, y que el gran banco mismo no tardaría en experimentar la influencia de la corriente de Behring. Dibujó con una ramita en la arena la disposición del estrecho, a fin de que la comprendiesen mejor, y, después de haber trazado la dirección de la

expresada corriente, afirmó que, al seguirla la isla, se aproximaría a la costa americana. No hubo forma de hacer que se apease de esta idea, y, verdaderamente, renacía la confianza al oír a la inteligente indígena expresarse con tan gran convencimiento.

Esto no obstante, los días 8, 9 y 10 de abril parecieron quitar la razón a Kalumah; porque, durante ellos, la porción septentrional del gran banco se alejó más y más hacia el Norte. El deshielo se operaba en gran escala y con grandísimo estrépito. La dislocación efectuábase en todos los puntos del litoral con ensordecedor estruendo. Era materialmente imposible entenderse al aire libre. Resonaban incesantemente formidables detonaciones, comparables a las continuas descargas de potente y numerosa artillería. A media milla de la playa, en todo el sector dominado por el cabo Bathurst, comenzaban a elevarse ya los témpanos los unos sobre los otros. El gran banco se había quebrado ya entonces en pedazos numerosos que formaban otras tantas montañas y se dirigían hacia el Norte. Por lo menos, éste era el movimiento aparente de los icebergs. Jasper Hobson, sin decírselo a nadie, sentía cada vez más inquietud, sin que le tranquilizasen las manifestaciones de Kalumah. Hacíale constantes objeciones, que la esquimal refutaba con gran convencimiento. Por fin, en la mañana del día 11 de abril, mostró el teniente a Kalumah los últimos icebergs que iban a desaparecer por el Norte, y acosóla de nuevo con argumentos que los hechos hacían al parecer irrefutables.

—¡Pues, no!, ¡no! —respondió la joven, más convencida que nunca—. ¡No!, ¡no es el gran banco el que se remonta hacia el Norte! ¡Somos nosotros los que descendemos hacia el Sur!

¡Quién sabe si tendría razón Kalumah!

Respuesta tan categórica sorprendió a Jasper Hobson extraordinariamente. Era, en efecto, posible que el desplazamiento del gran banco fuese sólo aparente, y que, por el contrario, la isla Victoria, arrastrada por el campo de hielo, navegase a la deriva hacia el estrecho. Empero aunque esta deriva existiese, no podía ser comprobada, ni había medio de apreciar su importancia, porque no era posible calcular las coordenadas geográficas del lugar en que se hallaban.

En efecto, el tiempo no sólo se mantenía cubierto e impropio para toda clase de observaciones astronómicas, sino que, por desgracia, un fenómeno peculiar de las regiones polares obscureció la atmósfera aún más, restringiendo en absoluto el campo de la visión.

En el preciso momento del deshielo, había descendido la temperatura varios grados, y una niebla muy densa no tardó en envolver todos aquellos parajes del océano Glacial; pero no una niebla ordinaria. La superficie del suelo cubrióse de una costra blanca muy distinta de la escarcha, que no es más

que un vapor acuoso que se congela después de su precipitación. Las partículas sutiles que componían esta niebla adheríanse a los árboles, a los arbustos, a las paredes del fuerte, a todo lo que sobresalía, formando en poco tiempo sobre todos estos objetos una espesa capa erizada de fibras prismáticas o piramidales, cuyas puntas hallábanse orientadas en la dirección del viento.

Jasper Hobson reconoció en seguida este meteoro cuya aparición han observado con frecuencia balleneros e invernantes en las regiones polares al llegar la primavera.

—No es niebla —dijo a sus compañeros—, es un frost-rime, un humo helado, un vapor denso que se mantiene en estado de absoluta congelación.

Pero, niebla o humo helado, no era menos lamentable la aparición de este meteoro; porque ocupaba una altura de cien pies, por lo menos, sobre el nivel del mar, y era su opacidad tan completa, que, a tres pasos de distancia, no podían distinguirse dos personas.

Grande fue la contrariedad que experimentaron los invernantes. Parecía como si la Naturaleza no hubiera querido ahorrarles ninguna penalidad. En el momento mismo en que se producía el deshielo, en que iba la isla errante a quedar libre de los lazos que la encadenaban desde tantos meses atrás, y en que sus movimientos debían ser vigilados con mayor escrupulosidad, venía aquella niebla a impedir toda observación.

Este estado de cosas prolongóse durante cuatro días. La frost-rime no se disipó hasta el día 15 de abril, durante cuya mañana la desgarró, aniquilándola, una fuerte brisa del Sur.

El sol volvió a brillar. Jasper Hobson requirió sus instrumentos; tomó una serie de alturas, y halló que la situación de la isla errante era la siguiente:

Latitud: 69° 57'.

Longitud: 179° 33'.

Kalumah tenía razón. La isla Victoria, arrastrada por la corriente de Behring, derivaba hacia el sur.

LA AVALANCHA

Los invernantes se aproximaban, por fin, a parajes más frecuentados del mar de Behring. Ya no existía el temor de ser arrastrados hacia el Norte; restaba sólo vigilar los movimientos de la isla, y calcular su velocidad, que, habida cuenta de los obstáculos existentes, debía ser muy desigual. De ello se

encargó Jasper Hobson, que tomaba alternativamente alturas de estrellas y de sol. Al día siguiente, 16 de abril, después de la observación, calculó que si la velocidad de la isla se mantenía uniforme, llegarían a principios de mayo al círculo polar, del que sólo distaban cuatro grados.

Era de suponer que la isla entonces, empeñada en la parte más angosta del estrecho, permanecería estacionaria hasta que el deshielo le dejase el paso franco, momento que se aprovecharía para botar al mar la embarcación y embarcarse con rumbo al continente americano.

Sabido es que, gracias a las precauciones adoptadas, todo estaba preparado para un embarque inmediato.

Los habitantes de la isla esperaron, pues, con más impaciencia, y, sobre todo, con más confianza que nunca. Después de haber soportado tan espantosas pruebas, sentían que se acercaba el desenlace de aquel horrible drama, y que pasarían tan cerca de una de las dos costas, que nada les podría impedir el desembarcar en ellas dentro de algunos días.

Esta dulce perspectiva reanimó los corazones y almas de los invernantes, los cuales recuperaron la alegría natural que las penalidades sufridas habían alejado de ellos. Volvió el júbilo a imperar en las comidas, con tanta mayor razón cuanto que no faltaban los víveres, ni había que economizarlos; al contrario. Además, la influencia de la primavera hacía sentir, y todos aspiraban con verdadera embriaguez las brisas más templadas que traía la nueva estación.

Durante los días inmediatos, realizáronse numerosas excursiones al interior de la isla y por su litoral. Ni los animales dotados de pieles valiosas, ni los rumiantes, ni los carnívoros podían pensar en abandonarla, porque separado ya de la costa americana el campo de hielo que la rodeaba, como lo demostraba su movimiento de deriva, no les habría permitido llegar hasta el continente.

Ni en la isla, ni en los cabos Esquimal y Miguel, ni en ninguna otra porción del litoral había producido ningún cambio, como tampoco en el interior, ni en los bosques ni en las orillas del lago. La gran brecha que se abrió junto al cabo Miguel durante la tempestad, había cerrado por completo durante los fríos del invierno, no viéndose ninguna otra grieta en toda la superficie de la isla.

Durante estas excursiones divisáronse manadas de lobos que recorrían en tropel las diversas regiones de la isla. De toda su varia fauna, estos feroces carnívoros eran los únicos a quienes el sentimiento de un peligro común no había familiarizado con los hombres.

Volvieron a ver varias veces al salvador de Kalumah. El digno oso paseábase melancólicamente por las desiertas llanuras, deteniéndose cuando

los exploradores pasaban. Algunas veces seguíanlos hasta el fuerte, convencido de que nada tenía que temer de aquellas valerosas gentes a quienes no diera motivo para que le guardasen rencor.

El día 20 de abril comprobó Jasper Hobson que la isla no había suspendido su movimiento de deriva hacia el Sur. Los restos de la gran barrera, es decir, los icebergs de su parte sur, la seguían en su desplazamiento; pero no disponían de puntos de referencia, de suerte que no había medio de comprobar los cambios de posición más que por las observaciones astronómicas.

Jasper Hobson mandó practicar varias sondas en diversos lugares de la isla, y muy en especial al pie del cabo Bathurst y en las orillas del lago, a fin de averiguar cuál era el espesor de la capa de hielo que soportaba la tierra vegetal, comprobándose por este medio que el indicado espesor no había aumentado nada durante el invierno, y que el nivel de la isla sobre la superficie del mar tampoco había sufrido alteración; de lo cual se dedujo que era preciso abandonar cuanto antes aquel frágil suelo que se disolvería rápidamente tan pronto como lo bañasen las aguas más calientes del Pacífico.

Por esta época, el día 25 de abril, alteróse nuevamente la orientación de la isla. El movimiento general de todo el campo de hielo se verificó de Este a Oeste, siendo su amplitud de un cuarto y medio de circunferencia. El cabo Bathurst proyectó desde entonces su punta hacia el Noroeste. Los últimos restos de la gran barrera polar cerraban entonces el horizonte del Norte, quedando así demostrado que el campo de hielo se movía libremente en el estrecho sin tocar a ninguna costa.

El momento fatal se aproximaba. Las observaciones diurnas y nocturnas daban con exactitud la situación de la isla, y, por lo tanto, la de todo el campo de hielo. El día 30 de abril navegaba todo el conjunto por el través de la bahía de Kotzebue, amplia escotadura triangular que muerde profundamente la costa americana, en cuya parte sur se alza el cabo del Príncipe de Gales, que detendría, tal vez, a la isla errante si no embocaba el estrecho por su centro exactamente.

El tiempo era magnífico, marcando con frecuencia el termómetro 50° Fahrenheit (10° centígrados sobre cero). Los invernales habíanse despojado, hacía ya varias semanas, de sus vestidos de invierno, y se encontraban siempre dispuestos para emprender la marcha. El astrónomo Tomás Black, había ya acondicionado en la embarcación que seguía en el astillero, su equipaje de sabio: sus instrumentos y libros. Habíanse embarcado también una buena cantidad de provisiones, juntamente con algunas de las pieles de más precio.

Una muy minuciosa observación, hecha el día 2 de mayo, dio a conocer que la isla Victoria tenía cierta tendencia a dirigirse hacia el Este, es decir, hacia el continente americano. Era ésta una circunstancia feliz, porque, como

es sabido, la corriente de Kamchatka lame el litoral asiático; de suerte que, de este modo, desaparecería el peligro de ser arrastrados por ella. ¡La suerte se declaraba, por fin, a favor de los invernantes!

—Creo que nuestro hado adverso se ha cansado, señora —dijo el sargento Long a la viajera—. Me parece que se aproxima el término de nuestras desgracias, y que, en lo sucesivo, debemos rechazar todo recelo.

—En efecto —respondió Paulina Barnett—, también lo creo yo así, sargento Long, y considero una suerte el que tuviésemos que renunciar, hace unos meses, al viaje que emprendimos a través del campo de hielo. La Providencia protegiónos, sin duda, haciéndolo impracticable.

Paulina Barnett tenía razón al expresarse así; porque, ¡cuántos peligros y obstáculos entorpecían el camino durante los meses de invierno! ¡Qué de fatigas en medio de la larga noche ártica, y a 600 millas de la costa!

El día 5 de mayo, Jasper Hobson anunció a sus compañeros que la isla Victoria acababa de cortar el círculo polar ártico, penetrando de esta suerte en la zona del esferoide terrestre que el sol no abandona jamás, ni aun durante los días de su mayor declinación austral. Pareció a los invernantes que entraban nuevamente en el mundo habitado.

Aquel día se bebieron buenos tragos, festejando el acontecimiento de haber cortado el círculo polar, como se celebra en los buques la primera vez que éstos cortan la línea equinoccial.

En lo sucesivo, sólo habría que esperar el momento de que los hielos, dislocados y medio fundidos, pudiesen dejar paso a la embarcación que había de conducir a su bordo a toda la colonia.

Durante el día 7 de mayo experimentó la isla otro cambio de orientación de un octavo de circunferencia. El cabo Bathurst señalaba ahora al Norte, teniendo delante de sí las masas que aun quedaban en pie del gran banco polar. Había recuperado, pues, la orientación que le asignaban las cartas geográficas cuando aun formaba parte del continente americano. La isla había dado una vuelta completa sobre su propio eje, habiendo el sol levante saludado sucesivamente todos los puntos de su litoral.

La observación del día 8 de mayo dio a conocer también que la isla se hallaba inmovilizada, aproximadamente en el centro del estrecho, a menos de 40 millas del cabo del Príncipe de Gales; de suerte que la tierra estaba a corta distancia, y la salvación de todos parecía asegurada.

Ya bien obscurecido, celebróse una espléndida cena en el salón, brindándose al final por el teniente Hobson y por Paulina Barnett.

Aquella misma noche decidió Jasper Hobson ir a observar las alteraciones

que se hubieran podido producir al Sur del campo de hielo, donde tal vez existiera algún canal practicable.

Quiso Paulina Barnett acompañar al teniente en esta expedición; pero obstinóse este último en que se quedase en el fuerte, y partió con sólo el sargento. Resignóse la viajera, y regresó a la casa principal con Madge y Kalumah. Los soldados y las mujeres, por su parte, retiráronse a descansar a sus alojamientos respectivos, instalados, como ya se sabe, en el edificio contiguo.

La noche era hermosísima. En ausencia de la luna, brillaban las constelaciones con magnífico resplandor. Una especie de luz extremadamente difusa, reflejada por el campo de hielo, alumbraba ligeramente la atmósfera y aumentaba el alcance de la vista. El teniente Hobson y el sargento Long, al abandonar el fuerte, dirigiéronse hacia la porción del litoral comprendido entre el puerto Barnett y el cabo Miguel. Ambos exploradores caminaron por la playa durante dos o tres millas. Mas, ¡qué aspecto presentaba todavía el campo de hielo!, ¡qué confusión!, ¡qué caos! Imagínese una inmensa concreción de cristales caprichosos, un más súbitamente congelado en el preciso momento en que el huracán más lo agita. Sin embargo, los hielos no dejaban aún paso libre ninguno, siendo imposible que una embarcación pudiera navegar entre ellos.

Jasper Hobson y el sargento Long, conversando y observándolo todo, permanecieron en la playa hasta media noche; y, viendo que todo seguía en el mismo estado, decidieron regresar al fuerte Esperanza, a fin de descansar ellos también algunas horas.

Habían andado apenas un centenar de pasos, y se encontraban ya en el antiguo cauce del desaparecido río Paulina, cuando les detuvo un ruido inesperado, algo así como un trueno lejano que se hubiese producido en la parte septentrional del campo de hielo. Su intensidad creció rápidamente y alcanzó en poco tiempo formidables proporciones. Algún poderoso fenómeno ocurría indudablemente en aquellos parajes, y, detalle poco tranquilizador ciertamente, Jasper Hobson creyó notar que el suelo de la isla temblaba bajo sus pies.

—¡Ese ruido procede del banco polar! —dijo el sargento Long—. ¿Qué sucede?

Jasper Hobson no respondió, y, lleno de inquietud, arrastró hacia el litoral a su compañero.

—¡Al fuerte!, ¡al fuerte! —exclamó—. ¡Tal vez haya ocurrido alguna dislocación de hielos y podamos botar al agua nuestro buque!

Y ambos, en desenfadada carrera, dirigiéronse por el camino más corto hacia la factoría.

Mil pensamientos distintos asaltaban sus mentes inquietas. ¿Qué nuevo fenómeno producía aquel inesperado ruido? Los dormidos habitantes del fuerte, ¿tendrían conocimiento de aquel extraño incidente? Sin duda alguna, sí; porque las detonaciones, cuya intensidad crecía por momentos, hubieran sido capaces, según el dicho vulgar, de despertar a un difunto.

En veinte minutos, Jasper Hobson y el sargento Long salvaron las dos millas que les separaban del fuerte Esperanza; pero aun antes de llegar a la empalizada, habían distinguido ya a sus compañeros que huían en desorden, y como desatentados, lanzando gritos de horror.

El carpintero Mac-Nap corrió al encuentro del teniente Hobson, con su hijo entre los brazos.

—¡Mire usted, mi teniente! —gritó llevando a Jasper Hobson a un cerro que se elevaba a algunos pasos detrás de la empalizada.

El teniente Hobson miró.

Los últimos restos del gran banco polar que, antes de su partida, se encontraban aún a dos millas de distancia, habíanse precipitado sobre el litoral. El cabo Bathurst había desaparecido, y su masa de tierra y arena, barrida por los icebergs, cubría el recinto del fuerte. La casa principal y sus dependencias del Norte hallábanse sepultadas bajo la enorme avalancha. En medio de un ruido espantoso veíase a los témpanos levantarse los unos sobre los otros, y caer nuevamente aplastándolo todo a su paso. La isla parecía asaltada por grandes moles de hielo.

En cuanto a la embarcación construida al pie del cabo, había sido aniquilada por completo... ¡El último recurso, la postrer esperanza había desaparecido!

En aquel preciso momento, el edificio que momentos antes ocupaban los soldados y mujeres hundióse bajo el peso de un enorme témpano. Aquellos desdichados prorrumpieron en gritos de desesperación.

—¿Y los otros?, ¿y nuestros compañeros...? —exclamó el teniente Hobson con acento consternado.

—¡Allí! —respondió Mac-Nap, mostrándole la masa de arena, tierra y hielo bajo la que había desaparecido la casa principal por completo.

¡Sí!, ¡bajo aquel montón de detritus hallábanse sepultados Tomás Black, Paulina Barnett, Madge y Kalumah, a quienes la avalancha había sorprendido durante el sueño!

¡A TRABAJAR TODO EL MUNDO!

Habíase producido un cataclismo espantoso. El gran banco polar se había precipitado sobre la isla errante. Sumergido a una gran profundidad por debajo del nivel de las aguas, a una profundidad cinco veces mayor que la altura de la parte que emergía, no había podido resistir la acción de las corrientes submarinas; y, abriéndose camino a través de los hielos quebrantados, habíase precipitado sobre la isla Victoria, que, impelida por tan poderoso motor, derivaba hacia el Sur rápidamente...

En los primeros momentos, advertidos por el estruendo de la avalancha que destrozaba la perrera, el establo y la casa principal de la factoría, Mac-Nap y sus compañeros habían tenido tiempo de abandonar su amenazado alojamiento; mas ya se había completado la obra de destrucción. De aquellas aiosas construcciones no quedaban ya vestigios, y ahora arrastraba la isla a sus infortunados habitantes hacia los abismos del Océano. Pero ¿quién era capaz de afirmar que bajo los destrozos causados por la avalancha no alentaban aún con vida Paulina y su fiel criada, la joven esquimal y el astrónomo? Era preciso llegar hasta ellos, aunque sólo se encontrasen sus cadáveres.

Aterrado al principio Jasper Hobson, no tardó en recuperar su serenidad de siempre, y gritó con voz de trueno:

—¡A los picos y las palas! ¡La casa era bien sólida y puede haber resistido!
¡Pronto! ¡Manos a la obra!

Herramientas y picos no faltaban; pero en aquel momento no había posibilidad de aproximarse a la empalizada. Los témpanos rodaban sobre ella desde la cumbre de los icebergs desmochados, algunos de los cuales se elevaban aún 200 pies sobre el nivel de la isla. ¡Imagínese el poder destructor de aquellas masas desgajadas que parecían surgir de toda la parte septentrional del horizonte! La porción del litoral comprendida entre los cabos Bathurst y Esquimal, hallábase no sólo dominada, sino invadida por aquellas móviles montañas. Impelidas con fuerza irresistible, habían avanzado ya un cuarto de milla hacia dentro de la playa. A cada instante, un estremecimiento del suelo y una detonación espantosa anunciaban el derrumbamiento de alguna de aquellas masas, siendo muy de temer que se sumergiese la isla bajo tan enorme peso. Un desnivel muy sensible indicaba que toda aquella parte de la costa se hundía poco a poco, y el mar avanzaba ya en anchas olas hasta las proximidades de la laguna.

Terrible era en verdad la situación de los invernantes, teniendo que aguardar toda la noche, presas de mortal inquietud, sin poder intentar nada para salvar a sus compañeros, rechazados del recinto por las avalanchas, e

incapaces de detener su invasión o desviarla.

Por fin amaneció el día. ¡Qué terrible aspecto ofrecían los alrededores del cabo Bathurst! Dondequiera que se dirigía la mirada hallábase cerrado el horizonte por la barrera de hielos; mas la invasión parecía detenida, al menos por el momento. Sin embargo, algunos témpanos mal equilibrados desprendíanse aún de las cumbres de los icebergs. Pero la masa entera, profundamente surnergida en el agua por su base, comunicaba a la isla toda la impulsión que recibía de las corrientes profundas empujándola hacia el Sur, es decir, hacia el abismo, con considerable velocidad.

Aquellos a quienes arrastraba consigo no se daban cuenta de nada. Tenían que salvar varias víctimas, y entre ellas a la valerosa y estimada mujer por la que hubieran dado toda la vida. Era ya hora de obrar, pues podía llegarse hasta la cerca, y no convenía perder ni un solo instante. Hacía ya diez horas que aquellos infelices permanecían sepultados bajo los destrozos de la avalancha.

Ya se ha dicho que el cabo Bathurst no existía. Empujado por un enorme iceberg, habíase desplomado sobre la factoría, aplastando la embarcación, y cubriendo en seguida el establo y la perrera, que quedaron destrozados, juntamente con los animales encerrados en ellos. Después, la casa principal había desaparecido bajo una capa de tierra y arena, que se hallaba cubierta por un montón de témpanos, los cuales se elevaban a una altura de cincuenta o sesenta pies y la oprimían con su peso. El patio del fuerte estaba abarrotado, y de la empalizada no se veía ni siquiera una estaca. De debajo de aquella masa enorme de témpanos, tierra y arena, y a costa de incalculables trabajos, era preciso sacar a las víctimas de aquella catástrofe.

Antes de comenzar la tarde, Jasper Hobson llamó al carpintero, preguntándole:

—Mac-Nap, ¿cree usted que la casa habrá podido resistir el peso de la avalancha?

—Lo creo, mi teniente —respondió Mac-Nap—, y casi estoy tentado de afirmarlo de un modo terminante. Ya sabe usted que la habíamos reforzado. Estaba perfectamente apuntalada, y los maderos colocados verticalmente entre las vigas del tejado y las del techo han debido resistir. Observe usted, además, que la casa ha sido recubierta primero con una capa de tierra y arena que ha podido amortiguar el choque de los témpanos desplomados desde lo alto de los icebergs.

—¡Dios quiera que acierte usted, Mac-Nap —respondió Jasper Hobson—, y no nos haga pasar por semejante dolor!

Después mandó llamar a la señora Joliffe, preguntándole:

—¿Hay víveres en la casa?

—Sí, señor Jasper —respondió la interpelada—; la despensa y la cocina encierran todavía cierta cantidad de conservas.

—¿Y agua?

—Y agua y coñac también.

—Bueno —dijo el teniente— no perecerán de hambre ni de sed; pero ¿les faltará el aire?

A esta pregunta no pudo contestar el carpintero. Si la casa había resistido, como suponía él, la falta de aire era entonces el peligro más grave que amenazaba a las cuatro víctimas. Pero, en fin, este peligro podía conjurarse sacándolas rápidamente, o por lo menos, estableciendo lo más pronto posible una comunicación entre la casa sepultada y la atmósfera exterior.

Todos, hombres y mujeres, habían puesto manos a la obra, manejando con febril ardor los picos y los azadones. Todos se habían colocado sobre la masa de arena, tierra y hielos, con riesgo de provocar nuevos derrumbamientos, Mac-Nap había asumido la dirección de los trabajos, y lo hacía con inteligencia.

Parecióle lo más conveniente atacar por su cumbre la masa, porque de esta manera podrían echar a rodar hacia la laguna los témpanos de hielo. Con las palas y palancas dieron pronto buena cuenta de los bloques de mediano tamaño; pero los grandes témpanos fue preciso destrozarlos con los picos. Algunos cuya masa era demasiado grande hubo necesidad de fundirlos por medio de grandes hogueras alimentadas con árboles resinosos. Recurríase a la vez a todos los medios imaginables para destruir o apartar aquella gran masa de témpanos en el más corto plazo posible.

Pero el hacinamiento era enorme, y, a pesar de haber trabajado aquellos animosos obreros sin, permitirse más descanso que el indispensable para tomar algún alimento, apenas había disminuido, al parecer para la cantidad de hielos, cuando el sol se ocultó detrás del horizonte. Sin embargo, la parte superior del montón empezaba ya a nivelarse, y se resolvió proseguir durante toda la noche el trabajo de nivelación. Una vez logrado esto, no serían ya de temer los derrumbamientos, y había proyectado Mac-Nap abrir un pozo vertical a través de la masa compacta, que permitiese llegar con mayor rapidez al lugar apetecido y dar acceso al aire exterior.

Jasper Hobson y sus hombres no cesaron en toda la noche en su tarea, valiéndose del hierro y del fuego para conseguir su objetivo. Los hombres manejaban los azadones y picos; las mujeres atizaban el fuego. A todos dominaba un mismo pensamiento y deseo: salvar a sus cuatro infelices

compañeros.

Pero cuando amaneció hacía ya treinta horas que aquellos infelices permanecían sepultados bajo la espesa capa de tierra, arena y hielo, en medio de una atmósfera sin duda enrarecida.

El carpintero, terminados los trabajos de la noche, pensó en seguida en perforar el pozo vertical que debía ir a parar directamente al tejado de la casa, el cual, según sus cálculos, no debía medir menos de cincuenta pies de profundidad. El trabajo sería fácil, sin duda, en el hielo, es decir, durante unos veinte pies; pero después se tropezaría con grandes dificultades para perforar la capa de tierra y arena, necesariamente deleznable, y sería preciso apuntalarlo en toda la extensión de los treinta pies restantes. Preparáronse, pues, al efecto largas piezas de madera, y dio principio la perforación del pozo, en el que no podían trabajar a la vez más que tres hombres. Los soldados tenían, pues, la posibilidad de relevarse a menudo, así que era de esperar que la perforación se realizase en poco tiempo.

Como suele ocurrir en estas terribles circunstancias, aquellas pobres gentes pasaban por todas las alternativas de la esperanza y la desesperación. Cada vez que tropezaban con alguna dificultad, o destruía algún desmoronamiento parte del trabajo realizado, el desaliento se apoderaba de ellos, y era preciso que la voz firme y confortadora del maestro carpintero les reanimase. Mientras trabajaban los hombres, las esposas de Mac-Nap, Joliffe y Rae, agrupadas al pie de un montículo, esperaban sin apenas hablar, elevando sus plegarias al Cielo. No tenían más ocupación que preparar los alimentos que los trabajadores devoraban en los instantes de reposo.

Entretanto, iba perforándose el pozo sin grandes dificultades; pero el hielo era extremadamente duro y el trabajo no se podía efectuar con la rapidez deseada. Al finalizar la jornada, sólo se había logrado llegar a la capa de tierra y arena, la cual no podía esperarse que quedara perforada hasta el anochecer del día siguiente.

Cuando llegó la noche, decidióse trabajar a la luz de las antorchas, a fin de no interrumpir la perforación del pozo. Practicaron a toda prisa una especie de gruta en uno de los cerros del litoral, para que sirviese de abrigo a las mujeres y al niño. El viento habíase rolado al Sudoeste, y caía una lluvia helada, intercalada a veces de copioso aguacero. Ni el teniente ni sus compañeros pensaron en suspender el trabajo.

Entonces comenzaron las grandes dificultades, porque no se podía perforar la arena movediza, haciéndose preciso practicar una entibación con maderos que contuviesen las tierras en el interior del pozo. Después, los obreros situados en la boca de éste elevaban, por medio de un cubo suspendido en una cuerda, las tierras que se desprendían. Se comprende que en estas condiciones

el trabajo no podía ser muy rápido. Eran siempre de temer los desmoronamientos, siendo preciso adoptar minuciosas precauciones para que los trabajadores no quedasen sepultados.

El maestro carpintero permanecía a menudo en el fondo del pozo, dirigiendo los trabajos y sondando frecuentemente con un pico bien largo, pero sin tropezar con ninguna resistencia que le anunciase la proximidad del techo de la casa.

Cuando llegó la mañana, sólo se había profundizado diez pies en la masa de tierra y arena, faltando por lo tanto otros veinte para llegar a la altura que ocupaba la cumbre del tejado antes de la avalancha, suponiendo que no hubiese cedido.

¡Hacía ya cincuenta y cuatro horas que Paulina Barnett, Madge, Kalumah y el astrónomo permanecían sepultados!

Varias veces habían pensado el teniente y Mac-Nap si intentarían las víctimas abrirse una comunicación con el exterior. Dado su carácter intrépido y su serenidad, no cabía la menor duda de que, si Paulina Barnett era dueña de sus movimientos, lo habría intentado ya. Algunas herramientas habían quedado en la casa, y Kellet recordaba muy bien que había dejado su azadón en la cocina. ¿No habrían destrozado los presos una de las puertas de la casa y comenzado la perforación de una galería a través de la capa de tierra? Pero esta galería sólo podía perforarse en dirección horizontal, y representaba un trabajo mucho más largo y penoso que el del pozo ideado por Mac-Nap; porque el amontonamiento producido por la avalancha, que no medía menos de sesenta pies de altura, cubría una extensión de más de 500 pies de diámetro. Los presos ignoraban esta disposición, de suerte que, aun admitiendo que hubiesen logrado abrir la galería horizontal, no podrían perforar la última capa de hielo antes de ocho días, por lo menos; y antes, si no los víveres, el aire les habría faltado.

Sin embargo, Jasper Hobson vigilaba por sí mismo todas las partes del macizo, escuchando si algún ruido delataba un trabajo subterráneo. Pero no logró oír nada.

Los operarios reanudaron al amanecer, con más actividad que nunca, su penoso trabajo. La tierra subía sin cesar a la boca del pozo, que se hacía cada vez más profundo. La tosca entibación sostenía suficientemente la deleznable arena. Sin embargo, produjéronse algunos derrumbamientos que fueron rápidamente contenidos, y durante aquel día no hubo que deplorar ninguna nueva desgracia. Sólo el soldado Garry fue herido en la cabeza por la caída de un trozo de hielo; mas su herida fue tan leve que ni aun quiso abandonar el trabajo.

A las cuatro había adquirido el pozo una profundidad total de cincuenta pies, o sea, veinte de hielo y treinta de tierra y arena.

A esta profundidad esperaba Mac-Nap encontrar la techumbre de la casa, en el caso de haber resistido la presión de la avalancha.

Encontrábase en aquel momento en el fondo del pozo y, juzgúese su contrariedad y decepción cuando, al hundir profundamente el pico, no encontró la menor resistencia.

Permaneció un instante con los brazos cruzados, mirando a Sabine que se hallaba con él.

—¿Nada? —preguntó el cazador.

—¡Nada! —respondió el carpintero—. ¡Absolutamente nada! Pero continuemos. El techo habrá cedido sin duda; pero no es posible que el piso del desván se haya hundido. Antes de ahondar seis pies tropezaremos necesariamente con este suelo... de lo contrario...

Mac-Nap no acabó de expresar su pensamiento, y, con la ayuda de Sabine, reanudó su trabajo con desesperado ardor.

A las seis de la tarde habíanse ahondado diez o doce pies más.

Mac-Nap sondeó de nuevo. Nada aún. Su pico se hundía siempre en la tierra movediza.

El carpintero, abandonando un instante su herramienta, cogióse la cabeza entre ambas manos.

—¡Desdichados! —murmuró.

Y, subiendo después por los puntales que sostenían la entibación, llegó hasta la boca del pozo.

Allí encontró al teniente y al sargento, más ansiosos que nunca, y, llevándolos aparte, refirióles el horrible desengaño que acababa de sufrir.

—Pero, entonces —le dijo Jasper Hobson—, la casa ha sido aplastada por la avalancha, y esos infortunados...

—¡No! —respondió el carpintero con acento de íntima convicción—; ¡no! la casa no ha sido aplastada. Con lo reforzada que estaba, ha debido resistir. ¡No! ¡No ha sido aplastada! ¡Es imposible!

—Pues, entonces, ¿qué ha sucedido, Mac-Nap? —preguntó el teniente Hobson, de cuyos ojos se escaparon dos lágrimas.

—El suelo sobre el cual reposaba la casa ha cedido evidentemente, hundiéndose a la vez ambas cosas, y pasando a través de la corteza de hielo

que forma la base de la isla. La casa no ha sido aplastada, sino engullida... Y las desdichadas víctimas...

—¡Ahogadas! —exclamó el sargento Long.

—¡Ahogadas! ¡Sí, sargento! ¡Ahogadas antes de que pudiesen hacer un movimiento! ¡Ahogadas como los pasajeros de un buque que zozobra!

Durante algunos instantes, los tres permanecieron en silencio. La hipótesis de Mac-Nap era muy verosímil. Nada más lógico que suponer que la capa de hielo que formaba la base de la isla habíase hundido bajo tan enorme presión. La casa, gracias a los puntales que sostenían las vigas del techo, apoyadas sobre las del piso, había debido horadar el suelo de hielo y hundirse en el abismo.

—Bueno, Mac-Nap —dijo el teniente Hobson—, si no podemos encontrarlos vivos...

—Sí —respondió el carpintero—, ¡es preciso a toda costa que los encontremos muertos!

Dicho esto, Mac-Nap, sin comunicar a sus compañeros sus terribles hipótesis, descendió nuevamente al fondo del pozo en donde reanudó su interrumpido trabajo. Jasper Hobson también bajó con él.

Durante toda la noche prosiguió la perforación, relevándose los hombres de hora en hora, pero todo este tiempo, mientras dos soldados sacaban la tierra y la arena, Mac-Nap y Jasper Hobson permanecieron algo más arriba, de pie sobre un puntal.

A las tres de la mañana, el pico de Kellet, tropezando de repente con un cuerpo duro, produjo un ruido seco. El maestro carpintero más bien lo sintió que lo oyó.

—¡Ya llegamos! —exclamó el soldado—. ¡Ya están salvados!

—¡Cállate y continúa! —respondió el teniente Hobson con voz sorda.

Hacía en aquel instante cerca de setenta y seis horas que la avalancha se había precipitado sobre la casa.

Kellet y su compañero, el soldado Poúd, habían reanudado el trabajo. La profundidad del pozo debía casi haber alcanzado el nivel del mar, y, por consiguiente, Mac-Nap no conservaba la menor esperanza.

En menos de veinte minutos, el cuerpo duro con que el pico tropezara quedó al descubierto. Era uno de los maderos del tejado. El carpintero lanzóse al fondo del pozo, cogió un azadón e hizo saltar las tablas del techo, quedando en algunos instantes practicada una bien amplia abertura.

Por ella apareció un rostro apenas reconocible en medio de las sombras.

¡Era el rostro de Kalumah!

—¡Socorro!, ¡socorro! —murmuraba débilmente la desdichada joven.

Jasper Hobson deslizóse por la abertura, y, al hacerlo, sintióse sobrecogido por un intenso frío. El agua le llegaba a la cintura. Contra lo que se esperaba, el techo no había sido aplastado; mas, como supusiera Mac-Nap, la casa habíase hundido a través del suelo, penetrando el agua en ella; pero, afortunadamente, no había llenado por completo el desván, elevándose un pie escaso sobre el piso de éste. ¡Aún quedaba una esperanza...!

El teniente avanzó en la obscuridad, y tropezó con un cuerpo privado de movimiento. Lo arrastró hacia la abertura, a través de la cual Pond y Kellet lo sacaron. Era el astrónomo Black.

Después extrajo otro cuerpo, que resultó ser Madge. Ambos fueron izados, por medio de cuerdas, a la boca del pozo, y al sentir el benéfico contacto del aire puro exterior, recobraron poco a poco el sentido.

Quedaba por salvar todavía Paulina Barnett. Jasper Hobson, guiado por Kalumah, llegó a la extremidad del desván, encontrando allí, por fin, a la que buscaba, privada de movimiento y con la cabeza que apenas sobresalía del agua. El teniente tomóla en sus brazos y la transportó a la abertura, y, pocos instantes después, él y ella, Kalumah y Mac-Nap llegaban a la boca del pozo.

Paulina Barnett estaba como muerta.

Todos los compañeros de la valerosa mujer contemplábanla en silencio, dando muestra de profundo dolor.

La joven esquimal, a pesar de hallarse tan débil, habíase arrojado sobre el cuerpo de su amiga.

Paulina Barnett respiraba y su corazón aún latía. El aire puro, absorbido por sus enjutos pulmones, devolvióle lentamente la vida.

Por fin, abrió los ojos, y un grito se escapó de todos los pechos. ¡Un grito de acción de gracias que debió llegar hasta el cielo, donde fue, sin duda, escuchado!

En aquel momento amanecía, y el sol inundaba el espacio con sus primeros rayos.

Haciendo un supremo esfuerzo, incorporóse Paulina; y, contemplando después lo alto de aquella montaña, formada por la avalancha y que dominaba la isla, cuanto la rodeaba, murmuró con extraño acento:

—¡El mar!, ¡el mar!

Y, en efecto, a ambos lados del horizonte, al Este y al Oeste, el mar, libre de hielos, rodeaba a la isla Victoria.

EL MAR DE BEHRING

Así, pues, empujada la isla por el gran banco polar, había retrocedido, con velocidad excesiva, hasta las aguas del mar de Behring, después de haber pasado el estrecho sin adherirse a sus costas, engolfándose cada vez más en aquellas aguas tibias que no podían tardar en convertirse en abismo para ella. ¡Y la embarcación, aplastada por la avalancha, estaba en absoluto inservible!

Cuando Paulina Barnett recuperó por completo el uso de sus sentidos, pudo en pocas palabras referir la historia de las setenta y cuatro horas pasadas en las profundidades de la sepultada casa. Tomás Black, Madge, Kalumah y ella habían sido sorprendidas por la avalancha. Todos se precipitaron hacia las puertas y ventanas; pero no hallaron salida. La capa de tierra y arena que algunos momentos antes formaba el cabo Bathurst, cubría la casa entera. Casi inmediatamente oyeron los prisioneros el choque de los témpanos enormes que el gran banco polar arrojaba sobre la factoría.

No había transcurrido siquiera un cuarto de hora, cuando Paulina Barnett y sus tres compañeros de desdicha sintieron que la casa, que resistía tan enorme presión, hundíase en el suelo de la isla. ¡La base de hielo cedía, y el agua del mar penetraba!

Apoderarse de algunas provisiones que habían quedado en la despensa y refugiarse en el desván, fue obra de un momento, que ejecutaron guiados por un vago instinto de conservación. Pero ¿podían abrigar un átomo de esperanza? En todo caso, el desván parecía resistir, siendo probable que dos bloques de hielo, apuntalándose uno contra otro por encima del techo, lo hubiesen salvado de un aplastamiento inmediato.

Encerrados en el desván, oían sobre sus cabezas el estruendo de la avalancha, en tanto que el agua subía de una manera constante. ¡Ahogados o aplastados! ¡No había otra disyuntiva!

Pero por un milagro patente, el techo, sólidamente apuntalado, resistió, y la casa, después de sumergirse hasta cierta profundidad, se detuvo, cuando ya el agua había alcanzado un pie de elevación sobre el suelo del desván.

Paulina Barnett, Madge, Kalumah y Tomás Black tuvieron que refugiarse entre los tirantes y puntales que sostenían el tejado, donde permanecieron por espacio de tantas horas. La abnegada Kalumah hubo de constituirse en criada de todos, llevándoles las comidas a través de la capa de agua. ¡Y pensar que

nada podían intentar para salvarse! ¡El socorro sólo podía llegarles de fuera!
¡Qué situación angustiada! ¡La respiración se hacía difícil en aquella atmósfera comprimida, que no tardó en hacerse casi irrespirable por su escasez de oxígeno y exceso de ácido carbónico...! ¡Algunas horas más de permanencia en aquel reducido espacio, y el teniente Hobson sólo hubiera encontrado los cadáveres de las víctimas!

Además, a las torturas físicas habíanse sumado los padecimientos morales. Paulina Barnett habíase dado cuenta, sobre poco más o menos, de todo lo ocurrido. Había adivinado que el gran banco polar se había precipitado sobre la isla, y, a juzgar por la agitación del agua que rugía debajo de la casa, era evidente que la isla era irresistiblemente arrastrada hacia el Sur. Por eso, en cuanto abrió los ojos, miró a su alrededor y pronunció las palabras que la destrucción de la pequeña nave hacía tan terribles en aquellas circunstancias:

—¡El mar!, ¡el mar!

Pero, en aquellos momentos ninguno de los que la rodeaban quería oír ni entender más que una cosa: que habían salvado a la mujer por quien hubieran sacrificado la vida, y, juntamente con ella, a Madge, a Tomás Black y a Kalumah; y, por último, que hasta entonces, y a pesar de tan rudas pruebas y peligros, no faltaba ninguno de los animosos seres que el teniente Jasper Hobson había llevado consigo a tan desastrosa expedición.

Pero las circunstancias iban a agravarse más que nunca y a precipitar sin duda la catástrofe final cuyo desenlace no podía estar ya lejos.

El primer cuidado del teniente Hobson durante aquella jornada fue calcular de nuevo la situación de la isla. No había ya que pensar en abandonarla, puesto que la embarcación había sido destrozada, y el mar, libre, por fin, no ofrecía en torno de ella ningún punto sólido de apoyo. En cuanto a los icebergs, ya no quedaba, al Norte, nada más que aquel resto del gran banco polar, cuya cresta acababa de destruir el cabo Bathurst, y cuya base, profundamente Sumergida, empujaba la isla al Sur.

Registrando las ruinas de la casa principal, se había logrado encontrar los instrumentos y planos que el astrónomo Tomás Black había llevado consigo al desván, y que, afortunadamente, no sufrieron grandes daños. El cielo estaba cubierto de nubes; pero el sol aparecía de vez en cuando, y Jasper Hobson pudo tomar su altura a su debido tiempo y con una aproximación suficiente.

Resultó de esta observación que aquel mismo día, 12 de mayo, a mediodía, se hallaba la isla Victoria en la situación siguiente:

Longitud, 168° 12' Oeste del meridiano de Greenwich.

Latitud, 63° 37' Norte.

Marcado este punto en el mapa, vióse que se encontraba la isla frente al golfo de Norton, entre la punta asiática de Tchaplin y el cabo americano de Stephens; pero a más de cien millas de ambas costas.

—¿Será, pues, necesario renunciar a tomar tierra en el continente americano? —preguntó Paulina Barnett.

—Sí, señora —respondió Jasper Hobson—; por este lado, no queda la más mínima esperanza. La corriente nos arrastra hacia alta mar con velocidad prodigiosa, y sólo podemos contar con el venturoso encuentro de algún ballenero que pasase a la vista de la isla.

—Pero, si ya no es posible tocar en el continente —replicó la viajera—, ¿por qué no ha de arrojarnos la corriente contra alguna de las islas del mar de Behring?

Débil era la esperanza, pero a ella se agarraron aquellos infelices como el hombre que va a ahogarse a la tabla que le arrojan. No faltaban las islas en aquellas regiones, existiendo entre otras las de San Lorenzo, San Mateo, Nuniwak, San Pablo, Georges, etc. Precisamente la isla errante no se hallaba muy lejos de la de San Lorenzo, cuya superficie es extensa y se halla rodeada de islotes; y, en último caso, si no se tropezaba con ella, aun quedaba la esperanza de que la detuviese en su marcha ese semillero de islas conocidas con el nombre de Aleutinas, que cierran el mar de Behring.

¡Sí, sí!, ¡sin duda alguna! La isla de San Lorenzo podía ser un puerto de refugio para los invernantes; y de no ser así, quedábales la esperanza de la de San Mateo y los numerosos islotes que la rodean; pero no había que pensar en llegar a las Aleutinas, de las que les separaban aún más de ochocientas millas. ¡Mucho antes, la isla Victoria, minada, derretida por las aguas calientes, fundida por el sol, que se aproximaba ya al signo zodiacal de Los Gemelos, se sepultaría en el abismo!

Así era de suponer, toda vez que la distancia hasta donde descienden los hielos en su marcha hacia el Ecuador es bastante variable, aproximándose más a éste en el hemisferio austral que en el boreal. Háseles encontrado en ocasiones a la altura del cabo de Buena Esperanza, o sea en el paralelo 36° sobre poco más o menos; en tanto que los icebergs que descienden del océano Glacial Ártico no han rebasado jamás los 40° de latitud. Pero el límite de la fusión de los hielos se halla evidentemente relacionado con la temperatura, dependiendo de las condiciones climatéricas. Cuando los inviernos son largos, alcanzan naturalmente los hielos latitudes más bajas que cuando se presentan las primaveras precoces.

Ahora bien, esta precocidad de la estación cálida en el año 1861, debía precipitar la disolución de la isla Victoria. Las aguas del mar de Behring eran

ya verdes y no azules, como suelen generalmente ser en las proximidades de los icebergs, según las observaciones de Hudson. Debía, pues, esperarse a cada instante una catástrofe, ahora que no existía la embarcación.

Jasper Hobson resolvió prevenirla, haciendo construir una balsa suficientemente grande para sostener a toda la colonia, y que, mejor o peor, pudiese navegar hasta el continente. Hizo acopiar las maderas necesarias para la construcción de un aparato flotante sobre el cual se pudiese surcar el mar sin peligro de irse al fondo. Bien mirado, existían probabilidades de encontrar algún buque en una época en que los balleneros se remontan hacia el Norte persiguiendo a los grandes cetáceos. Mac-Nap recibió, pues, el encargo de construir una balsa grande y sólida, que sobrenadase en el momento en que la isla Victoria se sumergiese en el mar.

Pero antes era preciso preparar de cualquier modo una vivienda que cobijase a los desdichados habitantes de la isla. Parecía lo más sencillo desembarazar de hielo el antiguo alojamiento de los soldados, dependencia de la casa principal, cuyas paredes podrían servir aún. Todos pusieron manos a la obra, trabajando con verdadero ardor, y, en unos cuantos días, hubo donde refugiarse contra los rigores de un clima caprichoso, que los vientos y las lluvias ensombrecían con frecuencia.

Practicáronse también registros en la casa principal, lográndose extraer de las habitaciones sumergidas numerosos objetos de mayor o menor utilidad, como herramientas, armas, ropa de cama, muebles, las bombas de ventilación, los depósitos de aire, etc.

Al día siguiente, 13 de mayo, hubo que renunciar a la esperanza de tropezar con la isla de San Lorenzo, pues las observaciones astronómicas dieron a conocer que la isla errante pasaba muy al Este de ella. Las corrientes no van, generalmente, a estrellarse contra los obstáculos naturales, sino que, por el contrario, los evitan, contorneándolos; por eso comprendió Jasper Hobson que no había más remedio que renunciar a la esperanza de llegar a tierra de este modo. Sólo las islas Aleutinas, tendidas como una especie de red semicircular en un espacio de varios grados, habrían podido detener la isla; pero ¿podía abrigarse la esperanza de llegar a ellas? La isla Victoria era arrastrada con una velocidad extraordinaria, sin duda; pero ¿no era probable que esta velocidad decreciese cuando los icebergs del Norte, que eran los que la empujaban, se separasen de ella por una razón cualquiera, o se disolviesen, lo cual no se haría esperar toda vez que no contaban con una capa de tierra que los protegiese contra los rayos del sol?

El teniente Hobson, Paulina Barnett, el sargento Long y el carpintero Mac-Nap hablaban frecuentemente de esto, y, después de maduras reflexiones, convinieron en que la isla Victoria no podría en ningún caso llegar hasta el

grupo de las Aleutinas, ya porque su velocidad disminuyera, ya porque fuese arrojada fuera de la corriente de Behring, ya, en fin, porque se fundiese bajo la doble influencia combinada de las aguas y del sol.

El 14 de mayo, el maestro Mac-Nap y sus peones iniciaron la construcción de una gran balsa. Era preciso mantener este aparato a la mayor altura posible sobre el nivel del mar, con objeto de impedir que lo arrebatasen las olas. Era obra que ofrecía terribles dificultades; mas el celo de los trabajadores no retrocedió ante ellas. El herrero Rae había hallado, por fortuna, en un almacén inmediato a la casa, una gran cantidad de clavijas de hierro que habían sido traídas del fuerte Confianza, y que sirvieron para unir entre sí sólidamente las diversas piezas que formaban el armazón de la balsa.

En el lugar donde fue construida, adoptáronse, por iniciativa del teniente Hobson, las precauciones siguientes. En vez de colocar las vigas y traviesas sobre el suelo, emplazólas Mac-Nap sobre la superficie del agua. Las diferentes piezas, después de taladradas y conformadas, en la orilla, eran aisladamente lanzadas a la superficie del pequeño lago, donde se las acoplaba con gran facilidad. Este modo de operar ofrecía dos ventajas: Primero, que el carpintero podía hacerse cargo del lugar que habría de ocupar la línea de flotación y de la estabilidad que convenía dar al artefacto; y, segundo, que cuando se disolviese la isla Victoria, flotaría ya la balsa, y no se vería sometida a las desnivelaciones y choques que la dislocación del suelo pudiera imprimir a la tierra. Tan atendibles razones indujeron, pues, a Mac-Nap a proceder de esta suerte.

Durante estos trabajos, Jasper Hobson, ya solo, ya acompañado de Paulina Barnett, recorría el litoral, observando el estado del mar y las sinuosidades de la orilla, que las olas socavaban lentamente. Su mirada escudriñaba el horizonte, completamente desierto. Por el Norte no se dibujaban ya los perfiles de las montañas de hielo. Vanamente buscaba, como todos los náufragos, el buque que no se presentaba jamás. La soledad del océano tan sólo era turbada por el paso de algunos sopladores, que frecuentan las aguas verdes en las cuales pululaban miríadas de animálculos microscópicos que constituyen su único alimento. Veíanse también algunos troncos flotantes, procedentes de las países cálidos, y que las grandes corrientes marinas del Globo arrastran hasta aquellos parajes.

Un día, el 16 de mayo, Paulina Barnett y Madge se paseaban juntas por la parte de la isla comprendida entre el cabo Bathurst y el antiguo puerto. El tiempo era magnífico y la temperatura cálida, haciendo ya muchos días que la nieve había desaparecido por completo de la isla. Sólo los témpanos que el gran banco polar acumulara en su parte septentrional recordaban el aspecto polar de aquellos climas. Pero estos mismos témpanos se disolvían poco a poco, produciendo cada día nuevas cascadas que se desprendían de las

cumbres y corrían por las vertientes de los icebergs. Era indudable que el sol no tardaría en disolver estas últimas masas aglomeradas por el frío.

Curioso era el aspecto que ofrecía la isla Victoria. Otros ojos menos tristes habríanla contemplado con verdadero interés. La primavera manifestábase en ella con singular vigor. En su suelo, transportado a más benigno clima, desbordábase la vida vegetal. Los musgos, las florecillas, las plantaciones de la señora Joliffe, crecían y se desarrollaban de un modo exuberante. Toda la potencia vegetativa de aquella tierra, substraída a la crudeza del clima ártico, manifestábase al exterior, no sólo por la profusión de plantas que brotaban sobre su superficie, sino también por la variedad de sus colores. Los antiguos matices apagados y pálidos habían cedido el puesto a otros tonos brillantes de color, digaos del sol que los alumbraba entonces. Las diversas especies de árboles, madroñeros y sauces, abedules y pinos, cubríanse de obscuro verdor. Abríanse sus yemas bajo la savia caldeada a ciertas horas por una temperatura de 68° Fahrenheit (20° centígrados sobre cero). La naturaleza ártica transformábase bajo una latitud igual ya a la de Cristianía y Estocolmo, en Europa, que es la de las más verdes campiñas de las zonas templadas.

Pero Paulina Barnett no quería fijarse en estas risueñas manifestaciones de la naturaleza. ¿Podía cambiar el estado de su efímero dominio? ¿Le era dado ligar aquella isla errante a la corteza sólida del Globo? No, por cierto; y por eso el sentimiento de una suprema catástrofe no se apartaba de ella. Se la pronosticaba su instinto, como a aquellos centenares de animales que pululaban por los alrededores de la factoría. Aquellos armiños, y linceos, y castores, y zorras, y martas, y visones, y ratas almizcleras, y hasta lobos, a quienes el sentimiento de una próxima e inevitable catástrofe hacía menos feroces, acercábanse más y más a sus antiguos enemigos, los hombres, como si éstos pudiesen salvarlos. Era una especie de reconocimiento tácito e instintivo de la superioridad de la raza humana, precisamente en unas circunstancias en que esta superioridad era impotente.

¡No! Paulina Barnett no quería ver nada de esto; sus miradas no se apartaban de aquel despiadado mar, inmenso, infinito, sin otro horizonte que el cielo que con él se confundía.

—Pobre Madge —dijo ésta un día—, yo soy quien te ha traído a esta catástrofe, ¡a ti que me has seguido a todas partes y me has demostrado siempre una adhesión y amistad que merecían otro pago! ¿Me perdonas?

—Sólo hay una cosa en el mundo que no te hubiera perdonado jamás, hija mía —respondió la excelente mujer—: el no morir contigo.

—¡Madge! ¡Madge! —exclamó la viajera—, si mi vida pudiese salvar la de esos desdichados, la daría sin vacilar.

—Pero, hija mía, ¿has perdido toda la esperanza?

—¡No!... —exclamó Paulina Barnett, arrojándose en los brazos de su fiel compañera.

La mujer acababa de revelarse un instante en aquella naturaleza viril. Mas, ¿quién no disculparía un momento de desmayo en medio de tan rudas pruebas?

Paulina prorrumpió en sollozos. Su corazón desbordóse, y las lágrimas corrieron, abundantes, de sus ojos.

—¡Madge! ¡Madge! —dijo la viajera, levantando la cabeza—, ¡no les digas, al menos, que he llorado!

—No —respondió la criada—. Sería inútil, además, porque no me creerían. Esto ha sido un instante de debilidad. Levántate, hija mía; porque tú eres aquí el alma de todos nosotros. ¡Levántate y recobra tu indomable valor!

—Pero ¿aún tienes esperanzas? —exclamó Paulina Barnett, contemplando de hito en hito a su fiel compañera.

—¡Yo no la pierdo jamás! —respondió sencillamente Madge.

Pero ¿quién hubiera sido capaz de conservar aún un átomo de esperanza cuando, algunos días después, dejó atrás la isla errante el grupo de San Mateo, no quedándole ya ninguna tierra con que poder tropezar en todo el mar de Behring?

EN ALTA MAR

La isla Victoria flotaba por entonces en la parte más ancha del mar de Behring, a 600 millas aún de las primeras Aleutinas, y a más de 200 de la costa más cercana del Este. Su desplazamiento seguía verificándose con una velocidad relativamente considerable; pero, aun suponiendo que ésta no experimentase ninguna disminución, le serían necesarias tres semanas más, por lo menos, para llegar a esta barrera meridional del mar de Behring.

¿Podría durar hasta entonces aquella isla, cuya base se adelgazaba diariamente bajo la acción de las aguas tibias, y en un ambiente cuya temperatura media era de 50° Fahrenheit (10° centígrados sobre cero)? ¿No podía su suelo entreabrirse a cada instante?

El teniente Hobson activaba cuanto le era posible la construcción de la balsa, cuya armazón inferior flotaba ya sobre las aguas del lago. Mac-Nap quería dar a este artefacto una gran solidez, a fin de que pudiese resistir

durante largo tiempo, caso de ser necesario, las sacudidas del mar; porque era de suponer que si no encontraban algún ballenero en el mar de Behring, tendrían que recorrer a la deriva la considerable distancia que les separaba de las islas Aleutinas.

Entretanto, la isla Victoria no había experimentado ningún cambio de cierta importancia en su configuración general. Practicábanse diariamente reconocimientos; pero los exploradores no se atrevían a alejarse demasiado, porque a cada momento, una fractura del suelo, o el desprendimiento de un trozo de isla podía aislarlos del centro común. Nunca había seguridad de volver a ver a los que partían para estas exploraciones.

La profunda grieta abierta en las proximidades del cabo Miguel, que los fríos invernales habían vuelto a cerrar, se había abierto de nuevo poco a poco, extendiéndose en la actualidad por espacio de una milla hacia el interior, hasta el enjuto lecho del antiguo arroyuelo, y siendo de temer que se prolongase a lo largo de este cauce, donde la capa de hielo tenía menor espesor. En este caso, toda la porción comprendida entre el cabo Miguel y el puerto Barnett, limitada al Oeste por el lecho del riachuelo, es decir, un trozo enorme, de una superficie de varias millas cuadradas, habría desaparecido. El teniente Hobson recomendó, pues, a sus compañeros que no se aventurasen en él sin necesidad; porque bastaría un movimiento brusco del mar para desprender esta importante porción de la isla.

Practicáronse sondas en varios lugares, a fin de conocer cuáles eran los que ofrecían mayor resistencia a la disolución, a causa de su espesor, averiguándose así que este espesor era más considerable que en ningún otro lugar precisamente en las proximidades del cabo Bathurst, donde estuvo emplazada la antigua factoría; pero no el espesor de la capa de tierra, que esto no hubiera sido ninguna garantía, sino el de la base de hielo, lo cual era una circunstancia feliz. Mantuviéronse abiertos los orificios practicados para efectuar las sondas, y de este modo fue posible averiguar diariamente la disminución que experimentaba el espesor de la base de la isla. Esta disminución era lenta, pero incesante y continua. Podía calcularse que la isla no resistiría arriba de tres semanas más, teniendo en cuenta la circunstancia adversa de irse internando en aguas cada vez más caldeadas por la acción de los rayos solares.

Durante la semana comprendida entre el 19 y 25 de mayo, reinó un tiempo malísimo, declarándose una violenta tempestad. Los relámpagos iluminaron el cielo y los truenos atronaron el espacio. Agitado el mar por un fuerte viento Noroeste, formó elevadas olas que fustigaron extraordinariamente a la isla, imprimiéndole sacudidas poco tranquilizadoras. Toda la pequeña colonia permaneció constantemente alerta, dispuesta siempre a embarcarse en la balsa, cuya cubierta estaba ya casi terminada, habiéndose acondicionado en ella

cierta cantidad de víveres y de agua dulce fin de prevenir cualquier eventualidad. Durante este tiempo, llovió copiosamente; y las tibias y anchas gotas de esta lluvia tempestuosa penetraron profundamente en el suelo y debieron atacar la base de la isla. Estas filtraciones disolvieron el hielo inferior en algunos lugares, produciéndose en su consecuencia sospechosas depresiones. La lluvia descarnó las laderas de algunos cerros, dejando al descubierto el hielo de la base; por lo cual fue preciso rellenar estas excavaciones con tierra y arena, a fin de substraer aquélla a la acción del calor. Sin esta precaución, el suelo hubiera quedado bien pronto agujereado como una espumadera.

Aquella tempestad causó también irreparables daños a las colinas cubiertas de bosque que rodeaban la orilla oriental del pequeño lago. Las abundantes lluvias arrastraron la tierra y la arena, desplomándose de esta suerte muchos árboles por faltarles apoyo a sus raíces. En una sola noche quedó transformado el aspecto de la porción de la isla comprendida entre el lago y el antiguo puerto Barnett. Apenas si quedaron algunos grupos de abedules y de pinos aislados que habían resistido a la tormenta. Eran éstos síntomas evidentes de descomposición que era imposible dejar de reconocer, pero contra los cuales la inteligencia humana era impotente. Jasper Hobson, Paulina Barnett, el sargento y todos en general veían bien que la efímera isla se deshacía poco a poco; todos se daban cuenta de ello, excepto, tal vez, Tomás Black, que, mudo siempre y sombrío, no parecía pertenecer ya a este mundo.

El día 23 de mayo, durante la tempestad, el cazador Sabine, que salió del alojamiento común una mañana en que la niebla era muy densa, estuvo a punto de ahogarse en un amplio orificio que se había abierto durante la noche en el preciso lugar que antes ocupaba la casa principal de la factoría.

Hasta entonces esta casa, sepultada bajo la espesa capa de tierra y arena, y hundida en sus tres cuartas partes, parecía haberse adherido fuertemente a la base de hielo de la isla; mas, sin duda, las ondulaciones del mar, al chocar contra la parte inferior de esta amplia escotadura, la agrandaron, y la casa, sobre la cual gravitaba el peso enorme de todas aquellas materias que un día constituyeron lo que fue cabo Bathurst, hundióse en el abismo. Tierra y arena deslizarónse en el enorme orificio, en cuyo fondo se precipitaron las agitadas aguas del mar.

A los gritos de Sabine, acudieron sus compañeros, quienes lograron sacarle de aquella improvisada trampa, a cuyas resbaladizas paredes trataba de agarrarse con desesperación, sin haber recibido otro mal que un baño inesperado que pudo tener muy mal fin.

Más tarde se vieron las vigas y tablas de la casa que, resbalando por la parte inferior de la isla, flotaban frente a la orilla, cual restos de un buque

náufrago. Este fue el último destrozo causado por la tempestad, el cual vino a comprometer más aún la solidez de la isla, permitiendo que las aguas la fuesen disolviendo también por su interior, y viniendo a constituir una especie de cáncer que debía destruirla lentamente.

Durante la jornada del 25 de mayo, roló el viento al Nordeste, disminuyendo de intensidad al propio tiempo; cesó la lluvia y el mar comenzó a calmarse. La noche deslizóse tranquila, y, habiendo reaparecido el sol a la mañana siguiente, pudo efectuar Jasper Hobson una buena observación, viéndose al mediodía que la situación de la isla era la siguiente:

Longitud, 170° 23'.

Latitud, 56° 13'.

La velocidad de la isla era, pues, excesiva, toda vez que había avanzado cerca de 800 millas desde el lugar que ocupaba dos meses atrás, al comenzar el deshielo, en el estrecho de Behring.

Esta gran velocidad de desplazamiento hizo concebir una ligera esperanza a Jasper Hobson.

—Amigos míos —dijo a sus compañeros, mostrándoles la carta del mar de Behring—; ¿veis las islas Aleutinas? ¡Distan ya de nosotros menos de 200 millas! ¡Tal vez lleguemos a ellas dentro de ocho días!

—¡Ocho días! —respondió el sargento Long sacudiendo la cabeza—. ¡Largo me parece el plazo!

—Debo añadir —prosiguió el teniente Hobson— que si nuestra isla hubiese seguido en su descenso el meridiano 178°, estaríamos ya en el paralelo de estas islas; pero evidentemente se desvía hacia el Sudoeste, siguiendo el eje de la corriente de Behring.

La observación era justa. La corriente tendía a llevarse la isla Victoria a gran distancia de las tierras, y a apartarla quizá de las islas Aleutinas, que, sólo se extienden hasta el meridiano 170°.

Paulina Barnett examinó la carta en silencio, contemplando el punto trazado con un lápiz que indicaba la posición de la isla, el cual, dada la gran extensión de la región representada, parecía casi imperceptible. ¡Tan inmenso parecía el mar de Behring! Siguió con la mirada el camino recorrido desde el comienzo del deshielo, camino que la fatalidad, o, por mejor decir, la inmutable dirección de las corrientes marinas, había dibujado a través de tantas islas, a gran distancia de los continentes, sin tocar en ninguna parte, abriéndose ante sus ojos entonces la infinita inmensidad del océano Pacífico.

Por fin, como arrancándose, por un supremo esfuerzo, a aquellos tristes sueños y meditaciones sombrías, acabó por decir:

—Pero ¿no habría medio de dirigir esta isla? Con ocho días más a esta misma velocidad, podríamos tal vez llegar a la última de las Aleutinas.

—¡Esos ocho días sólo Dios puede otorgárnoslos! —respondió el teniente Hobson—. ¿Nos los querrá conceder? Le digo a usted, señora, con toda sinceridad, que nuestra salvación sólo puede llegarnos del Cielo.

—Participó de esa misma opinión, señor Jasper —replicó Paulina Barnett—; pero el Cielo quiere siempre que los hombres se ayuden a sí propios para hacerse acreedores a su protección. ¿Hay, pues, algo que hacer, algo que intentar que yo ignore?

Jasper Hobson sacudió la cabeza con aire de duda. Para él no existía más medio de salvación que la balsa; pero ¿convendría embarcarse en ella sin demora, e improvisando una vela cualquiera con sábanas y mantas, tratar de ganar la costa más cercana?

Jasper Hobson consultó la cuestión con el sargento, con el carpintero Mac-Nap, en quien tenía gran confianza, con el herrero Rae y con los cazadores Marbre y Sabine; y todos ellos, después de haber pesado el pro y el contra, fueron de parecer que no debía abandonarse la isla mientras no fuera absolutamente imprescindible. En efecto, tan sólo como un último y supremo recurso podría recurrirse a aquella balsa, que barrerían incesantemente las olas, y que no tendría ni siquiera la velocidad de la isla, cuyo avance hacia el Sur activaban los icebergs. En cuanto al viento, soplaba generalmente del Este, y tendería más bien, por lo tanto, a alejar la balsa de toda tierra.

Era preciso, pues, esperar; esperar más aún, toda vez que la isla corría rápidamente hacia las Aleutinas. Cuando ya se encontrasen próximos a este grupo, se estudiaría la resolución que más conviniese adoptar.

Este era, efectivamente, el partido más acertado que podía tomarse, siendo indudable que si en el plazo de ocho días no decrecía la velocidad de la isla, o se detendría ésta en la frontera meridional del mar de Behring, o, arrastrada hacia el Sudoeste, entraría en las aguas del Pacífico y se perdería sin remedio.

Pero la fatalidad, que tanto se había cebado, y durante tanto tiempo, en aquellos infelices invernantes, iba a herirlos aún con otro nuevo golpe. La velocidad de traslación con la que siempre contaban iba a faltarle en breve.

En efecto, durante la noche del 26 al 27 de mayo, sufrió la isla Victoria un último cambio de orientación cuyas consecuencias fueron extraordinariamente graves. Efectuóse sobre sí misma medio giro, quedando los icebergs, restos del gran banco polar, que la impulsaban por el Norte, adosados a su costa Sur.

Por la mañana, los náufragos —¿cometemos alguna impropiedad al aplicarles tal nombre?— vieron salir el sol por la parte del cabo Esquimal y no

por el horizonte del puerto Barnett, como estaban acostumbrados.

¿Cuáles iban a ser las consecuencias de este cambio de orientación? ¿No se separarían de la isla aquellas montañas de hielo?

Todos presintieron una nueva desgracia, y se dieron perfecta cuenta de la verdad que encerraban las palabras del soldado Kellet, al exclamar:

—¡Antes que llegue la noche nos habremos quedado sin hélice!

Kellet quería dar a entender que los icebergs, que ya no se hallaban detrás, sino delante de la isla, no tardarían en separarse de ésta; y eran ellos los que le imprimían aquella extraordinaria velocidad, pues por cada pie de elevación sobre el nivel del mar, medían seis o siete de profundidad bajo el mismo; de suerte que, al hallarse mucho más sumergidos que la isla en la corriente submarina, encontrábase ipso jacto más directamente sometidos a su influencia, siendo muy de temer que la expresada corriente los separase de ella, ya que no se hallaban unidos por lazos de ninguna especie.

Sí, el soldado Kellet tenía mucha razón, y la isla quedaría entonces como un buque desarbolado, que hubiese perdido su hélice.

Las palabras del soldado quedaron sin contestación; pero antes que transcurriese siquiera un cuarto de hora, oyóse un crujido espantoso. Las cumbres de los icebergs bamboleáronse, desprendiéndose sus masas, e, irresistiblemente impelidos por la corriente submarina, emprendieron veloz marcha hacia el Sur, dejando tras ellos la isla.

DONDE LA ISLA SE CONVIERTE EN ISLOTE

Tres horas más tarde, los últimos restos del gran banco polar habían desaparecido detrás del horizonte. Esta rápida desaparición demostraba que la isla había permanecido casi estacionaria, por residir toda la fuerza de la corriente en sus capas inferiores, y no en la superficie del mar.

Calculóse a mediodía, por medio de observaciones astronómicas, la situación de la isla, y repetida la operación veinticuatro horas después, vióse que sólo había avanzado una milla.

No quedaba, por consiguiente, nada más que una esperanza de salvación, ¡una sola! Que un ballenero, que cruzase por aquellos parajes, recogiera a los naufragos, bien se hallasen todavía sobre la isla, bien a bordo de la balsa por haber aquélla fundido.

La isla se encontraba entonces en 54° 33' de latitud y 177° 19' de longitud,

a varios centenares de millas de la tierra más cercana, es decir, de las Aleutinas.

Jasper Hobson congregó a sus compañeros aquel día y pidióles consejo por la postrera vez.

Todos fueron del mismo parecer: permanecer en la isla mientras ésta no se hundiese, porque su magnitud la hacía todavía insensible al estado del mar; y después, cuando amenazara disolverse por completo, embarcar toda la pequeña colonia en la balsa, y esperar.

¡Esperar!

La balsa estaba ya concluida. Mac-Nap había construido a su bordo una amplia cámara donde podría cobijarse todo el personal del fuerte. No se había olvidado hacer su palo correspondiente, para arbolarlo si se consideraba necesario, y las velas que habían de impulsar el artefacto estaban listas también desde mucho tiempo atrás. El aparato era sólido, y, si el viento soplaba en dirección conveniente, quizá aquel conjunto de tablas y maderos salvase a la colonia entera.

—¡Nada!, ¡nada es imposible —exclamó Paulina Barnett— para aquel que dispone de los vientos y las olas!

Jasper Hobson había hecho el inventario de los víveres. Las reservas no eran demasiado abundantes, pues los destrozos producidos por la avalancha las habían disminuido considerablemente; mas no faltaban rumiantes ni roedores, y la isla, llena de arbustos y de musgos que la cubrían de verdor, los alimentaría fácilmente. Juzgóse necesario aumentar las provisiones de carne en conserva, y los cazadores mataron al efecto un número prudente de renos y de liebres.

En resumen, la salud de los colonos era buena. Habían padecido bien poco en un invierno tan benigno como el último, y los sufrimientos morales no habían doblegado aún su vigor físico. Sin embargo, preciso es decirlo, no veían sin extrema aprensión, sin siniestros presentimientos, el momento en que tuviesen que abandonar la isla, o, hablando con mayor propiedad, el instante en que la isla los abandonase a ellos. Aterrábales la idea de flotar sobre la superficie de aquel inmenso mar, en una frágil balsa de madera que sería juguete de las caprichosas olas y la barrerían a su antojo haciendo en ella la vida punto menos que imposible.

Téngase también en cuenta que aquellos hombres no eran realmente marinos; no pertenecían a esa clase de viejos lobos de mar, avezados a sus azares, que no temen aventurarse en unas tablas; eran soldados habituados a los sólidos territorios de la Compañía. Cierto que su isla era frágil, que sólo descansaba sobre un delgado campo de hielo; pero sobre éste había tierra, y

sobre ella verdeaba una frondosa vegetación, y crecían arbustos y árboles. Poblábanla además numerosos animales y permanecía indiferente a los movimientos del mar, hasta el extremo de parecer inmóvil. Le habían tomado cariño a aquella isla Victoria en la cual habitaban hacía cerca de dos años; a aquella isla que habían recorrido tantas veces, en todas direcciones, explorando hasta sus más escondidos rincones; cuyo suelo habían cultivado y que había resistido hasta entonces tan frecuentes cataclismos. Por eso no podrían dejarla sin pena, ni la abandonarían hasta el momento mismo en que materialmente les faltase de debajo de los pies.

Conocía Jasper Hobson la disposición de ánimo en que se hallaban sus gentes, juzgándola muy lógica. No ignoraba con qué gran repugnancia se embarcarían sus compañeros en la balsa; pero los acontecimientos iban a precipitarse, pues en aquellas aguas calientes no podría tardar en disolverse la isla. En efecto, presentáronse graves síntomas que sembraron entre la colonia la alarma.

La balsa era cuadrada, midiendo treinta pies de lado, lo que hacía una superficie de 900 pies cuadrados. Su suelo se elevaba dos pies sobre el nivel del agua, defendiéndola una especie de borda contra las pequeñas olas; pero era evidente que tan pronto se alborotase el mar pasarían aquéllas por encima de esta insuficiente barrera. En medio de la balsa había construido Mac-Nap una verdadera cámara, capaz para veinte personas; y a su alrededor grandes cofres destinados a las provisiones y aljibes para el agua, todo sólidamente fijo a la plataforma por medio de chavetas de hierro. El mástil, que medía unos treinta pies de altura, apoyábase sobre la cámara central, y era sostenido en equilibrio por obenques que iban a hacerse firmes a los cuatro ángulos del aparato, y estaba destinado a soportar una vela cuadrada que no servía, naturalmente, más que para navegar en popa, a pesar de haberse dotado al artefacto de una especie de timón, muy deficiente, sin duda.

Tal era la balsa sobre la cual deberían refugiarse veinte personas, sin contar con el niño de Mac-Nap, y que flotaba tranquilamente sobre las aguas de la laguna, retenida cerca de la playa por una fuerte amarra. Es muy cierto que había sido construida con mucho más esmero que las balsas improvisadas a toda prisa por los náufragos a quienes, de repente, sorprende la destrucción de su buque, y era, por tanto, más sólida y acabada; mas no por eso dejaba de ser una frágil balsa.

El 1.º de junio produjese un nuevo incidente. El soldado Hope había ido a traer agua de la laguna para las necesidades de la cocina, y, al probarla la señora Joliffe, notó que era salada. Entonces llamó a Hope y le dijo que ella le había pedido agua dulce, y no agua del mar.

Contestóle Hope que la había sacado de la laguna, y no del mar,

entablándose entonces una especie de discusión entre ambos, en medio de la cual intervino Jasper Hobson, quien, al oír las manifestaciones de Hope, palideció intensamente y se dirigió hacia el pequeño lago...

¡Sus aguas se habían vuelto completamente saladas! Era evidente que su suelo se había hundido, penetrando en su interior las aguas del mar.

Tan luego como se conoció esta noticia, todos los ánimos quedaron sobrecogidos por idéntico temor.

—¡Se acabó el agua dulce! —exclamaban aquellos desdichados.

Y, en efecto, después del río Paulina, acababa de desaparecer a su vez el lago Barnett.

Pero el teniente Hobson apresuróse a tranquilizar a sus compañeros acerca del agua potable.

—El hielo no nos falta, amigos míos —les dijo—, así que no temáis nada. Bastará con fundir algunos trozos de nuestra isla, y me atrevo a asegurar que no nos la beberemos entera —añadió, procurando sonreír.

En efecto, el agua salada, bien se evapore, bien se solidifique, abandona por completo la sal que contiene en disolución. Desenterráronse, pues, si nos es permitida la expresión, algunos trozos de hielo, los cuales fueron fundidos, no sólo para las necesidades diarias, sino para llenar los aljibes de la balsa.

Sin embargo, no había que olvidar este nuevo aviso que acababa la Naturaleza de darles. La isla se disolvía evidentemente por su base, como lo demostraba la invasión del mar en la laguna a través de su fondo. El suelo podía hundirse a cada instante, y Jasper Hobson no permitió ya a sus gentes que se alejasen, porque habrían corrido el riesgo de ser arrastrados mar adentro.

También los animales parecían presentir un peligro muy próximo, y se apiñaban alrededor de la antigua factoría. Desde que desapareció el agua dulce, veíaseles venir a lamer los bloques de hielo extraídos de la tierra. Mostrábanse muy inquietos, y algunos de ellos parecían atacados de locura, en especial los lobos que llegaban en grandes tropes, y desaparecían en seguida lanzando roncós aullidos. Los animales dotados de pieles valiosas permanecían aglomerados alrededor del hoyo circular por donde la casa se hundiera, pudiéndose contar varios centenares de ellos de diferentes especies. El oso rondaba por los alrededores, tan inofensivo para los animales como para los hombres. Parecía instintivamente inquieto, y hubiera de buena gana pedido protección contra el inevitable peligro que presentía sin poderlo evitar.

Los pájaros, hasta entonces muy numerosos, fueron disminuyendo también poco a poco. Durante aquellos últimos días, bandos considerables de grandes

voladores, dotados de alas vigorosas que les permitían atravesar largos espacios, los cisnes, entre otros, emigraron hacia el Sur, con dirección, sin duda, a las primeras tierras de las islas Aleutinas que les ofrecerían un abrigo seguro.

Paulina Barnett y Madge, que se paseaban por el litoral, observaron esta emigración, en la que creyeron ver un mal presagio.

—Estas aves —dijo Paulina— encuentran en la isla una alimentación suficiente, y, sin embargo, se marchan. ¡No será sin motivo, pobre Madge mía!

—Sí, su instinto les guía —respondió Madge—; pero si nos avisan debemos estar alerta. Me parece también que los otros animales se muestran más inquietos que nunca.

Aquel día resolvió Jasper Hobson trasladar a la balsa la mayor parte de los víveres y efectos del campamento, y se decidió también que todos embarcasen en ella.

Pero, precisamente, el mar estaba agitado, y, en aquel Mediterráneo formado en la actualidad por las aguas de Behring en el interior del lago, reproducíanse ahora todos los movimientos de las olas con gran intensidad; y encerradas éstas en aquel espacio relativamente pequeño, estrellábanse contra sus playas, reventando allí con furor. Era una tempestad en un lago, o, por mejor decir, en un abismo tan profundo como el mar circunvecino. Las olas agitaban la balsa de una manera violenta, y barrían su cubierta sin cesar, habiendo necesidad de suspender el embarque de los víveres y efectos.

Ante semejante estado de cosas, no quiso el teniente Hobson imponer su voluntad a sus compañeros. Lo mismo daba pasar una noche más en tierra, y al día siguiente, si el mar estaba tranquilo, se proseguiría el embarque.

No se obligó, pues, a nadie a dejar su alojamiento y abandonar la isla, pues refugiarse en la balsa era abandonarla realmente.

Por lo demás, la noche fue mejor de lo que hubiera podido esperarse. Calmó el viento y el mar se tranquilizó poco a poco. La borrasca había pasado con esa rapidez especial de los meteoros eléctricos. A las ocho de la noche, el mar se había serenado casi por completo, y sólo pequeñas olas agitaban el interior de la laguna.

Cierto que la isla no tenía más remedio que hundirse en plazo breve; mas siempre era preferible que se hundiese poco a poco, que no súbitamente, destrozada por una tempestad, como podía ocurrir el momento menos pensado cuando el mar se agitaba iracundo en torno suyo, y las olas inmensas, tan altas como montañas, se precipitaban rugientes, contra sus frágiles costas.

A la tempestad había seguido una ligera niebla, que amenazaba hacerse

más espesa cuando llegase la noche. Procedía del Norte, y, por lo tanto, debido a la nueva orientación de la isla, cubría la mayor parte de ésta.

Antes de irse a acostar, examinó Jasper Hobson las amarras de la balsa, perfectamente atadas a fuertes troncos de abedules, y para mayor seguridad, dieseles otra vuelta. En realidad, lo peor que podía ocurrir era que la balsa se marchase a la deriva por el lago, pero éste no era tan grande que pudiera perderse.

LOS CUATRO DÍAS SIGUIENTES

La noche, es decir, una hora apenas de crepúsculo y de alba, fue tranquila. Levantóse el teniente Hobson, y, decidido a ordenar que embarcase aquel mismo día la colonia, dirigióse hacia la laguna.

La niebla era aún espesa; pero, por encima de ella, sentíanse ya los rayos del sol. La tempestad de la víspera había despejado el cielo, y el día prometía ser cálido.

Cuando llegó Jasper Hobson a la orilla de la laguna, no pudo distinguir su superficie, que se hallaba velada todavía por densas brumas.

En aquel mismo momento, Paulina Barnett, Madge y algunas otras personas aproximáronse a él.

La niebla comenzaba a disiparse, alejándose hacia el fondo del pequeño lago y descubriendo cada vez mayor porción de su superficie. La balsa, sin embargo, no se divisaba aún.

Por último, una racha de viento barrió por completo la niebla...

¡La balsa no estaba allí! ¡El lago ya no existía! ¡Sólo la inmensidad de los mares extendíase ante las miradas atónitas de aquellos desventurados!

Jasper Hobson no pudo reprimir un gesto de desesperación; y, cuando sus compañeros y él recorrieron con la vista el horizonte, un grito se escapó de sus pechos... ¡La isla no era ya más que un islote!

Durante la noche, las seis séptimas partes del antiguo territorio del cabo Bathurst, socavado ya por las olas, habíase hundido en el mar, sin ruido, sin convulsiones, y la balsa, al quedar en libertad, había sido arrastrada por las olas, sin que los húmedos ojos de los que en ella cifraban sus últimas esperanzas pudieran distinguirla siquiera sobre la superficie de aquel desierto océano.

Los desdichados náufragos, suspendidos sobre un abismo que amenazaba

tragárselos, sin recursos ni medio alguno de salvación, quedaron sobrecogidos de espanto. Algunos soldados quisieron arrojar al mar, enloquecidos; pero Paulina Barnett se interpuso, y desistieron de su idea, retrocediendo llorosos.

¡Juzgúese cuál era ahora la situación de los náufragos y si podían conservar un átomo de esperanza! ¡Considérese la situación de Jasper Hobson en medio de aquellos desdichados que parecían atacados de demencia! ¡Veintiuna personas sobre un islote de hielo, que no podía tardar en abrirse debajo de sus pies!

Con la parte de la isla hundida habían desaparecido las colinas cubiertas de bosques, de suerte que ya no quedaban árboles, ni había más madera que las escasas tablas que formaban el alojamiento, insuficientes a ojos vistas para la construcción de una nueva balsa que pudiese recibir a su bordo a la colonia. La vida de los náufragos se hallaba, pues, estrictamente limitada a la duración del islote, es decir, a algunos días a lo sumo; porque corría ya el mes de julio y la temperatura media era superior a 68° Fahrenheit, equivalente a 20° centígrados sobre cero.

Durante aquella jornada, Jasper Hobson creyó conveniente reconocer el islote. Tal vez fuese conveniente refugiarse en otro punto cuyo espesor le asegurase más larga duración. Paulina Barnett y Madge acompañaronle en esta exploración.

—¿Conservas esperanzas todavía? —preguntó Paulina Barnett a su fiel compañera.

—¡Jamás perderé la esperanza! —contestóle Madge.

Paulina no respondió. Jasper Hobson y ella marchaban con rápido paso, recorriendo el litoral. Toda la costa había sido respetada desde el cabo Bathurst hasta el cabo Esquimal, es decir, en una longitud de ocho millas. En este último cabo era donde se había operado la fractura, siguiendo una línea curva que, pasando por la punta extrema de la laguna dirigíase hacia el interior de la isla. A partir de esta punta, el nuevo litoral hallábase formado por la orilla misma de la laguna, bañado ahora por las aguas del mar. Hacia la parte superior de aquélla, prolongábase otra fractura hasta el litoral comprendido entre el cabo Bathurst y el antiguo puerto Barnett. El islote presentaba, pues, la forma de una faja prolongada, cuya anchura media era sólo de una milla.

¡De las 140 millas cuadradas que medía en otro tiempo la superficie de la isla, no quedaban ni veinte!

Jasper Hobson reconoció con sumo cuidado la nueva formación del islote, comprobando que su parte más espesa seguía siendo el lugar que ocupara la antigua factoría; así que juzgó conveniente no abandonar el campamento actual, que era también el sitio donde los animales habían permanecido por

instinto.

Observóse, no obstante; que una notable cantidad de rumiantes y roedores, así como la mayoría de los perros que erraban a la ventura, habían desaparecido con la parte más importante de la isla; pero quedaban aún cierto número de ellos, en especial de roedores. El oso erraba, alocado, por el pequeño islote, dándole incesantes vueltas, como fiera encerrada en una jaula.

Hacia las cinco de la tarde, Jasper Hobson y sus compañeras regresaron al alojamiento común, donde encontraron reunidos y silenciosos a los hombres y mujeres, que ya no querían oír ni ver cosa alguna. La esposa de Joliffe preparaba algunos alimentos. El cazador Sabine, menos abatido que los otros, iba y venía tratando de procurarse un poco de carne fresca. Por lo que respecta al astrónomo, habíase sentado aparte y dirigía hacia el mar una mirada vaga y casi indiferente. ¡Parecía que nada le asombrase!

Jasper Hobson manifestó a sus compañeros el resultado de su expedición. Díjoles que el campamento actual ofrecía mayor seguridad que ningún otro punto de la isla; y les recomendó que no se alejaran, porque se observaban ya síntomas de una nueva rotura a la mitad de la distancia existente entre el campamento y el cabo Esquimal, siendo probable que la superficie del islote no tardase en reducirse considerablemente. ¡Y pensar que no era posible hacer absolutamente nada!

El día fue realmente caluroso. Los témpanos desenterrados para obtener agua potable, derretíanse sin necesidad de recurrir al fuego. En las partes acantiladas de la orilla, la capa congelada deshacíase en delgados chorros de agua, que caían al mar. Era palpable que el nivel medio del islote había descendido. Las aguas cálidas desgastaban incesantemente su base.

Durante la noche siguiente, nadie pegó los ojos. ¿Quién hubiera sido capaz de conciliar el sueño sabiendo que, de un momento a otro, el abismo podía abrirse y tragárselos, aparte de aquella infeliz criatura, que sonreía a su madre, la cual no se separaba de él ni un solo instante?

Al día siguiente, 4 de junio, volvió a brillar el sol en un cielo sin nubes. Ningún cambio se había producido durante la noche. La forma del islote no se había modificado.

Aquel día, una zorra azul se refugió, espantada, en el alojamiento, negándose a salir. Las martas, los armiños, las liebres polares, las ratas almizcleras y los castores hormigueaban en el sito de la antigua factoría. Parecían un rebaño de animales domesticados. Sólo faltaban los lobos, porque como erraban dispersos por la parte opuesta de la isla, habían evidentemente desaparecido con ella. Como si tuviese algún presentimiento siniestro, el oso no se alejaba del cabo Bathurst, y, presas de gran inquietud, los animales de

piel valiosa no parecían advertir siquiera su presencia. Los mismos náufragos familiarizados ya con el gigantesco animal, le dejaban ir y venir, sin preocuparse de él. El peligro común, sentido por todos, había nivelado los instintos y las inteligencias.

Algunos momentos antes de mediodía experimentaron los náufragos una viva emoción, que debía trocarse en desengaño.

El cazador Sabine que, subido en el punto más alto del islote, escudriñaba el horizonte hacía algunos instantes, gritó con inmenso júbilo:

—¡Un barco! ¡Un barco a la vista!

Todos al punto, como galvanizados, corrieron hacia el cazador, y el teniente le interrogó con la mirada.

Sabine señaló entonces una especie de blanca nubécula en el horizonte del Este. Todos dirigieron sus miradas hacia el punto indicado, sin despegar los labios, y todos creyeron ver aquel barco cuya silueta acentuábase cada vez más.

Era un buque, en efecto; un ballenero, sin duda. No había medio de engañarse, y, al cabo de una hora, se hizo visible su casco.

Por desgracia, dicho buque divisábase por el Este, es decir, en la parte opuesta al punto adonde la balsa, arrastrada por la corriente, había debido dirigirse. La casualidad era, pues, la única que le traía por aquellos parajes; y, supuesto que no había podido ver la balsa, no era posible admitir que fuese en busca de los náufragos, ni que sospechase siquiera su presencia.

Ahora bien, ¿divisaría el islote, cuya elevación sobre la superficie del mar era tan escasa? ¿Lo aproximaría hacia ellos el rumbo que llevaba? ¿Distinguiría las señales que se hiciesen? En pleno día y con aquel espléndido sol era poco probable. Cuando llegase la noche, podría encenderse una hoguera, visible a gran distancia, quemando las pocas tablas que formaban el alojamiento. Pero ¿no desaparecería el buque antes de que llegase la noche, que sólo duraría una hora apenas? Por si acaso, se hicieron numerosas señales y se dispararon petardos.

Entretanto, aproximábase el buque, viéndose perfectamente que era un hermoso velero de tres palos, evidentemente un ballenero de Nuevo Arcángel, que, después de haber remontado la península de Alaska, dirigíase hacia el estrecho de Behring. Hallábase a sotavento del islote, y, con las velas bajas, los juanetes y los sobres amurados a estribor, dirigíase hacia el Norte. Cualquier marino hubiera conocido en seguida, al ver su orientación, que aquel buque no se dirigía hacia el islote. Pero ¿lo vería al menos?

—Si lo ve —murmuró el teniente Hobson, al oído del sargento Long—,

huirá de él rápidamente.

Jasper Hobson tenía razón al expresarse así. No hay nada, en estas regiones, que tanto tema el marino como la vecindad de los icebergs y de las islas de hielo. Son escollos errantes contra los que teme siempre estrellarse, sobre todo de noche; y por eso se apresuran a cambiar de rumbo en cuanto los distinguen. ¿No procedería de igual modo aquel buque tan pronto diese vista al islote? Parecía lo probable.

Imposible pintar las alternativas de desesperación y esperanza por que pasaron los náufragos. Hasta las dos de la tarde creyeron que la Providencia se apiadaba al fin de ellos, que los socorros venían, que la salvación se acercaba. El buque se había aproximado, siguiendo una línea oblicua, y ya sólo distaba seis millas del islote. Multiplicáronse las señales, disparáronse numerosos petardos, y hasta produjeron una gran humareda quemando alguna tablas del alojamiento...

¡Todo en vano! O el buque no vio nada, o se apresuró a alejarse del islote en cuanto le dio vista.

A las dos y media, orzó ligeramente, y se alejó del islote con rumbo al Nordeste.

Una hora después, era sólo una nubécula blanca en el remoto horizonte, y pronto desapareció por completo.

Entonces el soldado Kellet prorrumpió en espantosas carcajadas, y empezó a revolcarse por el suelo, creyendo todos que se había vuelto loco.

Paulina Barnett miró a Madge de hito en hito, como para preguntarle si seguía esperando aún.

Madge volvió la cabeza...

En la noche de aquel día funesto oyóse un crujido terrible producido por la parte mayor del islote al desprenderse y sumergirse en el mar, escuchándose al mismo tiempo aullidos espantosos de animales. ¡El islote había quedado reducido a la punta que se extendía desde el emplazamiento de la casa tragada por el mar hasta el cabo Bathurst!

¡No era ya más que un sencillo témpano!

SOBRE UN TÉMPANO DE HIELO

¡Un témpano! ¡Un témpano irregular, en forma de triángulo, que medía 100 pies de base, y apenas 150 en su lado mayor, sobre el cual se encontraban

veintiún seres humanos, un centenar de animales de piel valiosa, algunos perros y un oso gigantesco, agazapado en aquel momento en la punta extrema del islote!

¡Sí! Por fortuna, todos los náufragos se hallaban allí reunidos. El abismo no se había tragado ni uno solo. La rotura se había operado en un instante en qué todos se hallaban reunidos en el alojamiento común. ¡La suerte los había respetado una vez más, deseosa, sin duda, de que pudiesen todos juntos!

Pero ¡qué situación! Nadie hablaba ni se movía, temerosos de que el menor movimiento, la más ligera sacudida hubiera bastado para romper la base de hielo.

¡Nadie quiso ni pudo tocar los trozos de cecina que distribuyó, como cena, la señora Joliffe! ¿Con qué objeto? La mayor parte de aquellos infortunados seres pasaron la noche al aire libre, prefiriendo ser tragados por el mar, libres de toda traba, y no encerrados en una estrecha cabaña de tablas.

Al siguiente día, 5 de junio, un sol esplendoroso elevóse sobre el triste grupo. Los sin ventura, apenas cambiaban entre sí palabra. Aguzaban la inteligencia buscando la manera de escapar, y escudriñaban con ojos extraviados el horizonte circular en cuyo centro se hallaba aquel miserable témpano.

El mar estaba completamente desierto. Ni una vela, ni siquiera una isla de hielo o un islote. ¡Aquel témpano era el último, sin duda, que flotaba sobre el mar de Behring!

La temperatura seguía siendo cada vez más elevada, y reinaba en la atmósfera una calma desesperante. La mar tendida mecía dulcemente aquel último trozo de tierra y hielo que quedaba de la isla Victoria, que subía y bajaba sin desplazarse, cual despojo de una embarcación náufraga. Pero los despojos de un buque, los restos de su casco, los trozos de sus m astiles, sus vergas destrozadas, sus tablones, resisten, sobrenadan, no pueden hundirse nunca; en tanto que aquel témpano de hielo, de agua solidificada, iba a ser en breve plazo disuelto por los rayos del sol...

Aquel témpano constituía la porción más espesa de la antigua isla, y por esta razón había resistido tanto tiempo. Cubríalo una capa de tierra y vegetación, y era de suponer que su base congelada midiese un espesor bastante grande. Los persistentes fríos del océano Glacial habrían ido, sin duda acumulando sobre él hielo y más hielo, cuando, durante períodos seculares, formaba el cabo Bathurst la punta más avanzada del continente americano.

En aquellos momentos, aun se elevaba el témpano unos cinco o seis pies, término medio, sobre el nivel del mar, de suerte que podía calcularse que su base tendría un espesor próximamente igual. Por tanto, si en aquellas aguas

tranquilas no corría de momento peligro de quebrarse, se iría por lo menos licuando lentamente. Y bien se echaba de ver esto en sus bordes que se iban desgastando poco a poco bajo la acción de las olas, y, casi incesantemente, algún pedazo de tierra, con su frondosa vegetación, se precipitaba en el agua.

Aquel mismo día ocurrió un desprendimiento de esta naturaleza, hacia la una de la tarde, en la parte ocupada por el alojamiento, que se hallaba emplazado en la orilla misma del témpano. Afortunadamente, la improvisada cabaña hallábase vacía en el momento de la catástrofe; pero no fue posible salvar más que, algunas de las tablas que la formaban, y dos o tres vigas del techo. La mayor parte de las herramientas y los instrumentos astronómicos se perdieron, y toda la pequeña colonia tuvo que refugiarse entonces en la parte más elevada del islote, sin protección alguna contra las inclemencias del cielo.

Aun conservaban algunas herramientas, las bombas y el depósito de aire, que utilizó Jasper Hobson para recoger algunos litros de agua de lluvia, que caía en abundancia, a fin de no descarnar más el suelo sacando los trozos de hielo que hasta entonces les habían suministrado el agua potable. Era preciso economizar a toda costa hasta las más insignificantes partículas de témpano.

A eso de las cuatro, Kellet, el soldado en quien ya se habían observado síntomas de locura, presentóse a Paulina Barnett y le dijo:

—Señora, voy a ahogarme.

—¡Kellet! —le gritó la viajera.

—¡Le digo a usted que voy a ahogarme! —repitió el soldado—. Lo he reflexionado muy bien, y no hay medio de salir de esta ratonera; así que prefiero acabar de una vez por mi propia voluntad.

—¡No, Kellet, no! —dijo Paulina Barnett, apoderándose con dulzura de la mano del soldado, cuya mirada brillaba de una manera siniestra—. ¡Usted no hará tal cosa!

—¡Ya lo creo que lo haré! Pero, como usted siempre ha sido tan buena para nosotros, no he querido morir sin despedirme de usted. ¡Adiós, señora, adiós!

Y Kellet encaminóse hacia el mar. Paulina Barnett, aterrada, asíóle fuertemente, y a sus gritos acudieron Jasper Hobson y el sargento, tratando entre los tres de lograr que el infeliz soldado desistiese de sus funestos propósitos; pero él, obcecado en su idea, movía negativamente la cabeza.

Imposible hacer entrar en razón a aquella inteligencia extraviada. Y, sin embargo, era preciso evitar que consumase sus fatales propósitos; porque su funesto ejemplo habría podido contagiar a los demás. ¿Quién sabe si algunos de sus compañeros, instigados por la desesperación, se habrían suicidado

igualmente?

—Kellet —dijo entonces Paulina Barnett, hablándole con cariño y casi sonriendo—, ¿es usted realmente mi amigo?

—Sí, señora —respondió el soldado con calma.

—Pues bien, Kellet, si quiere usted darme gusto, moriremos los dos juntos... mas no hoy.

—¡Señora!...

—No, mi valiente Kellet, hoy no estoy preparada... mañana, sí... mañana, si usted quiere.

El soldado contempló con más firmeza que nunca a la valerosa mujer; pareció vacilar un instante, dirigió una mirada de feroz envidia a aquel mar reposado y azul, y, pasándose luego la mano por la frente, exclamó:

—¡Bien, mañana!

Y dichas estas palabras, marchóse con paso tranquilo, mezclándose con sus compañeros.

—¡Pobre infeliz! —murmuró Paulina Barnett—; le he rogado que espere hasta mañana, y, ¡quién sabe si de aquí a entonces a todos nos habrá tragado el abismo!...

Entretanto, Jasper Hobson, que no desesperaba nunca, pensaba si existiría un medio de detener la disolución del islote, a fin de conservarlo hasta el momento en que se hallasen a la vista de alguna tierra.

Paulina Barnett y Madge no se separaban un momento. Kalumah permanecía tendida como un perro al lado de su señora, procurando comunicarle calor. La mujer de Mac-Nap, envuelta en algunas pieles, restos de las valiosas existencias del fuerte Esperanzarse hallaba adormecida con su hijo contra su seno.

Los otros náufragos, tendidos de trecho en trecho, no se movían siquiera, cual si fuesen cadáveres abandonados sobre los restos de un buque náufrago. Ningún ruido turbaba aquella calma terrible. Sólo se oían las olas que desgastaban lentamente el témpano, y algún ligero estrépito que denunciaba un nuevo derrumbamiento.

A veces se levantaba el sargento; paseaba la vista en torno suyo, y escudriñaba luego el horizonte del mar, hecho lo cual volvía a tumbarse de nuevo. En el extremo del témpano formaba el oso una especie de bola blanca de nieve que no hacía el menor movimiento.

Una hora duró la obscuridad, sin que ningún incidente viniese a modificar

la situación. Las brumas matinales adquirieron por el Este matices algo amarillentos. Disipáronse algunas nubes que ocupaban el cénit, y pronto los rayos del sol hirieron la superficie del mar.

El primer cuidado del teniente fue reconocer el témpano. Su perímetro habíase reducido más aún; pero, lo que era aún más grave, su altura media sobre el nivel del mar había decrecido de un modo bien sensible. Las ondulaciones del mar, por débiles que fuesen, bastaban para cubrirla parcialmente, respetando tan sólo la parte superior de la loma que ocupaban los náufragos.

El sargento Long, por su parte, había observado también los cambios que se habían producido. Los progresos de la disolución del hielo eran tan evidentes, que ya no quedaba esperanza.

Paulina Barnett aproximóse al teniente Hobson, preguntándole:

—¿Será hoy?

—Sí, señora; de suerte que podrá usted cumplir la palabra que le tiene dada a Kellet.

—Señor Jasper —dijo con acento grave la viajera—, ¿hemos hecho ya cuanto se puede hacer?

—Sí, señora.

—Pues entonces, ¡qué se cumpla la voluntad de Dios!

Sin embargo, durante aquel día se hizo aún otra desesperada tentativa. Habíase levantado una brisa bastante fuerte que soplaba de alta mar, es decir, que impelía hacia el Sudeste, dirección en que se hallaban las tierras menos remotas de las islas Aleutinas. ¿A qué distancia? Imposible precisarlo, ya que faltos de instrumentos, había sido imposible situar de nuevo el islote. Pero, no debía haber derivado mucho, a menos que no lo hubiese arrastrado alguna poderosa corriente; porque su superficie presentaba muy poca resistencia al viento.

Había, sin embargo, una duda. ¿Y si se encontrase el témpano más próximo a la tierra de lo que suponían los náufragos? ¿Y si alguna corriente cuya dirección no era posible comprobar, lo hubiera acercado a las tan deseadas Aleutinas? El viento soplaba entonces en dirección a estas islas, y podría rápidamente arrastrar el islote si se le prestase ayuda. Aunque el témpano no pudiese ya flotar sino muy escasas horas, en este corto plazo podía divisar la tierra, o por lo menos alguno de esos buques de cabotaje o pesca que nunca se separan de las costas.

Una idea, al principio confusa en el entendimiento del teniente, no tardó en adquirir una extraña fijeza. ¿Por qué no arbolar una vela sobre aquel témpano

como pudiera hacerse en una balsa ordinaria? En efecto, la cosa era sencilla.

Jasper Hobson comunicó al carpintero su idea.

—Tiene usted mucha razón —le respondió Mac-Nap—. ¡A largar el aparejo en seguida!

El proyecto, por muy pocas probabilidades de éxito que encerrase, reanimó a aquellos infelices. ¿Podía ser de otro modo? ¿No debían agarrarse con las ansias de la desesperación a todo lo que fuese una esperanza?

Todos pusieron manos a la obra, incluso el mismo Kellet, que aún no había reclamado a Paulina Barnett el cumplimiento de su fatídica promesa.

Una gran viga, que en otro tiempo formara la cumbre del alojamiento de los soldados, fue izada y profundamente hundida en la tierra y la arena que formaban el cerro, fijándola sólidamente por medio de obenques y estays. En una verga improvisada con una percha bastante resistente envergóse una especie de vela hecha con las mantas y sábanas que guarnecían las últimas camas, izóse en lo alto del mástil, y, orientada de modo conveniente, hinchóse bajo el soplo de la brisa, conociendo los infelices náufragos, por la estela que dejaba tras sí el témpano, que éste se desplazaba rápidamente hacia el Sudeste.

Fue un verdadero triunfo, que hizo renacer la esperanza en los abatidos espíritus. A la inmovilidad había reemplazado la marcha, causándoles verdadero entusiasmo aquella velocidad, por muy modesta que fuese. El más satisfecho del éxito era el carpintero Mac-Nap.

Todos inmediatamente constituyéronse en vigías, no cesando de escudriñar el horizonte con la vista; y si alguien les hubiese dicho que la tierra jamás se presentaría ante sus ojos, no le hubieran dado crédito. El tiempo les dio la razón.

El témpano se deslizó de esta suerte por espacio de tres horas sobre las tranquilas aguas del mar, al impulso del viento y de las olas; empero el horizonte seguía formando una circunferencia perfecta, sin que ningún obstáculo alterase su nitidez. Los infelices náufragos no perdían, sin embargo, la esperanza.

A eso de las tres de la tarde, llamó aparte Jasper Hobson al sargento, y le dijo:

—Avanzamos sin duda, pero es a expensas de la solidez y duración del islote.

—¿Qué quiere usted decir, mi teniente?

—Quiero decir que el témpano se desgasta rápidamente a consecuencia del calor producido por el rozamiento de las aguas, que la velocidad acrecienta. Se

va descarnando y rompiendo, habiendo disminuido en una tercera parte de su volumen desde que izamos la vela.

—¿Está usted seguro...?

—Absolutamente seguro, Long. El témpano se alarga y se estrecha. Mire usted, el mar llega ya a sólo diez pies de la loma.

Tenía razón Jasper Hobson, y así tenía que ocurrir por razón natural.

—Sargento —dijo entonces el teniente—, ¿no le parece a usted que debiéramos suspender nuestra marcha?

—Creo que debiéramos antes consultar a nuestros compañeros —respondió el sargento Long—. En circunstancias tan críticas, la responsabilidad de nuestras decisiones debe afectar a todos.

El teniente hizo un gesto afirmativo. Ambos ocuparon de nuevo su puesto sobre la loma, y Jasper Hobson refirió a los demás lo que ocurría.

—Esta velocidad —les dijo— desgasta rápidamente nuestro témpano, y precipitará algunas horas la inevitable catástrofe. Decid, pues, amigos míos, ¿queréis que prosigamos adelante?

—¡Adelante! —gritaron como un solo hombre aquellos desdichados.

Siguieron, pues, navegando, y esta resolución de los naufragos debía tener consecuencias incalculables. A las seis de la tarde, levantóse de repente Madge, y señalando con la mano hacia el Sur, exclamó medio loca de entusiasmo:

—¡Tierra!

Todos se levantaron como galvanizados.

Una costa, en efecto, divisábase por el Sudeste, a doce millas de distancia.

—¡Más vela! —gritó Jasper Hobson.

Comprendido por todos, amarraron a los obenques vestidos, pieles y cuanto encontraron a mano, y orientaron estas prendas de manera conveniente para que tomasen viento.

Creció la velocidad con tanto mayor motivo cuanto que había refrescado la brisa; pero el témpano se fundía por todos sus cuatro costados. Sentíasele temblar, y podía quebrarse a cada instante.

Nadie quería pensar en semejante cosa. La esperanza los cegaba. La salvación estaba allí, en aquel continente. ¡Lo llamaban, le hacían señas! ¡Aquello era un delirio!

A las siete y media, el témpano se había aproximado sensiblemente a la

costa; pero se fundía a ojos vistas, y se hundía al mismo tiempo; el agua amenazaba ya cubrirlo, y las olas lo barrían llevándose poco a poco a los animales enloquecidos de terror. A cada instante era de temer que el témpano se hundiese en el abismo. Fue necesario aligerarlo de peso, cual si se tratase de un buque que se fuese a pique. Después se esparció cuidadosamente la poca tierra y arena que quedaba sobre la superficie del témpano, llevándola hacia sus bordes, con objeto de preservarlos de la acción directa de los rayos solares, cubriéndolos además con pieles, que son, por naturaleza, muy malas conductoras del calor. En una palabra, aquellos hombres enérgicos valiéronse de todos los medios imaginables para retardar la catástrofe suprema. Mas todo resultaba insuficiente. Se oían crujidos en el interior del témpano, y aparecían grietas en su superficie, por las que comenzaba a entrar el agua, ¡y la costa distaba aún cuatro millas!

—¡Vamos a hacer una señal, amigos míos! —exclamó el teniente Hobson, sostenido por una heroica energía—. ¡Puede ser que nos vean!

Formóse en seguida un montón con todos los objetos combustibles que quedaban, dos o tres tablas y una viga, y prendiósele fuego al instante, elevándose en seguida una gran llama sobre tan frágil despojo.

Pero el témpano se fundía cada vez más, hundiéndose al mismo tiempo, y pronto no quedó más fuera del agua que el cerro en el que todos se habían refugiado, sobrecogidos de espanto, y con ellos los escasos animales que el mar no se había aún llevado. El oso lanzaba formidables rugidos.

El agua subía sin cesar, y nada demostraba que los náufragos hubieran sido vistos. No transcurriría ciertamente siquiera un cuarto de hora sin que se los tragase el abismo...

¿No existía ningún medio de prolongar la duración del témpano? Tres horas solamente, tres horas nada más, y llegarían tal vez a la costa, que ya sólo distaba tres millas. Pero ¿qué hacer?, ¿qué hacer?

—¡Ah! —exclamó Jasper Hobson—, dadme un medio, uno solo, para impedir que se disuelva el témpano, y os daré en premio mi vida. ¡Sí!, ¡mi vida!

En aquel momento oyóse una vocecilla, que dijo:

—¡Hay uno!

Era Tomás Black quien hablaba. Era el astrónomo que desde hacía tanto tiempo no había despegado los labios, y a quien ya no se contaba como a vivo entre aquellos seres condenados a muerte. Y las primeras palabras que pronunció, fueron para decir:

—¡Sí!, ¡hay un medio de impedir que el témpano se disuelva! ¡Existe

todavía un medio de salvarnos!

Jasper Hobson corrió hacia donde se encontraba el astrónomo, y él y sus compañeros interrogáronle con la mirada, creyendo haber oído mal.

—¿Qué medio es ése? —exclamó el teniente Hobson.

—¡A las bombas! —respondió solamente Tomás Black.

—¿Se había vuelto loco el astrónomo? ¿Tomaba acaso el témpano por un buque que amenaza irse a pique con diez pies de agua dentro de la bodega?

Sin embargo, allí estaban las bombas de ventilación y el depósito de aire que se utilizaba entonces como aljibe para el agua potable. Pero ¿qué utilidad podían tener aquellas bombas? ¿Cómo podrían endurecer las aristas de aquel témpano que se fundía por todas partes?

—¡Está loco! —dijo el sargento.

—¡A las bombas! —respondió el astrónomo—. ¡Llenad de aire el depósito!

—Hagamos lo que dice —exclamó Paulina Barnett. Uniéronse las bombas, por medio de sus correspondientes mangueras, al depósito, cuya cubierta se cerró herméticamente. Funcionaron en seguida las bombas, y almacenóse aire en el depósito a una presión de varias atmósferas. Tomó después Tomás Black una de las mangueras de cuero soldadas al depósito, y, abriendo en seguida la llave, dirigió un chorro de aire comprimido sobre los bordes del témpano en todos aquellos sitios que derretía el calor.

Con asombro de todos, se produjo un maravilloso efecto. En todos los lugares en que era proyectado aquel aire por la mano del astrónomo, cesaba inmediatamente el deshielo, soldándose las grietas y volvía la congelación.

—¡Hurra!, ¡hurra! —exclamaban locos de júbilo aquellos infelices.

El trabajo de mover las bombas era en extremo penoso; pero no faltaban brazos, relevándose con frecuencia los soldados. Las aristas del témpano se solidificaban de nuevo como si hubiesen estado sometidas a un frío intenso.

—¡Nos ha salvado usted, señor Black! —exclamó Jasper Hobson.

—¡Pero si es lo más natural del mundo! —dijo sencillamente el astrónomo.

Y en efecto, nada más natural.

La congelación del hielo se restablecía de nuevo por dos motivos: primero, porque bajo la presión del aire, el agua, al evaporarse en la superficie del témpano, producía un intenso frío; y, segundo, porque el aire comprimido robaba, para dilatarse, su calor a las superficies desheladas. En todos los sitios donde se producía una fractura, el frío provocado por la distensión del aire solidificaba los bordes de la grieta; y, gracias a este recurso supremo,

recuperaba el témpano su solidez lentamente.

La faena se prolongó muchas horas. Los náufragos, alentados por una esperanza inmensa, trabajaban con ardor inquebrantable.

Cada vez se aproximaban más a la tierra.

Cuando no distaba más que un cuarto de milla de la costa, arrojóse el oso al agua, ganó a nado la orilla y desapareció.

Algunos instantes después, el témpano encallaba en la playa. Los pocos animales que quedaban en él, huyeron a la desbandada. Después, desembarcaron los náufragos, postrándose de rodillas y dieron gracias al Cielo por su salvación milagrosa.

CONCLUSIÓN

Todo el personal del fuerte Esperanza había desembarcado en la isla de Blejinic, última de las Aleutinas, al extremo del mar de Behring, después de haber recorrido más de 1.800 millas desde la época del deshielo. Los pescadores aleutinos acudieron en su socorro, y dispensáronles una muy hospitalaria acogida, y antes de mucho, el teniente Hobson y los suyos pusieron en relación con los agentes ingleses del continente que pertenecían a la Compañía de la Bahía de Hudson.

Después de nuestra detallada narración, inútil nos parece ponderar el valor de todos aquellos valientes, bien dignos de su jefe, y la energía que supieron demostrar durante aquella interminable serie de pruebas. No había faltado el ánimo a los hombres ni a las mujeres, a quienes la valerosa Paulina Barnett había dado siempre ejemplo de energía en la desgracia, y de resignación en la voluntad del Cielo. Todos habían luchado hasta el fin, sin dejarse abatir por la desesperación, ni aun siquiera cuando vieron el continente sobre el cual habían fundado el fuerte Esperanza convertirse en isla errante, la isla en islote, el islote en témpano, ni cuando vieron, en fin, que el témpano se fundía bajo la doble acción de los rayos solares y de las aguas cálidas. Si la tentativa de la Compañía había fracasado, sucumbiendo el nuevo fuerte, no eran por ello merecedores de reproche Jasper Hobson ni sus compañeros, víctimas, no culpables, de espantosos cataclismos imposibles de prever. En todo caso, de las diez y nueve personas confiadas al teniente Hobson, no faltaba ni una sola, antes bien se había aumentado la pequeña colonia en dos miembros: la joven esquimal, Kalumah, y el hijo del carpintero Mac-Nap, ahijado de Paulina Barnett.

Seis días después del salvamento, los náufragos llegaban a Nuevo

Arcángel, capital de la América rusa.

Allí, todos aquellos amigos, que tan íntimamente ligados habían estado los unos a los otros por el peligro común, iban a separarse, quién sabe si para siempre. Jasper Hobson y los suyos debían regresar al fuerte Resolución a través de los territorios de la Compañía, en tanto que Paulina Barnett, Kalumah, que no quería volver a separarse de ella, Madge y Tomás Black, pensaban regresar a Europa por San Francisco de California y los Estados Unidos. Pero antes de separarse, Jasper Hobson, con voz emocionada y en presencia de todos sus compañeros reunidos, dijo a Paulina Barnett:

—¡Señora, que Dios la bendiga a usted por todo el bien que ha derramado entre nosotros! ¡Ha sido usted nuestra fe, nuestro consuelo, el alma de nuestro pequeño mundo! ¡En nombre de todos nosotros, doy a usted las más expresivas gracias!

Tres hurras clamorosos resonaron en honor de Paulina Barnett, y después los soldados quisieron estrechar uno por uno la mano de la animosa exploradora. Las mujeres se abrazaron entre sí con verdadera efusión.

En cuanto al teniente Hobson, que había concebido un afecto sincero hacia Paulina Barnett, dióle un prolongado y postrero apretón de manos, diciéndole al mismo tiempo con el corazón dolorido:

—¿Será posible que no nos volvamos a ver algún día?

—No, Jasper Hobson —respondió la viajera—, no, ¡eso sería imposible! Si usted no va a verme a Europa, seré yo quien venga a verle a usted aquí..., aquí, o en la nueva factoría que fundará usted andando el tiempo...

En aquel preciso momento, Tomás Black, que desde que puso el pie en tierra había recuperado el uso de la palabra, adelantóse y dijo con el aire más convencido del mundo:

—Sí, sí; ya nos veremos... ¡dentro de treinta y seis años! Amigos míos, se me ha escapado el eclipse de 1860; pero no se me escapará el que ha de tener efecto, en las mismas condiciones y sitios, en 1896. Así, pues, quedamos citados, mi querida señora y mi valeroso teniente, para dentro de treinta y seis años, en los límites del océano Glacial Ártico.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es